This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 727.36

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

IN MEMORY OF

FRANKLIN TEMPLE INGRAHAM

CLASS OF 1914

SECOND LIEUTENANT
COAST ARTILLERY CORPS
UNITED STATES ARMY

WELLESLEY, MASSACHUSETTS
MAY 23, 1891 APRIL 11, 1918

MEMORIAS

DE LA

PACIFICACION.

MEMORIAS

DE LA

PACIFICACION.

DIARIO ANECDÓTICO

DE TODOS LOS SUCESOS Y ACCIDENTES DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

DESDE PRINCIPIOS DE 1875 HASTA

LA ENTRADA TRIUNFAL DE LAS TROPAS EN MADRID,

comprendiendo la

DESCRIPCION PINTORESCA DE TODO EL PAIS VASCO-NAVARRO

y el paseo militar de D. Alfonso XII.

POR

SATURNINO GIMENEZ ENRICH.

Corresponsal periodístico
que ha sido en los cuarteles generales del Norte y en el cuartel real,
cronista de la Asamblea de la Cruz Roja y delegado de la misma en las
últimas operaciones militares, autor de varias obras
históricas, miembro de diversas
corporaciones, etc.

BARCELONA.

IMPRENTA DE SALVADOR MANERO,
RONDA DEL NORTE, 128.
1877.

~~Span 727. 30~~

Span 727.36

Ingraham

Es Propiedad.

HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY
MAR 25 1965

AL QUE LEYERE.

Eliminando de las numerosas cartas que tengo escritas desde el teatro de las operaciones todo lo que ha perdido por completo su oportunidad y todo lo impropio de una publicacion no periodística, y aprovechando los apuntes inéditos que retuve en mi cartera, bien porque razones especiales me vedasen consignarlos en mis correspondencias, bien por haberlos habido á mano fuera de tiempo, he ahí de que manera he confeccionado el presente libro, que, por ahora, es el único en su género, publicado sobre la felizmente terminada lucha civil, acerca de la cual, no obstante, tanto se ha escrito y hablado por todo el mundo con mas ó menos fundamento. Sin achacar méritos á mi pobre trabajo, ni pretender zaherir en lo mas mínimo los que con respecto al propio particular hayan aparecido ó aparezcan, créome será lícito reconocer en el carácter personal de esta obra, una garantía que no suelen revestir por lo general las obras históricas, cual es la de haber sido testigo ocular de todos los hechos que relato, con la circunstancia de haberse subordinado á ello mi esclusiva mision; y claro está que teniendo por únicas referencias mi testimonio y á veces mi intervencion directa, no me importará que agenas autoridades corroboren mis asertos, ni necesitaré amparar con nadie la responsabilidad de mis apreciaciones.

A publicarse este libro á raiz de la pacificacion, hubiera podido pasar simplemente por un libro de circunstancias; y yo aspiro á que signifique algo mas: por eso he aguardado á que se calmasen las pasiones, y á que aque-

llos memorables acontecimientos estuviesen en sazon de pasar á los dominios de la historia.—He procurado conservar, tal cual hace un año brotaron de mi pluma, ciertas impresiones relativas al país invadido por la guerra, como tambien imprimir todo el interés posible á la parte descriptiva: lo primero, para que restablecida la paz, subsistan recuerdos palpitantes de la situacion anormal creada por la guerra; lo segundo, para esclarecer el conocimiento de aquellas interesantísimas regiones septentrionales, no con frecuencia objeto de minuciosas reseñas y ordinariamente tan mal juzgadas como poco comprendidas.

Hallábame en campaña mucho antes de la formacion de los dos ejércitos; alternativamente con unos y con otros, no abandoné nunca el teatro de la guerra; y dí por terminada mi mision al desfilar el último soldado por la plaza de Oriente, despues de la entrada triunfal en Madrid. Viviendo unas veces en compañía de soldados, y otras en compañía de generales, experimentando toda suerte de contrastes y alternativas, motivos sobrados tengo tambien para dar cuenta, bajo todas sus fases, de la vida de campaña, cuyos momentos gratos no bastan á compensar sus inmensas penalidades.

Paris, marzo de 1877.

S. G. E.

LIBRO PRIMERO.

El ejército de la izquierda.

I.

Viaje á Navarra.—Tudela y sus alrededores.—El puente de Castejon.—Tafalla.—El Carrascal de Pamplona.—Situacion de Navarra en noviembre de 1875.—Recientes triunfos de las armas liberales.—Accion de Miravalles, San Cristóbal y Oricain.—Pamplona y sus fortificaciones.—Excursion á los puntos avanzados.—La infantería de marina en el campamento de Arzuza.—Noain.—El Cojo de Cirauqui.—Regreso á la Ribera.—Nueva organizacion del ejército.

El trayecto desde la capital de Aragon á Tudela, considerada generalmente como la segunda capital de Navarra, ofrece ninguna amenidad y muy poco interés. El movimiento de pasajeros, muy limitado; la guerra entorpece las transacciones.—Los pueblos de Mallen y Cortes, el primero aragonés y el segundo navarro, situados uno á muy poca distancia de otro, marcan la línea divisoria de los antiguos reinos. Ambos pueblos, como todos los del estenso valle que baña el Ebro, son ricos en producciones naturales. El aceite y el trigo coséchanse en gran abundancia. Los pastos abundan tambien. A pocos kilómetros de Ribaforada, entre esta villa y Tudela, se encuentra el punto en donde toma las aguas del Ebro, y en donde, por lo tanto, tiene su orígen el canal imperial que ha inmortalizado á Pignatelli. La colonia que se

edificó para residencia de los empleados y para almacenes, está casi abandonada. El sólido edificio que contiene las máquinas de elevacion vínose abajo por uno de sus costados á consecuencia de unas filtraciones que tiempo atrás aparecieron.

Tan luego como se penetra en país navarro, empiezan á verse fortificadas y guarnecidas las estaciones del ferro-carril.

Tudela es una reducida poblacion, de diez á once mil habitantes, con muchas casas históricas, algunas calles anchas y con árboles, edificaciones de gusto moderno, tiendas y almacenes dignos de una capital, cafés y casino sumamente frecuentados. Revela en todo ser el punto central de una comarca rica. Escuso decir que de algunos años á esta parte ha aumentado su importancia, merced á la guerra, que otros pueblos menos afortunados no sienten, por cierto, como ventaja. Entra por un estremo de la ciudad y sale por otro, atravesando una galería subterránea por debajo la plaza de la Constitucion, el rio Queiles, confluente del Ebro, hoy arroyo pantanoso é insalubre que no arrastra mas que barro, pero que, al hinchársele las narices, inunda, como sucedió en 1871, de triste recordacion para estos habitantes, la ciudad que le sirve de bóveda, y el llano que necesita de sus aguas.

Con un volante que me facilitó el gobernador militar de la plaza, coronel Navas, subí á visitar el castillo de Santa Bárbara, improvisado sobre una eminencia, en la parte oriental de la poblacion. Desde su altura domínase un estenso horizonte, descúbrese un panorama encantador. Al pié del fuerte estiéndese la ciudad con sus parduzcas tejas, sus históricos miradores, las torres de sus quince templos, la de su secular catedral y su famoso circo taurómaco; á la izquierda de la poblacion, el Ebro, que va á perderse á través de una vega fertilísima, cuyo límite no alcanzan los ojos; mas acá, lamiendo el cerro en cuya cúspide se asienta el castillo, un canal de riego que nace junto al llamado palacio de Cárlos V y muere en la estremidad del magnífico puente árabe de 12 arcos, que pone en comunicacion á Tudela con todos los pueblos de la márgen izquierda del Ebro; y entre el canal y el rio,

la incomparable huerta de Mejana, que al igual que la de Mosquera, sita un poco mas abajo, me recuerda las huertas que el Betis fertiliza; en el fondo del horizonte, velado por una espesa niebla, divísanse las sierras de Soladron y de Limas, esta última, teatro de las primeras acciones de la actual guerra civil; al lado opuesto, un fortin, conocido por Monreal, de construccion mas antigua, pero de menos importancia que el de Santa Bárbara; y toda esa inmensa llanura de verdor y de arboleda en que la vista se esparce y el corazon se dilata, cruzada por rectos y bien cuidados caminos carreteros, que es esta una de las especialidades en que parecen haber puesto todo su amor propio las diputaciones del país vasco-navarro.

De Tudela continué mi camino á Castejon, en donde no hay pueblo alguno: es una estacion en que cruzan y empalman los trenes de Miranda, Zaragoza y Alsásua. Castejon desempeñaba en aquellas circunstancias un buen papel militar: era depósito de víveres y tenia fortificaciones y guarnicion, con comandancia militar y comisaría de guerra. Víme obligado á pernoctar en la fonda de Marco, que, contra la costumbre de fondas análogas, posee buenas habitaciones y mejores camas.

A partir de Castejon, el servicio de trenes, detestable. La línea férrea cuajada de desperfectos. Las estaciones medio derruidas. No habia wagones de primera; los de segunda, por los súcios y destartalados no resistian á la comparacion con la peor tartana. El magnífico puente de 875 metros, á pocos kilómetros de Castejon, cortado, lo que motivaba un trasbordo. El pobre pasajero pagaba la fiesta: buen trecho de caminata por un terreno empedrado de guijarros; una hora de planton, azotado el rostro por el cierzo, en las orillas del rio, aguardando á que todos los pasajeros lo traspasasen, pues la operacion se verificaba por entregas; pase del rio, en pié, á bordo de una barca vieja y súcia, con peligo de ser arrastrado por la corriente, como sucedió algo mas arriba de Castejon á un trasporte de tropa; ascension, despues de pasado el rio, por un terraplen, con esposicion de desnucarse al primer paso; y todo esto, para que en la orilla opuesta cobrase dos reales por persona y dos por bulto un ciudadano

que monopolizaba el paso de ese Rubicon, que hubiera maldecido César.

Todas las estaciones hasta Tafalla, convertidas en verdaderos fuertes. Junto á Marcilla distínguese un edificio casi monumental, convento de frailes misioneros. La vejetacion de esta comarca es exhuberante. Los partidos de Olite y Tafalla justifican plenamente la expresion vulgar en esta tierra: «Olite y Tafalla, perla de Navarra.»

Tafalla, ciudad que me pareció bastante fea, presentaba el aspecto de una gran plaza de armas. Centinelas en todas las avenidas; aspilleras en todos los muros estratégicos; una iglesia transformada en fortificacion. Dos castillos flanquean la ciudad. Es el mas importante el de Santa Lucia: domina la plaza y cerros inmediatos. El otro fuerte, llamado de San José, ofrece una categoría secundaria. En lo alto del de Santa Lucia, un telégrafo óptico comunicaba con Pamplona, por medio de las torres de la Plantilla, de Larraga, de Mendigorría, Puente la Reina y Venta del Perdon. Dicha torre era, por consiguiente, la llave de las comunicaciones de Navarra.

En un coche particular y acompañado del subintendente don Mariano del Alcázar, salí para Pamplona, delante de la escolta de caballería que diariamente proteje la seguridad del coche correo.

No muy léjos de Tafalla, en lo alto de una agreste loma, existe el pueblo y ermita de Pueyo. El terreno, por lo accidentado, es variadísimo. El panorama se renueva constantemente. A la salida de dos pueblos, unidos, que llevan por nombre Barasoain y Garinoain desciéndese por una pronunciada pendiente al pintoresco valle del Arba. En el fondo de este ostentan sus nevadas cúspides las sierras en cuyas faldas se asientan los pueblos de Artajona, Añorbe y otros; frente á esas sierras, que la carretera deja á un lado, parecen poderse tocar con las manos las negras espesuras del imponente Carrascal, que tiene por centinela avanzado la histórica Peña de Unzúe. Un destacamento de rurales ocupa el fuerte del Piojo y otros puntos culminantes de la sierra. No bien se pasa por el Carrascal, fuente de tantos recuerdos, el espectáculo es

magnífico. La naturaleza cobra mas salvaje aspecto; la nieve aumenta; el arbolado teje caprichosas confusiones; y todo ello contrasta con la vejetacion risueña y esmerado cultivo de los valles que bordan la falda de la sierra.

Al pié del Carrascal, á medio camino de Pamplona, poco mas ó menos, hállase la Venta de las Campanas, tan célebre en los fastos de nuestras guerras civiles.

Pamplona está fortificada de una manera formidable. Fosos, contrafosos, reductos, fuertes avanzados, torres, y como principal defensa la ciudadela, de primer órden, inexpugnable, perfectamente artillada, dispuesta, en fin, con arreglo á todas las leyes del arte de la guerra. La poblacion es bonita: las calles anchas, rectas, limpias; numerosos edificios de construccion moderna y algunos monumentales; la catedral soberbia: una gran plaza llamada del Castillo como no la he visto en muchas capitales, pues forma un cuadrado, aunque irregular, de 160 varas de lado. En uno de los frentes de la plaza, el Teatro; y á espaldas de este la plaza de toros, construida en 1843. El perímetro de las fortificaciones en que Pamplona está encerrada, forma un cuadrilátero rectangular, cuyos mayores lados son el nombrado la Rochapea, fuertemente escarpado hácia el rio, y el de San Nicolás y Tejería. Los otros dos lados son el de la Magdalena y el de Taconera. Corona el recinto una red de baluartes, escelentemente situados.

La ciudadela, sita entre el lado de Taconera y el de San Nicolas, fué comenzada en el siglo XVI por órden de Felipe II: forma un pentágono regular de 340 varas de lado esterior, fortificado segun el primer sistema de Vauban, componiéndose de cinco baluartes, cada uno de los cuales tiene su particular nombre. Pueden alojar desahogadamente mil doscientos hombres los cuarteles de infantería de la ciudadela, y su cuartel de caballería 80 ginetes y 60 caballos. Sirven de pabellones á jefes y oficiales cinco pequeñas manzanas de casas situadas alrededor de la plaza; el polvorin es capaz para contener 2,500 quintales de pólvora, y todas las dependencias, como hornos, cocinas, bóvedas, almacenes, etc. están provistas para sostener una defensa y sufrir un sitio.

En noviembre de 1875, el cuartel general del ejército del Norte se instaló en Pamplona. El general Quesada, como todos los generales en jefe, alojábase en el palacio del conde de Guendulain. El general Loma,—que despues sustituyó interinamente al general Quesada, mientras este fué á Madrid,—en la casa de Alzugaray, paseo de Valencia. Todas las casas de la poblacion y arrabales tenian alojados. No cesaba por un instante el movimiento de batallones. El primero y el segundo cuerpo, mandado aquel por el general Reina y á las órdenes inmediatas del general en jefe el otro, ocupaban Pamplona y se extendian hácia la parte de Lumbier. El tercer cuerpo, concentraba sus operaciones en las Vascongadas. Además, habia la division de la Ribera, mandada por el general Catalan, quien habitualmente residia en Larraga. Secundaban los movimientos del ejército 17 contraguerrillas que operaban indistintamente, sin recorrer zona fija, en Navarra, y en la Rioja castellana y alavesa.

El plan de Quesada surtia buenos resultados. Las operaciones habian tenido por objetivo primordial caer sobre «las líneas preparadas por el enemigo en tres meses de trabajos constantes, para establecer el asedio y cañoneo, aunque poco temible.» (1) El 22 sale el ejército, de Lumbier «con larga marcha y nieve casi constante,» ocupando formidables posiciones; el 23 conquista el pueblo de Huarte y el de Villaba, con los cerros de Miravalles y Ezcaba; y el 24, la temible posicion de San Cristóbal y la no menos importante de Oricain, coronada con una batería y fuertísimo reducto, en donde la resistencia de los carlistas ocasionó un sangriento combate, fecundo, como nunca, en actos de heroismo y de valor. El regimiento de Valencia ocupó por sí solo la posicion: los tiradores del Norte trabajaron con denuedo: su bravo teniente don Nicanor Obeloegui, fué el primero en saltar dentro el reducto. Despues de estas gloriosas jornadas, cesaron de caer proyectiles de cañon sobre Pamplona (2).

(1) Orden general del dia 25 de noviembre de 1875, en Pamplona.

(2) En esta accion nos vimos muy comprometidos. Sucedió, segun parece, lo que tantas ha sucedido en la pasada guerra: que el valor del solda-

Con temperatura de dos bajo cero, salí en la mañana del 2 de diciembre, conducido por un ligero tílbury, á efectuar una expedicion á las alturas vecinas. Sin novedad llegué á Villaba. Compone este pueblo una larga calle de casas feas y antiguas, puesta sobre la carretera del Baztan, paralela en aquel trecho al Arga, sobre el cual tiene dicho pueblo un vetusto puente. Estaba ocupado Villaba por gran parte de la division de reserva. Su jefe, el general D. Antonio del Pino, alojábase con su estado mayor en la principal y única casa notable del pueblo, que tal es la fábrica de papel del señor Ribet, persona de gran arraigo y respetabilidad en Pamplona. No habia señal que denotase ser la expresada finca el alojamiento del general. Abrí la verja del hermoso parque que la circuye, pasé el vestíbulo sin hallar ni un centinela ni un ordenanza, y encontré al general almorzando con sus ayudantes en un bien alojado gabinete caldeado por consoladora chimenea.

Indicóme la mejor manera cómo podia yo visitar las posiciones conquistadas, si bien aconsejándome que no me espusiese al intensísimo frio de la cima de Oricain, y me espidió, sin yo solicitarlo, un salvo conducto para que los puestos avanzados no me impidiesen el paso. Concluido este rato de descanso, para mí doblemente agradable, por las atenciones de que fuí objeto y por el calor de la lumbre, deshice parte de lo andado, tomando una carretera que se ramifica con la antedicha, y alejándome de Pamplona me dirigí al pueblo de Huarte, que guarnecian cuatro baterías de artillería y los regimientos de infantería de marina y el de Gerona, cuyos dos últimos cuerpos ocupaban alternativamente, con relevo diario, el pueblo y monte de Arzuza. El pueblecillo de Huarte, situado á la

---

do tuvo que neutralizar la mala direccion. Al general Quesada se le concedió luego el título de marqués de Miravalles, que es el sitio en que hubo menos lucha, porque el enemigo lo abandonó. Hubiera podido concedérsele el título de marqués de Oricain, que es en donde se luchó sériamente; verdad es que aquella posicion hubimos de abandonarla, despues de conquistada, lo cual prueba ó que no supimos conservarla ó que no debia tomarse. Sentado esto, ¿quién duda que se prescindió del título de marqués de Oricain, por temor al sarcasmo?

entrada de dos ó tres valles, con el rio que lame sus casas, sobre el rio un puente, junto al puente un molino y con algunas viviendas en forma de anfiteatro, por la configuracion del terreno trae á la mente esos paisajes seductores, impregnados de sencilla poesía, que nos presenta Trueba en sus cuentos.

A medio kilómetro de Huarte, con direccion á Pamplona, en un punto elevado de la carretera, hay un templete llamado el Calvario, en cuyo centro resta el zócalo de una cruz: los carlistas tenian fortificado este punto y les servia de avanzada.

Villaba, Huarte, como Arzuza y demás pueblos vecinos, son hijos de las posiciones que los dominan, y están siempre, por lo tanto, en poder de los dueños de las posiciones. Veamos las de la izquierda del pueblo de Huarte: tomando por punto de partida la ermita del Calvario, empréndese una vereda que conduce al cerro de Miravalles: la vereda en cuestion flanquea el cerro por la falda y comunica con otras veredas del lado opuesto; de suerte, que para servirse de esta, precisa perder mucho tiempo en un descomunal rodeo. Preferí, pues, abandonar la vereda y escalar el monte por un sendero que me pareció de fácil acceso. Iba yo solo, sin guia; paisano no se ve uno por estos campos, que el que no está en armas trabaja en las fortificaciones de liberales ó de carlistas. Así sucedió que á la mitad de la subida perdí el sendero y solo á fuerza de trepar por escarpadísimas breñas, abriéndome paso á través de espesos zarzales, resbalando aquí con una piedra, tropezando allá con una roca puntiaguda, conseguí llegar, sabe Dios cómo, á la cresta de la estratégica posicion; llegada que compensó con creces mis deseos y remuneró suficientemente mis fatigas.

Ligerísima reseña bastará para dar idea al lector de lo que es el cerro de Miravalles. Domina tres carreteras y dos rios. Están al alcance de sus fuegos cinco pueblos; y un cañon enfilado desde allí sobre Pamplona, sobra para la capital. Construyeron en él los carlistas una escelente batería acasamatada de tres troneras, con frente á Pamplona y á la carretera del Baztan. Por delante de la batería una línea de trincheras servíales de foso. En la parte in-

terior de la batería hicieron una plazoleta perfectamente nivelada, sobre la cual movian, en la direccion que estimaban oportuna, el único cañon que desde Miravalles hostilizaba á Pamplona.—Al abrigo de los fuegos de la plaza y en el lado posterior del cerro, edificaron tambien dos casuchos, que debieron ser sus guaridas, almacenes de municiones y víveres.—En las excavaciones que practicaban los ingenieros liberales para construir allí un buen fuerte, descubríanse fragmentos de un muro de piedra labrada, lo que hace creer que antiguamente existió en el mismo sitio alguna otra fortaleza.

Las gentes del país conocen esta altura por el nombre de Monte Izurzun. Las tropas, al tomarlo, y á fin de no confundirlo con otra posicion nombrada Irurzum, que es la llavè del valle de la Solana, la han apellidado con su genuina y propia denominacion: Miravalles, que le cuadra bien por todos conceptos. Alguien ha dicho que el tal nombre era invencion de nuestras tropas: lo que yo puedo afirmar es que en un plano del sitio que en el año 23 pusieron los franceses á Pamplona, consta marcada la susodicha posicion, tenida ya entonces por importante, con el nombre de *Saint Michel de Miravalles;* y es, en efecto, tal nombre el que mas claramente explica su bella situacion, que no alcanzo á describir, porque para ello se necesita ser pintor, mojar la pluma en la paleta de Teófilo Gauthier ó poseer la gráfica verbosidad de Amós de Escalante.

Luego que hube dado término á mi visita, descendí al valle por la sinuosa rampa artificial por donde subieron los carlistas su cañon y sus provisiones de boca y guerra; y siguiendo, á través de cultivados campos, la senda trazada por las pisadas de la tropa, emprendí la escursion al cerro de Oricain. A una legua de camino, poco menos, llegué á las avanzadas liberales de la parte Oriental. Detúveme allí, y de pié junto á la fogata de los centinelas, pude observar á mi sabor el reducto tomado á los carlistas y el campamento. Destruyendo estábanse las admirables obras de fortificacion improvisadas por aquellos, en menos de quince dias, trabajando apenas mas que de noche, pues los fuegos de Pamplona les hostilizaban durante

el dia.—Los carlistas habíanse corrido hácia los montes de Soraure, y con claridad pude ver sus mas inmediatas posiciones, que distaban de las nuestras un tiro de fusil. Con el auxilio de los anteojos, y aun á simple vista, veíaseles moverse y agitarse en torno de algunas de las humaredas que coronaban el monte á guisa de penacho. Algunas veces solian dirigir pullas á nuestras avanzadas. «¿Quereis leña para calentaros?» les decian. «¡Ya os la daremos nosotros!» contestaban los nuestros. El otro dia vociferaban: «¡Ya lo veis! ¡Nosotros tenemos carne abundante y vosotros no comeis mas que tocino!» Oricain es mas elevado que Miravalles y mas frio. Son dos posiciones que, bien defendidas como fueron, sobre todo la primera, suponen gran bravura en los que conquistarlas lograron.—En el cerro de San Cristóbal, el mas alto de todos, bien que no el mas importante, como lo atestigua el que no opusieran en él resistencia los carlistas, igualmente acampaban las tropas: los reductos de San Cristóbal han sido conservados y perfeccionados. Otro campamento, creo que con dos compañías, se habia establecido en Ezcaba, una de las estribaciones de dicho monte, al estremo del puente de Villaba.

Mientras por la noche, al calor de la chimenea, redactaba las impresiones del dia, empezó á caer una copiosa nevada. Causábame frio, á pesar del chisporroteo de los tizones, ver los copos de nieve cayendo pausados y contínuos por frente los cristales de mi ventana; pero causábame mas frio recordar al pobre soldado que, envuelto apenas en una manta, fusil al hombro, oido atento y ojo avizor, destacaba su negra silueta en los reductos de Monte Esquinza, sobre las duras peñas de Lumbier, ó en las empinadas crestas de Miravalles, Oricain y San Cristóbal.

Campamento de Arzuza: saliendo de Huarte, y siguiendo mas de un kilómetro por la carretera, descúbrense, á la izquierda de la misma, los altos de Arzuza. Para llegar á este pueblo, desde el camino real, precisa caminar unos tres cuartos de hora, por accidentadas sendas, ya húmedas hasta el punto de que los piés se encharquen en ellas, ya formadas en la resbaladiza roca, ya

abiertas entre los guijarros. El pueblo no tiene mas que diez ó doce casas. Las tiendas de campaña estaban puestas en la vertiente Sur, fuera de los tiros facciosos. En la cumbre guarecíanse las tropas tras un pequeño reducto, y una línea de centinelas mantenia la comunicacion con los otros tres cerros. Hé aquí las fuerzas que hallé acampadas: el primer batallon del primer regimiento de infantería de Marina, aquel mismo que tan alta puso su bandera en las jornadas de Galdames y Muñecas; un batallon de infantería (Sevilla), y diez caballos. A medio tiro de fusil notábanse las posiciones enemigas: separábalas de nosotros un pequeño barranco. Veinte ó veinticinco carlistas echados al suelo y envueltos en sus mantas, contemplaban muy tranquilos las avanzadas liberales. En lo mas elevado del monte, paseábanse centinelas: á veces aparecia uno por las alturas contiguas y volvia á ocultarse; tan de cerca los observábamos, que por medio de los gemelos podíamos distinguir perfectamente sus fisonomías. Varios, al parecer, francos de servicio, aproximáronse un poco mas, y por el diálogo que con ellos sostuvimos á voces, sacamos en deduccion que eran alaveses.—Satisfecho plenamente de mi escursion, y muy agradecido á la amabilidad excesiva de los oficiales de marina, que me atendieron y obsequiaron hasta donde les fué posible, regresé al anochecer á Pamplona.

Detúveme algunas horas en Noain, al salir nuevamente de Pamplona, que ha dejado impresos en mi corazon recuerdos gratísimos. Noain es un pueblecillo situado en lo alto de una loma, por cuya base corre un riachuelo, á la entrada del valle que toma el nombre de la capital de Navarra. El bizarro brigadier Contreras lo ocupaba con su brigada de caballería.

Embanastado en un viejo vehículo, que pomposamente se titulaba coche-correo, continué mi viaje á Tafalla, en cuya plaza de la Constitucion descendí, con seis horas de viaje sobre mi cuerpo, y sin mas nutricion en el estómago que un trozo de pan negro y un plato de aluvias, único regalo que pude conseguir en la famosa Venta de las Campanas. El frio era intensísimo. En el Carrascal ví algunos centenares de acémilas cargando leña, por cuenta

de la Diputacion foral, que con ese arbitrio atiende al sostenimiento de su milicia.

Tipo legendario de la guerra civil, es el célebre contraguerrillero Tirso Lacalle, conocido vulgarmente por el *Cojo de Cirauqui*. Departiendo con él, á menudo, en Pamplona, tuve el gusto de apreciar las escelentes dotes de su trato personal. Apuntaré tan solo algunos rasgos capitales de su fisonomía.

Era Tirso Lacalle capitan de voluntarios de su pueblo natal, Cirauqui, en ocasion del último ataque de los carlistas. Sabido es que de los treinta y dos voluntarios que sostuvieron la defensa, diez y siete murieron fusilados inhumanamente despues de rendirse, y el resto sucumbió durante la accion. Tirso Lacalle pudo esconderse dentro de una cuba, y allí permaneció tres dias y tres noches sin probar alimento, mientras los carlistas habitaban la misma casa en que él se hallaba oculto. El teniente de la fuerza, que hoy es jefe de la contraguerrilla, salvóse detrás de una cortina de la iglesia, en cuyo escondite recibió tres ó cuatro bayonetazos por parte de los facciosos que pasaron á reconocer el local.—Tan luego como Tirso, casi por milagro providencial, se vió libre, juró vengarse de su derrota y juró vengar la sangre de sus valientes compañeros de defensa. Desde entonces data su celebridad. Púsose al frente de una contraguerrilla que organizó con muy pocos hombres, y que, aumentando con el tiempo su personal, ha venido á ser el terror de los carlistas.—Actualmente cuenta con ciento treinta individuos de á pié y cincuenta de á caballo, todos bien uniformados y equipados, si bien el descuido con que llevan el traje y la manera especial con que cumplen su deber, evidencian el orígen y el espíritu de esos hombres, en quienes la instruccion militar es suplida con creces por el valor, por la osadía y por el deseo de esterminar al enemigo. El Cojo de Cirauqui raras veces da cuartel. Pierde la cuenta de los facciosos que han caido bajo su sable ó mordido el polvo bajo los tiros de sus guerrilleros. Estos mismos reconocen cuán suficientemente vengados están ya los infelices voluntarios de Cirauqui.—Tiempo atrás intentaron los carlistas una sorpresa sobre la contraguer-

rilla del Cojo, que muy descansada pernoctaba en Biurrum. Cuatro batallones cercaron el pueblo; pero apercibiéronse á tiempo los atacados é hicieron con el enemigo la mayor de las carnicerías. Mas de cincuenta hombres quedaron tendidos por las calles del pueblo. Los del Cojo tuvieron escasísimas bajas. Tal accion, que puso muy alto el arrojo y la bravura de Tirso, valió á este el empleo de comandante de ejército. Cuando sus amigos le preguntaban si no habia matado aun bastantes carlistas, contestaba: «Todavía me faltan diez y siete,» aludiendo á las víctimas arriba mencionadas.

En una de mis cartas dije: «Nuestras tropas le quieren y admiran. He oido decir á un oficial general, que Tirso habia empezado su campaña con mejores auspicios que Zurbano, y que, de no decaer, seria el primer contraguerrillero de la Península. Conoce como nadie el secreto de las sorpresas. No tiene demarcacion señalada; opera donde se le antoja y corre á donde le conduce su perspicaz instinto.»—Por lo demás, en sus cualidades personales es modestísimo; poco amigo de que se ocupen de él, despidió cortesmente á todos los fotógrafos que se ofrecieron á retratarle. Tan feroz é implacable al frente de su fuerza, en sociedad es un modelo de educacion y buenas formas. A pesar de que cojea un poco de la pierna derecha, monta admirablemente á caballo, y figura entre los mejores jugadores de pelota, ejercicio corporal que está muy en relacion con lo fornido de su muscalatura y con lo robusto de su fuerza.

Volví á pasar el Ebro, tomando la direccion de Logroño. Esta vez, al pésimo servicio de los trenes y á la eterna barca de Castejon, habia que añadir la nieve. Al partir de Calahorra mejoró el tiempo. En la pátria clásica de los pimientos, la estacion hallábase á escombros reducida; fuerzas del ejército y voluntarios guarnecian todas las estaciones.

Las tropas que habian operado en Navarra, bajo las órdenes del general Quesada, decidióse por el gobierno que pasaran á las Vascongadas, formando el Ejército de la Izquierda. Ese movimiento se inició en los primeros dias de diciembre. Urgía dejar el campo libre al Ejército

pacificador de Cataluña, que con la denominacion de Ejército de la Derecha, disponíase á operar en Navarra, y confirmar allí las esperanzas que en su denuedo habia depositado el país.

II.

La Rioja á vista de pájaro.—Logroño.—Visita al príncipe de Vergara.—Las descubiertas de la contraguerrilla.—Hospitales.—Telégrafía óptica.

Logroño pertenece al número de las poblaciones que forzosamente han reportado ventajas de la guerra. Su situacion lo explica. No describiré aquí el interior de la capital, como lo hice en mis cartas. La obligada concision que me he impuesto, permíteme solo describir los alrededores. Tomemos, por observatorio, una de las torres del hermoso templo que llaman la Redonda. Tiendo la vista por el espacio, y alternativamente paséanse mis miradas por tres provincias diferentes: Logroño, Alava y Navarra. Mentalmente hay que apuntar los límites, que la naturaleza no ha marcado, y que con puntitos ó rayas de color se señalan en el mapa. Mirando hácia el lado del puente sobre el Ebro, parten de Logroño tres caminos que á eso de un kilómetro de distancia dejan de ser castellanos; el uno entra en territorio navarro y conduce á Viana, Los Arcos y Estella. Los otros dos penetran en pais vasco, conduciendo respectivamente á Oyon y Laguardia. Es decir, que en la afluencia de las tres provincias á orillas del Ebro, Logroño es el último pueblo de Castilla, (Rioja Castellana), Oyon el último pueblo de las Vascongadas, (Rioja Alavesa), y Viana el último pueblo de la Navarra. Las ventajas y las escelencias de la situacion de Logroño, bajo cualquier concepto que se considere, son imponderables. La nevada línea de montes mas cercana, en donde se asientan el pueblo y el castillo de Poblacion, lleva el nombre de cordillera de Cantábria y dentro de ella está el condado de Treviño. Las últimas estribaciones de esta cordillera, en direccion NO., indican el asiento de Santa Cruz de Campezu. Miremos

al lado acá del rio, esto es, á Castilla: el Ebro, muralla impuesta por la naturaleza, sírvele de plateado marco; tienen, en esta direccion, su punto de partida, varios caminos que van al interior. El primero, empezando por la derecha, puesto el observador de espaldas al Ebro, es la carretera de Fuenmayor, Haro, Casalareina y Miranda; el segundo llega hasta Nájera; el tercero es la carretera de Madrid; el cuarto pasa por Villamediana, nombre célebre en nuestro Parnaso y en la historia de los cortesanos galanteos, por muy cerca de Clavijo, y termina en Ribafrecha; el quinto, de gran importancia comercial antes del ferro carril, sigue la propia direccion que este y el Ebro, internándose en Aragon despues de atravesar comarcas tan ricas como las de Calahorra, Alfaro y Tudela; y al buscar con mi vista errante, á través de los cerros, el verde esmeralda de las huertas calahorrenses, paréceme estar viendo la histórica Arnedo, y no lejos de ella las blancas casitas del lugar de Quel, cuna del príncipe de la comedia, del insigne Breton de los Herreros.

Supongo que se habrán derribado ya las fortificaciones que á la sazon se improvisaron por la defensa de Logroño. Consistian aquellas en algunos reductitos, una sencilla tapia, y diferentes casas aspilleradas. La única fortificacion un poco séria era el reducto del puente. ¿Por qué no se ha pensado en construir un fortin sobre el cerro de Cantábria?

. . . . . .

En la plaza de San Agustin, de Logroño, frente á la iglesia, se levanta una casa de dos pisos, de apariencia severa, sencilla arquitectura y construccion antigua. No hay en la puerta ni un ordenanza, ni una guardia de honor, ni lacayo alguno de galonada librea; y sin embargo, aquella es una residencia que se honran con visitar monarcas y príncipes; allí acuden á tributar sus saludos á un venerable anciano los generales en jefe antes de tomar la senda de los triunfos; allí confluyen las miradas de la España toda, cuando se trata de invocar la mas pura de las modernas glorias nacionales; porque en aquella mansion modesta vive un gran hombre, vive el patriarca del partido liberal español, el mas ilustre de

nuestros veteranos, el mas respetado de nuestros compatriotas, el mas popular de nuestros generales, el esclarecido don Baldomero Espartero.

Pasado el ancho portal de la casa, encuéntrase otra puerta, sin esquisitas labores y con tosco picaporte de hierro. Llamad, y os saldrá á abrir un criado, por cuyo traje no adivinareis ciertamente que esté al servicio de principal persona. Ya en el vestíbulo, una escalera, desnuda de alfombras, con humilde pasamanos y que partiendo del centro se divide, á los pocos escalones, en dos tramos, os conducirá á las habitaciones particulares del duque. A la estremidad del tramo derecho, una puerta da ingreso á un recibidor, y en este, tras un portier, que no espereis que siquiera os levanten, descubrireis la estancia en que de ordinario habitan los dueños de la casa. Cuando me anuncié, la duquesa leía precisamente una de mis últimas correspondencias en *La Crónica*, de la cual, segun parece, es habitual lectora. Ocupaba el duque un sillon junto á la chimenea, y á su izquierda, frente á un balcon con vistas á jardines y á entrambos lados de una mesita de costura, tenian asiento la duquesa y una bella y simpática jóven como de quince abriles.—Tanto el duque como la duquesa me tendieron la mano con la mayor afectuosidad y me brindaron cariñosamente asiento antes de dejarme espacio para llenar las debidas fórmulas de cortesía. Mucho he oido encomiar la afabilidad, la llaneza de carácter, la buena conversacion del duque de la Victoria; pero puedo atestiguar que cuanto se dijo en encomio de tales prendas, es poco. Don Baldomero Espartero las posee hasta el mas alto grado. Hablóme mucho de Cataluña, y por lo que tratamos de recientes hechos, comprendí que sigue con atencion el hilo de los acontecimientos que se suceden en el Principado. Recordando la pasion que siempre han sentido hácia él los catalanes y las inequívocas pruebas de afecto que les debe, describióme la triunfal ovacion que obtuvo en Barcelona, treinta y cinco años há, despues de la victoria de Berga. Dióme á entender el inmenso júbilo que le produjo la noticia de la pacificacion de Cataluña: cree que esta sabrá aprovecharse de las ventajas de la paz, y que con ella muy pronto recu-

perará lo perdido en estos últimos años de permanentes trastornos. Un catalan de nacimiento no se espresaria acerca de Cataluña en términos tan significativos como el héroe de Luchana. Preguntóme con singular interés por personas, algunas de ellas muy queridas mias, residentes en Barcelona, lo que me probó que ni el tiempo ni la edad borraban en él el recuerdo de añejas amistades. Me habló, en fin, de todo lo que capaz es de halagar el amor propio de los hijos de Cataluña. Y por último, al despedirme, me dijo: «Trasmita usted á la prensa liberal de »Barcelona mis felicitaciones por sus esfuerzos en pró »del restablecimiento de la paz, y manifieste á los indus»triosos catalanes la gratitud inmensa y el cariño con »que correspondo á sus infinitas pruebas de simpatía, y »dígales que nunca he tenido otro anhelo que ver cimen»tados sólidamente el bien y la ventura de mi patria.»

Estas frases, testuales, dichas por el veterano encanecido en los triunfos, llenáronme de consuelo en medio de los grandes motivos que tiene uno en este país para vivir desconsolado. Aunque algo resentida su salud, por consecuencia de los crudos frios, encontrábase ágil y con excelente fisonomía. No es comun su robustez en los que, como él, han pasado una vida de azares y fatigas. Lo que mas me admiró fué la perfecta lucidez de sus facultades intelectuales. Para aquella inteligencia no han transcurrido los años, como tampoco han transcurrido por aquel corazon.—La duquesa de la Victoria, señora respetabilísima y por todo estremo simpática, tan amable como inteligente, encanta tambien por la dulzura de su trato, por la distincion esquisita de sus maneras y por la discrecion de sus palabras. Su aficion á la lectura de los periódicos de Barcelona, la acreditaria, si otras pruebas mas elocuentes no hubiese dado de ello, de estimar las cosas y los recuerdos de Cataluña.

La habitacion en que me recibió el duque es una pieza rectangular, de buenas dimensiones, sencilla, pero esmeradamente alhajada. La modestia impera sobre el lujo en todos los detalles de esta casa. En el centro de la estancia, una mesa de billar, cubierta con funda verde, y encima de ella, una media docena de *pepinillos* de diferen-

tes calibres, que suelen servir de floreros. Fuera de la elegante chimenea de mármol, contigua á la cual hallábase el duque, y de un piano vertical, no ví en la habitacion ningun otro mueble digno de mencionarse. Entre los cuadros que lo adornan, figura en lugar preferente un grupo fotográfico de los señores que componen la comision barcelonesa de festejos en honor del duque.

. . . . . .

Por aquel tiempo, el habitante de Logroño que hubiese osado pasear por las afueras, hácia la opuesta orilla del Ebro, corria inminente riesgo de caer en manos de los facciosos. Diariamente salia en dicha direccion, á verificar la descubierta, una contraguerrilla de caballería. El 8 de diciembre, al clarear el alba, uníme á la contraguerrilla. El soberbio puente de fábrica que cruza el Ebro, estaba fortificado en su entrada por un reducto, con tres piezas, y en su salida por un baluarte, que casi siempre guarnecen los carabineros. Enfila con el puente la carretera de Viana, la cual, á medio kilómetro tuerce en sentido diagonal. Emprendimos por ella la escursion; y en el punto en que se desvia de la línea vertical, subí con cuatro hombres por la estribacion del cerro de Cantábria, que allí empieza, estendiéndose con direccion á la capital, hasta tocar con uno de sus estremos á la orilla misma del Ebro, junto al cercado del Campo Santo. Dichos cuatro hombres, mientras el resto de la fuerza daba una vuelta por los campos vecinos, subian al cerro cada dia para descubrir la deliciosa llanura que se estiende á los piés del mismo, y que aquel oculta á las miradas de los habitantes de Logroño. No vimos ser humano, ni mucho menos ningun *piojoso*, como llaman los contraguerrilleros á los carlistas, en toda la estension de huertas, viñedos y jardines que se abarca desde la espresada altura. Mas ya que no tuve el disgusto de ver al enemigo, contemplé las posiciones del cerro en que emplazaron los carlistas las baterías con que cañoneaban á Logroño, dos de las cuales, las mas próximas al rio, fueron desmontadas á los primeros disparos.

La elevacion del Cantábria es escasa: su situacion, muy apropósito para mantener en jaque á Logroño. A

la derecha del horizonte, percíbense distintamente las formidables posiciones de Monjardin y Montejurra. En frente, á tiro de fusil del cerro, está el pueblecillo de Oyon, por cuyas lomas solian atisbar los carlistas las fuerzas que entraban y salian de Logroño. Hasta ese pueblecillo, conjunto de media docena de casas sin nada de particular, llegué despues con la contraguerrilla. Detrás de Oyon levántase un elevado cerro, en el cual medio ocultos entre la nieve, de la que se destacan como manchas negras, existen varios pueblos.

Los carabineros están muy orgullosos con la custodia del puente, que consideran vinculada en ellos. La antigua caseta del resguardo fué incendiada por los carlistas en 1871, que se atrevieron á llegar á ella cuando una memorable crecida del Ebro obligó á los carabineros á concentrarse en el reducto del otro estremo. En una de las tempestuosas noches de diciembre, llegaron los facciosos al pié del baluarte, y se presume que penetraron en el foso á juzgar por las pisadas en el fango que á la mañana siguiente se descubrieron. En un camino, que corre á la márgen del Ebro, notáronse tambien huellas de herraduras. Era una noche oscurísima. No obstante, á pesar del gran ruido que hace el agua al chocar contra los estribos del puente, percibió la guardia ciertos rumores estraños y permaneció toda la noche sobre las armas y junto á las aspilleras. Logroño debe gratitud á los que así la han librado de las intentonas enemigas.

Visité, antes de partir, el hospital militar, instalado en el antiguo seminario, en el cual ví 400 camas ocupadas por otros tantos heridos y enfermos; y el civil, habilitado tambien por el ejército: es un magnífico edificio de moderna y elegante construccion, con grandes condiciones higiénicas, y sito en la márgen del Ebro. Consta de 12 espaciosas y bien ventiladas salas, llenas á la sazon de heridos y enfermos del ejército y paisanos. La mayoría de los heridos procedia de las acciones de Lumbier, Peñacerrada y Bernedo.

Una escuela de telegrafía óptica, bajo la direccion de un oficial del ejército, existia en el cuartel de Carmelitas. De allí salian instruidos los destinados á las torres óp-

ticas, que tan importante papel desempeñaban. Sobre las ruinas del antiguo cuartel de caballería, contiguo al puente, una torre comunicaba con otra, emplazada en el alto del Cortijo, y esta á su vez, con la de la Guardia, cuyo punto relacionábase, por aquel sistema, con Peñacerrada, Haro y Miranda.

III.

Haro.—Grandes nevadas.—Paso por las Conchas.—Miranda de Ebro.—El hospital de la Cruz Roja.—Fortificaciones de Miranda.—Como murió el general carlista Carnicero.

La guerra convirtió en depósito y escuela de quintos á la liberal ciudad de Haro, lo que, unido al paso constante de tropas, producia en ella una desusada animacion. Llamáronme la atencion, en Haro, los paseos. El de la Veja, llamado así por pasar junto á la ermita de la Vírgen de la Veja, ocupa una situacion agradable y pintoresca.—Con el objeto de saborear un panorama nevado, superior á toda descripcion, escalé una colina que á espaldas de la ermita se alza. La helada terrible de la noche anterior habia endurecido la nieve y tornádola resbaladiza, en términos que no me hubieran venido mal unos patines.

Haro está escalonado en forma de anfiteatro: al N. festonea el valle la tierra de Toloño, que da nombre á una Vírgen de bastante celebridad en la comarca; y en la falda de la sierra se distinguen claramente los pueblos de Briñas y Labastida, guarnecidos ambos por fuertes destacamentos liberales. Hácia el E., mas separado de la sierra, el pueblo de San Vicente, sito en la raya de Castilla y Alava, pueblo fortificado, sin mas guarnicion que una pequeña fuerza de voluntarios, los cuales supieron oponer tenaz resistencia á los carlistas cuantas veces osaron estos atacar el pueblo. Los voluntarios de San Vicente, como defensores constantes de una posicion que es uno de los baluartes de la Rioja, merecerian que se les otorgase alguna recompensa. Una faja negra destacábase y

serpenteaba sobre la nieve al otro lado del Ebro y avanzaba en direccion á la sierra: era el batallon de la reserva de Logroño que habiendo salido á primera hora de Haro dirigíase al pueblo de Avalos. Haro tiene sobre el Ebro el puente de hierro del ferro-carril y un puente de fábrica de muy esbelta construccion. El Ebro atraviesa el llano de un estremo á otro del horizonte, entre dos hileras de olmos. Hácia el O. interrumpe la tersa blancura de estos prados un grupo de casas; es el pueblecillo de Anguciana. Hácia el SO. apenas distinguen los anteojos, allende los cerros, la importante villa de Casalareina, y corre en la misma direccion la carretera de Santo Domingo de la Calzada. ¡Qué caprichosos paisajes forma la nieve! ¡Cuán grande es la elevada y escabrosa sierra de Toloño, convertida en un terron de nieve, y cuán hermoso es Haro, con su fortin, que parece desafiar á la sierra, y recostándose en un blanco cerro, con los piés sobre una inmensa sábana de blancura incomparable!

El camino de Haro á Miranda no ofrecia novedad particular. Tropas destacadas en Salinillas, Las Conchas y Zambrana vigilaban la carretera. Desde Las Conchas, por espacio de muchos meses, estuvieron disparando los carlistas diariamente sobre los trenes, con universal escándalo. Es el paso de Las Conchas—algo semejante al de las Dos Hermanas,—una garganta cortada verticalmente por el Ebro, de suerte que la cortadura no presenta mas ancho que el lugar preciso para el rio, que por allí pasa muy angosto, y la carretera. La configuracion de esos dos promontorios es original. Dueños los carlistas de aquellos peñascos, lo eran tambien de la carretera, y contaban además con la retirada segura.

Miranda de Ebro, como la mayor parte de las poblaciones importantes de la márgen derecha del rio, goza de una situacion inmejorable. Su perímetro de poblacion es bastante estenso. El Ebro la atraviesa por mitad, dividiéndola en dos partes, que se comunican por un sólido puente de sillería. La parte izquierda, llamada barrio de aquende, es la mas moderna, y conjeturo lo antigua que debe ser la otra parte, cuando en la que pasa por moderna existe una antiquísima iglesia, la de San Nicolás, cuyo

ábside y altar mayor son bizantinos. Sus calles, por lo general, súcias y tortuosas, escepcion hecha de algunas del barrio moderno. Y si son súcias no sé de quién es la culpa, porque el Ebro está brindando contínuamente con abundante agua para baldearlas, y alguna que otra vez, sin duda por corregir el descuido del municipio, se ha tomado dicho trabajo por su cuenta.—El secretario del municipio, don Francisco Arenas, tuvo la amabilidad de ponerme de manifiesto las preciosidades que encierra el archivo municipal, testimonio fehaciente de la gran importancia que alcanzó Miranda en otro tiempo y de las consideraciones que le dispensaban los monarcas.

A un estremo de la poblacion y á la derecha del Ebro, un edificio aislado, puesto á los cuatro vientos, es el hospital de sangre habilitado por la seccion central de señoras de la *Cruz Roja*, que funcionaba desde 24 de mayo del año 1874, bien que por resultado de ciertas diferencias con la Sanidad Militar, se disolvió á los pocos dias de mi visita. Las salas del Hospital eran ventiladas y espaciosas, y en caso de necesidad hubieran bastado para 200 camas. Cada una de las salas tenia su nombre especial: la Concepcion, por recuerdo á doña Concepcion Arenal, la eminente escritora que con su pluma y con su celo tanto contribuyó á la instalacion y al realce del establecimiento; Nuestra Señora de los Angeles, por doña Angela María Perez de Barradas, duquesa viuda de Medinaceli, dignísima presidenta de la seccion de señoras; San Pedro de Alcántara, por el padre capellan, y Santa María, San José y Santa Teresa de Jesús.—A espaldas del hospital y á mucha distancia del mismo, existe el convento de franciscanos, vendido hoy á un particular y ya destinado, en parte, á viviendas. Este convento es un vetusto edificio que no parece ruinoso, y llama la atencion por su esbelta y artística espadaña, que es lástima tenga que desaparecer. En la huerta que circuye el convento, y sobre una altura desde la cual se domina un bellísimo panorama, existe una casita que consta de piso bajo y piso superior; en la pequeña estancia que forma este, recibiendo la luz por una ventana con honores de balcon, es en donde la señora Arenal, entregándose á sus meditaciones y

bebiendo su inspiracion en la soledad del espíritu y en el espectáculo de la naturaleza, escribia las magníficas cartas que con el título de *Desde un hospital* aparecieron en la revista madrileña *La Voz de la Caridad*. De aquella casita, que creo debió ser construida para habitacion del labrador, partieron repetidas y elocuentes escitaciones, que hallando eco en los corazones nobles, volvieron á Miranda convertidas en fardos de socorros para los heridos. De aquella casita partió la única imprecacion lanzada para impedir desgracias entre los que, careciendo de recursos, se esponian en los vagones de tercera clase á ser víctimas de la permanente emboscada de las Conchas.

Con las siguientes frases describí los fuertes de Miranda, en carta fecha 15 de diciembre: «Héme dedicado á lanzar una lijera ojeada sobre las fortificaciones de esta plaza, cuyas importantes obras de defensa, merece consignarse el hecho, han sido dirigidas por quien no pertenece al cuerpo de ingenieros, lo cual es de inmenso valor, atendido el indisputable mérito de dichas obras: han sido dirigidas por el jefe de esta comandancia de carabineros, don Joaquin de la Horga, persona bellísima, tan digna de aprecio en el trato social, como inteligente y apto en todas las cuestiones relativas al arte de la guerra. La principal defensa de la plaza es el castillo, de orígen añejo, enclavado en una eminencia considerable del estremo del barrio derecho de la poblacion; de suerte que para llegar á sus fosos, viniendo de Alava, precisaria vencer primero el barrio moderno, empresa no muy fácil; vadear despues el Ebro, pues es de suponer que los defensores de la plaza, al retirarse del barrio primitivo, volarian el puente; y por último, tomar aquel barrio, si es que álguien tuviese valor para meterse en un callejon que podria resultarle sin salida. Está el fuerte artillado con siete piezas, una de ellas del tiempo de José Napoleon (Pepe Botella), y guarnecido por un destacamento que diariamente se releva. Sus fuegos, como los que parten del recinto aspillerado de la poblacion, crúzanse con los fuegos de los fortines de Santa Cruz y Santa Lucía, y con los de los *blockaus* y casamatas blindadas con rails del ferro-carril, colocados en diferentes puntos estratégicos del llano. El

gobernador del castillo, señor Camacho, atiende con prolija solicitud á todas las exigencias del servicio, por penosas que sean.»

El polvorin del castillo, que es una bóveda subterránea, al fondo de la cual penétrase por una recta y angosta escalerilla, fué, durante la guerra civil pasada, prision del general carlista Carnicero, célebre en los fastos de nuestras luchas por sus crueldades y sanguinarios actos. Cuéntase que, al ir á pasar el puente de Miranda con el fin de incorporarse á su division, por mas que iba disfrazado de arriero y llevaba las mejillas vendadas con un pañuelo, álguien le reconoció y le delató á la autoridad competente. Identificada su persona, y conducido el absolutista jefe á la lóbrega y triste cueva que hoy sirve de polvorin, á los pocos dias subió la recta escalerilla, que fué para él la escala del cadalso, pues la subió para ser fusilado inmediatamente dentro de los mismos muros del castillo.

IV.

Recuerdo al infortunado general Ceballos Escalera.—Un episodio de la vida del duque de la Victoria.—Provisiones para el ejército.—El *Palentino*.—La contraguerrilla de Jorge Gordejuela.—Los conspiradores en Miranda.—Importancia de Miranda de Ebro en la guerra carlista.

En la plaza de la villa, en Miranda, frente á la casa consistorial, notable esta por su capacidad y por su escalera, se levanta una construccion antiquísima, casa solariega de los condes de Berbejana, que viene habitando el administrador de las propiedades que los mismos poseen en la provincia. Los hachazos de los asesinos del general Ceballos Escalera, son esplicacion de las hendiduras que se advierten en la puerta de entrada del viejo palacio. Para recordar este episodio histórico, es preciso que nos remontemos á la pasada guerra civil de los siete años.

Residia el general Ceballos Escalera en Miranda de Ebro, alojado en la referida casa, cuando por cuestion de atrasos cundió la insubordinacion entre las fuerzas que estaban á sus órdenes. Al descontento sucedió la murmu-

racion, á la murmuracion el ódio, al ódio la sed de venganza; y los que pidieran simplemente las pagas que se les debian, llegaron á pedir, á voz en cuello, la cabeza del general. Una mañana, el batallon mas singularizado en tal sentido, ocupó las avenidas y boca-calles de la plaza de la villa, en actitud hostil. Los soldados iban armados, no ya con sus fusiles, sino con hachas y machetes. Como sucede á un rio desbordado que empieza á rugir sordamente, y despues se encrespa, sale de madre y todo lo devasta, los soldados sublevados, dando creces al alboroto, llegaron á manifestar muy á las claras que venian á poner término á la existencia de su general.

Y entre tanto, el resto de la guarnicion, que solo asomando la cabeza hubiera cortado los bríos á los insurrectos, permanecia pasivamente encerrada en sus alojamientos. El sargento que mandaba la reducida fuerza que daba la guardia al general, cerró la puerta del palacio de Berbejana y dispúsose á resistir leal y heróicamente el ataque de aquellos desalmados.

El administrador del conde, advertido del peligro, presentóse al general y le dijo:—«Conozco todos los secretos de esta casa, y puedo ofrecer á usted medio seguro de salvacion.»—«¡Imposible! el honor militar y la tranquilidad de mi conciencia me impiden aceptar esta oferta.» Y colocándose la banda de Cárlos III, ceñida la espada, salió en zapatillas, tal cómo se encontraba, por la escalera que á la calle conducia. Llegado que hubo al estremo del primer tramo, el sargento de guardia se abalanzó, le abrazó las rodillas, y gritó en tono suplicante:—«Mi general, está V. E. perdido: retírese, por favor, que yo, con mis soldados, sabré hacerme fuerte y defenderme hasta lo último.» Sendos hachazos resonaban en la puerta. Una gritería infernal atronaba los ámbitos de la plaza.—«¡Atrás! esclamó el general desenvainando la espada, que en seguida volvió á envainar: déjame el paso libre y abre al momento esa puerta.»—El sargento, confuso y atortolado, hubo de creer que con este acto de energía se salvaria el general, y obedeciendo sumiso sus órdenes, corrió á abrir la puerta. La soldadesca, frenética y embriagada, precipitóse acto contínuo sobre el general, y en breves

instantes fué este materialmente descuartizado en el umbral mismo de la puerta.

Temió la poblacion que despues de este atroz crímen, entregaríanse los asesinos á los mayores escesos, y la primera idea de la autoridad fué impedirlo, aparentando atenuar á los ojos de aquellos la gravedad del hecho que se acababa de perpetrar. Los vecinos habíanse cerrado en sus casas. Todos los establecimientos estaban cerrados. Inmediatamente la autoridad mandó abrir de par en par las tabernas, con órden de que en toda la noche no se cerrasen. La tempestad disipóse.

El batallon asesino fué destinado á operaciones á la Mancha, y durante medio año portóse con una disciplina inmejorable y observó una ejemplar conducta. Pasado este tiempo, el general Espartero mandó que se incorporase al ejército del Norte el referido batallon.

Un dia circuló por Miranda la nueva de que Espartero acercábase con cerca de 20,000 hombres. Toda la poblacion acudió á recibir al invencible caudillo. Espartero hizo formar sus fuerzas en la vasta llanura que se estiende frente á la villa en la opuesta márgen del Ebro. Secundado por los demás jefes que con él venian, ordenó una série de evoluciones que el pueblo presenciaba estupefacto y los soldados no comprendian. Al final de ellas, quedaron el batallon asesino y la poblacion toda, encerrados dentro de un formidable cuadro, constituido por el resto de las fuerzas, entre las cuales no faltaban la artillería y la caballería. El general Espartero, con su brioso caballo, empezó á dar vueltas á derecha y á izquierda por el interior del cuadro, examinando uno por uno todos los cuerpos. Los espectadores continuaban agenos á lo que se representaba. De repente, párase el general, y con voz robusta y entonacion subida prorrumpió:—«¡Soldados! Esta noche se me ha aparecido en sueños la sombra de mi compañero el general Escalera. ¡Allí (añadió señalando las tapias del cementerio), está su cadáver! ¡Aquí (señalando el batallon), sus asesinos!»

El efecto que produjo en las tropas y en el público esta corta, pero contundente arenga, es indescriptible. Pocos momentos despues el batallon fué diezmado, y aquellos á

quienes les cupo la suerte, fusilados junto á la venta que hoy está próxima á la estacion, sobre la carretera de la misma, sirviendo, por mas señas, de punto militar avanzado. Así espiaron su falta los que, no contentos con barrenar la disciplina por especioso pretesto, mancharon sus manos con la inocente sangre del general Ceballos Escalera. (1)

Gracias á su posicion, Miranda de Ebro ha sido el principal depósito de las provisiones destinadas al ejército del Norte. Una estadística sobre el particular arrojaria datos estupendos. Tengo á la vista los estados oficiales correspondientes á los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1875, y de los mismos resulta que aquella factoría de subsistencias, á cargo de don Cecilio Gonzalez, suministró en dichos tres meses las siguientes raciones: (2)

	Pan.	Cebada.	Paja.
Octubre.	129,065	35,913'32	24,790
Noviembre. . . .	78,268	14,188'79	9,121
Diciembre. . . .	142,931	276,361'50	18,745
Total de raciones. .	350,264	326,463'61	52,656

Cuando tan respetables cifras solo se refieren á tres meses, y no los de mayor movimiento, calcúlese lo que habrá guardado Miranda en todo el transcurso de la guerra.

A la entrada de Miranda, por el lado de la estacion, se observa un gran edificio de construccion moderna, con balcones y arquitrabes, espaciosos portales, aspecto limpio y esmerado, leyéndose sobre su fachada, en grandes caractéres, el nombre de *El Palentino*. ¿Quién es el que así se titula y de otro título no usa para garantía de su crédito? ¿Qué papel representa en esa poblacion el que

(1) El cementerio de Miranda no tan solo contiene los restos del general Ceballos, sino tambien los de otras muchas víctimas de nuestras contiendas civiles, sin olvidar al jóven y bizarro capitan de lanceros del Rey, señor Torres, muerto en la famosa carga de Treviño.

(2) Las raciones de pan tienen 70 decágramos; las de cebada 6 cuartillos ó sean 6 litros y pico; y las de paja 6 kilógramos.

tan ostensiblemente se anuncia en la pared de la primera casa de la misma? Es un hijo de Palencia que, oscuro y sin fortuna, vino á establecerse en Miranda mas de ocho años hace, y ahora es el primer contribuyente de la villa. Sí; aquel gran edificio y algunos que le son accesorios equivalen al fruto de una vida, llevada con honradez, y consagrada por completo á la laboriosidad y á la economía. Cecilio Gonzalez, á que aludí mas arriba, el *Palentino*, es hoy hombre de un capital considerable, y ni el tiempo ni su prosperidad creciente, bastan á amortiguarle el carácter emprendedor que le caracterizó en sus mocedades y tanto ha contribuido á labrarle una fortuna. Compró una vasta zona de terreno entre el pueblo y la estacion y ya piensa en edificar allí una barriada de lindas casas. Cecilio Gonzalez tiene un amigo, un representante, un *alter ego*, con el cual comparte la actividad y la iniciativa. ¿Quién no conoce en Miranda, ó por mejor decir, en la provincia de Búrgos, á don Julian L. Vigeriejo? No os maraville, en verdad, que secundado por él realice milagros el *Palentino*.

La casa mencionada es un conjunto de dependencias que vienen á convertirla en una especie de falansterio. Hé aquí los destinos que actualmente posee. Café, propiedad esclusiva del *Palentino*, bien montado, con mesas de mármol, perfecto servicio, piano de cola, y con tres departamentos: uno para la gente de porte y oficiales, otro para individuos de tropa y otro para clases y artesanos; —salon de recreo;—fonda;—depósito de harinas de la administracion militar;—oficina de telégrafos;—escuela;—gobierno militar;—comandancia de carabineros;—estanco nacional;—peluquería;—despacho central del ferro-carril;—almacen único en todo el partido de géneros ultramarinos al por mayor;—registro de la propiedad;—gran depósito de alpargatas de Palencia;—viviendas cómodas y desahogadas con 34 vecinos;—caballerizas y cocheras dotadas de un material estraordinario. En las casas de enfrente, tambien propias del *Palentino*, hay establecidos inmensos almacenes de la administracion militar, y hornos de pan en que pueden fabricarse 30,000 raciones diarias. Utilízase, asimismo, la Administracion del

local del teatro, cuya edificacion debe agradecer Miranda al señor Gonzalez, quien sobre ser el propietario de todo, gobierna y dirige la mayor parte de aquellas dependencias.

La casa del *Palentino* era el alojamiento del cuartel general, cuando este residia en Miranda: es el punto favorito de reunion de oficiales, soldados y paisanos; y si alguna diversion se ofrece, allí ha de estar, porque allí radican constantemente la animacion y la vida del pueblo. Las magníficas bodegas y vastos almacenes del *Palentino* hacen que Miranda y su partido no carezcan de nada, sin esceptuar las bebidas mas caras y los comestibles mas delicados. Hombres del temple y carácter de don Cecilio Gonzalez son los que convienen para regir á los pueblos é impulsar sus mejoras materiales y su progreso moral.

Hay otra figura en Miranda, que patentizó sus especialísimas dotes cuando la guerra, y que harto merece le dedique algunos renglones. Me refiero á Jorge Gordejuela, el jefe de la contraguerrilla. Nació Gordejuela en 23 de abril de 1847. Es hijo único de unos honrados labradores y ha recibido una regular instruccion, habiendo cursado dos años la carrera eclesiástica, de que desistió, por no avenirse á sus inclinaciones, que siempre fueron menos pacíficas. En la alternativa de vestir sotana ó labrar la tierra, optó por esto último: á los veinte años contrajo matrimonio; en seguida fué nombrado recaudador de contribuciones; y así continuó, hasta que en 1873, despues de haber empuñado el fusil como miliciano en 1868, pudo realizar lo que constituyera su sueño eterno. Ingresó en la compañía movilizada de Miranda, cuyo capitan era don Santiago Garriga; hizo su bautismo de sangre en la sierra de Vilonañe, y al poco tiempo fué agraciado con la cruz roja sencilla por su comportamiento en la accion de Berguenda y Espejo. Disuelta la compañía en diciembre del propio año, él mismo la reorganizó, siendo elegido teniente por unanimidad, con aprobacion del capitan general. Los innumerables, arriesgados y meritorios servicios que prestó al frente de su reducida tropa, ya operando solo, ya secundando fuerzas mayores, forman una his-

toria interesantísima, plagada de peripecias, cuyo relato llenaria muchas páginas. En octubre de 1874, quedó nombrado, por órden superior, capitan de su compañía. En febrero de 1875 protegió el paso del tren real por las Conchas de Haro, y luego lo franqueó á las autoridades de Logroño. La accion de Quintanilla y la sorpresa de Nanclares le valieron dos cruces rojas de primera clase. A las órdenes del general Tello, en junio de 1875, recibió en Tuyo un balazo que le atravesó la pierna. Conducido á Puebla de Arganzon, sus voluntarios siguieron batiéndose, vengando dignamente á su jefe. Los infundados rumores de su muerte causaron pánico en Miranda. Con la herida abierta, montó á caballo á las pocas semanas, y tomó parte en la accion de Treviño; despues de la cual, por la accion de Alcedo, en que con su única fuerza derrotó completamente al enemigo, superior en número, obtuvo el grado de comandante. No hubo en Alava hecho de armas en que Gordejuela no interviniese. El gobierno, atendiendo á sus servicios, le conceptuó digno de poseer efectividad en el ejército, y sucesivamente le fué otorgando los empleos de alférez y teniente de infantería, y luego el grado de capitan, todo por méritos de guerra. En fin, hecha la pacificacion, recibió Gordejuela el nombramiento de capitan efectivo, con cuyo cargo y al frente de sus contraguerrilleros, que ahora se titulan Tiradores de Treviño, ha pasado á operar en Guipúzcoa. Su contraguerrilla consta ordinariamente de 200 hombres, 50 caballos y una buena charanga. La disciplina de esa gente no se alteró nunca, ni aun en tiempos comprometidos; su proceder no ha dado jamás á los pueblos motivos de queja, lo cual prueba que el simpático Gordejuela, tan honrado como valiente, poseía buenas dotes de mando y un indisputable talento organizador.

Miranda de Ebro facilitó al campo carlista el contingente de 78 individuos. Verdad es que ciertas autoridades permitian que en Miranda se conspirase públicamente. Allí residia (y hoy vuelve á residir, como médico), el comisario régio de don Cárlos en las provincias de Logroño y Búrgos, don Telesforo Rodriguez Sedano, que figuró en la junta de Vevey, y ha sido luego jefe de Sa-

nidad del cuartel real carlista. Ese personaje parece que tiene mucha influencia entre algunos falsos liberales que por aquella localidad pululan. Además de Sedano, subsisten hoy en Miranda tres ex-comandantes carlistas.

Ya saben lo que hacen los enemigos de la paz. Miranda es un punto eminentemente estratégico: caso de guerra extranjera, su posesion asegura el dominio de Castilla; caso de guerra civil en el Norte, constituye una magnífica base de operaciones por una parte, y por otra un precioso centro de confidencias y espionaje.

V.

¡A Santander!—Un dia en Búrgos.—Palencia.—El general Moriones en Santander.—Detencion por causa del temporal.—Despedida de tropas.—La Noche Buena.—Embarque del general Moriones para San Sebastian.

Aprovechando uno de los infinitos trenes que, procedentes de Navarra, venian á Castilla cargados de tropas, seguí el curso de estas, y me dirigí á Santander. En Búrgos, no obstante, tuve que detenerme un dia para tomar el tren directo, pues los de tropas iban muy lentamente. Recuerdo con placer mi casual estancia en Búrgos, durante la cual merecí las mayores atenciones por parte del capitan general del distrito, don Remigio Moltó, y del gobernador civil don José Francés. Merced á los buenos oficios de este, pude ver todo lo que encierra de notable la monumental ciudad.

Entre la guerra, los transportes de tropas y las nieves que obstruian la línea férrea en Pozazal y Mataporquera, los trenes marchaban con una deliciosa irregularidad. Antes que pasar una noche en Venta de Baños, preferí pasar un dia en Palencia, de la que me ocuparé cuando hable de la escursion régia. En dicha capital se hallaban el general Catalan y los brigadieres Navascués y Rodriguez Sierra, con quienes continué mi viaje á Santander. En todas las estaciones de la línea noté precauciones militares. Pequeños destacamentos guarnecian los puntos mas culminantes de los montes de Reinosa.

Fuí á parar en Santander al Hotél de los Americanos, en donde se hospedaba el general Moriones, que dos dias antes habia llegado de Madrid. Debíamos embarcarnos el 22 de diciembre para San Sebastian, pero el mal estado del Cantábrico retrasó algunos dias nuestra marcha. En Santander, esceptuando ligeros intérvalos de lluvias, el tiempo era primaveral. A fin de evitar aglomeraciones molestas á la poblacion, las tropas que llegaban se iban embarcando, por poco que el temporal lo permitiese. Al anunciarse la partida de un batallon, inmensa muchedumbre acudia al muelle. La placentera jovialidad de nuestros soldados, para los cuales parece que una campaña es una romería; las bandas de música tocando alegres aires al compás del balanceo del buque; los entusiastas vítores y las cariñosas demostraciones que se cruzaban entre los curiosos y las tropas, ¿qué mas interesante y conmovedor espectáculo?...

Vino la Noche Buena, noche que cuando se pasa léjos del hogar, sin familia ni amigos, es una noche melancólica, que solo amargos recuerdos despierta. Pero las mejores satisfacciones suelen ser las inesperadas. Acababa de llegar á Santander el primer batallon de infantería de Marina; y sus jefes y oficiales, mis antiguos amigos de Arzuza, resolvieron celebrar la Noche Buena en el Hotel de los Americanos con un espléndido banquete, obsequiando al propio tiempo al brigadier del cuerpo señor Suances. No me fué posible concurrir á primera hora, y me presenté á la de los postres. Me presenté acompañado de mi colega Curros y Enriquez, corresponsal de *El Imparcial*, á quien tuve el gusto de conocer aquella misma noche. Los jefes y oficiales allí congregados, nos acogieron con finas muestras de agasajo y nos colmaron de obsequios.

Mas de sesenta cubiertos figuraban en la mesa. La cena era opípara. Destapado el Champagne, el capitan Baeza brindó por el ejército y la dinastía.—Obligado yo á brindar, lo hice por el primer batallon de infantería de Marina, y por la prensa liberal española.—El teniente coronel señor Lara, ese bravo militar que fué el primero en poner la planta dentro los atrincheramientos de Muñecas cuan-

de la liberacion de Bilbao, brindó por la próxima y satisfactoria terminacion de la guerra.—El brigadier Suances, hoy general, que á la sazon hallábase apenas restablecido de una herida que recibiera en Navarra, tomó la palabra para expresar los sentimientos que le animaban al tener el mando de tan aguerridas tropas, y la firme persuasion que abrigaba de conducirlas pronto á la victoria: dirigióse despues á los humildes representantes de la prensa, que tenia enfrente; brindó por ella, y la envió un saludo tan elocuente como cariñoso.—El ilustrado comandante señor Tejeiro, respondió conmovido al recuerdo que un oficial evocara, de haber sido él quien al frente del batallon penetró en Viana: el señor Tejeiro puede colocarse entre los jefes mas distinguidos de nuestro ejército; dotado de vastísimos conocimientos, poseedor profundo del aleman, une á su ilustracion un valor poco comun y una serenidad imperturbable.—El nuevo coronel señor Dueñas, hermano del general de marina, declaró que, si bien aun no podia envanecerse de haberse batido junto á los que entonces le rodeaban, esperaba tener que lisonjearse muy pronto de hacer renovar al batallon sus lauros.—Otros oficiales, cuyo nombre no recuerdo, brindaron por diferentes conceptos, en prosa y en verso. Uno de ellos repitió las frases del general Moriones, que con motivo de cierta operacion, dijo que el batallon primero habia avanzado con igual serenidad que en un campo de maniobras.—Todos los circunstantes nos hallábamos ya de pié, pasando de unos á otros los vasos y las botellas. Los brindis se reanudaron. Curros y Enriquez brindó con sentido acento, y en medio de calurosos aplausos, por las madres de todos los allí presentes. Resonaron nuevamente brindis en honor de la prensa y de la libertad. Y entre abrazos, vivas y alborozo íntimo, concluyó ese banquete de hermanos, en que una sola idea nos animaba, un solo sentimiento nos confundia, un comun destino, en cierto modo, nos ligaba.—Cada cual retiróse á su alojamiento, á hora muy avanzada, con el recuerdo indeleble de tan gratas horas.

El dia de Navidad fueron embarcados los caballos y acémilas á bordo del *Albertito*. El dia 26 verificó su par-

tida el cuartel general á bordo del vapor mercante *Princesa*, que zarpó del puerto de Santander á la una menos cuarto de la tarde.

VI.

La travesía.—Llegada á San Sebastian.—Situacion de la plaza.—Las líneas liberal y carlista, examinadas desde el Castillo de la Mota.—Ojeada general sobre Guipúzcoa.—Las granadas Withworth.—Bloqueo y bombardeo.—La campana de alerta.—Obsequios al general Moriones.—Distribucion de las fuerzas pertenecientes al primer cuerpo.—El general Cuadros.—Un *Te-Deum*.

Al poner el pié don Domingo Moriones en la palanca del vapor *Princesa*, la música de infantería de Marina rompió con la marcha real. A bordo se encontraban los demás oficiales generales que debian emprender el viaje, y dos compañías del primer batallon de marina; las otras dos compañías nos precedieron á las nueve de la mañana en la goleta *Africa*. Personas que acompañaban al comandante en jefe del primer cuerpo: generales Catalan y Cuadros, brigadieres Suances, Navascués, Mariné y Rodriguez Sierra, sus estados mayores, y las tropas antes enunciadas. Como corresponsales, Curros y mi humilde persona.—Saliendo del puerto, teníamos á la vista la goleta *Africa* y el vapor *Albertito*, que pocas horas despues iban á la zaga nuestra. El *Princesa* es de escelente andar.

Sentado el general Moriones sobre el puente, contemplaba con risueña faz, á través de sus verdes anteojos, el espectáculo pintoresco y animado que ofrecia la tropa sobre cubierta, cogiendo al buque en toda su estension, de proa á popa. El soldado español es alegre; hace de la incomodidad un pasatiempo; vé en todo un motivo de algazara; solo así se comprende el buen humor de aquellos hombres apiñados unos junto á otros, con fusiles y mantas, sin disponer apenas del espacio indispensable para ejercitar sus movimientos. Los colores y colorines de los uniformes, daban un matiz singular á esa inquieta masa

de séres vivientes. La mayor parte no habia navegado nunca. Los limones estaban á la órden del dia.

Apenas pasamos la barra, el vaiven del barco aumentó y poco á poco fueron palideciendo muchos semblantes, apagándose por momentos la algarabía de cubierta. Cuando estuvimos frente al cabo Machichaco, el *Princesa* empezó á bailar de lo lindo. Los que permanecíamos sobre el puente, poco á poco íbamos desfilando, los unos por precaucion, los otros por sentir declarado el mareo. La cámara de proa ocupóse por oficiales de infantería; en la de popa se acomodó, como pudo, todo el cuartel general.

El viaje fué rápido y feliz; dimos fondo en San Sebastian á media noche. Al aproximarnos á la entrada del puerto, dictóse rigorosa órden de apagar todas las luces del *Princesa*. La noche estaba oscura, y solo podia percibirse el ingreso del buque por el rumor de la máquina. Sin embargo, aun no habíamos dado fondo frente á la Concha, para embarcarnos allí en los botes, operacion atrevida y no factible en aquel sitio, sino con muy buen tiempo, cuando la batería enemiga de Arratsain nos lanzó dos granadas que fueron á estallar sobre el muelle, sin causar daño alguno.

El general, con su Estado mayor, y el autor de estas líneas, se hospedó en el Hotel Ezcurza. La poblacion apenas se apercibió de su arribo. Nadie circulaba por las calles. Mientras la infantería de Marina se reunia en los soportales de la plaza de la Constitucion para tomar las boletas, sonaron dos pepinazos á muy corta distancia.—Me cercioré, á la mañana siguiente, de que las precauciones adoptadas hacian mas alarmante el estado de la plaza. Las casas que miraban á las baterías enemigas, estaban blindadas fuertemente, por medio de tablas, sacos y barriles de arena. Una inmensa barricada de pipas cruzaba el boulevard. Gruesos tablones amparaban los soportales de la plaza de Guipúzcoa. Los magníficos hoteles de la Concha desiertos. Las tropas convertian San Sebastian en un campamento. Los habitantes, sin embargo, parecian animadísimos. Las bellas guipuzcoanas hacian alarde de desafiar los proyectiles carlistas, como desafiaban

las hijas de Cádiz las bombas del general Soueí. El enemigo avivó el tiroteo al saber la llegada del cuartel general.

Mi primera tarea fué hacerme cargo de las posiciones liberales y carlistas que circundaban la plaza. Subí, pues, á lo alto del castillo de la Mota, sito dentro la plaza, y hé aquí lo que observé: «Nuestra línea,—copio lo que escribí entonces,—abarca el primer término de las alturas mas próximas á San Sebastian, comenzando por la extremidad N. E. y terminando hácia el extremo N. O. Nuestros fuertes están por el órden siguiente: La Farola, punto mas avanzado hácia la costa; fuerte Hernandez, artillado con dos piezas de á 16 y una de menos calibre; Lugaritz, castillo de muy buenas condiciones, con dos piezas de á 8 y una de á 12; Puyo, con dos piezas de á 16 y una de á 8; Molino de Viento, con dos piezas de á 8; Pintores, con dos de á 8 pequeñas; Ametzañaga, de tanta importancia como el de Lugaritz, con una pieza de á 21 y tres de á 16; el fortin de Concorronea, artillado con dos piezas de á 8; el fuerte Miracruz, con la misma artillería; y Alza, que á pesar de hallarse á unos 200 metros sobre el nivel del mar, bate al monte de San Márcos, que tiene 100 metros de elevacion.—La línea enemiga está detrás de la nuestra y la domina en toda su estension, como domina á San Sebastian, enclavado en este semicírculo de montes. Las posiciones carlistas, que se distinguen perfectamente, son como á seguida voy á espresar: Arrastsain, cerro á 226 metros sobre el nivel del mar, que tiene frente á sí á Lugaritz, de 84 metros; Mendizorrotz con un castillo; Santiagomendi, cuya ermita y batería se advierte con bastante claridad por detrás de nuestra posicion de Ametzañaga, y es el fuerte que mas tenazmente hostiliza á Hernani; San Márcos, posicion formidable, por la cual está en un todo dominado el fuerte de Ametzañaga, no viéndose en su cúspide casa, barraca ni fuerte alguno, sino simplemente mucha tierra removida, detrás de la cual se supone que tiene sus obras de fortificacion el enemigo; Choritoquieta, pelado cerro, fortificado de una manera formidable, segun se dice.—Mirando al N. O. unas peñas cortadas verticalmente, sin árboles, sin vegetacion, sin

abrigo, nos muestran las posiciones de nuestro ejército en los altos de Oyarzum. Causa horror el pensar cómo pueden sostenerse allí nuestros soldados: de su existencia en tal paraje, no se ven mas indicios que algunas humeantes hogueras, confundidas con la neblina y con las nubes.»

Cualquiera puede tener idea de lo extenso de la línea carlista, examinando un plano y midiendo la latitud comprendida desde el pico de Mendizorrotz hasta las últimas estribaciones de San Márcos, encerrando dentro de la zona enemiga todo el terreno limitado al N. por los montes de Ametzañaga, Alza y Aramendi, al E. por el rio Urumea, y al O. por el rio Oyarzum. Las trincheras carlistas para sostener el bloqueo y cubrir las avanzadas, eran: dos escalonadas en la falda de Choritoquieta: una en el monte Aduyarte, vigilando los pasos de Rentería: una en Churriategui, frente á nuestra posicion de Oriamendi: dos en Vidarte, dominando la carretera de Tolosa: una en Artola, bajo los fuegos de Venta Ciquiñ; no incluyo las de la parte de Hernani. Las fortificaciones de Arratsain consistian en dos bien construidas baterías acasamatadas, perfectamente al abrigo de nuestros fuertes: una de ellas, á la parte de Mendizorrotz, y la otra á la izquierda de la ermita de Arratsain, en el punto llamado Venta Ciquiñ.

Examinadas las líneas del bloqueo, tócame reseñar la situacion de ambos bandos en la comarca de San Sebastian. He aquí las poblaciones que estaban en poder de los liberales: San Sebantian, con sus arrabales, Irún, Oyarzum, Hernani, Fuenterrabia, Rentería, Pasages, Guetaria, Alza, Lezo, Igueldo: 11, que componen un total de 46,617 habitantes.

Los carlistas ocupaban: Azpeitia, Andoain, Cestona, Agà, Zarauz, Urnieta, Usúrbil, Zumaya, Astigarraga, Orio, Aizarnazabal, Soravilla, Vera, Endarlaza: 14, con un total de 25,300 habitantes.

Véanse ahora los fuertes:

FORTIFICACIONES LIBERALES.

San Sebastian.	11	fuertes.	3	torreones.
Guetaria.	1	»	»	»
Hernani.	3	»	»	»
Pasages.	4	»	»	»
Rentería.	3	»	»	»
Oyarzum.	2	»	2	»
Irún.	4	»	1	»
De Pasages á Fuenterrabía. .	2	»	6	»
De Oyarzum á Irún. . . .	»	»	3	»
Total. . .	30	»	15	»

FORTIFICACIONES CARLISTAS.

San Sebastian.—Fuertes de Mendizorrotz, Arratsain, Venta Ciquiñ, Artola.	4
Guetaria.—Atalaya, Garate, Santa Bárbara, Arenales de Zarauz, Zugaraz.	5
Hernani.—Burunza, Basaun ó Goiburn, Antonenea, Santiagomendi.	4
Rentería y Pasajes.—Choritoquieta, San Marcos. .	2
Fuertes sueltos.—Aya, San Estéban de Usúrbil. .	2
Total de fuertes.	17
Total de trincheras vistas. . .	11

Los carlistas usaban con preferencia la granada Whitworth, y alguna vez que otra las Woolwich y Vavasseur. La Wihtworth, ó sea el *pepino*, segun la llamaban nuestros soldados, aparenta un casco espiral, en cuya punta está la espoleta, y sus dimensiones varian segun el calibre. La mayor de las que conservo, tiene unos 0'28 milímetros de altura por 0'8 de diámetro. La velocidad de estas granadas es de 201 metros por segundo, y su mayor alcance 5,862 metros. La detonacion oíase en San Sebastian 24 minutos despues de visto el fogonazo, y tardaba, despues de la detonacion, 6 segundos en estallar. Sus cascos esparcíanse á la distancia de 25 ó 30 metros,

y á la de 4 atravesaba un tabique de siete centímetros de espesor.

En lo alto del Castillo de la Mota existe una campana de alerta, que anuncia al vecindario los fogonazos de las baterías enemigas. Así tenia tiempo el transeunte de ponerse á cubierto, á cuyo fin los portales de las casas permanecian abiertos noche y dia.

El general Moriones, á poco de haber llegado, recibió diferentes obsequios. Las bandas de voluntarios y del regimiento del Rey le dieron una serenata. El café Juanito, propiedad de un tolosano, ostentaba un transparente con el retrato del general, rodeado de leyendas alusivas. El casino de Emigrados, sito frente á la batería de Venta Ciquiñ, iluminó tambien y adornó la fachada.

El segundo cuerpo constaba de tres divisiones, puestas respectivamente al mando de los generales Catalan, Cuadros y Morales de los Rios. Una brigada suelta al mando del brigadier Mariné, hallábase á las inmediatas órdenes del comandante en jefe.

Durante el dia 29, el general Cuadros con los brigadieres Suances y Navascués, practicó un reconocimiento, visitando el alto de la Farola, Igueldo, y los fuertes Hernandez y Quito Pico. Hablando de dicho general, dije: «Es un veterano de la pasada guerra civil, que al cabo de cuarenta años viene por tercera vez en su vida á batir las líneas facciosas de Guipúzcoa. Por mas que muchos años de servicio cuente el general Cuadros, no fué ascendido á esta categoría, sino hasta poco tiempo hace con motivo de sus méritos en la accion de Villaverde de Trujillo. Venia desempeñando el empleo de brigadier desde 1867, en que fué nombrado ayudante del rey don Francisco de Asis. Cuando la accion de Alcolea, figuró en el cuartel general de Novaliches, como ayudante del príncipe de Girgenti, al cual procuró los medios de salvacion despues del desastre. El general Cuadros es gentilhombre de cámara, y ha prestado grandes servicios á la dinastía. Su valor corre parejas con su caballerosidad.» (1)

En la Iglesia de Santa María se solemnizó el aniver-

(1) Al terminar la guerra obtuvo el ascenso á teniente general.

sario de la proclamacion de D. Alfonso con un solemne *Te-Deum*, al que asistió el general Moriones con su cuartel general.

Es indudable que los carlistas, con motivo de aquella solemnidad, creyeron poder hacer su agosto. Desde las dos á las cinco de la tarde no cesaron de lanzarnos proyectiles. Uno de ellos cayó junto al fortin de la Concha; los cascos produjeron algun destrozo en el puesto de un vendedor de agua, sin causar desgracias personales, é infirieron una ligera contusion á un oficial de infantería de marina. Otra granada que reventó en el Campo de Maniobras, hirió levemente á un niño de corta edad, cuya madre iba pocos pasos delante. Una que ví reventar desde el balcon del Hotel, hizo astillas, con uno de sus cascos, la herrada que sostenia sobre su cabeza una moza del pueblo, la cual no sufrió mas que el consiguiente sobresalto. No tengo noticia de que en todo el dia haya ocurrido desgracia alguna, por mas que fueran bastantes en número los pepinos que nos propinaron en pocas horas.

VII.

Pasages:—La Peña de San Marcos.—Fuegos y no de artificio.—La ria de Pasages.—Rentería hostilizada.—Escursion del general Moriones.—Emboscada de Igueldo.

Tomando desde San Sebastian la carretera de Irún, encuéntrase á eso de un kilómetro el arrabal de Puertas Coloradas, pintoresco grupo de casas de labranza y de recreo, asentado á los bordes del camino. Parte de la brigada Otal residia allí: el brigadier alojábase en una poética casa, rodeada de sencilla verja y medio oculta entre frondosos cipreses. A la izquierda, sobre una pequeña altura, se levanta un elegante pabellon de estilo mudejar, que me dijeron pertenece á uno de los hombros que mas parte tomaron en la revolucion del 68. Hermosas fincas, con jardines y huertas, dan amenidad á este paraje. Hay en él una fábrica de fósforos, una manufactura de tabacos, un escelente establecimiento de curacion y dos ó tres fá-

bricas de cerveza, en las que se despacha este artículo al por menor, al aire libre, circunstancia muy recomendable á la caida de una tarde de primavera ú otoño

Síguese la carretera, dejando á la izquierda el monte Ulia, y á dos ó tres kilómetros se da con la ria de Pasages, por cuya orilla corre la carretera en una buena estension. En casi todas las ventas del tránsito habia puestos avanzados de tropas, que por la noche se retiraban. No ofrecia peligro alguno sino hasta llegar á un puente, con pretil de hierro, que tiene á su izquierda la ria de Pasages y á su derecha un collado entre las alturas de Alza y Capuchinos, y por el cual distínguese perfectamente la formidable Peña de San Márcos, monte pelado y escabroso, sin veredas ostensibles, y coronada su cúspide por las fortificaciones carlistas. El puente aludido está completamente al descubierto y bajo los fuegos de las baterías enemigas. Desde una casa ocupada por un destacamento de migueletes, me puse á contemplar la terrible posicion. Mucha tierra removida cerca de la cumbre y algunas troneras cortadas en la cresta del mismo monte, he ahí los únicos indicios de la fortaleza. Varios centinelas paseábanse con mucha tranquilidad sin temor á las granadas que de cuando en cuando enviaban al fuerte los fuertes liberales que lo batian. Observé que mas acá de las baterías un grupo de hombres trabajaba mucho, seguramente en la construccion de alguna nueva trinchera ó de algun contrafoso. No he podido averiguar el nombre del que dirigia la defensa. Un foso de 9 metros de profundidad por cuatro de anchura rodeaba el fuerte. Una extensa línea de trincheras, aseguraba su defensa exterior.

Las baterías callaban. Mas de pronto divisóse un escuadron de caballería que venia de dar un paseo. Llegado próximo al puente, el jefe ordenó «¡á galope!» y San Márcos envió al puente una granada que fué á caer dentro la ria cuando ya el escuadron habia pasado. Pasó poco despues el general Catalan, con sus ayudantes y escolta de cinco cazadores de Búrgos, que venia procedente de Irún y Oyarzum: hubo de salvar el puente con precipitacion y las baterías no hicieron fuego.

El espectáculo tenia sus ribetes de teatral en toda el tránsito de la carretera, segun puede juzgarse por mis propias impresiones: «El tiroteo de cañon no cesa ni un momento. Están á la vista del inofensivo espectador cuatro ó cinco fuertes. Sin cesar vuelan granadas por el aire, atravesando la ria de Pasages. No sabe uno en que direccion mirar. Tan pronto es el fuerte de Ametzagaña el que dispara como el de Miracruz, como el de San Márcos, como el de Alza. Choritoquieta suele tambien resonar sordamente, aunque nuestras posiciones lo ocultan. Si el oido se aplica, llegan á él las detonaciones de Santiagomendi. Miracruz á cuyo pié se levantan las casas de Pasages, es uno de nuestros fuertes mas activos.»

La ria de Pasages está formada por dos promontorios, emanado el de la derecha del monte Jaizquibel, cuya estremidad posterior es la última punta de España y sirve de apoyo á la desembocadura al Bidasoa. Guarda la entrada de la ria por el Occidente el fuerte de Santa Isabel, y por Oriente el fuerte Almirante: intérnase formando caprichosos zig zags, y al bañar las casas de Pasages, tuerce á derecha é izquierda y dá orígen á dos largas si bien poco profundas calas, existiendo en el interior de una de ellas el pueblecito de Lezo. Divídese la villa en Pasages de San Pedro, situado á la márgen occidental, y Pasages de San Juan, situado á la márgen oriental. El de San Pedro es el que está enclavado en la base de la altura conocida por Miracruz (1). El mar lame las casas y hasta se introduce por algunas calles. Lo mas notable de Pasages es su fábrica de porcelana. Tiene por sus cercanías varias casas de recreo, de pintoresca situacion.

El general Catalan, de quien he hablado antes, venia de efectuar un reconocimiento hácia la frontera. Recorrió toda la línea liberal hasta Behovia: no le ocurrió tropiezo alguno: solamente al subir á uno de los fuertes, de otro fuerte carlista le lanzaron dos granadas; la primera voló

(1) Muchos de los fuertes que apunto, habrán sido improvisados en caseríos, de los que tomaban el nombre, y algunos han sido destruidos despues de la guerra.

por encima su cabeza y la segunda fué á estallar contra el muro del castillo.

El 31 de diciembre salió el general Moriones á visitar algunas de nuestras posiciones avanzadas, sin mas compañía que su jefe de E. M., uno de sus ayudantes y una reducida escolta. Sospechando los carlistas que tomaria la direccion de Rentería, comenzaron á descargar desde las primeras horas una lluvia de proyectiles sobre esta infeliz poblacion: yo aproveché esta coyuntura para visitarla por vez primera.

Hállase situada Rentería en las orillas del rio Oyarzun, en un pequeño y angosto valle entre los montes coronados por los fuertes liberales de Darieta, (al E.) y Arramendi (al O.), por detrás del cual aparece magestuosa la peña de San Márcos, elevada 200 metros sobre Arramendi y 300 sobre la poblacion.

Acostumbrada estaba Rentería á sufrir ataques: pero el de aquella mañana, superó á todos por cierto. La poblacion de esta villa es de 2,800 almas próximamente. Entre sus edificios toscos y de construccion débil solo descuellan tres: la iglesia, que nada tiene de notable bajo el punto de vista artístico, una fábrica de tejidos de hilo y otra de fundicion de plomo. Rentería goza fama de liberal. Así se esplica el feroz ensañamiento de los carlistas.

Y entretanto, sucesos curiosos ocurrian en la excursion del general Moriones. Con el acompañamiento que antes he dicho y llevando como flanqueadores á una compañía de migueletes, partió el general á las nueve y media de la mañana. No hubo, como se vé, ostentacion alguna, y la salida se hizo con la mayor reserva, lo que no impidió que desde San Márcos á Arratsain, toda la línea carlista denotase hallarse á la mira del paso de Moriones. Visitó el general todos los fuertes del litoral desde Ametzañaga hasta Igueldo. Al bajar la cuesta del fuerte Hernandez y hallándose junto á un recodo, á muy poca distancia de las murallas, dijo á sus acompañantes, con esa perspicacia que le distingue en el conocimiento de la táctica facciosa y del terreno que pisa: «Ahora es cuando me van á hacer fuego,» y con efecto, al torcer el recodo, veinte carlistas apostados en una casa, á 200 metros esca-

sos de la carretera, fulminaron una nutrida descarga contra el grupo del general. Los flanqueadores, apercibidos de antemano atacaron de frente la casa en cuestion, y despues de una breve lucha, en que los carlistas tuvieron tiempo para repetir sus descargas, fueron estos últimos puestos en completa dispersion hácia el monte, dejando un herido que ni ellos ni los migueletes se cuidaron de recoger. El general continuó á galope llegando á Igueldo sin novedad. Ya de regreso á la capital, recibió saliendo de la Concha y entrando en el campo de maniobras, dos granadas de Arratsain que afortunadamente no causaron daño alguno.

VIII.

Hernani.—Contingencias del paso por la carretera.—Oriamendi.—La trinchera de Piticar.—Montevideo y Santa Bárbara.—Posiciones contra Hernani.—Un paseo por la villa.—Pepinillos y pepinazos.—Episodios tristes.—La campana.—Servicio de los vigías.—El loro de Hernani.—Hospital provisional.—Recuerdos históricos.—Las hijas de Hernani.—Peripecias del regreso á San Sebastian.—Mortales apuros de tres periodistas.

(*Hernani* 1.° *enero de* 1876.)—En la habitacion en que escribo estos apuntes penetra el aire por todos lados. El techo tiene dos grandes agujeros, por los cuales, á través del piso superior y de las guardillas, se descubre el azul del cielo. Los postigos de las ventanas cuelgan, hechos astillas, que un proyectil los atravesó, llevándose tambien un trozo de tabique, y despues de romper un ángulo de la mesa, que ahora me sirve de escritorio, fué á estallar sobre el pavimento, sobre el cual es difícil hallar un ladrillo sano. Vuelvo la vista hácia otra brecha, y veo enfilando con ella la batería enemiga de Basaun. La casa de enfrente tuvo peor suerte que esta: la mitad de su fachada no existe ya, y sus habitaciones están por completo descubiertas: los individuos de tropa allí alojados, duermen al aire libre como en campo raso.

Hube de titubear acerca del modo como verificaria mi expedicion. El coche-correo no conviene á quien desea

estudiar bien el país. A caballo se corre doble riesgo que á pié. Pusímonos de acuerdo mi colega Curros y yo, y resolvimos emprender el viaje sin vehículo alguno y sin el auxilio de ajenas piernas. Hernani dista de San Sebastian unos 8 kilómetros largos; pero como el camino es sinuoso y enormemente accidentado, puede la referida distancia calcularse en dos leguas. Subimos á mesurado paso por la carretera que corona el alto de la Concha, por cima de aquel incomparable anfiteatro, en forma de herradura, verde colina poblada de *hoteles* y *chalets*, que vá suavemente á confundirse con las arenas de la playa, orladas de blancos rizos de espuma, tenues, vaporosos, juguetones, semejando finísimo encaje.

Todas las casas de recreo, algunas edificadas con esquisito gusto, que adornan dichas alturas, convertidas están en cuerpos de guardia de los puestos avanzados. Dos compañías de ejército ocupan las dependencias de la soberbia finca del marqués de Portugalete, á un kilómetro de San Sebastian: un elegante pabellon del estremo del jardin sirve á un centinela de garita. De trecho en trecho, sobre el sólido muro que cierra la finca, hay apostados individuos prontos á hacer fuego contra el primer grupo sospechoso que aparezca mas allá de la carretera. A cien metros del palacio de Portugalete, se encuentra la primera avanzada de migueletes de Guipúzcoa. Pertenecen al mismo cuerpo todas las avanzadas hasta llegar á un punto fortificado titulado Casas Quemadas, desde el cual, en el trayecto hasta Oriamendi, presta servicio actualmente el batallon de cazadores de las Navas, que por la noche se guarece en el espresado castillo de Oriamendi.

Estas Casas Quemadas eran un caserío fortificado con fosos y pequeño reducto, y fué quemado por los carlistas cuando la accion de Choritoquieta, de cuyo suceso le viene el nombre con que actualmente se distingue. Desde este punto, la carretera tiene su derecha defendida por un muro de tierra y guijarros, mal llamado fortificacion, que la hace transitable sin gran peligro. Dos soldados apoyados contra el flamante muro y teniendo sobre el mismo el morral y algunos paquetes de cartuchos, hacian

fuego sin cesar. Nos acercamos para ver á quien disparaban, y vimos mas arriba del camino, á otra pareja ocupada en igual operacion. No lejos de la carretera se levanta un cerrito, en el cual los carlistas tienen una trinchera; el objeto de nuestra vigilancia es impedir que el enemigo asome la cabeza para apuntar á los que por la carretera discurran. Ellos contestan de cuando en cuando, y así el ruido de fusilería no cesa nunca. La tal trinchera depende del fuerte de Lasarte, sito un cerro mas allá, y hoy, con motivo de la festividad del dia, el fuerte izó bandera, como lo observamos á simple vista. Todas las alturas que se descubren enfrente de este flanco de la carretera están tomadas por los carlistas, los cuales, tan luego como la noche tiende su manto y nuestras avanzadas se retiran, deslízanse por la carretera en acechadoras parejas, con el fin de incautarse del infeliz á quien le sorprende la oscuridad en el camino.

La fortificacion de la carretera termina al pié del castillo de Oriamendi, que es la defensa de la misma en una buena estension. Oriamendi es una esbelta fortificacion, á la cual se asciende por un sendero florido y pintoresco. Desde ella el terreno, que habia sido siempre de subida, inicia una pendiente, mas ó menos suave, hasta muy cerca de Hernani.

Rato hacia, cuando estuvimos á la altura de Oriamendi, que habíamos perdido de vista el mar y dejado en pos nuestro los altos de Ametzagaña y Puyo, á la izquierda, y los de Lugaritz, Quinto Pico, Farola y demás á la derecha. Por entre la arboleda y las sinuosidades del terreno, empezamos á distinguir el campanario y las primeras casas de Hernani. A la derecha veíamos Santa Bárbara, de cuyas baterías partian fogonazos á intérvalos. Las baterías carlistas de Santiagomendi y Antonenea mudas. Esto nos hubiera tranquilizado, si por la parte de la carretera no hubiésemos oido un nutrido tiroteo de fusilería. Nos desviamos ligeramente de la carretera y subimos al caserío de Eztubey, incendiado al igual que los demás caseríos; corto destacamento lo ocupaba, por ser de dia, que de noche, quiénes lo ocupan son los carlistas. Mirando la carretera vése un poco mas abajo de Eztubey, en la

mitad de la pendiente, otro caserío quemado, en poder de otro destacamento; y á cien metros de esta avanzada, está el caserío de Piticar, atrincherado, desde el cual los carlistas hacen fuego á cuantos pasan por la carretera. De noche, como queda dicho, bajan á la misma, y la víspera de Navidad cogieron á un asistente cargado de dulces y turrones, que su amo estuvo aguardando en vano.

Deseosos de esquivar el peligro en todo lo posible, nos apartamos de la carretera y nos enteramos por medio del patron ó casero de Hareta, tambien ocupado este caserío por una avanzada, de un atajo ó sendero, que salva el trecho mas peligroso de la carretera, si bien pone al caminante mas bajo los fuegos de la batería de Antonenea. Como esta permanecia silenciosa, resolvimos pasar por el atajo. Dije que todos los caseríos de por acá estaban incendiados y me equivoqué: no lo está un caserío propiedad de un súbdito francés y garantido por la enseña de la nacion vecina.

Subimos y bajamos colina tras colina, por entre bosques de manzanos, que durante la estacion estival deben ser deliciosos. Rendidos de cansancio tomamos reposo en un derruido caserío en donde descansaban algunas compañías de Lérida, que iban á Hernani desde Puertas Coloradas, salvando montes y barrancos por el lado opuesto del Oriamendi. A fin de no pasar entre soldados el trayecto que nos restaba para llegar á Hernani, puesto que, despues de todo, aun teníamos que pasar un buen trozo de carretera, nos apresuramos á salir del monte y á pisar terreno llano. Discreta era la intencion; pero nos salió fallida. Desembocamos á la carretera, y dimos de manos á boca con los dos batallones de la reserva de Granada que iban á ser relevados por Lérida. Nos metimos entre filas con la seguridad de arrostrar el fuego que infaliblemente harian los carlistas sobre la fuerza. Pero esta vez solo se les antojó á dichos señores dirigirnos una série de disparos aislados, que no hirieron á nadie.

Toda la fatiga del viaje se me disipó cuando pisé las calles de esta famosa villa. Las gentes, poco hechas á ver forasteros de la clase de paisanos en este período que llevan de zozobras, nos recibieron con cierta especie de

asombro. Esta villa es bastante fea. No tiene de bonito mas que su situacion y las perspectivas de sus alrededores. Cualquiera que la vea por vez primera y conozca otros pueblos de Guipúzcoa, dirá: eso es un pueblo de Guipúzcoa.

Defienden á Hernani los fuertes de Oriamendi, llave de la carretera, Montevideo, de gran interés así mismo para mantener espedita la comunicacion con la capital, Santa Bárbara, situado frente á Montevideo, supliendo con su ventajosísima posicion, lo que le falta de condiciones para ser un buen fuerte. Los carlistas tienen: Santiagomendi, posicion la mas trascendental de todas las del E., elevada 220 metros sobre el nivel del mar, y que domina todos nuestros fuertes y una porcion de valles y pueblos comarcanos; Antonenea, batería en lo alto de un cerro, la mas moderna que poseen, en la cual ví á multitud de hombres en mangas de camisa trabajando como desaforados, y ocultándose presurosos ante los fogonazos de Santa Bárbara; Burnuza, temible posicion, hácia el S., situada sobre Andoain y á 300 metros sobre el nivel del mar; Basaun, tambien al S., la mas elevada de todas las de la línea bloqueadora; Arricarte; Artola, etc., etc. Las demás posiciones son subalternas.

Esteriormente no se notan grandes destrozos en la poblacion. Pero por el interior apenas hay casa que no esté perforada de arriba abajo. En la casa de don Manuel Sanchez Salvador, plaza Mayor, núm. 4, solo quedan las paredes esteriores, la escalera y fragmentos de pisos. La recorrí con gran precaucion y contemplando, triste é indignado á la vez, tamaños desperfectos. Me asomé con mi amable cicerone el oficial de carabineros señor Usunariz, ayudante del gobernador militar, á la espaciosa torraza del edificio, y mirando desde ella las posiciones de Santiagomendi y Basaun, los carlistas ocultos en las trincheras de Orcolaga nos propinaron una descarga cerrada, obligándonos á retirarnos de aquel sitio.

La casa de Lizárraga es una verdadera criba y está inhabitable. La casa de Otaños, edificio solariego antiquísimo, no se puede visitar sin sentir el corazon oprimido. Sus sólidas y labradas puertas; sus altos artesonados;

sus robustas crujías; sus espaciosas escaleras; su tradicional hogar, todo está hecho astillas y pedazos, y lo que existe aun en pié amenaza ruina.—He visitado una série de casas y me he cansado de ver ruinas. Entre aquellas citaré las de Cardan, Lizar y Paulada, con la fachada por el suelo y las habitaciones delanteras al raso. Debo hacer mencion especial de la del cura Goicochea, presbítero liberal que hizo la guerra de Africa con los tercios vascongados; en su residencia se han tenido que lamentar tres desgracias: la de un asistente que fué muerto de un casco de granada, en la cocina, y la de dos soldados que fueron heridos en la escalera. El coronel gobernador militar se aloja en la casa del general Barrenechea, construida al estilo moderno y decorada con lujo. Esceptuando dos ó tres viviendas, las restantes están desmanteladas. El despacho del gobernador permanece por ahora ileso. En el edificio del casino han caido 32 granadas. El lindo palacio de Murúa, sito en las afueras de la poblacion, al borde del rio Urumea, entre un bosquecillo de álamos, tiene por únicos desperfectos huellas de balas de fusil en la fachada. El puente de fábrica sobre el Urumea está cortado y por la noche se sitúa en él una avanzada carlista, que se ocupa en insultar á las nuestras del lado opuesto.

Otro de los detalles significativos de Hernani es la campana de alarma. Los migueletes apostados en la torre de la iglesia dan la señal, y un vigilante es el encargado de trasmitirla á la poblacion, haciendo tañir la campana que cuelga de una viga ó travesaño en el centro de la calle de Urumea. Algunas gentes, cuando oyen la campana, se ocultan por pura fórmula nada mas, porque aquí no hay paraje seguro. En un balcon vecino á la campana, he visto al celebérrimo loro de Hernani, del que tanto han hablado los periódicos.

La iglesia principal de Hernani, titulada de la Concepcion, está cerrada al culto y convertida en fuerte. La notable y artística portada principal, ocúltase bajo un tambor aspillerado, cuyo techo agujereó una bomba. Los migueletes, que perennemente se hallan en la torre, no cesan un punto de hostilizar á los carlistas de las infinitas trincheras abiertas en derredor de la villa.

Los fuertes carlistas no han disparado hoy. Santa Bárbara les propina cañonazos, á los que no contestan. Dánse por satisfechos con el horroroso fuego de fusilería, en que se entretienen, solo para gastar inútilmente pólvora.

La escelente casa del señor Lopez Tegui destínase á hospital provisional, con 30 camas. Los heridos son enviados á San Sebastian en los convoyes. Al presente no tiene mas que uno, que es el asistente del médico militar encargado del hospital, don Antonio Rodriguez. Este dignísimo jóven no se ha movido de la villa desde que empezó el bombardeo, pasando instantes de verdadera prueba para atender con verdadera solicitud á las múltiples y dolorosas necesidades que se ofrecen.

El gobernador militar de la plaza, que con un teson sin igual y un interés sin límites sostiene la defensa, siendo querido con entusiasmo por los hijos de Hernani y por la guarnicion, es el coronel don José Crespo de la Rubia, hombre como de unos 55 años, en el cual no ejercen mella ni los insomnios, ni las fatigas, ni la implacable ferocidad con que se conducen los sectarios de don Cárlos VII. El señor Crespo es el mismo que resistió el bombardeo y el asedio de Tolosa, antes de que el general Moriones la libertase.—La guarnicion de Hernani consta del batallon reserva número 33, siete compañías del provincial de Lérida, que han venido á relevar á la reserva de Granada, y 211 voluntarios, que con ciertas esclusiones quedan en 170, al mando de su comandante don Ruperto Erice, cuyo valor y prestigio contribuyen en gran manera al sostenimiento de la defensa.

El bombardeo de Hernani comenzó el 23 de junio de 1875; las granadas y bombas lanzadas, estas últimas en corto número, se acercan á 3,000, segun datos oficiales que á la vista he tenido. El dia 23 de diciembre último, enviaron 700 proyectiles. Por espacio de algunas horas dirigieron los fuegos, todas sus baterías, contra el fuerte de Santa Bárbara; le abrieron una brecha en el muro, que ahora se está recomponiendo, y causaron desperfectos en la casa-cuartel y en el cuarto de oficiales. Hubo sensibles bajas: el teniente de la reserva número 2, don Federico Márcos y un soldado, muertos; 10 heridos y 16 contusos.

La artillería del castillo se portó con acierto. Hernani se extiende al pié del monte de Santa Bárbara; mientras subsista este fuerte en poder de los liberales, es imposible que la bandera liberal deje de flotar en la patria de Juan de Urbieta, el digno predecesor de los modernos hijos de Hernani, que en la batalla de Pavía hizo prisionero á Francisco I, rey de Francia.

Pero la gran página del sitio y bombardeo de Hernani, será la que se consagre al valor y á la serenidad de sus hermosas hijas, serenidad y valor que creia exagerados, cuando, antes al contrario, esceden á toda ponderacion. La mujer es el alma de la resistencia que opone Hernani á los facciosos, y la mujer es la gran figura que se destaca en ese sombrío cuadro de desdichas y catástrofes que ha trazado en las márgenes del Hurumea, la mano esterminadora de la guerra civil.

. . . . . .

(*San Sebastian*, 2.)—Atendido lo avanzado de la hora, y cediendo á laudables instancias, resolví, con mi compañero, pernoctar en Hernani. El médico del hospital provisional y el ayudante del gobernador nos ofrecieron galantemente buena cena y buena cama, que hubiéramos aceptado quizá, si no nos hubiésemos reunido tres compañeros: Curros, corresponsal del *Imparcial*, Peris Mencheta, de la *Correspondencia* y yo, con lo cual, animándonos unos á otros, nos decidimos á emprender á pié —pues ya no habia coches—el viaje de regreso.

Recordarán mis lectores que, horas antes, para evitar los saludos de las trincheras enemigas, tomamos un incómodo atajo. Convencidos despues de que el peligro casi era el mismo, no abandonamos la carretera, y ¡oh vergüenza para nosotros! encontramos á un grupo de elegantes pollas paseándose muy tranquilamente por delante de esa trinchera de Piticar, que no cesa de hacer fuego.

Corria el sol á su ocaso y no habíamos pasado aun de las fortificaciones de Oriamendi. Las sombras nocturnas empezaban á dar un tinte confuso á todos los objetos, y sabido es que con las sombras aparecen los buhos y los carlistas. Nunca el crepúsculo vespertino se me hizo tan breve como ayer. Nuestras avanzadas iban retirándose

hácia el fuerte, al son de cornetas, como para avisar á los *carcas* de que les quedaba libre la carretera, y nosotros... avanzando hácia el lugar que dejaban desamparado las avanzadas.

Dos oficiales, llevados de la mejor intencion, nos salen al encuentro y nos dicen: «Corran ustedes mucho ó vuelvan atrás, que debe estarse retirando la avanzada de migueletes, y en seguida ocuparán aquel punto los carlistas.» Otro de ellos esclamaba: «¡Mucho cuidado! ¡Que los van á llevar á ustedes á Tolosa, para que estudien las fortificaciones!» Al oir esto, apretamos á correr como desesperados. Mas subíamos cuesta arriba, y nuestras piernas, por mucho que se esforzaban, no podian igualar al ímpetu de nuestros deseos. No encontrábamos soldados liberales; pero en cambio, ¡qué estruendo tan espantoso! ¡qué tiroteo tan graneado! ¡qué silbar de proyectiles por la carretera! Las últimas avanzadas, al retirarse, gastaban el resto de sus cartuchos, y los carlistas, desde las alturas inmediatas, disparaban en toda la estension de la carretera para ver si no se les contestaba, lo que era señal evidente de no haber por allí soldado alguno.

Decir lo que pasamos durante media hora es inesplicable. Sombras por do quier; mortal ansiedad en el pecho; detonaciones á granel; balas que ignorábamos de dónde venian y á quiénes iban. Por fin, tras de mucho correr, llegamos á la avanzada mas próxima á San Sebastian, y pocos pasos habíamos andado por la poblacion, cuando Arratsain nos envió, en menos de cinco minutos, dos granadas.

Justifícase de sobra nuestro temor. Ser muerto en buena lid ó preso en la confusion de una batalla, menos mal; pero ser asesinado á mansalva ó cazado como una fiera, se me antoja el menos apetecible y el menos halagador de los peligros.

IX.

Socorros sanitarios en el bombardeo de San Sebastian.—Una escena sangrienta.—El Cantábrico.

Además de los socorros oficiales que se prodigaban en San Sebastian á todo el que tenia derecho á ellos, la Comision provincial de la Cruz roja—que preside el distinguido doctor don José R. de Sajastume,—habia instalado un puesto de socorro gratuito en una casa del Campo de Maniobras, á donde acudian preferentemente migueletes y paisanos. Practicáronse allí numerosas curaciones. He de volver á ocuparme de dicha Comision, cuya caridad y celo superaron á todos los encomios.

El dia 3, por la mañana, un proyectil estalló frente al Hotel de Lóndres. Poco despues me salvó, como por milagro, de recibir un casco de proyectil, la circunstancia de no haberme refugiado inmediatamente en un portal de la calle de Urumea (Campo de maniobras), cuando sonó la consabida campana. La granada hizo explosion en el umbral, y de las tres personas refugiadas dentro, dos soldados han salido con rasguños y una pobre jóven de 16 años cayó gravemente herida, recibiendo los primeros ausilios en una tienda de la misma casa. Le entró el casco por la region abdominal izquierda, habiendo salido fuera parte del epiploon; otro casco la hirió levemente en la mano izquierda.

Esta niña, hija de un casero de Errotaburu (que en idioma vascuense significa *cabeza de molino*), bajaba diariamente á San Sebastian, desde dicho caserío, próximo á Montevideo, á vender leche. Colocada sobre un colchon, sufrió con admirable serenidad la primera cura; no exhaló ni una queja, ni profirió un lamento, ni vertió una lágrima. Me contestó sin esfuerzo á todas las preguntas que la dirigí. Y sin embargo, aseguró el dictámen facultativo que la herida era mortal. Dado parte del suceso, la asistió y condújola en una camilla á casa de una tia que dijo tener la jóven en San Sebastian, la escuadra sanita-

ria del primer batallon de voluntarios, con su médico don Mariano Uzandizaga. Por la tarde á las cuatro no se le habia podido estraer el casco á la infeliz.—Despues he sabido que felizmente curó.

En el invierno, uno de los generales con que mejor contaban los carlistas, era el mar Cantábrico. Como solo por él nos comunicábamos con el resto del mundo, desde San Sebastian, la mayor parte del tiempo permanecíamos incomunicados, lo que contribuyó mucho al retraso de las operaciones. Hé aquí la pregunta diaria y favorita de cuantos en ellas nos interesábamos: «¿cómo está el mar?»

X.

Una escursion á la frontera francesa.—Irun y sus fuertes.—Dos hermanos bien avenidos.—El comandante militar de Fuenterrabia.—Regreso á San Sebastian por el monte Jaizquibel.

Visto el mal cariz del tiempo, que no hacia prever un inmediato comienzo de las operaciones, me aventuré á una excursion por la frontera hispano-francesa (1), seguro de recoger numerosos é interesantes datos.

Fuí á Irun, no sin peligro, en el coche-correo; pero al querer regresar, dias despues, la carretera estaba interceptada: los carlistas, parapetados en Ganchasqueta, impedian todo tránsito. La autoridad militar habia mandado suprimir la escolta que diariamente escoltaba el coche, tomando esta medida en consideracion al número de bajas inútiles que ocasionaba tal servicio.

El camino, á partir de Rentería, no presenta gran cosa de particular. A dos kilómetros escasos de Rentería, despréndese de la carretera un ramal que conduce á Oyarzum, pueblo de pocas casas y sin importancia local.

La importante villa de Irun radica en la confluen-

(1) Desde aquellos lugares escribí una porcion de cartas, que no incumben directamente al carácter de esta obra. Las impresiones que he recogido en la frontera francesa, y la descripcion de todo el Mediodía de Francia, desde Dancharinea al Cabo de Higuer, podrá leerlas quien guste en el libro que preparo, con el título de: *Ocho dias en el Bidasoa*.

cia de las vertientes de los montes Jaizquibel y Aya, y en el hermoso valle que riega el Bidasoa, marcando la línea fronteriza franco-hispana. A la derecha de Irun distínguese sobre una de las estribaciones de la cordillera de Aya, la famosa ermita de San Marcial, célebre en 1813, con ocasion de la batalla que los españoles ganaron el 31 de agosto al ejército francés de Soult, compuesto de 18,000 hombres; célebre en el último sitio de Irun, cuando el general Laserna tomó á los facciosos la plaza y alturas circunvecinas. Por privilegio real, se otorgó el colocar un cañon en la espresada ermita, junto al mausoleo que guarda las cenizas de los que perecieron en la defensa contra los franceses: este cañon, que solo debia servir, y al efecto se colocó, para hacer salvas el dia de San Marcial y el del aniversario de la batalla, sirvió en un tiempo para vomitar fuego sobre los liberales de Irun, y hoy sirve para tirotear á otros hijos, espúreos tal vez, pero al fin hijos de la patria.

Con el gobernador militar de la plaza, señor Diaz Lahieno, subí al fuerte del Parque, fortificacion improvisada en torno de una torre de señales, desde la cual descúbrese un hermoso panorama. Elévase el Parque hácia el Sur de la poblacion.—Al N. E. está la ermita de San Marcial, y al O. el fuerte de Mendivil. Entre San Marcial y el Parque, levántase Ibayeta, el mas hostilizado por la fusilería carlista, y el mas travieso de todos. Servian además á la defensa de Irun, estas fortificaciones secundarias: torres de Aidabe, Zubelzu alto y Zubelzu bajo, Elatreta, Zabaleta y alguna otra. En el estribo S. del puente internacional habia un reducto. Hallábanse fortificadas la caseta de los carabineros, llamada de Santiago y una gran casa, de elegante aspecto, sita en las afueras, en la cual residia un destacamento de cabreristas.

La estacion del ferro-carril producia una impresion dolorosa. El edificio principal, los tinglados, las numerosas dependencias anexas, los grandiosos almacenes de material, los talleres, todo yacia por el suelo en ruinas ó medio desmoronado. De los pavimentos de tablas y de las vigas, *apenas quedaban las señales*. Vagones habia hechos astillas que poco á poco utilizaba quien necesitaba calen-

tarse, como antes los utilizaban los carlistas, que fueron los destructores é incendiarios de esta vasta estacion. Por sus proximidades conté hasta 68 casas incendiadas, y sobre 40 en un arrabal de la ciudad.

Durante mi estancia en Irun se presentaron cuatro carlistas pertenecientes al 5.° batallon guipuzcoano. Es el último que se formó en la provincia; lo mandaba, como teniente coronel, un tal Monserrate, ex-sargento de artillería liberal, y era comandante un tal Urrutia, hermano del alcalde y capitan de voluntarios de Fuenterrabia. Consta probado que mas de una vez se han batido ambos hermanos, cuando los carlistas ocupaban el Jaizquibel; pues el Urrutia carlista se encontraba en las trincheras frente á Fuenterrabia, y el Urrutia liberal era jefe de las únicas fuerzas que defendian la plaza.

Visitando Fuenterrabia, tuve ocasion de conocer á su comandante militar D. Bernardo Goenaga, tipo que refleja el de esa raza clásica de hidalgos españoles que se extinguió. El señor Goenaga ostenta los galones de comandante desde el año 1846. Militó siete años como capitan de granaderos, en el regimiento que mandaba el hoy general Quesada. En ocasion de la campaña de Africa, obtuvo, prévio el fallo de una junta de generales, las dos pistolas del ilustre Mina, que la viuda de este patricio mandó se adjudicasen al comandante que mas se distinguiera en la campaña. Poco despues, sus achaques le obligaron á pedir el retiro, y eligió Fuenterrabia como punto de residencia. Es propiedad de su hermano el notable é histórico castillete de aquella plaza, que fué vendido en bienes nacionales. Sobrevino la guerra civil; y no solamente puso él señor Goenaga el referido castillete á disposicion del gobierno, para que lo artillase, como se ha efectuado, sino que erigióse por sí en gobernador militar de la plaza, cargo que le fué confirmado, y con un ardimiento sin igual vino interviniendo en la defensa de la misma, por espacio de dos años, sin mas guarnicion que una reducidísima fuerza de voluntarios, viéndosele siempre en los puntos de mayor peligro y velando con prolija solicitud, por la comodidad y bienestar de la gente á sus órdenes subordinada.

El señor Goenaga cobra, con todo, la paga de retirado con 16 meses de atraso, y como no es hombre para solicitar ninguna gracia ni para pedir favor alguno que en lo mas mínimo le humille, pasa la vida mas modestísima y tiene que contentarse, las mas de las veces, con una triste sopa de ajos por único alimento. Añadir podria otros pormenores que completan la apología de este intachable militar, para quien no existen mas recomendaciones que su valor, su honradez y su patriotismo, y esto quizá es la principal causa de que termine sus dias en la miseria, sin mas consuelo que la tranquilidad de haberse sacrificado siempre al deber, y sin mas tesoro que dos cruces laureadas de San Fernando y aquel precioso par de pistolas que puede presentar con mayor orgullo que algunos generales sus entorchados, puesto que las ganó en virtud de severísimo fallo, dictado por personas que si no lo conocian á él, conocian sus merecimientos.

Emprendí mi viaje de regreso á San Sebastian por el monte Jaizquibel, acompañado del médico de sanidad militar señor Cortés. Saliendo de Fuenterrabia se toma un tortuoso sendero, practicado en la roca, y al cabo de mucho andar llégase á un colladito,—á 250 metros sobre el nivel del mar,—en el que se encuentra la célebre ermita de Nuestra Señora de Guadalupe. El camino que parte de ahí, es una sucesion de veredas medio infranqueables, declives rápidos, sendas que parecen aéreas, emplazadas al borde de horrorosos abismos. La nieve que con un espesor de dos palmos, tapizaba el monte, lo hacia tan pintoresco á nuestra vista, como desagradable á nuestras piernas.

Son refugio del viajero y defensa de la sierra, las torres fortificadas que coronan las alturas mas culminantes. Despues de la ermita citada, está la torre de Guadalupe; mas allá la de Colon; en el punto mas elevado del monte, á unos 500 metros sobre el nivel del mar, el fuerte de San Enrique, guarnecido por una compañía; y sucesivamente hasta la cuesta de Pasages, el fortin de Bazcáiztegui, y los torreones número 1 y número 2. Cuatro soldados y un cabo componen el destacamento de cada torre. Las fuerzas que prestaban servicio en el Jaiz-

quibel, muchos dias quedaban sin racion, y por la carencia de agua tenian que beber nieve derretida y guisar con ella los alimentos.

El descenso por la parte de Pasages de San Juan es tan penoso como el ascenso por Guadalupe. Gracias á las interrupciones, á los tropiezos, á la nevada y á multitud de peripecias, invertimos doce horas en la escursion, á cuyo término llegamos rendidos de hambre, de sed, y de fatiga, bien que con la felicidad de haber escapado á mayores riesgos.

XI.

Segunda visita á Hernani.—Nuevos episodios.—Los voluntarios.—Observaciones hechas desde la torre de la Iglesia.—Santiagomendi.—La batería de Antonenea, única en actividad.—Burunza.—Disciplina carlista.—Nuestras avanzadas.

Resuelto á visitar por segunda vez la villa de Hernani, trasportóme á ella (12 enero) una especie de breack de cuatro asientos, en el cual iban tambien el teniente de artillería, encargado del fuerte de Oriamendi, y el bravo, cuanto jóven, comandante de voluntarios de Hernani, D. Ruperto Erice. Desde la trinchera de Pítícar se nos envió una nutrida descarga, que burlamos, pasando á escape por el trecho en que servíamos de blanco.

Las cosas no habian empeorado ni mejorado. La única batería enemiga en funcion era la de Antonenea, que disparaba proyectiles Vavasseur. Hallábame conversando con el gobernador militar en su alojamiento que, como tengo dicho, es la casa Barrenechea, cuando una granada metiéndose por la chimenea de la casa contigua, cayó dentro la cocina, sin estallar, rasgando ligeramente el brazo de una mujer que estaba guisando.—El dia 7 del mismo mes, otra mujer, con un niño en brazos, oyó la señal del disparo. Encontrábase en las habitaciones traseras de una casa propiedad del señor Sanchez Salvador, corrió á refugiarse á las del frente; pero antes de tener tiempo para ello, un Vavaseur penetró por una ventana y dando violentamente, sin estallar, en el costado de la

mujer, la mató en el acto. Cayó redonda por el suelo esta infeliz, abrazada al inocente que entre sus brazos tenia, el cual no sufrió mas que una lijera contusion, resultado de la caida.

El ponerse á salvo, en Hernani, era una ilusion. Penetraba un proyectil por la parte superior de un edificio; y solia horadarlo hasta el piso mas inferior, en donde estallaba. ¿De que servia, pues, cobijarse en un portal? ¿De que servia correr ante el siniestro zumbido de una granada, si tal vez al apretar el paso, iba uno en busca del proyectil que deseaba evadir?

Acerca de los voluntarios que guarnecian la villa, secundando á la valiente y sufrida guarnicion, añadí lo que sigue: «Son todos hijos de Hernani, aquí tienen sus familias, aquí tienen sus hogares, aquí sus bienes. Todos poco ó mucho tienen que perder. Ahí está el denodado capitan don Ignacio Leceage, persona de posicion y de capital, con un brazo amputado, por consecuencia de la herida que recibió el 12 de Junio último. Desde que empezó el bombardeo, los voluntarios muertos en estas calles ascienden á 7 y los heridos á 21. Este resultado, en comparacion con el insignificante número de voluntarios que aquí hay es tan glorioso como sensible. El libro, admirablemente llevado, en que se anotan las revistas y las altas y bajas de esta fuerza, será un inapreciable dato para la historia de la libertad.»

Subí á la torre de la Iglesia. Ocho voluntarios y dos cabos prestaban el servicio de vigías: observaban las maniobras del enemigo, y le tiroteaban si se salia de sus trincheras. Valíanse de tres magníficos anteojos, enfilados constantemente sobre las posiciones carlistas. El cabo de los vigías con una amabilidad sin precio, me ayudó á inspeccionar las baterías, que merced al auxilio del anteojo, parecian tocarse con la mano.

Basaun: tres reductos; dos de ellos á dos troneras; el restante, con tres, perfectamente construido y sin estrenar.—Mirando á la cumbre de Santiagomendi, distinguíase una sólida batería, cuya ejecucion no pudo menos de responder á una direccion verdaderamente magistral. A la izquierda del fuerte se destacaba el cuerpo superior

del frontispicio de la ermita de Santiagomendi. Sobre la ermita veíase el esquilon, que tantas veces, en tiempo de paz, debe haber atronado con sus alegres sones los poblados valles de la comarca.—De todos los reductos que circundaban la poblacion, el mas pintoresco era el de Antonenea, tambien el mas próximo y el mas enojoso. «Está emplazada—reproduzco mis frases—sobre una loma, estribacion de Santiagomendi. Consta de una tronera única. A la derecha y fuera del parapeto, paséase el centinela, embozado con la manta y fusil al brazo, por entre una espesa arboleda, que por estar hoy deshojada deja ver al individuo, al que en verano dará refrigerante sombra. Apunto el catalejo y no veo ninguna pieza. De pronto aparecen tres ó cuatro carlistas; la pieza ocupa su lugar, como brotada del cielo; cárganla, percíbese el fogonazo, suena la campana en la poblacion, estalla el proyectil, y la pieza, como por ensalmo, vuelve á desaparecer. Así no es fácil que nunca nuestras baterías la desmonten. Pocos metros mas arriba de la batería, existe una casa en que ya no aparecen los destacados en Antonenea, gracias á los fuegos del Santa Bárbara.»

La formidable posicion de Burunza, que ya en la primera guerra civil adquirió justa celebridad, dominaba los territorios de Urnieta y Hernani, y era escelente defensa de la carretera de Tolosa. Supongo que el fuerte de Burunza no se habrá destruido. Ha desempeñado gran papel, y quizá lo desempeñe todavía.

¡Y qué admirable fuerza de voluntad la de los carlistas que ocupaban esas posiciones! Tocaban diana á las dos de la madrugada; inmediatamente acudian á las baterías y trincheras; y firmes en sus puestos, permanecian hasta las nueve de la mañana, hora del primer relevo y del desayuno. Nunca la inclemencia del tiempo los arrancaba de sus puestos. Poco les importaba tener los piés encharcados en fango y en nieve, por espacio de muchas horas.

A su vez, el pueblo de Hernani, heróico por escelencia, sufria impávido, no desmayaba jamás, sin pensar en lo que su angustiosa situacion pudiera prolongarse.

XII.

Prólogo de las operaciones.—El caserío de Artolamendi.—Mucho ruido... y pocas nueces.—El valle de Loyola.—Los voluntarios de Tolosa.—Un concierto matinal.—Trabajos de fortificacion en Artolamendi.—La quinta del marqués de Portugalete.—Conduccion de las piezas Krupp á la nueva batería.—Primeros disparos.—Bajas.—El soldado vigía.—Boca abajo todo el mundo.—Funcion de pólvora.—Estadística de las granadas lanzadas sobre el fuerte de San Márcos.

A las ocho de la mañana del 15 de enero, monté á caballo para dirigirme al valle de Loyola, cuando por reservado conducto tuve noticia del movimiento que á verificarse iba, como prólogo de las operaciones, lo que me impulsó á variar de rumbo. Adopté por observatorio la carretera de Hernani, á la altura del palacio de Portugalete, y hé aquí como describí lo que pasó ante mis ojos:

«Ante todo, hablemos del caserío de Artolamendi. Hállase situado próximamente á dos kilómetros de la batería enemiga de Venta Ciquiñ (Arratsain), y á otros tantos de la carretera de Hernani, en línea recta del fuerte de Lugariz y bajo los fuegos de los fuertes Hernandez é Igueldo. Mirando dicha posicion desde la carretera de Hernani, se vé entre esta y aquella un poco elevado cerro, y por entre este y Artolamendi pasa la carretera de Usúrbil, camino recto para ir á los territorios carlistas de Andoain y Tolosa. El nombre genuino del caserío es Artola y se le añade la comun terminacion de *mendi*, que en vascuence significa monte. A la izquierda están los altos de Vidarte, en donde tienen un reducto los carlistas. Artola consiste simplemente en dos casas sin aspillerar ni atrincherar: habia en ellas una avanzada facciosa de unos 50 hombres. La toma de las mismas supone para nuestra línea un avance de dos kilómetros sobre Arratsain, lo que puede influir muy mucho en apagar los fuegos de esa batería, ó en impedir, cuando menos, que hostilice á San Sebastian.

»El ataque se ha llevado á cabo bajo la direccion del brigadier Suances, por la infantería de marina y los mi-

gueletes. Dos compañías del segundo batallon y una compañía de migueletes han avanzado por la parte de la Antigua con órden de penetrar en las casas enemigas; otras dos compañías del primer batallon les apoyaban el flanco izquierdo, y el resto de la fuerza de entrambos batallones permanecia en reserva sobre el camino de Hernani y en la Antigua. Las dos compañías de vanguardia, al avanzar, han sido recibidas con nutrido tiroteo, lo que no les impidió marchar resuelta y serenamente hácia las casas, y muy pronto se ha generalizado el fuego en toda la línea. ¡Qué ruido tan atronador! ¡Qué lujo de disparos! Y despues de todo, ninguna baja causada por la fusilería. Nosotros hemos tenido un contuso de bala.—A los carlistas les ha ido peor, efecto de las granadas que les remitia el fuerte de Lugaritz. Parapetados en los matorrales y en algunas trincheras de los cerros de la izquierda, contestaban en un principio á nuestro fuego y parecian querer resistir, pues la verdad es que habiánse puesto en movimiento todas las fuerzas de la línea enemiga avanzada; pero al salir de sus parapetos y escondrijos, pasados tres cuartos de hora, varios proyectiles de Lugaritz estallaron entre los grupos pronunciados en retirada. De un grupo de 10 á 12, tres han caido por el suelo, ignoro si heridos ó muertos, siendo llevados á remolque por sus compañeros que les han hecho el favor de no abandonarlos. Un faccioso de los escapados de la trinchera sita mas acá de Vidarte, huia escapado, vuelta la cabeza hácia nosotros, y una granada de Lugaritz fué á reventar sobre su misma espalda. Es el único muerto que puedo atestiguar.

»Los tiradores de infantería de marina se han portado admirablemente. Todas las fuerzas, en general, sin olvidar á los bravos migueletes, han dado muestras de serenidad y arrojo.»

Inmediatamente trasladáronse allí nuestros ingenieros, para construir el reducto; pero casi al mismo tiempo, los de Arratsain enfilaron sus baterías sobre Artola, con tan mala suerte al princ o, que todos los disparos quedaban cortos.

(*Loyola* 16 *enero, á las ocho de la mañana.*)—Saliendo de San Sebastian por la puerta de Santa Catalina, pasando el soberbio puente de piedra labrada que pone á la ciudad en comunicacion con la playa de la Zurriola, y siguiendo un camino paralelo á la estacion del ferro-carril, ingrésase, á no muy larga distancia, en un pequeño y lindo valle sin igual, denominado valle de Loyola.

Al penetrar en este pintoresco círculo de montañas, déjase á la derecha la finca del marqués de Alcolea, palacio elegante y parque tan ameno como grandioso. A la izquierda festonean el paisaje otras quintas de recreo y frondosas arboledas, escalonadas en las vertientes de fértiles cerritos. Ahí está una magnífica propiedad de don Fermin Lasala.

La carretera sigue en un buen trecho por el borde del valle, teniendo á su izquierda una loma esmaltada de verdor, y á su derecha el manso Urumea (palabra vascuence que quiere decir rio delgado), rio que abandona, despues de haberlo atravesado por un sólido puente de tres ojos.

Una fuerza de infantería destacada en el palacio de Alcolea y en un torreon fortificado, custodia la entrada del valle; á la estremidad del referido puente hay una avanzada de carabineros, y á doscientos pasos de distancia de esta última, se encuentra una avanzada de voluntarios de Tolosa, los cuales, en número de unos doscientos, son los que guarnecen el pueblecillo de Loyola, grupo de casas situado sobre la carretera, en un lugar en que esta vuelve á confluir con el rio, siempre tan cristalino, siempre tan inmóvil, espejo de unos paisajes lindísimos y de una vegetacion á veces encantadora. Esos voluntarios son emigrados liberales de Tolosa que aguardan el momento feliz de regresar á sus hogares. Prestan el servicio de avanzada en este sitio, puede decirse que gratuitamente, toda vez que tan solo perciben la racion de etapa.

El valle de Loyola debe estar guarnecido constantemente, porque si no, lo visitarian con frecuencia los carlistas, á pesar del fuerte de Ametzagaña, que es el que principalmente lo domina. La carretera de Loyola con-

duce á Hernani por Astigarraga y Esgobia, faldeando la altura de Montevideo y llega hasta Andoain, en donde empalma con la carretera general de Tolosa. De suerte, que pasa alternativamente de territorio liberal á territorio carlista. Las primeras avanzadas enemigas de Astigarraga descúbrense á kilómetro y medio de Loyola.

La escelente música y banda de cornetas del batallon de Estella practica en este instante su academia en el vestíbulo del palacio de Alcolea: el eco repite sus acordes por todo el valle, como si suficientes no fueran las brillantes armonías que ha desplegado en este sitio la pródiga naturaleza. Armonías que despiertan en el ánimo la meditacion y en el pecho el gozo, aunque vengan á perturbarlas los sordos y desentonados estampidos de Ametzañaga, Puyo y Oriamendi.

Los trabajos de fortificacion proseguian en Artolamendi con gran actividad. El parapeto de cestones tenia 9 metros de altura por 4 y medio de espesor. Las casas fueron habilitadas para cobijar al destacamento.—Entretanto, San Sebastian estaba de enhorabuena, pues desde el 15 todas las granadas de Venta Ciquiñ eran para Artolamendi.

Curioso episodio presencié el dia 17 por la tarde. Un ingeniero escavaba, en la parte esterior del espaldon, el terreno destinado al foso. Suena una detonacion y breves segundos despues, cae una granada, sin estallar, á pocos metros del ingeniero. Este mira el proyectil con indiferencia y continúa su trabajo, como muy preocupado en su obligacion. No trascurren cinco minutos sin que Arratsain vuelva á enviar otra granada que, como la anterior, va á enterrarse en el fangoso piso, no muy lejos y á espaldas del ingeniero, el cual no se inmuta ni mucho menos, sin advertir acaso la insistencia con que le buscan los proyectiles. Yo persistí, curioso no perdiendo de vista, entretanto, la tronera de Ciquiñ. Aparece por ella un fogonazo; sigo la trayectoria del proyectil mas que con la vista con el oido, y ¡no puedo reprimir un estremecimiento de horror! La granada cae, como las otras, á pocos metros del ingeniero; pero esta vez estalla, y milagro-

samente los cascos no acribillan al soldado. Entonces este levanta el cuerpo, vuelve la vista hácia un fragmento de *pepinò*, frunce el ceño, y esclama con mucha sorna: «¡Ah bárbaro!» y continúa trabajando en la abertura del foso, con la tranquilidad de antes.

En la quinta de Portugalete alojábanse tres compañías de Marina, que miraban por aquella soberbia posesion como por cosa propia. Ocupaban las caballerizas y cocheras y el palacio provisional, en uno de cuyos pisos habitaban los gefes y oficiales: fué respetado el *chalet* del jardinero. El alto del Puyo compréndese dentro de los linderos de tan espléndida finca, en que la naturaleza y el arte han derramado á mano llena sus mejores tesoros.

A las seis de la mañana del 18, fueron conducidas al nuevo reducto de Artolamendi seis piezas Krupp, de á diez centímetros, escoltándolas dos compañías del regimiento de Cantábria. La conduccion verificóse sin la menor novedad. Al punto quedaron emplazadas, y diez minutos despues, á las ocho de la mañana, resonó el primer cañonazo. Venta Ciquiñ no se mostró perezosa en contestar. Pronto hubo que añadir una nueva baja á las dos que ocurrieron el dia anterior en el mismo sitio: un proyectil Witworth atravesó el muslo á un infeliz soldado del regimiento de Mallorca, ocupado en las faenas de fortificacion.

Curioso era el tipo de vigia en las troneras de Artolamendi. Prestaban este servicio soldados de ingenieros. Situado uno de ellos de pié sobre el espaldon, fija la vista en el reducto enemigo, anunciaba los disparos al hormiguero de hombres que se agitaba en torno de nuestras piezas.—Los carlistas habian corrido un cañon de menor calibre hácia la batería de la izquierda. Cuando este cañon disparaba, «¡fuego el pequeño!» gritaba el vigía: la mayor parte de nuestros soldados no hacia caso del proyectil. Cuando el disparo provenia del otro cañon, el vigía exclamaba: «¡fuego el grande!» y todo el mundo, con religioso instinto de conservacion, echábase boca á bajo, cuando no al abrigo de las casas ó de los espaldones.

Simultáneamente disparaban Artola, Hernandez y Lugariz, contestando débilmente los fuegos la batería de

Arratsain. Lo que parecia increible es que, con tanta gente dentro del reducto, no hubiera mas bajas.

Nuestra batería hizo magníficos blancos. Una de las troneras de Ciquiñ quedó completamente destrozada. Los carlistas variaron de sitio el cañon pequeño, colocándolo junto á un caserío cercano, desde donde disparaban con menos acierto que antes. Una de sus granadas, sin embargo, produjo la explosion de algunas cajas de municiones en el fuerte de Lugaritz, sin causar daño alguno personal.

Por nuestra parte, arrojamos en el primer dia centenares de proyectiles sobre Arratsain. A propósito de este lujo de disparos, de esta profusion de plomo que inútilmente se gastaba, creo que verán con gusto mis lectores una original estadística que puedo ofrecerles, de las granadas liberales que solo el fuerte enemigo de San Márcos recibió en los últimos ocho meses de 1875.

Héla aquí:

En mayo.	810
En junio.	3315
En julio.	3720
En agosto..	4031
En setiembre.	3300
En octubre.	2487
En noviembre.	656
En diciembre.	1224
Total de granadas.	19543

Excusado es decir que, á pesar de esta fabulosa cifra, continuaba en 1876 recibiendo su cuotidiana racion de plomo el fuerte de San Márcos.

XIII.

Lezo.—Un cantar popular.—Comienzo de una carta.—Los convoyes de Oyarzum.—Buzos infantiles.

Una nueva nevada comenzó á caer. La única comunicacion terrestre de que disponíamos—el Jaizquibel—volvió á obstruirse. Las tropas acampadas en los altos quedaron medio aisladas del resto del mundo.

En Lezo tuve ocasion de contemplar y admirar otra vez los sufrimientos del ejército liberal. Las camillas estaban allí dispuestas como en los instantes en que se libra una accion: no pasaba dia sin que de los puestos avanzados no llegasen á dicho punto, para ser trasladados al hospital, soldados heridos, otros con los piés helados, otros atacados de súbita dolencia. Esto sin contar las inevitables bajas, que diariamente debíamos á las escaramuzas y á los tiros sueltos.

Pasé una mañana por uno de los puestos situados en el monte Alzacain, á tiro de fusil de las avanzadas carlistas. Tenian nuestros soldados, por abrigo, una especie de choza improvisada en el ángulo de un caserío que fué pasto de las llamas, abrigo que no discrepaba mucho de las *chaolas* que en la cima de las montañas servian á los carcundas de garita. Siete ú ocho soldados mataban el tiempo en derredor de un vivac y uno de ellos tañia una guitarra; y en tono plañidero, ese tono peculiar á los cantos populares, en que la melancolía y el placer se confunden, cantaba:

Es la vida del soldado
sufrir siempre mil azares,
dormir en camita agena,
morir en los hospitales.

Involuntariamente me detuve por ver si variaba el cantar, y no hizo mas que repetir el mismo. Pero mientras el filarmónico militar entonaba sus coplas, uno de

sus compañeros deletreaba en voz alta el contenido de un papel, del cual pude oir lo siguiente: «Apreciable hijo: »Me tenia en cuidado tu silencio por las desgracias que »ahí ocurren, y he puesto una vela á la Vírgen para que »te saque en bien de esos trabajos.» Eran de una madre estas sencillas frases; eran, sin duda, de una madre, que ya que no puede escudar con su cuerpo el de su hijo para librarle de un proyectil, ya que con todo el fuego del amor maternal no es potente para enviar una chispa de calor que derrita la nieve acumulada en torno de su hijo, pone velas á la Vírgen, eleva preces al cielo para que su hijo no perezca, víctima de una bala ó víctima del frio. Esta vez llegó el papel á manos del hijo, y él lo leia. ¡Quién sabe si la carta siguiente le hallará en el lecho de un hospital ó abandonado á merced de los cuervos sobre un campo de batalla!

La conduccion de un convoy desde Rentería á Oyarzum nos causaba diariamente alguna baja. Efectuábase antes aquel servicio mensualmente, y las desgracias eran por lo tanto, mensuales, de donde se le aplicó á ese convoy—que se hacia cada mes y siempre con sangre—el nombre de *menstruacion de Oyarzum*: luego se decidió que dicho servicio fuese practicado cada dos dias, lo que producia un aumento proporcional en las desgracias. Dióse ocasion, en que por transportar á Oyarzum 17 quintales de carbon en carretas de bueyes, gastáronse de 8 á 10,000 cartuchos. Escoltaban el convoy 4 compañías, y como los soldados habian de ir al paso de los bueyes, infiérase de ahí el prolongado blanco que ofrecian á las trincheras carlistas que flanqueaban el camino.

Intenso frio dejábase sentir en San Sebastian, pero ni el frio, ni la escarcha, ni los proyectiles que estallaban en el muelle, impedian que multitud de chiquillos, vestidos con el traje de nuestro padre Adan, pululasen por la playa, esperando á que una granada cayese al mar, para lanzarse, tras ella, en el fondo del mismo, y coger el proyectil que despues vendian á buen precio.

Los fabricantes de Eibar, emigrados en San Sebastian, convertian las bombas, granadas y aun los simples cascos en delicadísimos objetos de arte.

XIV.

Son revistadas en detall todas las fuerzas.—Los migueletes.—Asesinato terrible.—La fiesta de San Sebastian.—Un sermon patriótico.—Indalecio Vizcarrondo (a) *Vilinch*.—Algunas palabras acerca de esta víctima.—Una anécdota histórica.

Los jefes de las divisiones y de las brigadas dedicábanse á inspeccionar el estado de sus respectivas fuerzas, en las afueras de la puerta de Santa Catalina. Una de las revistas que mas llamaron mi atencion, fué la que pasó el brigadier Mariné, que, como es sabido, mandaba una brigada suelta, formada por el batallon cazadores de Estella y los migueletes guipuzcoanos. Los cazadores formaron sobre el camino de Loyola; ejecutaron, á las órdenes de su teniente coronel el señor Gil, algunas difíciles evoluciones, que arrancaron un aplauso general en cuantos las presenciaban. El batallon de Estella era uno de los mas escelentes que habia en campaña: podia envidiárnoslo el mejor ejército del mundo. Su gente distinguíase por el vigor y por la robustez, tanto como por la disciplina y la bravura; llevaba uniformes raidos, gastados por el uso de ocho ó diez meses de campaña; pero sin una mancha, sin un descosido; el armamento brillaba por su perfecto estado de conservacion, y los morrales por su irreprochable blancura.—El batallon de migueletes fué revistado en Alza. Hé ahí una tropa de la que tambien podíamos estar orgullosos. Su comportamiento no lo he de elogiar, porque es bien conocido. El traje que usaban sus gallardos y corpulentos mozos (ponche azul y boina encarnada), imprimia vistosísimo aspecto á las formaciones del batallon.

Por aquellos dias hubo que lamentar una sensible desgracia en la carretera de Irun. Cierto individuo de San Sebastian, al parecer empresario de carruajes, quiso pasar solo por aquel sitio, no obstante la incomunicacion, y los carlistas destacados en Ganchusqueta se apoderaron de él, y sin forma de proceso lo fusilaron. Al dia siguien-

te fué hallado aquel infeliz con la cabeza separada del tronco.

El dia 20 de enero, fiesta de San Sebastian, tuvimos algazara popular, á corta diferencia como en los tiempos normales. Encargóse del sermon oficial en la iglesia de Santa María, don Casimiro Chaverri, capellan del hospital militar, pronunciando una oracion elocuente y erudita, en la que hizo votos porque hubiese *paz, paz y siempre paz*, bajo el reinado de don Alfonso XII. Mientras estos votos expresaba, oyéronse desde el templo los alarmantes sones de la campana del vigía.

Por ser tamaña festividad, sin duda, la batería enemiga de Arratsain salióse de sus casillas, y disparó cuádruple número de granadas que de costumbre, bien que lanzándolas, en su mayor parte, sobre Artolamendi, que á su vez respondia con magníficos blancos. Destruida una de las troneras de Venta Ciquiñ, los carlistas sacaban al descubierto una de las piezas cada vez que querian disparar.

Diria que los disparos de Arratsain equivalieron á salvas de alegría en honor al santo patrono, si no hubiesen dado márgen á dolorosos sucesos. Uno de ellos, sobre todo, impresionó profundamente á la ciudad, y es el que describí en los siguientes términos:

«Hay aquí un hombre honrado y laborioso, llamado Indalecio Vizcarrondo y conocido por *Vilinch*, cuyo principal medio de subsistencia consiste en la venta de periódicos de Madrid, que distribuye entre una partida de chiquillos callejeros que tiene á sus órdenes. Vive en el mismo edificio del teatro. Esta tarde, á eso de las tres y media, subió á su habitacion, con ánimo de asearse y vestirse de nuevo. Un proyectil de Arratsain penetró por el techo en la habitacion y causó á *Vilinch* dos gravísimas heridas, una en el tercio medio de la pierna derecha, con fractura conminuta de ambos huesos; otra en el tercio inferior de la pierna izquierda, con análoga fractura. La pierna derecha le ha sido amputada inmediatamente por el dignísimo presidente de la comision guipuzcoana de la *Cruz roja*, el doctor don José R. de Sagastume, con ausilio de los médicos señores Mayora, Aristizabal y Tamés. La

otra pierna, destrozada tambien, no se le ha amputado.

»Mueve más á compasion la inesperada desgracia del pobre *Vilinch*, si se recuerdan ciertos antecedentes que hacen del herido una figura simpática é interesante. Abundan en el país vasco los *coblaçari* ó *verzolariz* (que en nuestro idioma equivale á improvisadores), que manejando con singular facilidad la lengua *euskara*, improvisan dulces canciones al amor, á la amistad, á los placeres del alma, sin salirse nunca, por lo general, de la esfera de la ternura; y *versolariz* hay que subsisten á espensas de su oficio de trovadores, siendo llamados á amenizar las bodas y regocijos de todo género, lo que cumplen á maravilla con los raudales de su inagotable vena. En las sidrerías, ó bodegas donde se expende la *sagardúa*, suele ponerse un *versolariz* enfrente de otro, y elegido por cualquiera de los circunstantes, un pié, un tema fútil, luchan horas enteras los improvisadores, hasta ver quien se rinde antes, en desarrollar el tema que se les ha propuesto. Los *versolariz* de Guipúzcoa no se diferencian mas que en el idioma de los *glosadors*, de la isla de Menorca, en donde las tabernas suelen ser asimismo el palenque de estas originales luchas del ingenio. Ahora bien; *Vilinch* es reputado como uno de los principales *versolariz* de esta tierra, y más aun, es tenido como uno de los mejores entre los poetas *euskaros*. Ha vertido al vascuence algunos cantares de Ruiz Aguilera. Sus composiciones originales, si no se distinguen por su brillantez y valentía, son breves, sencillas, delicadas, y tienen en su corte algo de las baladas de Schiller y de Heine.

»Precisamente en los instantes en que los cascos de la granada enemiga destrozaban los miembros del honrado vendedor de periódicos, el *Diario de San Sebastian* publicaba entre sus sueltos, sin comentario ni encabezamiento alguno, la siguiente improvisacion de *Vilinch*, que empiezo por transcribir en vascuence.

»Nic au pentzatu nuben
beiñ zu icusi ta.
Ori bay dala guztiz
nescacha polita.

Nay balu nere izan,
gaude ezcongay ta,
maiteco nuque nola
ama eta aita,
nere biciya baño
gueyagore baita.

»La traduccion castellana, casi literal, es como sigue:

»Oid lo que pensaba,
la vez en que la ví:
Esa sí que es muchacha
lindísima y gentil.
Si mia ser quisiera,
que soy soltero al fin,
la adoraria cuanto
adoro á quien debí
la vida, á padre y madre,
y mucho mas que á mí.

»¡Pobre Vizcarrondo! Si ternura respiran esos conceptos, que parecen emanados del corazon de un niño, por mas que aquel esceda de los 35 años, no menos bondad de alma revelan las frases que dirige á cuantos van á verle en el lecho del dolor.

»Entré en su modesta vivienda, y el facultativo me mostró furtivamente la pierna amputada. ¡Qué horror! El pobre *Vilinch* ha sufrido tanto, que hasta ignora la mutilacion de que ha sido víctima...—«Lo que mas sentiré, decia, es tener que quedarme sin pierna (1).»

Fuí testigo de un episodio que pinta por entero al soldado español. Algunos del batallon de Estella estaban en derredor de una hoguera, guisando sus raciones de etapa. El brigadier Mariné acércase á ellos:

—A ver ese pan, les dice:

Prueba inmediatamente su calidad, de la que queda satisfecho.

(1) Indalecio Vizcarrondo sanó de la parte amputada; pero á los pocos meses pasó á mejor vida, ignoro si á causa de la otra lesion.

—¿Y las raciones? ¿Teneis queja? ¿Son buenas?

—Sí, señor, mi brigadier, contesta uno, cuadrándose y con las manos en la frente; son buenas, y la pólvora tambien es buena.

Sorprendido el señor Mariné con tal salida, repuso sonriendo:

—Pues, si teneis buen pan, buenas raciones y buena pólvora, teneis todo cuanto os hace falta. Quedáos con Dios.

Nada seduce ni halaga tanto al soldado, como las demostraciones que por su bienestar hacen los jefes. Con muy poco esfuerzo se alienta el espíritu de aquel. Cuando un jefe militar sabe hacerse querer de sus subordinados, será siempre querido con pasion, y lo que él mande, obtendrá tan seguro como eficaz cumplimiento.

XV.

Vuelvo á la frontera.—Incendio de los montes al rededor de Irun.—Alijos carlistas en la costa.—En campo carlista.—Endarlaza.—Recuerdos del cura Santa Cruz.—La *Puncha*.

Con el objeto que verán mis lectores en el transcurso de este capítulo, emprendí, el dia 21 de enero, una segunda expedicion á la frontera francesa. Despues de algunas horas de camino por el Jaizquibel descendí á Fuenterrabia; y de allí, por el Bidasoa, pasé al anochecer á Irun. Todos los montes sitos á la vista de esta poblacion eran pasto de las llamas. Los carlistas incendiaban todas las malezas para despejar el terreno. El cerro de San Marcial (ocupado por los nuestros) ardia tambien en parte; pues el municipio de Irun, de órden superior, envió unos diez ú once hombres á que quemasen un caserío y todos los zarzales. Verificaron aquellos la operacion sin novedad; mas al retirarse, una descarga enemiga hirió á dos, que fueron inmediatamente trasladados al hospital. Uno de los heridos falleció á las pocas horas.

Con fecha 23, escribí desde Bayona lo siguiente:

«La primera vez que vine á estos lugares, supe en San

Juan de Luz, y lo indiqué sin rodeos en una carta, que se trataba de recabar en Burdeos un importante cargamento de armas y municiones con destino á los carlistas. No tardó el hecho en divulgarse, y la prensa de Madrid lo denunció en todos los tonos. Temí que esta prematura publicidad hubiese hecho fracasar las pesquisas oficiales, y dudé de la eficacia de mis investigaciones en este segundo viaje; pero grande ha sido mi asombro al ver que el buque encargado del alijo, que es el bergantin *Notre Dame de Fourviere,* no solamente llenó con toda felicidad su intento, sino que ya está de vuelta en Burdeos, preparando un nuevo embarque de armas para Motrico.

»Hay mas: en el propio caso se hallaba un barco de vela *Le Jeune Navigateur,* surto en la ria de Bayona. Dias atrás zarpó, cargado de contrabando de guerra, hizo sin novedad el desembarque en Bermeo y se encuentra ya de regreso. *Le Jeune Navigateur* fondea en el muelle frente á la Aduana, no léjos del magnífico puente de Saint Esprit y detrás de una goleta. Es un quechemarin de esos que se dedican al cabotaje en las costas del Cantábrico.— El cónsul vé todo esto, y me consta que no le es dado impedirlo. Cumple con su deber notificando minuciosamente todos los movimientos y operaciones de esos barcos facciosos, al almirante señor Polo, para que procure apresarlos. Pero ello es que los alijos se suceden unos á otros y se verifican sin el menor inconveniente. ¿De quién es la culpa? ¿Sobre quién hay que descargar la responsabilidad? Me repugna el considerar los comentarios á que el escándalo se presta.» (1)

Sin ninguna dificultad pude llegar al territorio carlista de Endarlaza. Detuvíme primero en Biriatou, en donde, como en Behobia, el *maire* es carlista furibundo. Allí poseian los correos carlistas una especie de administracion de cambio. Desde Biriatou me hubiera sido fácil atravesar el Bidasoa y tomar el camino de Endarlaza por

(1) Quien desee conocer estupendos detalles sobre la misma cuestion de desembarcos, lea los *Secretos é intimidades del campo carlista en la pasada guerra civil.*

Lastaola; pero prudentes razones me aconsejaron que siguiese á pié, bordeando el rio, hasta el puente de hierro de Endarlaza, puente magnífico que fué cortado por el celebérrimo Santa Cruz: tuve, pues, que vadear el Bidasoa en una *gabarra*.

No es la voladura del puente el menos grato vestigio que dejó en Endarlaza el funesto presbítero. Pocos metros hácia el interior de España, en la orilla derecha del rio, me mostraron el sitio en donde dos años y medio antes habian sido fusilados 37 carabineros por aquel mentido ministro del Señor. Del destacamento que en aquella ocasion cayó prisionero, libráronse tres tan solo, por casualidad, de la pena de ser fusilados: dos han fallecido ya, de dolencias naturales; el restante permanece en Endarlaza, dedicado á un oficio, cual si no quisiese abandonar las cenizas de sus infortunados compañeros. No existe cruz ni signo esterior alguno que señale piadosamente el lugar de la hecatombe.

«Endarlaza,—decia yo entonces, explicando el papel de esos territorios en la guerra civil,—pertenece á territorio navarro; pero todas las mercancías que pasan por allí van á parar, sin aumento de derechos, á la próxima aduana de Lastaola, que está en territorio guipuzcoano. Los carlistas de Navarra se abastecen por Dancharinea; los de Guipúzcoa por Lastaola y Endarlaza. Desde este último punto, nada mas fácil que ir á Andoain y Tolosa (1), pasando alternativas de bueno y mal camino, por Alcíbar y Astigarraga. Así se esplica que el registro fiscal esté en Lastaola, por ser Guipúzcoa, y que la estacion telegráfica esté en Endarlaza, por ser el mas fácil punto de comunicacion con el interior de aquella provincia. Antes todas estas dependencias se hallaban reunidas en Lastaola; pero un dia, el bravo comandante militar de Irún, el coronel señor Arana, hoy agregado al cuartel general de Morionés, presentóse por sorpresa con un batallon en dicho pueblo, y se llevó todos los aparatos, básculas, documen-

(1) Endarlaza, como Lastaola, se encuentra sobre la carretera que conduce de Irun á Vera, Elizondo y Pamplona.

tacion, moviliario y mercancías en depósito. Esto hizo que los carlistas dejasen de tener á Lastaola por paraje muy seguro.»

Junto á Biriatou, una lengua de terreno hácia el interior del Bidasoa, constituye una extremidad avanzada de la frontera española y denomínase la *Puncha*: este nombre figura en casi todos los espedientes de reclamaciones internacionales. Moriones ordenó que allí se construyese una torre ó un fortin, con troneras solo por la parte de España; medida que al cabo no hubo necesidad de llevar á efecto.

XVI.

Las operaciones militares en Guipúzcoa.—Reconocimiento general en toda la línea.—Combate de Oyarzum.—Toma de Garatemendi.—La marina de guerra.—El cuartel general de Moriones trasládase á Guetaria.—Dificultades de comunicacion.

El dia 25 de enero, cuando menos se esperaba, comenzaron las operaciones en Guipúzcoa.—El segundo cuerpo del ejército de la izquierda fué el único, en la última campaña, que tuvo delante de sí al grueso de las fuerzas carlistas: así toda la España liberal fijaba sus ojos en Moriones que, encerrado dentro de un círculo de hierro, con obstáculos enormes por tierra y por mar, debia fiar el éxito de su mision á un golpe maestro, decisivo, inesperado, como lo efectuó.—Seré muy conciso en honor á la claridad, y porque no requiere otra cosa la sencillez de la operacion.

El lúnes 25, dispuso Moriones un reconocimiento general en toda la línea, desde Hernani hasta Irun. El ejército simuló un movimiento de avance por diferentes puntos, y al anochecer todas las tropas retiráronse á sus cantones. Bien que se trataba de un simple ensayo, con órden especial aquellas de mantenerse á cubierto, hubo lucha séria y formal en algunos sitios. En Piticar, junto á Hernani, libróse un pequeño combate; de San Sebastian salió una seccion de la Cruz roja, dirigida por el doctor Sagastume, la cual prestó escelentes servicios. Por la par-

te de Oyarzum, fuerzas salidas de Irun, de Rentería y de aquel pueblo, á las órdenes del brigadier Rodriguez Sierra, avanzaron sobre los puntos carlistas avanzados de Arrescolarre y Altamirre, sitos á la derecha de la posicion de Munuamendi. Opuso resistencia el séptimo batallon guipuzcoano, secundado por las columnas volantes de Gorochategui y Mayora: este pereció en la refriega. Tuvimos nosotros dos muertos y algunos heridos. Parte de la guarnicion de Urcabe salió á su vez y ocupó el otro punto avanzado, Galcerdimuño, desde el cual tiroteóse con la primera y la quinta compañía del octavo batallon guipuzcoano. En cumplimiento de lo previsto, los liberales abandonaron aquellas posiciones al caer de la tarde, recobrándolas inmediatamente el enemigo, con lo que este anunció en sus telégramas que habia ganado el combate de Oyarzum.—No paró aquí la estratagema liberal. El mismo dia 25, las autoridades militar y marítima de Irun recibieron órden de embargar todas las lanchas de Fuenterrabia, porque, segun el texto de la órden, habia que trasportar 40,000 raciones desde Pasajes al Bidasoa. Esto, como es de suponer, llegando á oidos de los carlistas, les estimuló á reforzar todas las alturas de Oyarzum y todos los pasos de Lastaola.

Cumplióse fielmente la citada órden, y á las primeras horas de la noche, una retahila de lanchas con sus respectivos tripulantes, marchaba en direccion de Pasajes, remolcada por el cañonero *Godinez*, mientras el gobernador militar de Irun, señor Diaz Labiano, estudiaba los medios de almacenar las famosas 40,000 raciones, que no llegaron jamás; pues las raciones eran de carne humana, y debian ser transportadas, no á Irun, sino á Guetaria, á donde arribaron, en medio de la oscuridad, á las cinco de la madrugada siguiente, conducidas por el *Fernando el Católico*, la *Sirena* y el *Pelicano*, cuyos buques, luego del desembarque, abandonaron rápidamente, con todo el convoy, las aguas de Guetaria; por manera que al amanecer, la guarnicion carlista de Gárate, ni notó el aumento de fuerzas en la plaza, ni descubrió buque alguno sospechoso á la vista.—Las tropas desembarcadas en Guetaria pertenecian á la brigada Mariné. Con gran estupor de los es-

casos defensores del fuerte enemigo, los nuestros avanzaron resueltamente monte arriba, y sin darles tiempo de organizar una defensa formal penetraron en el recinto y aprisionaron á toda la guarnicion, la cual, segun parece, componíase de gente de muy poco valer. Hubo escasas bajas; nuestra primera víctima fué un capitan de infantería. Hé aquí cómo, mientras los carlistas formábanse la ilusion de haber ganado combates en Hernani y en Oyarzum, y se disponian á disputarnos el paso por donde no pensábamos ir, el general Moriones, con inimitable destreza, les quitaba una de sus mas importantes posiciones. La marina de guerra, favorecida por el tiempo, secundó puntual y admirablemente los designios del general en jefe. La operacion llevóse con el mayor sigilo, en términos que hasta los encargados de ejecutarla ignoraban su verdadero alcance; solo Moriones y Mariné lo sabian.

Ya los nuestros en plena posesion de Garatemendi, lo anunciaron á San Sebastian por medio de señales ópticas. A las ocho de la mañana del 26, reunió Moriones en el muelle de San Sebastian á las divisiones Catalan y Cuadros, y las anunció que sus compañeros se batian en Guetaria y que era indispensable marchar allí. Un grito unánime de entusiasmo acogió aquellas frases; los vivas atronaron el espacio, las músicas entonaron alegres himnos, y todos los batallones disputábanse el honor de ser embarcados los primeros. Pocas horas despues, el cuartel general, con el grueso de las fuerzas, desembarcaba en Guetaria.

Si bien es verdad que todas las circunstancias concurrieron al éxito feliz de la operacion, presentáronse luego dificultades de primer órden, que pusieron á prueba la esquisita prevision y la natural actividad del general Moriones. A despecho de un temporal que duró algunos dias, transportáronse á Guetaria víveres, municiones, material de artillería, etc.: las vituallas se mojaban y los caballos tomaban un baño al desembarcar, pues el fondeadero de Guetaria es pésimo; pero jamás carecieron de lo esencial, ni siquiera de comunicaciones postales, los 10,000 hombres arrojados sobre aquella inclemente playa.

XVII.

Combate de Mendizorrotz.—El general Morales de los Rios.—Reducto de Vidarte.—Actos de valentía.—Muerte del coronel Ortega.—Los heridos.—Trágico episodio.—Un gallego templado.—Socorros procedentes de Bayona.

El general en jefe, desde Guetaría, mandó que la division Morales de los Rios, única que habia quedado en San Sebastian, realizase un amago sobre las posiciones de Arratzain y Mendizorrotz, á cuyo efecto fué designado el coronel Arana, como práctico en el terreno, para situar y distribuir las fuerzas. El general Morales de los Rios, sin tener en cuenta las combinaciones del general en jefe, y desoyendo los prudentes consejos del coronel Arana, no quiso limitarse á un simple amago, é intentó atacar de frente aquellas inexpugnables posiciones. De ahí el desastroso combate de Mendizorrotz, uno de los descalabros mas solemnes que hemos sufrido en el trascurso de la guerra. No lo describiré; porque hacerlo no podria sin imbuir mi relato un sentimiento de ira y de vergüenza. Nuestros batallones fueron lanzados á los fosos de Mendizorrotz por el capricho insensato de un general inepto; se jugó con el heroismo; hízose derramar estéril sangre, y nuestros bravos soldados, despues de aguantar una matanza inútil, tuvieron que presentar los morrales á los carlistas; bien que la retirada fué sangrienta para los que, creyendo poder perseguir impunemente á los nuestros, avanzaron hasta un terreno en donde las ventajas se hallaban de nuestra parte. ¡Qué inmensa résponsabilidad para Morales de los Rios! En otro país se le hubiera residenciado: aquí, no solo ha quedado la cuestion hecha tablas, sino que al *héroe* (prescindiendo de que se le haya otorgado alguna gran cruz, que lo ignoro), se le ha conferido un importante mando en la campaña de Cuba. ¿Borrará con su conducta ulterior los recuerdos que de su ineptitud ha dejado en Guipúzcoa?

Por consecuencia del combate de Mendizorrotz, ocupamos el reducto enemigo de Vidarte, que abandonamos

despues por ser una posicion insostenible. Radicaba bajo los fuegos de multitud de reductos y trincheras, y á medio kilómetro de la batería de Venta Ciquiñ. Vidarte, en vascuence, significa *dos caminos* ó *entre caminos* y se halla casi en la misma confluencia de los caminos de Lasarte y Usúrbil. Dicha posicion fué tomada por la brigada Careaga. La música del regimiento de Africa, llegó tocando paso de ataque, hasta las mismas trincheras, en medio de un diluvio de proyectiles.—El regimiento de Luchana se portó con admirable valentía: su denodado coronel, señor Olózabal, salió herido en una mano. Peor suerte cupo al del regimiento del Rey, D. Leon Ortega y Ortega, que murió, como bueno, al frente de sus bravos y al pié de Mendizorrotz.

Los hospitales, los cuarteles y las escuelas públicas de San Sebastian se llenaron de heridos. Sobre faltar locales, escaseaban notablemente los recursos sanitarios. La comision guipuzcoana de la Cruz roja, despues de concurrir al campo de batalla con médicos, camillas y carruajes, puso á la disposicion de la Sanidad Militar, hilas, trapos y medicamentos. La seccion de señoras acudió tambien en auxilio de los heridos.

En una de las camas de la Cursaal, gemia, herido en un muslo, el soldado Ramon Rodriguez Espósito, del batallon de Africa. Era un héroe digno de ser premiado por la pátria; era un *resucitado*, digno de la general admiracion. Cayó herido junto á las trincheras de Arratsain, y los suyos, al retirarse, le dejaron abandonado. Dueños otra vez del campo los carlistas, reconocieron por la noche á aquel hombre tendido, como á otros que allí habia, y le creyeron cadáver. El infortunado Rodriguez, inmóvil, contenida la respiracion, ahogando el dolor que le produciera el balazo, sintió que una mano infame le despojaba del morral, fusil, ros, capote, etc., hasta ponerle en camisa y calzoncillos. Huyó el ladron con su presa; y á poco volvieron otros hombres, que al tropezar con el presunto cadáver lo retiraron de frente la trinchera, sin duda por que estorbaba. Trascurrieron algunos instantes: Rodriguez Espósito levantó la cabeza y notó una oscuridad profunda, una soledad terrible; los sendos proyectiles

que desde Vidarte lanzábamos con direccion de Arratsain, habian obligado al enemigo á meterse en sus zanjas, sin concluir quizá su repugnante merodeo con las víctimas.

Entonces, nuestro héroe, trémulo de frio, agobiado de sufrimientos, próximo á desempeñar de una manera real el papel que fingia, arrastróse penosamente hácia el punto de donde partian las descargas, y cuando se consideró cerca de nuestros escuchas, empezó á gritar: «¡Africa! ¡Africa!» con lo cual sus compañeros de batallon, que precisamente pernoctaban en el reducto de Vidarte, le recogieron, proveyéronle de ropas y abrigo, y le trasladaron al dia siguiente al hospital, en donde, si no me engaño, ha obtenido despues curacion completa.

Se comprende que fué abandonado el reducto en Vidarte. Allí, nuestros soldados, sufrian horriblemente. Además, en todos los relevos ocurrian bajas; y de noche los carlistas nos molestaban con granadas de mano. La guarnicion vivia al raso; y de continuo cruzaban por encima de sus cabezas los proyectiles de Arratzain. Referiré un episodio muy gráfico: los cascos de una granada se llevaron tras sí el ros y la manta de uno de nuestros centinelas avanzados, sin causarle mas que la natural conmocion. El centinela—que era gallego—permaneció inmutable.—«Escóndete en la tronera, no seas bárbaro, le dijo en tono familiar un teniente que por allí pasaba.»—«El cabo manda estar aquí, mi teniente, repuso el centinela; cuando de esta me libré, no temo ninguna otra.»

Dias antes del comienzo de las operaciones, tuve el gusto de asistir á una reunion convocada en los salones del consulado español de Bayona,—por iniciativa del cónsul general señor Bernal de O'Reilly,—á cuya reunion concurrieron personas tan distinguidas como los señores condes de Ezpeleta y Montehermoso, Luzuriaga, Bermudez de Castro, don Bruno Calle, Garcia (D. Faustino), Muñiz, Ugarte y otros, hasta el número de veintiseis. Tratábase de prestar socorro y amparar, si fuese preciso, en territorio francés, á los heridos que ocurriesen en los combates que pudieran librarse junto á la frontera. Nombróse una comision compuesta de cinco personas, con am-

plísimas facultades para discurrir los medios de llevar á cabo empresa tan filantrópica.—Pero al cabo de algunos dias, y antes de que la Comision diese forma al pensamiento, recibió el señor Bernal de O'Reilly un telégrama de San Sebastian, con la noticia del desastre de Mendizorrotz y del conflicto creado por la aglomeracion de heridos. Al punto el señor Bernal convocó á los señores de la comision referida: cada cual suscribióse por una cantidad; y con la suma reunida pudo expedirse un importante envio sanitario á San Sebastian. Si elogiase este hecho, lo empequeñeceria: limítome, pues á consignarlo.

XVIII.

El ejercito en Guetaría y Zarauz.—Cuestion de subsistencias.—Campamentos.—Incendios en San Sebastian.—El fuerte del convento en Rentería.—Escaramuza diaria.—La traicion de Lecumberri.—Presentimientos de una madre.—Asesinatos de Zubelzu.—Buen efecto producido por las operaciones del ejército de la derecha.

Supongo que la mayoría de mis lectores conoce la topografía de Guetaría y Zarauz, puntos de apoyo del cuerpo de ejército de Moriones en su iniciado movimiento de avance. Por mas que la cuestion de subsistencias, segun indiqué mas arriba, fué prevista, con creces, no pudieron prevenirse y remediarse ciertos inconvenientes de otra especie, que tenian reducido á parte del ejército á una situacion lamentable. No era posible hallar, sobre todo en Guetaría, pueblo casi hecho ruinas, un alojamiento medio cómodo y decente. Muchos soldados y no pocos oficiales dormian sobre el heno, y al aire libre con frecuencia. Cuadras ví en que hombres, caballos y acémilas habitaban en comunidad como miembros de una misma familia. En Zarauz la situacion mejoraba, merced á las elegantes construcciones de recreo que allá existen, bien que algunas conservaban huellas harto evidentes de los proyectiles disparados por nuestra marina de guerra.

Los vivanderos que seguian al ejército, y tambien las gentes del país, abusaban cuanto podian. Una libra de

carne costaba 7 rs., un cuartillo de vino 4, una cajetilla del peor tabaco 20 cuartos.—El edificio habilitado para hospital de sangre no reunia, ni con mucho, las condiciones apetecibles: agréguense á esto abusos graves, que me abstengo de señalar.

El dia 9 de febrero, fecha de mi segundo viaje á Guetaria, los almacenes de víveres contenian las existencias siguientes:

Vino.	90,000	raciones.
Aguardiente.	100,000	»
Galleta.	90,000	»
Arroz.	90,000	»
Alubias.	70,000	»
Chorizo.	70,000	»
Tocino.	80,000	»
Pan.	110,000	»

Este último artículo se amasaba en los hornos de San Sebastian. Por lo que pudiera ocurrir, la Administracion estableció en Guetaria cuatro hornos ausiliares.

El monte Gárate, con su campamento de 40 tiendas, ofrecia un vistoso espectáculo. La brigada Mariné acampaba en las alturas de Arquizu, estribacion de monte Gárate. Los dos batallones de infantería de marina—que pertenecian á la brigada Suances, ocupaban el cerro de Meagas, sobre Zumaya. Tales fueron las primeras posiciones en que se situaron nuestras tropas despues de la accion de Garatemendi. Las nieves, las lluvias y los temporales parecian haberse conjurado contra nosotros; pero con energía y con resignacion quedaron vencidas todas las contrariedades.

Los de Arratsain habian *refinado* un tanto su sistema de hostilizacion. Ya no lanzaban contra San Sebastian proyectiles Witworth, sino Woolwich, con espoletas de tiempo, y rellenos de materias incendiarias. Una de estas granadas cayó en la noche del 3 de febrero en los almacenes de la Administracion militar, ocasionando un incendio que fué sofocado á las pocas horas sin grandes pérdidas

y ninguna desgracia personal.—A las cuatro de la madrugada del 7 de febrero, desperté sobresaltado ante el horroroso estrépito de unos cascos de granada que penetraron en mi sala, destrozando todos los cristales del balcon. Corrí á ver el destrozo, y un vivo resplandor llenó de claridad la estancia: el proyectil habia estallado en la casa de enfrente (calle de Andia, letra B) y densas llamaradas salian de un balcon del piso 4.° y de una ventana del 5.° Vestíme apresuradamente, lancéme á la calle, y acudí al fuego, que con el auxilio de muy escasas personas, logró en breve ser sofocado. El proyectil cayó, en un principio, sobre un colchon en que acostumbraban á dormir dos migueletes alojados, los cuales aquella noche habian ido de francachela; horadó un techo y un tabique; parte de los cascos fué á parar á la calle y casas vecinas, y el resto á una habitacion en donde dormian dos niños.

No son menos deplorables los que voy á extractar testualmente (1). «El fuerte del Convento dista de Rentería medio kilómetro. Es un viejo santuario en cuyo interior acampa una compañía del ejército: todo en él está desmantelado. Solo tres venerables santos, San Antonio, San Agustin y otro que conozco, se han librado de ser convertidos en leña, porque lo elevado de las ornacinas en que yacen, impide que lleguen á ellos nuestros soldados. —Constituye una avanzada del Convento el caserío de Lecumberri, del cual restan cuatro paredones, llenos de boquetes y sin el menor vestigio de techo. Para llegar á tan peligroso punto, al que conduce angosto camino vecinal, hay que pasar agachado á través de la maleza, so pena inminente de ofrecer blanco á una bala carlista. Lecumberri está circundado con seis ó siete caseríos, todos á tiro de pedrada y en poder todos del enemigo. Un destacamento liberal de 14 ó 16 hombres lo guarnece solo durante el dia. Por la noche, córrense allá los carlistas y destruyen todos los parapetos que para seguridad de los centinelas construyen nuestros soldados, los cuales, al volver á la mañana siguiente, tienen que reconstruir su obra. Nuestros centinelas, de pié al amparo de sencillos espal-

(1) Cartas fecha 5 y 7 febrero, desde San Sebastian y Rentería.

dones ó guarecidos trás el tronco de algun corpulento árbol, cumplen la consigna de disparar sobre todo carlista que asome. Parapetado el enemigo en sus zanjas, dispara invariablemente contra nuestros centinelas: un árbol secular, coraza de un soldado nuestro, es el blanco preferente, como lo atestigua lo acribillado de su añosa corteza.—Sobre el caserío álzase la maldita peña de San Márcos, vomitando fuego á intérvalos, ya sobre Rentería, ya sobre Oyarzum, ya sobre cualquier otro de los puntos liberales que domina: hoy está nevada, y las negruzcas líneas que se dibujan en su superficie, permiten ver las trincheras que la cruzan en todas direcciones desde la falda hasta la cumbre.

«Diariamente sale del Convento la fuerza destinada á practicar el servicio, y tiene que tomar dicho punto á la bayoneta. El enemigo, cuando vé aproximarse nuestras fuerzas, hace algunos disparos y retírase á una trinchera vecina.—El 2 del actual acudieron los carlistas á un ardid diabólico. Profundizaron el sitio en que los nuestros acostumbran á encender lumbre para calentarse y guisar; metieron en el hoyo una bomba con mecha, y la cubrieron nuevamente de ceniza. Los soldados, muy tranquilos, quemaron tizones sobre la ceniza, prendióse fuego á la mecha, y la esplosion de la bomba hirió, mas ó menos gravemente, á los 5 hombres del regimiento de Sevilla que formaban círculo en torno de la hoguera, entre ellos un alferez que está en el hospital con el rostro completamente hinchado por las quemaduras.

»Halagó á los carlistas el buen éxito de tamaña treta, lo que les hizo apelar á un golpe de osadía mucho mayor. —Fuerzas de la reserva de Alcoy salieron hoy (5 febrero), como de costumbre, á cubrir aquel puesto avanzado. Cinco hombres iban de vanguardia, los carlistas parapetados en el interior de la ruinosa casa, los sorprendieron, cogiéndolos prisioneros. Llegó el resto de la fuerza; y antes de poder advertir la desaparicion de la vanguardia, sonó una traidora descarga que dió instantánea muerte al oficial y á un soldado, hiriendo á otros cuatro soldados. Los asesinos, que este nombre merecen los que usan tales mañas, huyeron como por ensalmo.—De los cuatro heri-

dos, uno ha muerto por el camino, antes de llegar á Rentería, los otros no presentan esperanzas de vida. El malogrado oficial era el teniente don Santiago Bazicha, como de 23 años de edad, é hijo único de un comandante de la guardia civil.

»La víspera de morir, el jóven teniente leyó al gobernador militar de Rentería, señor Blanco, al cura del batallon y á otras personas, una tiernísima carta de su madre, en que esta le decia: «Tú padre está en donde no hay guerra y no temo por él; yo me siento buena; los negocios no marchan mal; solo ansío, para ser feliz, tenerte á mi lado fuera de peligro. Hijo de mis entrañas, antes de que te pierda para siempre, deja la carrera, ven á casa, y logre yo mis anhelos de que tú, mi hijo único, mi vida, seas el consuelo de mi vejez.»

¡Cómo presienten las madres!

Por si á mis lectores les asombraba el atentado que acabo de relatar, lean la siguiente narracion de lo acaecido el 3 en Irun: Dos quintos del regimiento de Galicia, pertenecientes á la fuerza destacada en la torre de Zubelza bajo, descendieron á un riachuelo cercano en busca de agua. En el propio paraje hallaron á cuatro paisanos que hacian lo mismo.

—Buenas tardes, dijeron los reclutas.

Mas los paisanos, por única contestacion, sacaron al aire las bayonetas que llevaban ocultas dentro el pantalon, y cosieron á bayonetazos á entrambos quintos, uno de los cuales quedó cadáver en la orilla del riachuelo, y el otro pudo huir bañado en sangre, si bien falleció pocas horas despues de hallarse en la torre. Cuando los demás fueron á recoger el cadáver del primero, halláronlo despojado de todo: halláronlo en camisa.

Idénticas desgracias, repetidas cada dia, forman el mejor proceso de esa infausta guerra civil, en que los hombres son cazados como las fieras de los bosques, en que las víctimas aisladas, producto del asesinato, sobrepujan á las causadas por los combates.

. . . . . .

La noticia de la aparicion de Martinez Campos en el Baztan, al frente del primer cuerpo de su ejército, des-

pues de la tan atrevida como admirable marcha por los Alduides, produjo en el ejército de Guipúzcoa un efecto escelente. Viendo que las operaciones tomaban un nuevo giro, y que iban á menguar mucho en importancia las del cuerpo que mandaba Moriones, al lado de las que estaba llamado á emprender el ejército de la derecha, me decidí á unirme á este último, sin pérdida de tiempo, y á estudiar la campaña bajo su nueva faz.

LIBRO SEGUNDO.

El ejército de la derecha.

I.

De San Sebastian á San Juan de Luz.—Socoa.—Los militares españoles en Francia.—En Bayona.—Dancharinea.—Galantería del general Pourcet.—Francia y España.—Urdax.—El puerto de Otsondo.—Topografía del Baztan.—La marcha estratégica de Martinez Campos.—Elizondo.—Irurita.—Recuerdos á Cataluña.—Situacion de las fuerzas liberales.

Acompañado de mi amigo Peris Mencheta, embarquéme, á las siete de la mañana del 11 de febrero, á bordo del *Volador*, que esta vez justificó su nombre, pues en dos horas y media de travesía feliz, con una mar plana, nos condujo desde San Sebastian al puerto de Socoa. Venian en el *Volador*, procedentes de Santander, dos oficiales de Administracion militar,—los señores Guerrero y Altolaguirre,—y una seccion de sanitarios del ejército, todos los cuales iban á ponerse á las órdenes del general Martinez Campos. El comisario de policía de Socoa, hombre original por su traje, por su figura y por su arqueológico sombrero de copa, salió á recibirnos al muelle, y nos capitaneó hasta un súcio barracon de tablas, en donde revisó cuidadosamente nuestros pasaportes y apuntó en un cuaderno nuestra filiacion. Los sanitarios fueron desarmados al desembarcar: á los susodichos oficiales se les respetaron las armas.

Habia en San Juan de Luz—que dista de Socoa un cuarto de hora—casi tanta emigracion carlista como liberal. La poblacion, en este concepto, hallábase muy dividida: de ahí nos resultaron varias peripecias, que no debo reseñar aquí, y fuimos objeto de diversas manifestaciones en los paseos que dimos por San Juan de Luz y por Ciboure, hasta las seis de la tarde, hora en que sale el tren para Bayona. Esta ciudad podia entonces confundirse con una ciudad española. Por do quier oíase hablar nuestro idioma mas que el francés: en la calle del *Gouvernement*, las gentes miraban con curiosidad á dos gallardos húsares del escuadron de cazadores de Búrgos, que servian de ordenanzas al consulado español: en todos los sitios públicos notábanse uniformes españoles de todas armas. Obligados por la falta de comunicacion, permanecimos un dia en Bayona; y al amanecer del siguiente, la diligencia diaria que partia del *Hotel des Pyrinnées* nos llevó por Saint-Pée, Ustaritz, Espelette y Ainhoa á la frontera de España.

En Dancharinea, no bien descendimos del carruaje para ir á almorzar, un gendarme nos vino al encuentro y nos exigió el pasaporte, que se nos volvió á exigir á la entrada del puente internacional. «La carretera de Bazona á Ainoha (1) es una continua cadena de carros y camiones, con cargamento de heno, galleta y otros artículos para el ejército. Casi todos los vehículos de los Bajos Pirineos están á las órdenes de nuestra Administracion militar. El lado francés de Dancharinea no es mas que un vasto depósito de provisiones amontonadas á granel, que se exportan á España paulatinamente. Está encargado de tal servicio un oficial de administracion; y reside en la Dancharinea francesa, para dirimir las múltiples y complejas cuestiones que á cada instante se ofrecen, el coronel de E. M. don César del Villar. Auxilía eficazmente los trabajos de todos, nuestro agente consular de Espelette don Dionisio Galarza. Un fuerte destacamento francés ocupa el pueblo de Ainoha y las casas de Dancharinea. El elemento militar de Francia es simpático á nuestra

(1) Carta de Elizondo, fecha 13 de febrero.

causa, y comparte con nosotros la alegría de nuestros triunfos. El general de division señor Pourcet ha mandado á Cambo, último punto á donde llega el telégrafo, una seccion de caballería, y tan luego como se recibe allí algun despacho por el ejército, un ginete lo trae á galope á Dancharinea. La iniciativa de tan galante deferencia débese al propio general Pourcet.»

«Entremos en España. Los centinelas de ambas naciones paséanse, unos junto á otros, en mitad del puente. Los franceses, con su kepis tradicional, su capote de paño burdo, con mangas que parecen fundas de paraguas, sus botines, su chassepot: los españoles, súcios, rotos, empolvados, con las huellas de penosísima campaña en su figura, y con las señales del buen humor en sus semblantes. Apiñados los nuestros á la mitad del puente, contemplan absortos las escenas que á sus ojos suceden, y no se resignan á creer que se les impida pasear puente arriba, puente abajo, ya que no les sea permitido acercarse al pueblo y á las vecinas granjas. La parte de acá está cuajada de acemileros y acémilas. Las compañías que guarnecen aquel punto, acampan en las praderas inmediatas y en un cerrito de la izquierda, en el cual nuestros ingenieros construyen una torre.—Acaba de restablecerse la aduana. El general en jefe, interin el gobierno envia el personal necesario, ha nombrado administrador á un capitan de infantería, con algunos auxiliares. Todos los artículos relacionados con las necesidades de la vida de campaña no devengan derecho alguno en la aduana. Ni aun así son atraidos los proveedores.

»La carretera de Francia es detestable: al penetrar en España cambia la decoracion. El terreno deja de ser llano para ser cada vez mas montañoso, y la carretera, escelente, da una gran idea del país navarro, por el contraste que forma con la de Francia. Tras una sucesion de alturas, á la derecha del camino, se ve Peña Plata, hoy con bandera izada por ser domingo. Un kilómetro mas abajo, tambien á la derecha y sito en un hermoso valle, está Urdax, en que tiene su cuartel general el general Blanco. Hay tres cuartos de hora de Urdax á Zugarramurdi, recien ocupado por nuestras tropas, que lo tomaron sin re-

sistencia: su guarnicion (cazadores de Tarifa) recibe dia y noche los proyectiles de Peña Plata.—Saliendo de Urdax empieza á escalarse la pronunciada cuesta del puerto de Otsondo, desde cuya enorme altura ignora uno á dónde mirar; tal es el cúmulo de maravillas que allí encantan la vista y embriagan la imaginacion. Con ese inmenso cuadro panorámico á la vista y el mapa en la mano, voy á recordar, en pocos rasgos, la última expedicion de Martinez Campos, y lo haré de forma que hasta los mas legos en topografía me comprendan: Pamplona, punto de partida del ejército, dista de Dancharinea unos 76 kilómetros. Supóngase una gran Y, cuya base toca en Pamplona y cuyos restantes extremos tocan en Vera y en Urdax. Tal es la carretera que, partiendo de la capital de Navarra, conduce, por un lado á Vera, Irun y Bayona; por otro, á Urdax y Dancharinea. El punto en que bifurcan ambos ramales—vértice de la Y—es Mugaire: el tronco de la Y cruza el puerto de Velate: Elizondo está entre el vértice y la extremidad derecha: Santistéban, entre el vértice y la extremidad izquierda. Martinez Campos no siguió ninguna de estas líneas para llegar al Baztan. Salió de Pamplona por Huarte y Alzuza, en donde libró un pequeño combate la brigada Bonanza; siempre tendiendo hácia la derecha, tocó en Zubiri y en Eugui; flanqueó las posiciones de Velate por los Alduides, y cayó directamente sobre Elizondo, desde cuyo punto marchó el general Blanco á ocupar Urdax y Dancharinea. (1) Los carlistas replegáronse hácia Mugaire, Santistéban y alturas que median entre Vera y Peña Plata.

---

(1) «Por mi parte, el dia 29 enero tomé las posiciones de Alzuza y Elcano, portándose en este encuentro muy bien la brigada Bonanza, y seguí mi marcha por los altos de Zay y de Zubiri, pernoctando en Saigós la vanguardia, que sostuvo durante la marcha varios tiroteos: íbamos por fuera de camino y por bosques frondosos; el mal estado del piso y lo cerrado de estos hicieron que la retaguardia no pudiese pasar del alto de Belzunequi, lo cual me contrarió bastante, porque solo á la tarde del 30 pudo llegar á Zubiri, y ya no me era posible sorprender el puerto de Velate..... me decidí á tomar á Eugui, enviando al general Gamir por mi flanco izquierdo á tomar el puerto de Azturreta al pié de los Pirineos, el alto de Osaberri y el

»Todas las eminencias de Otsondo, como asimismo la carretera real, que por el monte serpentea, están cubiertas de destacamentos y avanzadas. Miles de hombres duermen al raso envueltos en sus mantas; y ál decir duermen, digo mal, porque la mision del que estos altos corona es vivir en perpétua vela.—Traspuesta la montaña, éntrase de lleno en el Baztan, y una vez en el valle, siguen uno tras otro los pueblos de Maya, esparramado en un profundo barranco, Elvetea, que no es sino un arrabal del que á continuacion se encuentra Elizondo, Irurita, y aquí concluye nuestra línea.—Elizondo, residencia del cuartel general, es el que aparenta mas importancia y se considera como la capital del Baztan. Todos los de esta comarca son pintorescos y ricos. El general en jefe alójase en una casa, propiedad, segun creo, de un personaje carlista. Como casas bien dispuestas y alhajadas son de notar las del conde de Heredia Espínola y la del general Maldonado.—Irurita es una poblacion—á media hora de Elizondo—de muchas casas blasonadas y construcciones originales, que goza fama por la belleza de sus mujeres. En Irurita visité al general Gamir, quien se aloja en una casa-palacio, bien amueblado, que fué durante cinco dias alojamiento de don Cárlos y doña Margarita. Dominan el pueblo unos altos atrincherados por los carlistas, y de contínuo hay tiroteo con nuestras avanzadas, puestas en el barrio de Cidaure, principalmente á las horas de relevo.

»Este valiente ejército no desmiente su orígen y su historia. Los oficiales hablan de Cataluña y de Barcelona

---

puerto de Izagui.—El 31 salí con la division Negron de Eugui, y á las nueve de la noche empezó á llegar la vanguarda á Elizondo; la impedimenta y la division Prendergast tardaron dos dias en poder montar los Pirineos, y no llegó hasta el 2 á la tarde, sosteniendo el primero un batallon del Príncipe y otro de Soria, un combate en los altos de Arguinzu y Eucoro, con los carlistas que venian desde Arteriaga á impedir el paso de la columna..... No puedo menos de elogiar el brillante comportamiento de todos, en particular del soldado, que me ha dejado completamente satisfecho, al ver las fatigas que ha sufrido, acampando cuatro noches en el Pirineo, algunas de ellas sin racion.» (Parte oficial del general Martinez Campos.)

con efusion. En el vivac, en el alojamiento, como durante la marcha, Cataluña reina en el pensamiento de todos, el espíritu catalan predomina. Los acemileros, con su gorro ampurdanés, escitan la curiosidad en este país clásico de la boina. Cualquiera diria que el ejército lo compone una legion de catalanes.

»Véase ahora la distribucion de las fuerzas, segun nota que se me ha facilitado por el Estado Mayor:

»El general Blanco se halla en Urdax.—La brigada Acellana, con el general Juarez Negron, en Urdax y en Dancharinea.—La brigada Bargés en Maya.—La brigada Morales, con el general Prendergast, en Arizcun.—La brigada Del Campo, en Elizondo, con el cuartel general.—La brigada Villamil, con el general Gamir, en Irurita.—La brigada Bonanza, en Arrayoz.»

II.

Arrayoz.—Bellísimos paisajes.—La brigada Bonanza.—Dos cadetes.—El hospital de Elizondo.—Relevo en los altos de Irurita.—Una samaritana carlista.—Banquete de campaña.—Ascension á los montes de Larrazu.—Panorama espléndido.—Los pueblos del Baztan.—El valle de Lerin.—Mugaire.—Los presentados.

(*Arrayoz* 14 *febrero.*)—Una menuda llovizna, que no presenta síntomas de terminar muy pronto, ha puesto los caminos en un estado lamentable. Por mas que vine á caballo, estoy salpicado de lodo hasta la cintura.—El pueblo de Arrayoz hállase á la derecha de Irurita, en un rincon del Baztan, y al último extremo de nuestra línea.—He venido á este sitio, como punto avanzado que es, para ver de cerca el campo enemigo; á bien que, cuando este aliciente no existiera, debia, con todo, verificar el paseo; pues vale la pena sacrificar la comodidad y cubrirse de barro, en aras del bello paisaje, tanto mas bello cuanto mas variado, que ofrece al caminante esta deliciosa comarca, que no voy á describir, porque tiempo ha me propuse no cansar al lector con inútiles descripciones, que tendria que repetir harto frecuentemente, á trueque de obrar con injusticia; mas no cabe duda que es her-

mosa, como suele decirse, á carta cabal, una region en que montes elevadísimos, cubiertos de corpulentas hayas, se hermanan con lindas praderas de verdor, sobre cuyo matiz de esmeralda, destácase la blancura de los caseríos, praderas que el manso riachuelo como el tumultuoso torrente atraviesan en todas direcciones, dando márgen á puentes, como el de Umariz, tapizados de hiedra y llenos de encanto delicioso y sorprendente. Pasa lamiendo las casas de Arrayoz uno de los confluentes mas importantes del Bidasoa. Componen el pueblo unas cuarenta casas, esparcidas en un perímetro bastante regular.—Ocúpalo la brigada Bonanza, de quien tuve el gusto de recibir las mas delicadas atenciones, como tambien me cupo la satisfaccion de conocer al coronel Monleon (hoy brigadier) jefe del batallon de Manila, que tan imperecederos recuerdos ha dejado en Cataluña. Las fuerzas de la brigada prestan servicio en las alturas contiguas, que son los baluartes meridionales del Baztan.

Esta mañana presentáronse dos cadetes carlistas, escapados del colegio de Tolosa. En la situacion de estos desgraciados, que deben haber sufrido incalculables fatigas antes de llegar aquí, habia algo de cómico y de grotesco. Ambos vestian capote gris y boina azul. Uno de ellos ostentaba un pantalon, al parecer blanco, color no muy en armonía con el estado de los caminos y con la estacion presente. El mas jóven, que á lo sumo contará 24 años, dijo ingenuamente que lo habia arrastrado á la faccion un amor correspondido.—No completaré el número de presentados habidos hoy, como va siendo costumbre diaria, si no menciono á cinco soldados, tres de un batallon de Castilla y el resto alaveses, que con armas y equipos han solicitado indulto y facultad de volver á sus casas.

En los pocos dias que lleva de permanencia por estos andurriales nuestro bravo ejército, Arrayoz ha sido fortificado interior y esteriormente. Una gran casa moderna, la mejor del pueblo, propiedad de un indiano que reside en Pamplona, está convertida en una fortaleza. La circunda un fuerte espaldon, formado principalmente con los cajones de galletas rellenos de tierra. En todo el dia no

ha cesado apenas de llover: solo esta tarde hubo un pequeño claro, y á los primeros resplandores del sol las orillas del rio pobláronse de soldados que iban á lavar sus ropas.

. . . . . .

(*Elizondo* 14 *febrero*).—Conceptúase por ultimado el abastecimiento de este ejército. Algunos artículos, como vino y cebada, los hay en cantidades sobrantes, y tanto es así, que se reexportan á Francia. Mañana por la mañana quedará todo el mundo racionado por cuatro dias, y los almacenes de la administracion serán desalojados. La galleta que come el ejército procede de una fábrica de Burdeos y es exquisita. Las latas de carne en conserva y pastel de carne, constituyen una verdadera novedad para nuestro ejército, el cual no parece disgustado del nuevo sistema de alimentacion.—Quedará desalojado mañana el escelente hospital de Elizondo; los 150, entre enfermos y heridos, que ocupan sus camas, serán trasladados á Urdax, y de allí á Santander por San Juan de Luz. El gobierno francés no titubeó en otorgar permiso para este tránsito.

Es la hora del relevo de las avanzadas, y óyese gran fuego de fusilería por la parte de Irurita. Las descargas se suceden, y de cuando en cuando resuena el estampido del cañon. Ayer fué herido un soldado en las mismas calles de Irurita.—Es imposible hallar país mas faccioso que este. Las gentes, azoradas, nos miran como conquistadores, y si alguna vez son amables, es por miedo. Una jóven, con la herrada sobre su cabeza, viene de buscar agua. La pido un sorbo, y nueva Samaritana, pone la herrada en mis labios con sencilla amabilidad.—«Dios te lo pague, hermosa, la dije.»—«Dios y el rey,» me contesta la muy taimada.

Nada se les hace tan cuesta arriba á las gentes de aquí, como el conceder alojamiento.—Hay que librar, á veces, una especie de batalla, para obtenerlo. Los alimentos son, por lo general, malos: lo que aquí abunda y sobra es la carne; pero se come pesimamente condimentada. Si pronto no nos ponemos en movimiento, la excesiva aglomeracion de hombres, pues 3 y 4,000 se hacinan en

pueblos de 30 ó 40 casas, dará lugar al desarrollo de enfermedades, que ya no escasean.

. . . . . .

(*Campamento de Larrazu* 15 *febrero*).—Con una choza de ramas secas y helecho por habitacion, y por mesa y silla dos berroqueños pedruscos, hilvanaré hoy, como Dios me dé á entender, mi cuotidiana carta.—Despues del opíparo almuerzo con que me ha obsequiado el brigadier Bonanza en Arrayox, almuerzo en que lo improvisado ha corrido parejas con lo sabroso y abundante, lo que aquí me ha hecho el efecto de un prodigioso milagro, monté á caballo, y en compañía del bravo coronel señor Monleon, del jefe de E. M. de la brigada señor Bollo y de algunos otros, subí á estas empinadas alturas, punto avanzado y dominante, defendido pocos dias ha por dos batallones carlistas y tomado por el batallon de Manila, que lo escaló á lá carrera, bajo un fuego horroroso, por la parte menos accesible. Un muerto y quince heridos tuvieron los nuestros. A los contrarios se les vió retirar bastantes heridos, dejándose olvidado uno entre los zarzales, y abandonado un muerto, cuya masa cerebral adviértese aun sobre un aislado copo de nieve.

Tres compañías guarnecen el monte, que se distingue por lo árido y despoblado. Un casuco medio arruinado, sito al término de la primera estribacion, alberga los jamelgos de la oficialidad y las acémilas que diariamente trasportan las provisiones á estas alturas. Los soldados, en su mayoría, duermen al aire libre, acurrucados en torno de fogatas: los que acampan en la cresta, guarécense al abrigo de barracas de helecho, pues de otra suerte su situacion seria insoportable. Y yo me pregunto: ¿por qué con este cuerpo de ejército de 20,000 hombres, que de antemano se sabia tendria que caminar por terrenos inhabitados, no marchó un convoy de tiendas de campaña? Pues que ¿no valen nada la vida y la salud de esos 4,000 hombres, por lo menos, que vivaquean en las alturas y avanzadas, sin mas cama que la dura peña, el hediondo estiércol ó la fria nieve, y sin mas techo que el firmamento? Ahora sè ha comprendido semejante necesidad, pues un carpintero de Arrayoz de-

dícase, por órden superior, á cortar estacas para tiendas.

Pero á un lado esas consideraciones, y volvamos al panorama que ante mí vista se desenvuelve. Desde aquí domino todo el valle del Baztan, con diez de sus catorce pueblos, que son: Errazu, Arizcun, Azpilcueta, Elvetea, Elizondo, Gañaz, Lecarroz, Irurita, Arrayoz, Oronoz, Ciga, Arriz, Bernueta y Almandoz. La carretera de Irun, al salir del Baztan, ocultándose detrás de las alturas de Arrayoz y de Ciga, ingresa en otro valle mas precioso aun,—campo carlista—el renombrado valle de Lerin, asiento del pintoresco grupo de aldeas y caseríos que lleva el nombre de Mugaire. Hácia el lado opuesto de Larrazu, percibo, á vista de pájaro, buena parte del valle. Bertiz y Aranaz, en primer término, y entre un bosquecillo de cipreses, el magnífico palacio de Elio, estival residencia de Don Cárlos; en el centro del valle, Oyeregui, con su esbelto puente de piedra, de un solo arco, sobre el Bidasoa; mas allá Navarte; y por cima una loma las primeras casas de Santistéban. En el palacio de Elio resuenan los acordes de una charanga, que debe estar celebrando academia. Parejas de caballería vigilan los puentes. En un edificio solariego, al borde de la carretera, vése un numeroso peloton de carlistas. El punto mas avanzado de estos, sobre el Baztan, es un caserío sito á corta distancia de Ciga, y frente al barrio de Cidaure (altos de Irurita) que pertenece á nuestro campo.

De todas las alturas que en este instante alcanzo con mi vista, ninguna mueve tanto mi interés como la de Peña Plata, que enhiesta y amenazante, dibújase como padron de ignominia en el fondo del horizonte. Observo los reductos y demás obras de fortificacion que allá tienen los carlistas. Un centinela vá y viene sobre el muro. De pronto, brilla un fogonazo y óyese una detonacion: es un *pepinillo* lanzado contra Zugarramurdi.

Al frente de Larrazu, por otro monte menos elevado, pulula fuerza enemiga. Dos facciosos adelántanse á un caserío, al pié de nuestra posicion, hacen fuego á los centinelas avanzados, y los proyectiles silban sobre nuestras cabezas. El comandante de Manila, Sr. Imas, jefe de las compañías que guarnecen hoy el monte, arrodíllase de-

trás de un parapeto, dispara contra los dos facciosos tres ó cuatro tiros, y aquellos huyen como gamos, á todo correr, hasta refugiarse en un espeso bosque de hayas.

El número de presentados aumenta. Por ellos sábese que los carlistas de estos contornos ascienden tan solo á unos dos mil.—Despues de haberse dictado las convenientes disposiciones para emprender mañana la marcha, esta se ha suspendido.

III.

Muerte de un soldado francés por los carlistas de Peña Plata.—El general Martinez Campos en Dancharinea y Urdax.—De Bayona á San Juan de Luz con un peloton de presentados carlistas.—El pico de La Rhune.—Sare.—A través de los bosques fronterizos.—Simulacro de reposo.

Penosa sensacion produjo en el ánimo de todos la noticia de haber sido muerto un soldado francés, por consecuencia de una descarga de Peña Plata. Verdad es que con esto, acabaron los carlistas de enagenarse las simpatías francesas. El titulado brigadier Larrumbe, comandante de las fuerzas que holgaban en territorio fronterizo, dirigió al jefe de las tropas francesas una carta excusatoria; pero el general Pourcet no quiso abrir el oficio y lo devolvió al portador, diciendo que no admitia comunicacion alguna de tropas irregulares. Además, en un montecillo próximo á Sare, mandó emplazar una batería, enfilando directamente contra Peña Plata.

Al amanecer del 16 salí de Elizondo con direccion á Dancharinea. Encontré por el camino una pareja de la guardia civil escoltando á dos presentados carlistas. Detúveme á dirigirles algunas preguntas, cuando ví acercarse, á todo galope, al general Martinez Campos, que acompañado tan solo de un ayudante, trasladábase á Urdax: habia partido de Elizondo con una reducida escolta, que mandó retirar á los pocos kilómetros. Sin detenerse marchó á visitar los trabajos de fortificacion en Dancharinea: de allí, á pié, se encaminó á Urdax.

Alojé mi caballo en territorio francés, y á las 11 de la mañana tomé asiento en la diligencia de Bayona. Por el

camino pude convencerme de la general indignacion que habia provocado el atentado de la noche anterior. Los habitantes de los pueblos del tránsito, al desatarse en improperios contra los carlistas, nos requerian con interés sobre la marcha de las operaciones.—Una vez provisto en Bayona de sellos de correo franceses (pues seguíamos sin otra comunicacion que por Francia), y de otros objetos que me eran indispensables, preparé mi regreso á España, que no me fué posible verificar hasta el dia siguiente.

Los gendarmes habian puesto á la disposicion del cónsul señor Bernal de O' Reilly, un peloton de veinte carlistas presentados. Tenian que partir para San Juan de Luz, y como yo llevaba el propio camino, híceme cargo de ellos á indicacion del señor cónsul. Iban bien uniformados, con ponche azul, boina encarnada y pantalon del mismo color, polainas de cuero y mochilas nuevas. Pertenecian al batallon Guias de Alava. En honor á la verdad, no tuve de ellos la menor queja: portáronse con una compostura y un respeto que les captaron todas mis simpatías. En ninguna de las estaciones del trayecto, no tan solo no bajaron del tren, pero ni aun asomáronse á las ventanillas. Llegados á San Juan de Luz, formaron de dos en fondo en el anden de la estacion, con un órden y exactitud verdaderamente militares: los entregué al vicecónsul señor Yañez, quien los colocó bajo la salvaguardia de la autoridad, hasta la hora del embarque de los mismos para Santander.

Aprovechando la oferta de un liberal navarro, emigrado en San Juan de Luz, practiqué una excursion al célebre picacho de La Rhune, admirable punto de vista, desde el cual se domina todo el S. O. de Francia y todo el N. O. de España. El pico de La Rhune es una eminencia elevada 900 metros sobre el nivel del mar, que se introduce en el territorio español de la alta Navarra: su divisoria marca los límites fronterizos. La gendarmería, que por cierto ejerce gran vigilancia en la vertiente francesa, enterada de mis propósitos, tuvo por conveniente acompañarnos hasta el límite de España. Ya en el picacho de La Rhune, tendí mis miradas hácia mi país, y el corazon se me hubiera ensanchado de gozo, á no herir mis oidos

el sordo estrépito de los cañonazos españoles. ¡Qué panorama si miro á Francia! ¡Qué panorama si miro á España! Al O. veo San Sebastian, con su castillo; el imponente Jaizquibel; las siniestras alturas de Hernani y de Oyarzum; la peña de San Márcos, sobresaliendo en un océano de desiguales montañas, y dejando asomar, á veces, el humo blanco del fogonazo; Fuenterrabia, el Bidasoa y las alturas de Endarlaza. En frente, casi al pié del monte, Vera y Echalar. A la izquierda el ignominioso Peña Plata, los montes de Zugarramurdi, y mas al E., descúbrese el *Pic du Midi*, en donde los franceses sostienen un magnífico y útil observatorio astronómico. Descendimos, sin abandonar el límite, á un collado, continuidad del propio monte, y dimos allí con una avanzada carlista de unos diez ó doce hombres. Muy amable estuvo el que, al parecer, mandaba esta pequeña fuerza, si bien no quisimos aceptar la invitacion de pasar á España con libertad entera. Uno de ellos nos preguntó, con viva curiosidad, al retirarnos, de qué número de tropas disponia Martinez Campos en el Baztan.

Sin reponerme de ascension tan fatigosa, marché á Azcain, en el mismo cabriolé que á la falda del monte me condujera, y de Azcain á Sare, por medio del vehículo que sale todas las tardes de San Juan de Luz. No permanecí en Sare mas que el tiempo necesario para adquirir ciertos informes que debian tener cabida en mi carta, y procurarme un guia que me acompañase á Dancharinea, pues no hubo nadie que quisiera guiarme hasta Zugarramurdi, en atencion á lo peligroso que era el pasar, desde la caida de la tarde, por el camino de las Ventas, que faldea el cerro de Peña Plata. El guia, hombre bonachon y parlero si los hay, me llevó por un florido sendero, á través de seculares y frondosos bosques, plagados de todos los encantos y atractivos que la naturaleza puede acumular; bosques pertenecientes, segun se me dijo, á la exemperatriz Eugenia, y segun parece, á los antiguos dominios de la corona. El bueno del guia tomóme por individuo sospechoso, y creyendo sin duda que, al servirme, cometia un delito de lesa neutralidad, adoptó la precaucion de abandonarme, ya entrada la noche, á un kilóme-

tro de Dancharinea. Llegado que hube á nuestro campo, supe que durante el dia, la Infanta duquesa de Sesa (hermana del rey don Francisco de Asís), que habitualmente reside en Biarritz, habia visitado á nuestro ejército. Acompañada de los generales Blanco y Juarez Negron, pasó á Urdax, en donde, como antes en Dancharinea, las tropas la recibieron con los honores debidos á su rango. Llamó la atencion de dicha señora la medalla de Alfonso XII que casi todos los soldados ostentaban en el pecho, y manifestó deseos de poseer una, como recuerdo de su expedicion. El comandante señor Iruretagogena, ayudante del general Juarez Negron, quitóse la suya y la ofreció á la Infanta, quien tuvo á bien aceptarla, mostrándose á tan oportuno obsequio muy agradecida.

Necesitado como me hallaba de reposo, dediquéme á la ímproba tarea de buscar un albergue, despues de ultimar algunos preparativos particulares. El coronel de la reserva de Jaen, con una galantería que nunca olvidaré, me obligó á compartir su cena y alojamiento, que lo era un caseron contiguo á la Aduana española, en el cual alojábanse otros jefes y oficiales, ordenanzas, asistentes y no sé cuántas caballerías. Tendido sobre una camilla, entreguéme á un simulacro de descanso, bien que con la prevencion de dormir muy breves horas, por las razones que verá el lector en el capítulo siguiente.

IV.

Primera jornada.—Evacuacion de Elizondo.—Zugarramurdi.—Toma de los altos de Mendivil.—Desfile de las fuerzas del general Blanco.—Las rastrojeras arden.—Primera víctima.—Comportamiento de la brigada Bargés.—Los carlistas en los atrincheramientos naturales de Peña Plata.—Divísanse las fuerzas del general en gefe.—El general Blanco avanza.—Fuego en toda la línea.—El mogote.—Heroismo en individuos de tropa.—Combate del Centinela.—Los cazadores de Barcelona.—Desesperada defensa de los carlistas en las trincheras.—La jornada es nuestra.—Los guias del general Blanco.—En busca de un caserío donde pernoctar.—Escenas dramáticas.

Urdax 18 febrero (3 de la madrugada). (1)—Tocan diana. Los ecos prolongados de las trompetas y clarines re-

(1) Utilizo para estos capítulos, sin modificarlas, las notas de mi cartera, muchas de las cuales son inéditas.

suenan desde la línea fronteriza hasta las últimas extremidades del valle del Baztan. Blanco evacua Urdax y Martinez Campos Elizondo. El Baztan es abandonado. La hora del combate se acerca. Yo, que estoy en antecedentes del movimiento que se inicia, opto por atravesar atajos y veredas, dirigirme á Zugarramurdi desde Dancharinea, y salir al encuentro del ejército, en lugar de incorporarme al mismo desde luego. Verifico esta combinacion acompañado del teniente coronel de la reserva núm. 1 (Jaen) y de varios oficiales, dirigidos todos por un guia, que no es prudente aventurarse sin precauciones por los vericuetos, atendido lo cerca que está el enemigo, y la vigilancia extrema que ejercen en el bosque nuestros escuchas y centinelas.

Altos de Zugarramurdi (8 de la mañana).—A las cinco, á favor de las sombras, salian del pueblo el batallon cazadores de Tarifa y una compañía de Jaen, con órden de tomar las vecinas alturas de Mendivil, indispensable su ocupacion por nosotros, á fin de proteger el paso del ejército. Nuestros soldados, con exquisito silencio, se han corrido por la falda del monte; mas el centenar de carlistas que lo defendia, no bien columbró por entre los matorrales las fundas de los roses y las puntas de las bayonetas, huyó precipitadamente á otro cerro, posicion intermedia entre Mendivil y Peña Plata, y mas apropósito para la defensa, pues su cresta la coronan imponentes peñascos, casi inaccesibles, que sirven de parapetos naturales. Los nuestros suben, pues, sin disparar un tiro. Ya están arriba.

El grueso del batallon se tiende sobre la vertiente mas á cubierto de los fuegos enemigos, mientras dos compañías, en órden de batalla y sentadas, se ocupan en hostilizar á los posesores del cerro vecino. Secúndanlas los tiradores de Jaen, que prestan el servicio de avanzadas en el alto mas próximo á Zugarramurdi: acurrucados detrás de unas rocas, envian certeros disparos al enemigo y le causan bajas. Jaen no tiene ninguna. Los de Tarifa, como al descubierto que están, sufren mas, por desgracia, y veo algunas camillas con heridos, descendiendo hácia una casa sita en el fondo de un barranco. El fuego de los

carlistas no cede, antes bien avívase. De Peña Plata les mandan municiones. Son rescatadas por los nuestros algunas acémilas y un caballo, que el enemigo pilló, por encontrarlas al paso, cuando huia de Mendivil. Junto á los bravos tiradores de Jaen asisto á los preliminares de la jornada. El cerro en que nos hallamos es abrupto, escarpado, y de altura mas que regular: hemos trepado á su cumbre con gran fatiga: las balas dejan oir su estridente música por encima de nuestras cabezas; y nuestros piés huellan una alfombra de cápsulas vacías. Conste que el fuego empezó á las seis. La posicion enemiga cierra el camino que han de seguir nuestras tropas, y urge, pues, conquistarla. Entretanto, por la izquierda del monte que me sirve de observatorio, desfilan en inmenso cordon, faldeando cerros y caminando por angostas sendas, las fuerzas del general Blanco, con toda la artillería é impedimenta.

El batallon de Reus, que vá á la vanguardia, recibe órden de subir á Mendivil, para relevar á Tarifa, cuyo batallon pónese á cubierto, en tanto que Reus, desplegándose, continua las hostilidades. A los primeros disparos, deja de existir, atravesado el cuerpo por un balazo, el capitan del referido batallon señor Ugariza. Mendivil nos cuesta 3 muertos y 12 heridos. La division no sigue adelante: acampa en una ladera del cerro que ocupo. Deslízome por unas enhiestas peñas, y corro á incorporarme al ejército, que ya deben darse por concluidos los preliminares y es inminente una formal batalla.

Cuartel general.—En mi vida he visto cuadro mas animado y pintoresco que el que ofrece la ladera, cubierta de soldados de todas armas, de caballos y acémilas. El gorro catalan, la chaquetilla del húsar, el banderin del lancero, el ir y venir de cantineras y asistentes, el hormigueo, en fin, de 8,000 hombres, forma un conjunto abigarrado, multicolor, originalísimo, ante el cual ni el mas avezado puede dominar su sorpresa. Comienzan á cruzar sobre la nieve, allá en un cerro lejano, los flanqueadores de las fuerzas que esta madrugada han salido de Elizondo, á las órdenes de Martinez Campos, tomando por la parte de Azpilcueta.—Producese un incendio en las ras-

trojeras que flanquean el camino, á pocos pasos del campamento. El resto de la impedimenta, en el que vienen cajas de municiones, detiene su marcha, so pena de cruzar entre las llamas. Los lanceros consiguen apagar el fuego, no sin grandes trabajos. Es el primer obstáculo con que tropiezan las fuerzas de Blanco, desde su salida de Urdax. De cuando en cuando llegan á nosotros proyectiles sueltos. Dos piezas de montaña son emplazadas en el punto mas elevado de nuestra ladera, con direccion á Peña Plata. Algun proyectil estréllase contra las rocas del fuerte. Hacemos pocos blancos.

Los batallones de Tarifa y Reus forman una media brigada que manda el coronel Ponzoa y corresponden á la brigada Bargés. La otra media brigada, compuesta de Barcelona y Arapiles, á las órdenes de su jefe el coronel Aznar, y con su brigadier al frente, toman á la carrera el alto desde donde nos hostiliza el enemigo. El brigadier Bargés, á galope, seguido de su ayudante y de un ordenanza de infantería, revela singular arrojo, avanzando veinte ó treinta metros á los suyos, y subiendo con decision al cerro, aun en poder del enemigo. Barcelona y Arapiles, disputándose mútuamente la honra de llegar antes, siguen con denuedo á su brigadier. Los carlistas, bien que durante algunos minutos continuaron el fuego, léjos de aguardar la acometida, vuelven las espaldas y abandonan el campo. Muy pronto vemos al brigadier Bargés erguirse, solo, sobre la cresta del cerro, mientras las tropas suben todavía.

Altos de Peña Plata.—La media brigada no se detiene en la posicion que tan fácilmente acaba de conquistar y encamínase, al paso, á una altura inmediata, en donde intentan sostenerse los carlistas. Estos vuelven á emprender la retirada, y ya no les queda mas remedio que buscar asilo en las rocas que bordean la base de Peña Plata. No estarán allí mucho tiempo. Algunos certeros disparos de nuestras piezas y la fusilería de la brigada que entró en juego, les obligan á meterse dentro del fuerte, á la desbandada. El cuartel general avanza, con el grueso de las fuerzas, y se posesiona de las dos alturas conquistadas. En los altos de Mendivil solo quedan las

compañías de Jaen. La artillería es emplazada en el cerro mas próximo á Peña Plata, y hostiliza el fuerte vivamente; en tanto que nuestros tiradores sostienen nutrido tiroteo con grupos considerables de carlistas, que se han corrido hácia la izquierda de aquella posicion, al amparo de atrincheramientos naturales. El tiroteo adquiere proporciones; llega un momento en que todo el cuartel general aguanta el fuego del enemigo. Da gusto contemplar el *steeple chase* de ayudantes desmontados, que van y vienen de un cerro á otro, á dar y recibir órdenes. Esceptuando dos ó tres, á quienes veo con la cabeza erguida, desafiando serenamente el peligro, los demás no saben donde ocultar la cabeza, ni donde huir el cuerpo, ni como dar alas á sus piés, para esquivar el siniestro zumbido de los proyectiles, que suenan á manera de latigazos repartidos en el aire. Un oficial de E. M., que casi arrastrándose sube al sitio en donde se encuentran los generales Blanco y Juarez Negron y el brigadier Acellana,—tras un peñasco,—cae tan largo como es y tarda unos segundos en levantarse. ¡Muerto! exclama una voz general; pero trátase de un simple resbalon, porque el ladino se incorpora y reanuda su carrera. No faltan escenas cómicas ni episodios tristes. A corta distancia de los generales, es herido en un pié el jóven ayudante del brigadier Acellana.

El propósito, segun parece, no es concretar el ataque á la posicion de Peña-Plata, sino dejar eso á un lado, y avanzar directamente á darnos la mano con Martinez Campos, despues de limpiar de carlistas todas las alturas lindantes con el cacareado fuerte. Así, pues, tan luego como se hallan reunidas todas las fuerzas (1), son estas desple-

(1) El general Blanco, comandante en jefe del primer cuerpo, iba solamente con la division Juarez Negron, ó sea la segunda: la primera, mandada por el general Gamir, era la que llevaba Martinez Campos. Hé aquí las fuerzas que componian aquella:

Primera brigada: Bargés. Los batallones de cazadores: Barcelona, Tarifa, Reus, Arapiles. Una batería, capitan Odalí.

Segunda brigada: Acellana. Un batallon infantería de Bailen; otro id. de Tóledo; dos batallones de la Lealtad y una batería. El general Prendergast, con la division de reserva, permanecia en Urdax y en Dancharinea.

gadas en toda la línea de batalla, fijada de antemano. Al medio dia, la mayor parte de la division ha roto el fuego. Sin obtener gran resistencia, vamos ganando todas las pequeñas posiciones que anteceden á la posicion formidable del Centinela. Los cazadores, como de costumbre, pórtanse admirablemente. La artillería liberal juega que es un primor. La carlista parece haber enmudecido. Sin duda Peña-Plata carece de municiones de cañon. Los que defienden el monte Centinela cuentan con algunas piezas de montaña; pero las dirigen únicamente, de vez en cuando, sobre las fuerzas de Martinez Campos, que á su vez han empezado el ataque formal, y ya las observamos cómodamente por medio de nuestros anteojos de campaña.—Uno de los puntos que nos supone mas trabajo conquistar, es un inaccesible mogote, semejante desde léjos á un pilon de azúcar, á donde se encargan de subir las guerrillas de Reus. Ansiedad terrible nos consume durante media hora. El general Blanco atisba con anhelo las peripecias del drama. Los cazadores avanzan muy lentamente: tienen que escalar, como lagartijas, una escueta y vertical pendiente, y además, el fuego que se les hace desde arriba, es horroroso. Tres líneas de humo se dibujan—por ambos flancos y por el centro—creciendo con igualdad matemática: confluirán á un tiempo sobre la cúspide: no llegará el uno antes ó despues que los otros. Bien adviértese que la ascension es penosa. ¡Cuántos caerán en el camino! Pero ya llegan. Hé ahí el instante decisivo, supremo. Los defensores del mogote no ceden; resístense aun. Entáblase una lucha brazo á brazo, cuerpo á cuerpo. Los fogonazos apáganse poco á poco. Es que no funcionan los cañones, sino las culatas, y las bayonetas, y hasta los puños. Esto dura breves instantes; los necesarios para persuadir al tenaz enemigo, que toda resistencia es inútil. Despues he oido contar detalles increibles de lo que allí pasó. Un soldado de Reus, con tres heridas graves, no consintió entregarse como prisionero, á pesar de todas las intimaciones y ofertas, y persistió defendiéndose bravamente: Blanco le ha conferido la cruz de San Fernando. Seria ocioso fijar, uno por uno, todos los rasgos heróicos, todos los hechos dignos de mencion que se suceden ante nuestra vista.

El general Juarez Negron acude á reforzar la línea de vanguardia, con la brigada Acellana, para desalojar al enemigo de sus últimas posiciones, entre las cuales está la del Pico del Centinela. Oigo que el general Blanco dice: «Si logramos tomar aquel Pico me reconcilio con mi suerte.»—En lontananza divísanse las fuerzas de Martinez Campos, que han emprendido ya el ataque de esta posicion. El fuego es nutridísimo por aquel lado. Como leones atacan los nuestros; como leones resisten los carlistas. El batallon cazadores de Barcelona es tres veces rechazado: Martinez Campos le ordena replegarse; pero el batallon despliega su bandera, y con su jefe á la cabeza, de nuevo arremete con mayor brío que antes, y conquista la posicion. (1) La vanguardia de nuestra division apoya el flanco derecho de la que mnada Martinez Campos. Numerosos extranjeros situados en la línea fronteriza, lanzan sus sombreros al aire, saludando nuestra victoria. Tomada la posicion del Centinela, fácilmente nos apoderamos de las pocas alturas que restan á los carlistas en los alrededores de Peña-Plata. El general Prendergast tiene la feliz inspiracion, que todo el mundo encomia, de enviarnos los camilleros de su division, con sus camillas. Llegan muy oportunamente, porque los nuestros apenas bastan. Al propio tiempo, recibe Blanco, por la via francesa, un despacho de Primo de Rivera, en que le anuncia que nuestras tropas han ocupado Villatuerta. Esto viene á completar la satisfaccion de todos. El tiroteo cesa paulatinamente. Las sombras nocturnas, á las que hubiéramos temido quizá, si se hubiese prolongado el combate, nos sorprenden dueños de todas las posiciones que anhelábamos ganar, escepto de Peña-Plata. La jornada es nuestra.

Diez de la noche.—La poco risueña perspectiva de pasar la noche azotado por incómodo vientecillo, sin disponer de una mala tienda ni de una triste choza donde guarecerme, sugirióme la idea de trocar el inclemente cerro en que acampaba el cuartel general y en donde habíamos

(1) El teniente coronel Gasco, jefe de aquel batallon, fué nombrado coronel sobre el campo de batalla.

pasado la mayor parte del dia, por algun albergue cualquiera, que no podia dejar de existir en aquellos contornos. Púseme de acuerdo con mi colega el corresponsal Gimenez Romera (únicos él y yo en el cuartel general de Blanco), el paisano navarro señor Mina (pariente del célebre general del mismo nombre), que como experto en el país ha dispensado buenos servicios á nuestra causa, y el campechano vicario de Zugarramurdi, que el general llevaba como guia, y juntos descendimos, en busca de un caserío donde pernoctar, á los profundos barrancos que se ofrecian á nuestra vista. Buenos paseos nos costó la empresa, pues solo hallábamos caseríos abandonados de sus moradores, hasta que al fin, se nos abrió una puerta hospitalaria, y no hay para que añadir que fuimos muy bien acogidos, desde el momento en que nos honrábamos con la compañía del vicario de la comarca.

Hemos repuesto nuestros exhaustos estómagos, con la suculenta cena que nos han improvisado los galantes *caseros*, cena en la que no se ha echado de menos ni el buen vino del país ni la leche migada; nos han preparado las mejores camas de la casa, y en ellas aguardaremos á que la aurora nos arrebate á las delicias del descanso.—El general Blanco adoptó igual partido que nosotros, habiendo encontrado hospitalidad en un caserío vecino. Su escolta de caballería y algunos forales de Navarra ejercen la oportuna vigilancia en medio de estas soledades. Todo está en silencio: no se descubre ninguna hoguera en el horizonte; ni rumor alguno viene á turbar la quietud solemne que reina, tanto mas solemne cuanto que hace pocas horas llenaban el espacio el estampido del cañon y el graneado estruendo de la fusilería.

V.

Segunda jornada —Los carlistas, al amanecer, abandonan la posicion de Peña-Plata.—Toman posesion de la misma los cazadores de Barcelona. —Entrevista de Blanco con Martinez Campos.—Continúa el movimiento iniciado el dia anterior.—Accion de Palomeras de Echalar.—Diluvio de balas.—El brigadier Ortiz en Sare.—Fatigas de un corresponsal.—Los carlistas abandonan el campo.—¡Adelante!—Los oficiales franceses en el acto de desfilar nuestro ejército por los altos de Palomeras.—Vestigios de la retirada.—Con direccion á Vera.—Los caseríos desiertos.—Echalar.—El flanqueo.—Entrada del ejército liberal en Vera.

Dia 19 (á las cinco de la mañana.)—La primera noticia que hoy recibo, al abrir los ojos, me hace dudar de si sueño despierto. «¡La bandera liberal ondea en el fuerte de Peña-Plata!» ¿Cómo? ¿cuándo? ¿será posible? Asomo la cabeza por la ventana del caserío, y me cercioro de aquella verdad: no hay boinas, no; sino roses, en los parapetos de la fortificacion: una bandera española, como en dia de gala, flota sobre el reducto, ligeramente movida por la brisa matinal. Muy pronto adquiero los detalles de cómo se ha realizado tan particular fenómeno. A las primeras horas de la madrugada bajaron dos carlistas del fuerte; presentados al jefe del batallon cazadores de Barcelona, que vivaqueaba en la falda del monte, dijéronle que ya no existian carlistas en Peña-Plata, que faltos de víveres y municiones, habian decidido penetrar en Francia. Temió el susodicho jefe que intentasen jugarle un ardid de mal género; pero la nueva traida por los carlistas circuló como un rayo por las filas del batallon, lo que produjo que al punto se ofreciesen voluntarios para escalar el fuerte. Bajo tal carácter marcharon algunos números con un teniente, cuyo nombre ignoro (de otra suerte lo estamparia, contra mi costumbre, porque bien lo merece): la contraseña del batallon, tocada por un corneta, seria la señal de que la operacion se habia llevado á cabo. Al despuntar los primeros albores del dia, sonó una corneta en lo alto de Peña-Plata: los nuestros aplicaron el oido, y con efecto, advirtieron en aquel toque los primeros compases de la

americana del *Jóven Telémaco*, su conocida contraseña. Un grito de júbilo escapó de todos los corazones. «¡Arriba Barcelona! ¡Peña-Plata es nuestro!» Y al poco rato fué un hecho notorio la toma de posesion de aquel castillo. (1) Unas cuantas piezas inutilizadas, ninguna municion, y unos pocos víveres, hé ahí lo único que hallaron nuestras tropas en el célebre peñon, doblemente célebre por haber sido el primer punto fortificado que tuvieron los carlistas y el último que cayó en nuestro poder. Lo que acabo de narrar, es lo sucedido: ni mas ni menos. Los demás detalles, ulteriores al hecho principal, son de puro accidente.—El dia de hoy empieza con brillantes auspicios.

Campamento de Martinez Campos.—La mañana es espléndida; la temperatura primaveral. Precedidos del general Blanco, hemos recorrido toda nuestra línea; los soldados están animadísimos, como siempre; la noticia del dia les ha infundido el mayor entusiasmo. Todos los camilleros empléanse con actividad en recoger los numerosos heridos carlistas y liberales que hay acumulados en los caseríos y en las *bordas*, para trasladarlos al hospital de Urdax. Los cadáveres han sido sepultados durante la noche.—Tras una legua de camino, recorriendo veredas imperceptibles y escarpadas, en que á duras penas sentaban sus cascos los caballos, y escoltados siempre por los forales de Navarra, que al propio tiempo nos guiaban, hemos llegado á eso de las ocho, á las elevadas alturas en donde ha pernoctado Martinez Campos con sus tropas. Estas han dirigido calurosos vivas al general Blanco. Ambos generales hánse abrazado cordialmente. Nosotros llevábamos la confirmacion de la noticia, que aquí conocian

(1) La fortificacion improvisada por los carlistas en el alto de Peña-Plata carecia de importancia estratégica. Tanto es así, que á no haberla abandonado sus defensores, á buen seguro que no hubiéramos intentado conquistarla, ya porque su asalto es punto menos que imposible por la parte de España, ya porque dicha posicion solo puede servir de algo—como punto de refugio sobre la frontera,—á quien domine el país, y el país lo dominábamos nosotros, con la seguridad de que nadie nos atacaria, y con el camino expedito para avanzar, gracias á los combates librados el dia 18. Dado su absoluto aislamiento, la situacion de los de Peña-Plata era insostenible, y no podian hacer otra cosa que retirarse á Francia.

á medias. Todos nos congratulamos del feliz éxito de las operaciones. El general Martinez Campos exclama: «¡Que digan ahora que mi ejército solo obtiene ventajillas en Cataluña! ¡Ya lo hemos visto en batallas formales, alcanzar victorias indiscutibles!» Conferencian breves minutos Martinez Campos y Blanco. Este regresa desde luego á sus líneas, con el objeto de mantenerse, contra toda eventualidad, en las posiciones conquistadas. El primero,—con el cual yo continué,—dió las órdenes oportunas para levantar el campo.

Alto del Centinela. — Con la brígada Bonanza á la vanguardia, nos hemos puesto en movimiento hácia el territorio que ayer dominaban los carlistas, y con direccion á las posiciones en donde hoy nos aguardan. Los cazadores de Barcelona ocupan el alto del Centinela, teatro de sus hazañas. A la aproximacion del general en jefe, la música entona la marcha real y los soldados prorumpen en vivas. Martinez Campos les arenga con entusiastas frases, y termina con un «¡viva los cazadores de Barcelona!» que es repetido por cuantos acompañamos al general en jefe. Los cazadores contestan con vivas al general Martinez Campos y á la libertad.

Posiciones frente á Palomeras. — Decididamente, los carlistas pretenden jugar la última carta, disputándonos el paso á Vera. Se han fortificado en los cerros de las Mugas y Palomeras de Echalar. Los vemos hormiguear profusamente. Tienen varias líneas de trincheras, que están empavesadas de boinas. Calculamos que hay allí unos doce batallones, y les contamos hasta doce piezas de artillería. El jefe superior de toda esta fuerza es el general italiano Castella. No cabe la menor duda que se han concentrado en aquellas alturas, todas las fuerzas de que disponen los carlistas por estos contornos.

Un profundo y dilatado valle nos separa de las posiciones carlistas. Al divisarnos, la artillería enemiga enfila sus piezas sobre nosotros. El cuartel general hace alto en una ladera, mientras la brigada Bonanza, por los cerros de la derecha, flanquea el valle y corre á iniciar el ataque de las posiciones. La batería afecta al cuartel general, permanece junto á nosotros, contestando vigorosamente

á los disparos carlistas. El general previene que las 15 ó 20 personas que le acompañamos no formemos grupo, pues el enemigo apunta con certeza y seria fácil alguna sensible desgracia. Nos dispersamos, pues, y los unos guarécense tras una roca, los otros vagan haciendo lo que en términos gráficos se llama la *culebra*, con el fin de burlar la direccion del proyectil, y los mas se dispersan tendidos acá y acullá sobre el santo suelo. El general válese, para examinar los movimientos del enemigo, de unos magníficos gemelos, regalo de la Diputacion Provincial de Lérida. La brigada Bonanza se escalona en los cerros que preceden al ocupado por el enemigo: despliéganse las guerrillas: la música de Manila, confundiendo sus sonoros ecos con el mortífero estruendo de los disparos, toca paso de ataque. Nuestras guerrillas avanzan, pecho descubierto, ante una línea de horroroso fuego. En el campo carlista multitud de ginetes, al parecer jefes, van y vienen por encima de las trincheras, desafiando el peligro con serenidad heróica. Por nuestra parte arrecia el fuego: la música imprime al cuadro un tinte de magestuosidad y animacion imposible de describir. La artillería enemiga preocúpase mas de disparar contra el cuartel general que contra los que atacan de cerca. Esta situacion indecisa prolóngase mas de un cuarto de hora. Por fin, llega el momento de formalizar el combate; manda el general traer los caballos, y seguidos de la batería, de la escolta y del resto de las fuerzas, nos aproximamos al lugar en que miden sus armas los combatientes.

12 del dia.—La accion está entablada sobre la misma raya fronteriza. Los carlistas tienen emplazadas algunas piezas sobre territorio francés. Para unirnos á la vanguardia, hemos venido, en algunos trechos, lamiendo la frontera francesa. El brigadier Ortiz, jefe de E. M. del ejército, es enviado á Francia por el general en jefe, con la mision de hacer presente á la autoridad militar de Sare, la violacion de territorio que cometen los carlistas, y protestar contra la misma. Le acompañan sus ayudantes y ordenanzas, y mis estimados colegas Péris Mencheta, Gimenez Romera y Fauró. Yo soy, pues, el único paisano y el único corresponsal que quedo presente al acto de la batalla.

Los carlistas han abandonado ya su primera línea. Cuba y Manila cumplen muy bien su obligacion. Sostienen un fuego incesante, y avanzan siempre, aunque con dolorosas bajas. El general en jefe, situado en el cerro mas próximo al en que se dá la accion, la contempla sin curarse del diluvio de balas que lo envuelve á él y á las cinco ó seis personas que con él estamos. Sepárome del grupo, y entre las filas del batallon de Arapiles, diríjome al cerro inmediato: ya que me es imposible huir el peligro, quiero arriesgarme con provecho. Caminamos una buena distancia, bajo los fuegos enemigos, sin que nos causen ninguna baja: ya en el cerro, créome á cubierto, pues hállome fuera de la vista de las trincheras, en la vertiente de acá, punto en donde descansa un batallon de los que mantienen el ataque; pero al asomarme al portillo de la borda que sirve de hospital de sangre provisional, un soldado de los varios que por allí pululan, cae cadáver á los pocos pasos. La borda está cuajada de heridos, y aun van llegando mas: un jefe, tendido sobre la paja y envuelto en una manta, como todos los otros, parece sufrir grandes angustias, segun los penetrantes gemidos que lanza. Por espacio de una hora no cede la lucha. Las guerrillas, con una bravura sin igual, ganan el terreno palmo á palmo. El enemigo vacila en el fondo de sus trincheras. Puedo apreciar de cerca el valor de nuestros soldados, que en esta ocasion no cede á las anteriores. Los jóvenes oficiales que mandan las guerrillas, mision la mas peligrosa, cumplen admirablemente con su deber; dan ejemplos de serenidad á sus subordinados. He visto á un médico de sanidad militar, en la línea de fuego, ayudando á recoger á los heridos y practicando primeras curas. Vuelvo al lado del general en jefe. Deseoso, por una muy lógica precaucion, de no recorrer otra vez la expuesta hondonada por donde aquí he venido, emprendo una senda, del lado de Francia, que calculo ha de ir á parar, poco mas ó menos, á mi punto de partida. Como acontece siempre que uno no conoce la topografía del lugar que pisa, un pliegue de terreno me engaña, tomo la única direccion posible, y de pronto me encuentro, aislado y solo, en territorio francés, fuera de

la vista de las tropas, medio extraviado en un espeso bosque de hayas y encinas, por entre cuyas ramas silban que es un primor, los proyectiles españoles. Hago inauditos esfuerzos por cruzar la espesura y alcanzar nuestro campo, que colijo por la direccion de los balazos. A medida que ando, el camino es mas impracticable; enormes montones de ramas secas, y en algunos sitios troncos aserrados, obstruyen el suelo; tengo que abrirme paso con mis manos, que pongo á prueba de rasguños. Extenuado de cansancio, casi desvanecido por la debilidad, pues desde la noche anterior no han entrado en mi cuerpo mas que unos tragos de aguardiente, que no bastan á equilibrar mis fuerzas físicas con la energía de mi ánimo, déjome caer sobre la leña... transcurren breves instantes, que me parecen horas. Un rumor confuso viene á sacarme de mi sopor: alzo la vista, y á cien pasos de mí descubro soldados. Esto me anima; esto restituye algun vigor á mi abatido espíritu. Aquellos soldados son flanqueadores de la columna, que desfila, con el cuartel general, en direccion á las alturas de Palomeras, que ya deben considerarse nuestras. Solo resuenan tiros aislados. Las guerrillas apodéranse de la posicion, mientras los carlistas huyen á escape por el camino de Vera, llevándose consigo los heridos que pueden, cajas de municiones, piezas de artillería, etc. Los nuestros no emprenden su persecucion. Conténtanse con hostilizarles la retaguardia, en la cual les infieren bajas: los fugitivos no se cuidan de responder, porque les falta el tiempo para ponerse á salvo.

Alturas de Palomeras.—El enemigo abandona, en su fuga, tristes rastros. Algunos cadáveres de trecho en trecho; á orillas del camino, un moribundo, en torno del cual agrúpanse con curiosidad nuestros soldados; en la pendiente de un barranco, suspensos por la maleza, un caballo y un ginete, el ginete muerto, y el caballo, herido gravemente; una alma caritativa lo despacha con un rewolver.—Sobre una espaciosa meseta, cortada por la línea fronteriza, un grupo de oficiales franceses y de *touristes* británicos, aguarda el paso del ejército liberal. Llega el general en jefe, con su estado mayor y estrecha

la mano á los extranjeros, que se acercan á saludarle y victorearle. La charanga de uno de los cuerpos, creo que de Barcelona, sitúase en una pequeña prominencia, y despues de hacer los honores á Martinez Campos, con la marcha real, ameniza con alegres aires nacionales el desfile del ejército. ¡Qué espectáculo tan hermoso! ¡Qué escena tan grande y tan indescriptible! Todas las alturas del O., coronadas de soldados, que vienen á la desfilada, soldados de tez bronceada, traje raido y corazon sereno, que llevan dos dias de cruda marcha y victoriosos combates; la música inundando de armonías pátrias los valles y picachos que acabamos de conquistar en el Pirineo; los extranjeros admirándonos desde su territorio, y prorrumpiendo en manifestaciones de entusiasmo por nuestro bravo ejército, en particular por nuestra brillante infantería. Nunca se borrará de mi memoria este episodio, á ciencia cierta el mas pintoresco de los originados por la jornada de hoy.

Vera (6 de la tarde.)—En todo el trayecto hasta Vera—unas tres horas de camino, á muy buen paso, siempre en terreno montañoso,—hemos hallado repetidos vestigios de la huida de los carlistas. Llevábamos de flanqueo, si no me equivoco, la brigada Villamil. Parte de las fuerzas ha tomado posiciones frente á Lesaca y Echalar, que aun guarnecen los carlistas: en la primera tienen un importante hospital; en la segunda parece que tambien conservan numerosos heridos. El ejército ha pasado á la vista de Echalar. En la cuesta que desciende al valle de Vera, menudean los *caseríos*, que ya se nos hacian raros. Los jefes han adoptado enérgicas disposiciones, encaminadas á la seguridad de aquellos, pues todos están abandonados. Si como constituimos un ejército regular, fuésemos una partida, ¡qué soberbio botin nos brindaban los caseríos desiertos! Desiertos del todo, no; porque en uno, por casualidad, hemos descubierto seis ó siete heridos carlistas, rezagados sin duda, que han sido trasportados cuidadosamente á nuestro hospital. Las gentes del país nos temen como á una horda de salvajes. Con nuestra impedimenta y tambien intercalados en las compañías, venian los camilleros conduciendo á los heridos curados de pri-

mera intencion junto al campo de batalla. Varios de estos heridos gemian dolorosamente; y la incomodidad que debian sufrir al pasear por los cerros, tendidos en las camillas, conviene atribuirlo, tanto á su estado, como á lo pésimo y rudimentario de los medios de transporte que emplea nuestra Sanidad Militar.—Al término de la cuesta mencionada, todo el Estado Mayor ha dejado sus caballos. Mientras el ejército, ya en plena carretera, encamínase, al paso, á la ciudad, el general en jefe, con su séquito, atraviesa diagonalmente un campo y unas huertas, y verifica su entrada en Vera. Nadie sale á recibirle: reina un silencio sepulcral. Y no es que las gentes se oculten: es que los moradores, en su mayor parte, han huido de la poblacion; y los pocos que restan, nos espian con aire de espanto desde las puertas y ventanas. Las tropas entran sin órden, sin formacion, á la desbandada: como no hay municipio ni autoridad alguna, cada cual alójase donde puede. Una buena casa, que habita una distinguida familia liberal, es alojamiento del general en jefe. No tengo noticia de que los soldados cometan el menor desman, aprovechando la desercion de los habitantes. Muchas casas ni siquiera contienen muebles; en otras quedan las camas, aunque desprovistas. El escuadron de la escolta distribúyese por las primeras casas del arrabal que precede al pueblo. La artillería colócase bajo los soportales de la plaza principal. Vera es considerable mayor que Elizondo. Divídese en poblacion alta y poblacion baja, que no es sino una especie de arrabal: en esta se aloja Martinez Campos. Al N. de Vera elevan sus negras cúspides las alturas pirenáicas de la Rhune. A la extremidad oriental de la poblacion, casi en las afueras, existe la antigua fundicion de hierro, (propiedad de un francés), que los carlistas convirtieron en fábrica de bombas y granadas. Los que nos hemos dirigido inmediatamente á visitar aquel famoso edificio,—en el cual, dicho sea de paso, sus dueños saben hacer á maravilla los honores de la casa—hemos estado á punto de pagar cara la curiosidad. Algunos grupos de carlistas, posesionados aun de unas alturas vecinas, nos han propinado diferentes tiros, y así continuan dispa-

rando contra todos los que osan salir de la ciudad por aquella parte.

12 de la noche.—Al anochecer han llegado mis tres colegas, con el brigadier Ortiz. En el alojamiento mismo del general hemos despachado nuestros partes, los cuales, con el paquete oficial, se han expedido á Sare. Hubiéramos pasado apuros en la cuestion de comida, si el coronel Aznar no se hubiese empeñado en que Peris Mencheta, Fauró y yo nos sentáramos á su mesa. Cumplidas las tareas de nuestro oficio, y satisfecha la necesidad de nuestros estómagos, nos dedicamos á una mision mas árdua: la de buscar alojamiento. A las once y media de la noche no habian surtido efecto favorable nuestras pesquisas. Por fortuna, un liberal que tiene almacen de vinos y comestibles, nos ha ofrecido amable hospitalidad, por mas que su casa esté ya invadida. Nada turba la tranquilidad de la noche; todos los que pueden, descansan de sus fatigas. En el hospital de sangre hay mas de cien heridos.—Un edificio aislado, entre el arrabal y la poblacion, es consumido por un voraz incendio. Hace horas que arde, y arderá en tanto que por si solo no se extinga. Las llamaradas inundando el horizonte, las líneas rojas que marcan los contornos y las vigas del edificio, el crujir de las maderas que arden, y el estrépito de los muros que se desploman; todo esto en medio de una noche oscura, de una soledad espantosa, causa en el ánimo una fantástica impresion, y sugiere á la mente las ideas mas peregrinas.

VI.

Tercera jornada.—Diana triunfal.—Noticia de la toma de Estella.—El ejército sigue su marcha de avance.—Los ingenieros tienden un puente sobre el Bidasoa.—El ejército de la derecha se da la mano con el de la izquierda en los altos de Endarlaza.—El brigadier Navascués.—Un cartucho de dinamita.—La brigada Villamil.—Los ingenieros trasladan el puente.—El pabellon inglés en Endarlaza.—Camino de Irun.—El carnaval de Behovia.—Hendaya y los refugiados carlistas.

Vera 20, (á las 8 de la mañana.)—No el agudo chillido de las trompetas, sino los armoniosos sones de las músicas nos despiertan hoy. Son las músicas que recorren la

poblacion, proclamando la noticia de la toma de Estella por el general Primo de Rivera, noticia que acababa de recibir el general en gefe con los despachos y correspondencia remitidos desde Bayona por el cónsul, lo que agrega al júbilo colectivo motivado por aquel fausto suceso, la satisfaccion íntima que nos cabe á casi todos en particular, de saber nuevas de las familias y amigos. La victoria nos sonrie por completo. ¿Pero á que no decirlo todo?... Lo diré á medias... Hay algunos á quienes no les sienta muy bien la noticia. ¿Y por qué? Aquí callo. Hieren mis oidos comentarios y expresiones, de carácter privadísimo, que la discrecion me veda registrar.

Un coronel de caballería, en su deseo de hallar una silla para mi caballo, pues la que poseia se me extravió, acompáñame á un local que sirve á los nuestros de cuadra, y ya que solo me es dado haber una mala y vieja montura sin baticola ni pecho-petral, descubro en compensacion unos archivos del E. M. carlista, en los cuales me proporciono papeles y datos curiosísimos. Los toques de llamada y botasillas nos previenen que vamos á partir. Las tropas forman en las calles. La artillería carga sus piezas y furgones. Los ginetes aguardan la órden de montar. Los acemileros revisten los *bastes* á sus mulos. El tren de puentes marcha ya en pos de la vanguardia. El general en gefe monta á caballo, y con una pequeña parte de su E. M. y muy reducida escolta, sale á galope de la poblacion. En esta quedará tan solo un corto destacamento.

A orillas del Bidasoa. — Mediante algunos tiros, la brigada Bargés que ha pasado á nado el Bidasoa, desaloja de enemigos las extensas posiciones de la izquierda. Las siluetas *carcas* son reemplazadas por siluetas *guiris*. Los ingenieros han elegido sitio, á orillas del Bidasoa para tender un puente de caballetes, á fin de evitar que sigan mojándose las fuerzas que deben pasar á la orilla opuesta. Uno de los episodios mas típicos, en una campaña, es el acto de tender, á toda prisa, un puente. Nuestros ingenieros revelan saber llevar á cabo la operacion con habilidad. Formados en una pradera, que limitan el camino real y el rio, descargan á los mulos, disponen en

el suelo las respectivas piezas, y cada cual corre á su obligacion. Los unos, provistos de azadas, nivelan el terreno en que se han de asentar los estribos y construyen la rampa que ha de facilitar el paso; los otros, sumergidos hasta los muslos en el agua, clavan los caballetes en el cauce; los otros encaramados sobre los postes, colocan transversalmente las tablas, que son el piso del puente, aplican los bordes, y afirman la obra con sendos martillazos; y otros, en fin, conducen á hombros las pesadas piezas, de cuya enumeracion técnica espero me dispensarán mis benévolos lectores. Entretanto, el gefe de la seccion, secundado por sus oficiales, no desempeña menor papel: dicta mil órdenes; dirige minuciosamente la operacion; cuida con escrúpulo de todos los detalles; resuelve los obstáculos imprevistos; es el alma, el propulsor, el eje de aquel mecanismo humano; como que él ha de responder de que el aparato reuna solidez y resistencia, y sea obra del menor tiempo posible. Y no hay que olvidar que ese frágil armazon de estacas y tablones, con cimientos de arena, desafia la corriente de las aguas, y ha de sostener pesadas masas de artillería, caballería é infantería.—Nuestros ingenieros proceden con rapidez: al brigadier Acellana, sin embargo, fáltale paciencia para esperar, y ordena que su brigada vadee el Bidasoa por donde lo vadearon las otras fuerzas. Al poco rato cuando solo restaban las últimas piezas, llega órden de que el puente sea desecho y trasladado á Endarlaza. Las tropas que pasaron el rio á primera hora, se han dado ya la mano en la raya de Guipúzcoa, con las fuerzas de la brigada Navascués (ejército de la izquierda) salidas de Irún la mañana anterior. El camino está franqueado. Dominamos ya en toda la frontera, escepcion hecha de los Alduides. Las brigadas Acellana y Villamil nos flanquean, y el grueso del ejército inicia su marcha por la carretera real. El general en gefe, con todo su E. M. y escolta, corre á galope tendido, hácia Irún, levantando nubes de polvo.

Endarlaza.—Preveyendo los curiosos sucesos á que ha de dar ocasion el paso del ejército por este sitio, me he quedado aquí. La vanguardia, como todas las fuerzas que van llegando, detiénese á la orilla derecha, en especta-

cion de los ingenieros. El primitivo puente de Endarlaza —segun en un capítulo anterior dije—fué cortado por el cura de Santa Cruz: solo subsisten sus estribos. El vado del Bidasoa, por Endarlaza, es bastante difícil, gracias á lo ancho del cauce y á lo rápido de la corriente. Multitud de ginetes y peatones lo han pasado sin novedad. Pero viene un ordenanza de caballería, desoye las indicaciones de los expertos, que le marcan la direccion que debe tomar, y al llegar en medio, ginete y caballo son arrastrados por la corriente: algunos paisanos, lanzándose al agua, los libran de una inminente desgracia. Una mujer preséntanos un cartucho de dinamita, que dice le fué entregado por un jefe carlista, que sé yo con que objeto. Alguien espántase al ver aquel terrible paquete—sin conocer que la dinamita, como no sufra el choque de un piston, es inofensiva—y manda arrojar el cartucho al agua. Los soldados de la brigada Villamil descienden, uno á uno, en caprichoso zig-zag, de un monte de la derecha, que confina con el camino. Llegados abajo, varias compañías reciben órden de vadear el Bidasoa. Quítanse los soldados sus alpargatas y polainas, arremangan sus pantalones, y se meten en el agua, formando cordon, cogido cada cual al capote de el de enfrente. A la mitad del rio, el agua les moja los morrales. Verifican la operacion por secciones, y como cabeza del cordon va un oficial. Ya en la orilla opuesta, cálzanse de nuevo y chorreando como están, ascienden á las alturas en donde han de vivaquear durante la noche, alturas mas abruptas y tan inaccesibles como aquellas de donde han descendido.

En la márgen derecha no hay mas construcciones que un viejo caseron, que debe ser almacen de minerales, y la incendiada caseta de los carabineros, que conmemora uno de los recuerdos mas terribles de Santa Cruz. Pocos metros mas allá de la caseta, el camino está cerrado por una fuerte barricada, y á poca distancia tambien, detrás de aquella, extínguese todo camino, pues el de Irun continúa por la orilla opuesta, y el Bidasoa deja de pertenecer á España en todo su ancho, para convertirse en raya fronteriza. Contra este punto enfilan multitud de reductos y trincheras, que coronan el estrecho círculo de los

elevados montes que nos dominan. En la márgen izquierda, el puente de hierro desemboca (ó desembocaba), con la carretera, sobre una reducida esplanada, en la cual existe un edificio, de construccion moderna, destinado á oficinas de la compañía minera y habitaciones para los empleados. En su fachada campea el pabellon inglés. Los moradores del edificio invítanme á descansar y me obsequian con un sencillo *lunch*. He saludado á mis amigos el comandante general de las fuerzas navales del Bidasoa, señor Eulate, y el brigadier Navascúes, cuya brigada, que tanto coadyuvó al feliz término de la operacion iniciada por Martinez Campos, cubre la carretera desde Endarlaza á Irun y los cerros limítrofes.

Puente de Behovia.—Dos cosas han llamado mi atencion en el largo trayecto que vengo de recorrer: los colosales trabajos de fortificacion ejecutados por los carlistas, y los escelentes trabajos de comunicacion y trasporte para el servicio de las minas. La carretera, siempre unida al rio, describe caprichosas curvas, encajonada en un dédalo de inexpugnables montañas. Verdaderas fortalezas, que por sus casamatas y baluartes acusan la mano experta de consumados ingenieros, presentan sus baterías en los puntos mas estratégicos de aquellos desfiladeros y angosturas. Echase de ver, dado el sistema general de esas formidables defensas, que los carlistas no esperaban ser atacados por Navarra.—En cuanto á la explotacion de las minas de hierro guipuzcoanas, observé con qué arte la llevan á cabo los ingleses. Lo mismo allí que en Vizcaya, en Santander y en tantos otros puntos, han planteado los últimos adelantos. Ferro-carriles aéreos transportan el mineral, en cestones, de cresta en cresta, deslizándolo hasta los vagones que, montados sobre rails, lo reciben junto á la orilla del rio, para conducirlo hasta dentro las gabarras. Estas serán aprovechadas hoy mismo por el ejército. Me he encontrado, á un kilómetro de Endarlaza, con el teniente de navío señor Ferrer—de quien en otro capítulo me ocupé—comandante del *Tajo*, que venia con parte de la tripulacion y buen número de gabarras, á favorecer, en lo que pudiera, el paso del ejército. El camino tiene trozos en alto grado pintorescos: abundan las

fuentes, los saltos de agua, cuyo murmullo no se interrumpe nunca, como en el Baztan, y la vegetacion es rica. Casas campestres, portazgos, casetas del resguardo, todo está reducido á pavesas. He visto Lastaola, que participa tambien de tan tristes señales, contrastando con la risueña aldea francesa de Biriatou, en donde, por ser domingo, las mozas, engalanadas con lo mejor, agrupábanse á la orilla, mirando absortas el inusitado *maremagnum* de gente armada, carros de víveres procedentes de Irun, acémilas con equipajes, etc., que se nota en nuestro territorio.—El general ha entrado en Irun, casi por sorpresa, siendo recibido con repiques de campanas y entusiastas vítores. Aunque no todas las fuerzas pernoctarán hoy en aquella ciudad, prepárase una escesiva aglomeracion de gentes, una noche mas de molestias. Como el cuerpo me pide descanso, no tanto por las fatigas que vengo sufriendo, como por la tenaz disentería que me aqueja, he determinado pernoctar en el Hotel Legarralde, de Hendaya. Hoy celebran los franceses el domingo de Carnaval: en este momento declina el sol, y las calles de Behovia están pobladas de mascarones, con grotescos disfraces y soberbias turcas. Paso de largo ante tal espectáculo. Sin detenerme ni un segundo en el pueblo, me encamino al término de la jornada.

Hendaya (11 de la noche.)—No debo arrepentirme de haber dado fondo en esta poblacion. Sobre que me hallo libre de comidas indigestas y enojosas apreturas, tengo por compañeros de hospedaje en el Hotel á diferentes refugiados carlistas, los cuales me cuentan sabrosos pormenores. Uno asegura que precisamente ahora *es cuando comienza la guerra*. No citaré nombres, porque no se me ha autorizado á ello. Solo me permitiré decir que se halla en Hendaya la señora viuda de Calderon, la cual, por medio del alcalde de Irun, ha pedido al general Martinez Campos un salvo-conducto, con el objeto de poder ir á visitar libremente á su hijo, el brigadier carlista señor Calderon, herido y hecho prisionero por nuestras tropas en el ataque de Montejurra. El general en jefe ha accedido á la solicitud de dicha señora.

Desde mi ventana vislumbro los soldados que viva-

quean en los montes vecinos á Irun. Numerosas fogatas salpican las negruzcas moles, aun las mas remotas, que se dibujan en el horizonte de España. No son las hogueras fatídicas del incendio; son las luminarias esplendentes de la victoria. Esas fogatas que hoy marcan la senda de nuestro triunfo, son el preludio de la radiante luz que pronto difundirá su brillo por todos los ámbitos de la pátria.

VII.

La última etapa.—El ejército de la derecha en Irun.—Preséntase Martinez Campos al cuartel real.—Convoyes de heridos españoles en Francia.—Escenas consoladoras.—La nueva situacion de San Sebastian.

Con el precedente capítulo debe darse por concluida la campaña del ejército de la izquierda. La he descrito, sin pretension alguna, en forma sencilla, ligera, entresacando los detalles salientes y los rasgos típicos, y omitiendo todos los pormenores que se me han antojado supérfluos ó enojosos. La he descrito, conforme al método general de la obra, bajo un punto de vista esencialmente personal; muchos de los párrafos han sido trasladados, sin enmienda, desde mi libro de notas á las cuartillas; he formulado el trasunto de mis impresiones propias; he procurado ir, sin hacer historia en regla, mucho mas allá que la historia misma. Me holgaré si he podido abocetar, de una manera gráfica y real, aquella insigne epopeya, que fué el verdadero desenlace de la campaña de 1876.

A las primeras horas de la mañana del 21, recorrí el trayecto de Hendaya á Irun. Los sonidos de las músicas militares alegraban la comarca. Escepcion hecha de las fuerzas que mandaba el brigadier Villamil, las cuales habian quedado entre Vera y Endarlaza, el resto del ejército,—abandonando los puntos en que pernoctara, despues de pasar el Bidasoa,—dirigíase, por brigadas, á Irun. Atravesaban estas las calles principales de la poblacion, al son de músicas, entrando por la carretera de Behovia y saliendo por la de San Sebastian. El general en jefe salió

detrás de la vanguardia. Separáronse, al poco trecho, de la carretera; y por las alturas de Oyarzum, flanqueando luego San Marcos y Santiagomendi, que ya estaban en poder de nuestras tropas, fueron á parar á las proximidades de Tolosa y Hernani. Ya de noche, Martinez Campos llegó inopinadamente al primero de dichos puntos, en donde se hallaba el cuartel real de don Alfonso XII. Su Majestad abrazó al ilustre caudillo, cuya llegada produjo indecible sorpresa. Cuéntase (1) que álguien le preguntó por dónde habia venido.—Por el aire, contestó sonriéndose Martinez Campos.

Persuadido de que la jornada no tendria lances, dejé al asistente, con mi caballo y equipaje, seguir al ejército, y partí para San Juan de Luz en el tren-correo que sale á las doce del dia de Hendaya. Estábame allí reservada una sorpresa grata é interesante. Viniendo de Urrugne, hallé por la carretera un convoy de heridos españoles, procedente de Urdax, que iba en direccion de Socoa. Varios carruajes particulares lo seguian desde San Juan de Luz. Brindóseme á tomar asiento en uno de ellos, lo que acepté con gusto. Los heridos no eran de mucha gravedad, puesto que venian en ómnibus y diligencias. Ofrecian, empero, gravísimo cuidado, dos jefes: uno, cuyo nombre no recuerdo, y el jefe de E. M. de la brigada Bonanza, mi amigo don Enrique Bollo, quien, á la salida de Arrayoz, sufrió dos tremendas heridas de arma blanca. Entrambos heridos se detuvieron en San Juan de Luz, por órden facultativa, cuidando de su buen alojamiento y asistencia—que ejercieron médicos franceses—nuestro vice-cónsul en Bayona el señor Fierro, y el señor Yañez, cónsul en San Juan de Luz. (2) Los demás heridos, en nú-

---

(1) Tomo esta version de un artículo publicado por el general Sanchez Bregua en *La Epoca* de Madrid.

(2) Estos heridos, tan luego como estuvieron en disposicion de viajar, marcharon á completar su curacion á España, cerca de sus familias. Ambos han sanado, segun mis noticias. El señor Bollo vuelve á estar en operaciones, como jefe de E. M. de la brigada Bonanza, en el ejército de la Isla de Cuba.

mero de unos noventa, debian embarcarse aquella misma tarde para Santander, en el vapor *Piles*, que al efecto les aguardaba. Era el encargado de dirigir dichos convoyes, por territorio francés, el médico de Sanidad Militar don José Perez.

La Sociedad de señoras para socorro de los heridos, habia dispuesto en el muelle de Socoa una larga mesa, cubierta de blanquísimo mantel, con exquisitas viandas y manjares, y vinos generosos, todo esmeradamente servido por el *Hotel de France*. A medida que los heridos descendian de los carruajes, eran conducidos en camillas, en sillas ó á brazo, á bordo de las falúas: detenían frente al improvisado *buffet*, y amables damas les servian, á quien una taza de sustancioso caldo, á quien un trozo de perdiz trufada y un vaso de Madera ó de Jerez, á quien un refresco, á cada cual, en fin, lo que apetecia, y á cada uno en particular una naranja, envuelta en papel de seda, piadoso y tierno regalo que aquellos infelices agradecian sin comprenderlo en toda su estension. Ví escapar lágrimas de los ojos de muchos socorridos. Solo una pequeña parte de la colonia española de San Juan de Luz estaba en el muelle. Siento no poder revelar el nombre de una distinguida señora de Bilbao, que con un afan indecible, repartia puñados de pesetas entre los heridos de mas triste apariencia. Soldados del ejército francés ayudaban á la conduccion de los heridos desde los carruajes á las lanchas. Hasta oficiales con uniforme, me complazco en declararlo, prestaban el servicio de camilleros. Costábale no pocos esfuerzos al jefe del vapor, que el embarque se efectuase con prontitud y regularidad. Nuestros representantes oficiales, los señores Fierro y Yañez, secundados por el comisario de policía, procuraban que el excesivo celo de las personas caritativas no eternizase la operacion. Sin atender á distinciones de ningun género, —pues habia tres ó cuatro carlistas en el convoy—todos los heridos recibieron por igual las simpatías y el interés de la numerosa concurrencia que llenaba el muelle. Los elocuentes episodios que allí presencié, y que quizá no acertase á describir con sus vivos colores, aunque dispusiera de espacio, quedarán por mucho tiempo fijos en mi

mente. Ya de noche regresé á San Juan de Luz, bajo la mas grata y consoladora de las impresiones.

A la madrugada del dia siguiente, 22 de febrero, me embarqué para San Sebastian, en el vapor *Algorta*, lleno este de emigrados que volvian á la madre pátria. ¡Qué cambios los ocurridos en San Sebastian desde mi última salida! Ya no resonaba el cañon de Venta Ciquiñ (1), ni mucho menos heria los oidos el alarmante son de la campana de la Mota: ya las gentes no circulaban recelosas, timoratas, con sobresalto perpétuo: la tranquilidad y el gozo saltaban á todos los semblantes. Todo el mundo prometíase grandes dichas (¡que harto defraudadas han sido á los vascongados!) de la nueva situacion que parecia crearse. Habian desaparecido del *boulevard* las barricadas, y de los balcones los blindajes. Los voluntarios de Tolosa formaban en la plaza de Guipúzcoa, cuyos soportales hallábanse otra vez al descubierto. La bandera nacional flotaba en todos los edificios públicos. Aprestábanse los vecinos á ornar sus casas con mas ó menos vistosas colgaduras. En algunos sitios, los dependientes del ayuntamiento clavaban mástiles rematados por gallardetes. En la calle de Urumea, terminábase, á todo trabajar, un arco de triunfo. Y otro, hecho con ramaje, se elevaba en la puerta de Hernani.

Por do quiera preparativos de festejos, síntomas de satisfaccion, indicios de entusiasmo, colmo de risueñas esperanzas. El rey don Alfonso XII, con los generales Quesada y Martinez Campos y representaciones de ambos ejércitos, habia salido de Tolosa; de un momento á otro debia verificar su entrada solemne en San Sebastian, para sancionar la pacificacion de Guipúzcoa.

---

(1) El dia 19, Arratsain y Mendizorrotz fueron ocupados sin resistencia por nuestras tropas. El 20, rompióse definitivamente la línea enemiga. El 21, los carlistas abandonaron San Márcos, Santiagomendi y Choritoquieta.

LIBRO TERCERO.

Cuartel Real.

I.

El Rey general en jefe de los ejércitos del Norte.—Entrada triunfal de S. M. en San Sebastian.—El *Te-Deum*.—Regocijos populares.—Visita S. M. la escuadra del Cantábrico.—Lamentable incidente.—*Reporters* y artistas.—Oficiales extranjeros que acompañan el cuartel real.

Reseñaré, por órden cronológico, el curso del viaje régio, desde la hora en que el Rey salió de Madrid, hasta el momento en que lo encontramos en San Sebastian. Sabido es que S. M. abrió las primeras Córtes ordinarias de su reinado, en 15 febrero de 1876, y que el dia 16, á las diez en punto de la noche, se puso en camino. Aguardaban en la estacion del Norte, para despedir á S. M., el Presidente del Consejo de Ministros y todos los Consejeros, los Directores generales de las armas, Capitan general del distrito y General segundo cabo, Generales de division y brigadieres con mando en el distrito de Castilla la Nueva, Subsecretarios de Guerra y Marina, oficiales y auxiliares de aquel departamento, Presidente y Vicepresidentes del Tribunal Supremo de la Guerra, los Capitanes generales señores marqueses de Novaliches y de Sierra Bullones, los Presidentes de ambas Cámaras, gran número de diputados y senadores, funcionarios de diversas cate-

gorías, los Presidentes del Ayuntamiento y de la Diputacion, etc., etc. Un zaguanete de alabarderos y una compañía de artillería con bandera y música se habian situado en la parte exterior de la estacion. El Gobierno, el Gobernador civil señor Elduayen y la Junta de gobierno del ferro-carril del Norte, recibieron en la puerta principal á S. M. y A. R., quienes penetraron en el anden poco despues de las nueve y media. Subieron al coche real, con S. M., los Ministros y primeras autoridades. La Princesa de Astúrias se retiró en el momento de partir el tren. Componian la comitiva régia los señores siguientes: Ministro de la Guerra con sus ayudantes; el Jefe de la seccion de campaña, brigadier Gamir, y los auxiliares de dicha seccion señores Calzada y Alós; el Ministro de Marina con el contador de navío señor Negrin y su ayudante personal señor Cotoner; los Ayudantes de S. M.; el Médico de S. M., señor marqués de San Gregorio, y su hijo don Marcelo; el Inspector de la Real Casa, señor Oñate; el Director de Caballerizas, señor Ruiz de Alcalá, y su ayudante señor Muesas; el Médico del Cuartel Real señor Camison; el Secretario del Cuartel militar de S. M., Coronel de E. M. señor Alarcon; los dibujantes señores Padró (don Ramon), Balaca y Sanahuja y otras varias personas. Durante el viaje se agregaron mas, conforme irá viendo el lector en los capítulos sucesivos.

En Avila, Valladolid, Búrgos y demás poblaciones del tránsito, fué objeto S. M. de vivas y entusiastas demostraciones. Llegó á Vitoria el 17, á las tres de la tarde. Ocurrió allí la desgraciada muerte del primer jefe de Alabarderos, señor Ozores, por consecuencia de una caida de caballo. El 18, á las 9'45 de la mañana salió S. M. con direccion á Vergara, pasando por Arlaban, Salinas de Leniz y Mondragon. En Vergara encargóse S. M. del mando en jefe del ejército. El 19, á la 1'35 tarde, salió para Azpeitia, en donde revistó las divisiones Espino y Ruiz Dana. El 20 estuvo en Azcoitia: los tres cuerpos del ejército de la izquierda, efectuaron en este dia una importante operacion sobre el Oria, con resultado satisfactorio: despues de un ligero combate, en que tuvimos dos oficiales muertos y 18 soldados heridos, el tercer cuerpo se apoderó del

monte Hernio, lo que produjo la evacuacion de Tolosa por los carlistas. El 21, por la mañana, la evacuaron dos batallones vizcainos, únicas fuerzas que restaban; y á las dos y media de la tarde del propio dia, S. M., con la division Goyeneche, penetró en Tolosa. Moriones y Loma pernoctaron, el 21, en Villabona: la brigada Otal en Lasarte. Martinez Campos se presentó en el Cuartel Real. Acordóse continuar el movimiento. A la mañana del dia 22, dirigióse S. M. por Villabona, Andoain, Urnieta, Hernani, en donde se detuvo cortos instantes, á San Sebastian.

Aquí concluyo de hablar por referencias agenas.

Las salvas del castillo y de la escuadra hicieron saber al vecindario la aproximacion del Cuartel Real. Los voluntarios y migueletes cubrieron la carrera. El gobernador militar señor Calvet, con su escolta, salió al encuentro del augusto viajero. A las doce en punto del dia (22 febrero), entró S. M. en la capital de Guipúzcoa. Fué perfectamente recibido: hubo vítores, coronas, palomas, versos, flores, todo lo que requerian las circunstancias; pero el entusiasmo no rayó hasta donde quisieron dar á entender los despachos oficiales. Los guipuzcoanos, algo frios por carácter, no son dados á los grandes trasportes. Oido el *Te-Deum* en la catedral, S. M. se situó en el campo de maniobras, rodeado de su numerosísimo Estado Mayor—en el cual figuraban los generales Quesada, Martinez Campos y Moriones—con el objeto de presenciar el desfile de las tropas que venian en pos del Cuartel Real. Desfilaron batallones de todos los cuerpos de ejército que habian operado en el Baztan y en Guipúzcoa. Me es difícil recordarlos por su órden y en su totalidad: los indicaré hasta el punto á que alcance mi memoria. Infantería de marina, primer batallon; Sevilla, primer batallon; Cantábria, primer batallon; una batería de montaña; cazadores Ciudad-Rodrigo, Cataluña, Cuba, Reus y Arapiles; otra batería; Mallorca, primer batallon; seguia el brigadier Golfin con el mando de otras varias fuerzas de infantería y caballería.

Pasó el Rey á su alojamiento, que se le habia preparado en la Casa Consistorial. Omito la descripcion del re-

cibimiento oficial y de todas las fórmulas de etiqueta. En ausencia de los alabarderos, que esperaban en Tolosa el regreso de S. M., practicaron el servicio de los mismos, en las reales habitaciones, los individuos del escuadron de la Escolta Real, quienes, segun oí decir, cumplieron á maravilla su cometido.

El dia 22 se transcurrió sin novedad notable. Por la noche, iluminacion que no fué muy general; distinguióse la de la Plaza de la Constitucion. En esta plaza—que es perfectamente cuadrada y uniforme, con simétricas arcadas, ocupando uno de los lados la Casa Consistorial—bailáronse zortzicos, á usanza del país, lo que agradó mucho á S. M. y atrajo á dicho sitio una concurrencia inmensa. Quemáronse tambien fuegos artificiales.

El dia siguiente lo invirtió D. Alfonso en visitar los hospitales militar y civil de la Misericordia, otorgando recompensas á los jefes, oficiales é individuos de tropa heridos; en la recepcion oficial, y en revistar los buques de la escuadra del Cantábrico, surta en el puerto. Un lamentable incidente motivado por las salvas de artillería, causó sensibles desgracias á bordo de uno de los buques. Era la primera vez que D. Alfonso veia la escuadra del Cantábrico: quedó muy satisfecho de la revista. El puerto presentaba un hermoso espectáculo. Por la noche, celebróse en Palacio comida oficial, á la que fueron invitados el jefe de la escuadra, señor Polo de Bernabé, y los comandantes de los barcos.

Se reunieron, en San Sebastian, todos los corresponsales nacionales y extranjeros y todos los artistas que iban agregados á entrambos ejércitos ó al Cuartel Real. Por parte del ejército de la derecha, contábanse Péris Mencheta, Fauró, Gimenez Romera (Waldo) y el autor de estas líneas. Por parte del de la izquierda, Curros y Enriquez y Gimenez Romera, hermano; y los extranjeros Haugthon, por *La Independencia belga*, Schuver, por un periódico holandés, el representante del *Daily News*, y el del *Morning-Post*. Venia tambien con el ejército de la izquierda el dibujante Pellicer, de la *Ilustracion Española y Americana*. Y acompañaban el Cuartel Real los artistas Balaca, Ramon Padró y Sanahuja. Los oficiales extran-

jeros agregados al Estado Mayor de nuestro ejército, eran los siguientes: Contenson, de E. M. francés, agregado militar á la embajada de Madrid; Rasti, de Rumanía; Schina dinamarqués; Ridderstad, de la guardia sueca.

Señalóse para el dia 24 la hora de la salida (12 de la mañana). El general Martinez Campos concentró á los suyos, que estaban distribuidos entre Hernani, Andain y Tolosa, y tomando desde este último punto la direccion de Pamplona, inició un movimiento sobre Berástegui, á donde llegó el dia 24. Entretanto, el segundo cuerpo del ejército de la izquierda remontaba el Oria, sin hallar enemigos. La situacion despejábase por momentos. Las presentaciones aumentaban de dia en dia. El general Villegas notificaba el hallazgo de 80,000 cartuchos.—Antes de partir, dejó S. M. 10,000 reales para los pobres y 15,000 para los heridos. El vecindario, que no habia cesado de agasajar al monarca, lo despidió como lo recibiera, lo despidió á los gritos de ¡Viva D. Alfonso XII! ¡Viva el ejército! *¡Vivan los fueros!*

II.

Lasarte.—Andoain.—Villabona.—Tolosa.—Favorables noticias de todas partes.—Intentona contra un convoy liberal.—Desfile de los carlistas presentados por delante de S. M.—La disolucion del carlismo es un hecho.

Encaminóse S. M. por la carretera de Lasarte. Revistó las tropas de Moriones, acantonadas en la Antigua, y escalonadas en el camino hasta Andoain. En todas estas localidades, la poblacion—que no es del todo liberal—acogió al soberano con marcadas muestras de afecto. Las colgaduras y los repiques no faltaron, como no faltarán en ninguno de los puntos que visitemos, aun los mas impenitentes de carlismo, pues son dos detalles ineludibles, de grado ó por fuerza. Confesemos que á las campanas lo mismo les da ir al vuelo por D. Alfonso que por D. Cárlos, que por anunciar la resurreccion de Cristo; y en cuanto al campanero, este bate los badajos á rabiar, siempre que aquel que le paga se lo ordene, bien entendido

que el que le paga es un funcionario público, que debe sujetarse á veces á la voluntad del gobierno. A los pueblos les conviene ante todo estar bien con la situacion dominante, y así como revelan su tenacidad, cuando el gobierno de su devocion los defiende, así saben resignarse pasivamente—no sin la esperanza de mejores tiempos—ante las imposiciones del enemigo vencedor. Refiérome únicamente á discordias intestinas. Y cuando dichas imposiciones son tales como poner colgaduras, hacer luminarias y aparentar entusiasmo, ¿qué hay de difícil en su cumplimiento? ¡Cuánto hubieran pagado los pueblos de las Vascongadas y Navarra, porque se hubiesen limitado ahí, á esa parte ridícula de *mise en scene*, las exigencias y los alardes de la situacion victoriosa! Los príncipes debieran tener en bien poco los repiques de campanas y la algarabía callejera; debieran oirlos como música celestial, no debieran curarse un ápice de fascinadoras exterioridades; que de otra suerte manifiestan los pueblos su adhesion y su amor á los monarcas.

Entre Lasarte y Andoain revistó S. M. la division Cuadros: este jefe despidió á la comitiva régia en Andoain. El general Moriones acompañó el cuartel real hasta Tolosa, regresando acto seguido á San Sebastian. En Tolosa tenia S. M. por residencia el palacio de la Diputacion. Aquella ciudad, si bien exteriormente goza de una bella perspectiva, que le realzan las grandes alturas que la rodean, por el interior es desagradable, de vias angostas, piso mal cuidado, y no muy limpio: tal vez contribuyó á este juicio, que pudiera hoy no ser del todo exacto, el estado anormal que atravesaba Tolosa.

Durante la velada no se recibiron en Palacio mas que noticias favorables. El movimiento de Martinez Campos habia surtido los mejores efectos (1). Hablóse sin que me

(1) «En el movimiento del general Martinez Campos, verificado ayer sobre Berástegui, encontró 8 batallones carlistas en las alturas próximas, cuyas fuerzas se negaron á romper el fuego, haciéndolo solo los oficiales, que para comprometer á sus tropas, formaron en guerrilla á retaguardia de los batallones, que desfilaban hácia Lecumberri. A dicho general se le presentaron dos batallones y fuerzas de otros seis; y segun noticia, Rodri-

fuera posible averiguar detalles, de una frustrada intentona carlista contra la retaguardia de un convoy liberal, en sitio cercano á Tolosa. El general Quesada dictó un bando, desde esta última ciudad, para que en el término de 48 horas volvieran á sus hogares los tolosanos emigrados en el interior, y ocho dias los internados en el extrangero, bajo la pena de secuestro de bienes.

El dia 25 amaneció con un extraordinario movimiento de tropas por dentro y por fuera de la poblacion. S. M. asomóse al balcon principal de la fachada del Palacio, que mira á las afueras, y contempló el desfile de los 500 presentados á Martinez Campos en Berástegui. Iban desarmados, de cuatro en fondo, sin uniformar la mayor parte, muchos desconocian el por qué desfilaban ante los balcones de la Diputacion y pasaban con descuido é indiferencia, como si D. Alfonso no les contemplase: otros mejor enterados, miraban de hito en hito á los balcones, acaso sin poder adivinar quien era el Rey. Este pareció regocijarse mucho con el espectáculo.—Túvose noticia de haber entrado en San Sebastian el primer batallon guipuzcoano y la partida de Mugarza con una charanga batiendo marcha. Los presentados en menos de dos dias, ascendian á unos 3000 hombres. No cabia formarse dudas acerca de la situacion. El edificio carlista se derrumbaba. Nuestros planes veíanse admirablemente secundados, tanto por el esfuerzo de las tropas, como por los elementos de disolucion que daban sus naturales frutos en el seno del carlismo.

---

guez Carasa ó el Diputado les arengó con vivas á Cárlos VII, lo que dió lugar á una colision, rompiéndose el fuego entre ellos, y cargando su caballería. Se disolvieron los ocho batallones, que se estaban presentando por grupos.» *Parte oficial del Ministro de la Guerra al Presidente del Consejo.*

El general Martinez Campos llegó á Pamplona el 25, á las 7 de la noche, dejando escalonadas tres brigadas de Blanco desde Latasa, Irurzum y Sarasate. En el mismo dia y á la misma hora, llegó tambien á Pamplona el general Primo de Rivera.

III.

De Tolosa á Beasain.—Las fuerzas del general Quesada.—El general Pino.—Icazteguieta.—Irasondo.—Entrada en Villafranca.—Una sala capitular en Guipúzcoa.—Los cañones desenterrados.—Beasain.—La estacion del ferro-carril.—Presentaciones.—Incendio en la Abadía.—Los vivanderos.—Noticias del general Loma.

Precedieron al Cuartel Real, en su partida de Tolosa, el antiguo cuartel general del ejército de la izquierda, y la division Pino, que constituia la vanguardia. Me agregué á esta, estimulado por el aliciente de observar el espíritu de los habitantes de un territorio que hacia tres años no pisaban soldados liberales. El camino, desde Tolosa, es por lo general extremadamente pintoresco. Conviene notar que, á partir de Andoain, se hallaba en perfecto estado de conservacion la línea-férrea que utilizaban los carlistas hasta Zumárraga. En Tolosa ví el wagon-régio de D. Cárlos. Antes de llegar al pueblo de Icazteguieta, parte de la division Pino subió á unas estratégicas alturas con el objeto de flanquear la marcha del Cuartel Real. Segun los informes que luego adquirí, no estuvo demás aquella precaucion. Peris Mencheta y yo nos adelantamos á la vanguardia. No bien al torcer un recodo estuvimos á la vista de Icazteguieta, las campanas echáronse al vuelo y salieron las gentes al camino, considerando nuestra presencia como síntoma de la aproximacion del ejército. El alcalde, el párroco y demás personas notables, esperaban ceremoniosamente. Nos preguntaron.—«¿Viene el rey?»—«Cerca está,» le respondimos nosotros. Todos los balcones ostentaban cubre camas, colchas y cortinajes por colgaduras. El pueblo limítase á la calle formada por la carretera. Pedimos algo qué comer en la hospedería ó figon que ocupa el piso bajo de la Casa Consistorial. Sirviéronnos, con amabilidad y por bien poco precio, chorizos asados, pan y vino, todo á discrecion: eran los únicos víveres de que al parecer disponian. Sobre la viejísima mesa en que devoramos aquel frágil almuerzo, leí con asombro, una inscrip-

cion, profundamente grabada, que decia: *Viva Isabel II.* La mesonera nos dijo que esta inscripcion data de la primera guerra civil y la grabaron los *cristinos*. A todo esto divisóse la cabeza de nuestra vanguardia. La mesonera cerró con llave la puerta del establecimiento, por temor á que los soldados lo invadieran. Pasaron algunos batidores. Llegaron despues en grupo los generales Quesada O'Ryan y Pino, con sus estados mayores, al frente de numerosa infantería. Las campanas redoblaron sus repiques, cohetes hendieron el aire, y los cándidos campesinos victorearon al Rey. ¡Habian tomado por tal á cualesquiera de aquellos generales! Un cuarto de hora mas tarde vieron al genuino Rey, y el estupor no les dejaba prorrumpir en vivas.—¡Qué jóven! exclamaban, en particular las mujeres. Y además, no podian avenirse á que D. Alfonso XII no llevase bordados ni distintivo alguno. Hubo quien confundió con el Rey al engalonado picador de las caballerías reales que precedia el caballo de S. M. Incidentes análogos, y aun mas curiosos, surgieron en las sucesivas jornadas de la expedicion. Escuso decir que, aparte los *quid-pro-quos*, S. M. fué tan bien acogido en Icasteguieta, como lo fuera, poco antes, en Alegría.

La columna y el Cuartel Real hicieron alto mas allá de Irasondo, en un antiguo santuario,—á dos kilómetros de Villafranca—en cuyas cercanías almorzó la comitiva régia. Concluido el almuerzo, á eso de la una y media, S. M. con el general Quesada, Estado Mayor y Escuadron Real, adelantóse á Villafranca. La poblacion, no pudiendo disimular sus sentimientos, lo recibió con marcada indiferencia; bien que los edificios públicos y particulares estaban engalonados con banderas y colgaduras. Villafranca se clasifica entre las villas mas importantes de Guipúzcoa: es rica y populosa: sus apariencias interiores no carecen de atractivo. Ha desempeñado gran papel en la historia vascuence y ha sido asiento de magnas asambleas Provinciales.—Situóse S. M. en la plaza principal rodeado de toda su comitiva, que llenaba la plaza por entero, y vió desfilar las fuerzas que nos acompañaban desde Tolosa. Guiado por la curiosidad, penetré

en el edificio mas notable de la plaza, el edificio del Consistorio. Llamóme la atencion el vestíbulo y la espaciosa escalera:—en una lápida colocada al frente del primer descanso, leí esta décima (que no recomiendo por su valor literario):

Nobles, discretos varones,
Que gobernais á este pueblo:
En aquestos escalones,
Desechad las aficiones,
Codicias, amor y miedo.
Por los comunes provechos
Dexad los particulares,
Que vos fizo Dios pilares
De tan riquísimos techos.
Estad firmes y derechos.

Año 1532.

Subí á la Sala Capitular, que es una vasta pieza cuadrada, con bancos al rededor, un trono de terciopelo raido en uno de los testeros, y pinturas de brocha gorda, simulando mil adornos, en las paredes. Entre los recuerdos que ilustran dicha sala, debo consignar uno: allí, don Cárlos VII, ante una Junta solemne, juró respeto y acatamiento á los fueros y libertades de Guipúzcoa, y en su consecuencia, fué proclamado Señor de la provincia. Se me mostró el acta de la ceremonia.

Cuando hubieron desfilado las tropas, D. Alfonso, sin desmontarse ni detenerse un momento mas, partió directamente hácia Beasain. A las afueras de Villafranca encontramos una carreta de bueyes cargada con dos cañones de á 15 cent., recien hallados por una de nuestras columnas. Dirigió S. M., sonriendo, algunas frases á los conductores, quienes solo contestaron por monosílabos. A las tres de la tarde llegamos á Beasain. Las tropas formaban en la carretera. El clero recibió á S. M., bajo pálio, en la puerta de la Iglesia, cuya mole radica en el paraje mas elevado de la localidad, y al extremo de una calle que afecta rápida pendiente. Nadie habia en el templo. S. M. entró, acompañado únicamente del clero, de los

ministros de Guerra y de Marina, y de otras muy pocas personas, entre ellas Péris y yo: despues de oir el *Te-Deum*, el Rey oró hincado durante breves minutos. El templo es de estilo bizantino. Si el presente libro no revistiese una índole especial, ó escepcional por mejor decir, amenizaria mi narracion con infinidad de apuntes retrospectivos, copia de datos arqueológicos, y largas disertaciones artísticas, que á tanto se presta el asunto, siempre que uno lo quiera convertir en pié para cómodas y elásticas digresiones. Pero esto no me es posible; porque no trato de alargar, sino de circunscribir este volúmen en sus justas páginas.

D. Alfonso se alojó en la Abadía, cuerpo de habitacion anexo á la Iglesia. Obtuvimos por alojamiento, los corresponsales y artistas, una casa—en frente de la estacion del ferro-carril, y por lo tanto, á cierta distancia del pueblo:—su planta baja es un café ó taberna; el piso superior sirve de posada en tiempos normales. El dibujante Pellicer y varios corresponsales extranjeros habian venido á Beasain siguiendo la via-férrea, por lo cual llegaron mas pronto: en vez de alojarse, alquilaron un *breack* y marcharon á pernoctar á Alsásua. Fauró continuó con Martinez Campos, desde San Sebastian. Así pues, nos alojamos en comunidad y nos sentamos á la mesa juntos, en Alsásua, Ramon Padró y Sanahuja, dibujantes, y los corresponsales Gimenez Romera (los dos hermanos), Péris Mencheta y yo: tuvimos el gusto de que nos acompañase á la comida el capitan sueco señor Ridderstad.

Las novedades halagüeñas no decrecian. Se presentaron á indulto al tercer cuerpo (Loma), el segundo batallon de Guipúzcoa con su Teniente Coronel, la escolta de la Diputacion de Guipúzcoa y 260 individuos de distintos batallones. En Ataun fueron cogidos varios oficiales, tres piezas y multitud de cajas de municiones. A Beasain llegaron, pidiendo indulto, un peloton de ingenieros y varios soldados de caballería, con sus cabalgaduras. El tema de cuantos telégramas se recibian en Palacio, versaba sobre las presentaciones.

Un incidente que pudo acarrear fatales consecuencias, vino á poner en emocion á todo el Cuartel Real. Inicióse

un amago de incendio en la Abadía, residencia de S. M. Empezó por la chimenea de la cocina, que sin duda no estaba en uso desde antiguo. La circunstancia de ser de noche, dió aparentes proporciones al siniestro, que despues de todo, en muy poco tiempo, quedó reducido á nada. S. M. no abandonó el edificio. Los alabarderos y los individuos del Escuadron Real trabajaron con ardor en apagar el fuego, que pudieron localizar en la cocina: no hubo desgracias ni pérdidas. Terminó la velada sin otra novedad.

Al ir, el dia siguiente, á la oficina del Estado Mayor, á depositar mis cartas en la estafeta oficial, me sorprendió el número de vivanderos que con carros, tartanas y acémilas, invadian la plaza mayor. Aquello parecia un mercado. Era, decididamente, un hermoso síntoma, que las provisiones, léjos de escasear, sobráran. Muchas gentes del pais, lo que hasta entonces no sucedia con frecuencia, venian á ofrecernos sus vituallas y bebidas. Ya no se nos acogia en los pueblos, con pánico y temor: por mas que en determinados casos inspirásemos antipatía, no inspirábamos desconfianza, lo que implicaba un ventajoso progreso.

En el instante de emprender, á las 9 de la mañana, el camino de Alsásua, comunicó el ministro de la Guerra, general Ceballos, á S. M., un despacho del general Loma, por el que se anunciaba «haberse presentado en Lecumberri el batallon de Arratía, de 700 plazas, el titulado brigadier Riera, el general marqués de Santa Eulalia, con otros jefes y oficiales, incluso dos individuos de la guardia de D. Cárlos, y unos 300 individuos sueltos, con una brigada de trasportes. El titulado teniente general Egaña habia sido asesinado por los del batallon de Arratia (1).»

---

(1) No, como han dicho algunos, porque les impedia presentarse, sino por supuesta traicion, á lo que se desprende de ciertas canciones: asegure que lo de traicion no reconocia el menor fundamento.

IV.

De Beasain á Alsásua.—Idiázabal.—Las acémilas y equipajes del Cuartel Real.—El puerto de Echegárate.—Conato de escaramuza.—La frontera navarro-guipuzcoana.—La division Echevarria en Alsásua.—El regimiento carlista de Borbon.—Llegada del Rey.—Estado de las operaciones.—*Soirée* improvisada.—La misa.

El rio Orio, que es nuestro fiel compañero desde Lasarte, aléjase de la carretera, pasado Beasain, en la confluencia del camino de Segura, siendo sustituido, á nuestro lado, por un afluente que tiene su orígen en la Sierra de Aralar.

Idiázabal es el primer y el único pueblo que vimos entre Beasain y Alsásua. En él hallamos la division Pino. Es Idiázabal uno de esos pueblos en que el artista, por un movimiento instintivo, abre su album y dibuja, sin tomar estudiado punto de vista. Imaginad el paisaje mas idílico, combinad viviendas de cuerpos salientes y clásicos aleros, saltos de agua espumosos, puentes de un solo arco, que imitan pabellones de follaje, vegetacion variada y caprichosa, combinadlo de la manera mas poética, revestidlo de los tonos mas risueños, engastadlo en un fondo que se disputen el cielo azul y las montañas gigantescas, y os habreis formado una idea, un símil de Idiázabal. Su bizantino templo me pareció notable; sobre uno de sus muros exteriores está el trinquete—que no falta en ningun pueblo vascongado—el cual, debajo del escudo del pueblo y de una inscripcion, tiene escrita la siguiente órden: «No se permite jugar á la pelota mientras duren los oficios divinos.» Este juego es la diversion mas habitual del pueblo vascongado, como la *sagardúa* ó sidra es su bebida privilegiada: de fuerte y sobrio lo caracterizan ambos rasgos.

El Cuartel Real almorzó en una linda planicie, al pié de la Sierra. Como me adelantase á toda la comitiva y escoltas de S. M., antes de que sonáran los toques para reanudar la marcha, encontré monte arriba—en el monte Achu, segun creo—la brigada de acémilas, los dos grandes

carros que contenian el equipaje y vagilla de S. M., escoltados por Miñones de Alava, y un grupo de caballos enfermos del Escuadron Real, que sus respectivos ginetes, desmontados, conducian al mando de un teniente; todo este convoy, tan heterogéneo, detenido hasta que se aproximasen fuerzas que pudieran garantir su seguridad, pues no habia flanqueo, y sabíase que partidas sueltas rondaban por el bosque á caza de descuidados. Al descubrirse á lo léjos la vanguardia del Cuartel Real,—compuesta todavía por tropas de Quesada,—el convoy continuó lentamente su marcha. Intérnase la carretera en el Puerto de Echegárate, punto dominante de la Sierra de Aralar, que es, por aquel lado, la frontera de Navarra. En la cima del Puerto vimos las ruinas de un Portazgo y de una Venta: no restaba útil, en aquel punto de parada, mas que el abrevadero de las caballerías, que sirvió muy bien á las nuestras.—Caminaban á pié, medio kilómetro adelante, tres ó cuatro asistentes y varios ordenanzas, entre ellos un sargento de la Seccion de campaña del Ministerio de la Guerra, mozo gallardo y simpático, que cifraba su orgullo en ir siempre á la cabeza. De ordinario cruzaban los atajos, y ganando así terreno, proporcionábanse descansos mientras los demás andaban. Al descenso de Echegárate, toparon con unos hombres ocultos detrás de los matorrales, á guisa de conejos. Un asistente, que llevaba fusil, lo disparó: como demostracion de que llevaban armas, los emboscados dispararon tambien. Pero sin dar tiempo á la lucha, pusieron piés en polvorosa, no desvanecidos aun los ecos de las primeras detonaciones.—En la divisoria de Navarra y Guipúzcoa, es de ley parar el caballo frente á una Venta que allí existe, y rociar el gaznate con un buen sorbo de vino navarro. Hecho este saludo, poseeis títulos para entrar satisfechos en el antiguo reino.

Contraste que sorprende, fenómeno que admira, es el cambio completo de decoracion que notais al cambiar de provincia. ¡Evidente testimonio de las divisiones naturales que hay en el seno de nuestro territorio! Con trasponer la Sierra de Aralar, habreis pasado de una region á otra *totalmente* distinta: distinta en la configuracion del

terreno, en el aspecto general de las comarcas, en la índole de las producciones, en las costumbres, en los rasgos fisionómicos de la raza; con diferencias, en fin, cosmológicas y antropológicas.

Desembocando en la llanura, el camino vuélvese monótono. Recto, en una extension de tres kilómetros, las cumbres de Aralar á la izquierda, y á la derecha el ferro-carril, solo presenta cierta variedad á través de los encinares que arraigan á las puertas de Alsásua. Una fuente de agua cristalina y escelente mana en el interior del bosque. Los potros pacen en la vega. Una ermita de no se qué Vírgen, elévase junto al camino; y por entre los barrotes de una abertura practicada en la puerta, notamos en el suelo algunas monedas de cobre carlistas.

La division Echevarría evacuó Alsásua, dirigiéndose á Echarri-Aranaz, momentos antes de que llegara el Cuartel Real, que fué á las cuatro. Numerosos presentados de todas armas agrupábanse á la oficina del Estado Mayor, en dondese les espedian los salvo-conductos. Citaré un titulado gefe de Sanidad militar de artillería, y varios soldados procedentes del Regimiento de caballería de Borbon, cuyos escuadrones habian huido dispersos á las Amézcuas, cuando penetraron en la Barranca las primeras tropas del ejército de Don Alfonso XII. Asistió S. M. al indispensable *Te-Deum*; y al salir de la iglesia, detúvose á examinar el material recien abandonado en Echarri-Aranaz por los carlistas, á saber: 5 cureñas de campaña, una de á 12 centímetros y otra de modelo irregular, 12 armones de batalla y uno de á 12 centímetros, y 29 granadas de diferentes sistemas y calibres.—Habiendo quedado fuerzas del segundo y tercer cuerpo reconociendo el terreno, mas tarde, como resultado de esas pesquisas, fueron traidos al Cuartel Real un cañon de á 4 $^1/_2$ centímetros, profusion de municiones, un carro cargado de granadas de mano, y efectos de maquinaria para la fabricacion de cartuchos.—Súpose que Loma, desde Lecumberri, habia avanzado á Irurzum, y Martinez Campos sobre Ulzama, en combinacion con Prendergast, á fin de perseguir algunos batallones castellanos y navarros.

El Cuartel Real, merced á esta série de movimientos, tenia expedita la carretera de Pamplona (1).

La comunicacion telegráfica con los puntos ya recorridos, no nos faltó nunca. Como los postes y alambres estaban intactos, á donde quiera que íbamos se instalaba un telégrafo de campaña, bajo la direccion del Inspector Gefe de telégrafos Sr. Perez Bazo. A partir de Alsásua no fué posible hacer lo mismo, porque todo el material telegráfico, hasta Pamplona, se hallaba inservible. Los carlistas abandonaron en Alsásua un aparato eléctrico, algunos accesorios, y gran abundancia de rollos de cinta telegráfica. (2)

Alojóse D. Alfonso en una de las casas de mejor apariencia situada en la via principal del pueblo. El dueño de aquella es un carlista recalcitrante, que tiene la honra de haber hospedado á D. Cárlos VII, al duque de Parma, á los condes de Caserta y de Bari, y á todos los grandes personages carlistas que han pasado por Alsásua. El extravío de mis apuntes relativos á esta poblacion, me impide publicar el nombre de aquel apreciable hostelero de príncipes, como tambien otros datos que lo merecen. D. Cárlos llevó á la pila un hijo de dicho súbdito. La casa en cuestion es pequeña. S. M. habitaba solo la planta superior. El salon hizo el oficio de comedor; y terminada la comida, recuperó su destino. La hija del dueño y la sobrina, jóvenes casaderas, bastante simpáticas, fueron invitadas á la mesa real, tomando asiento á entrambos lados de D. Alfonso. Luego que los sirvientes de Palacio hubieron retirado la mesa, impro-

---

(1) Adviértase que, constante á no ocupar mi atencion, en lo posible, mas que en aquellos sucesos de que fuí testigo, pospongo á los accidentes del viaje régio, que es ahora mi principal tema, los movimientos militares efectuados hasta el dia de la entrada del Rey en Pamplona; quien desee saber estos pormenores, consulte el *Parte detallado de las operaciones llevadas á cabo por los ejércitos del Norte, bajo el mando de S. M. el Rey D. Alfonso XII, como general en gefe.*

(Gaceta de Madrid; 20 abril de 1876.)

(2) Secretos e intimidades del Campo carlista. Véase el capítulo: *Vias de comunicacion y aduanas.*

visóse una *soirée*, á la que asistieron la señora de la casa y el señor, bien que este, al parecer algo corto de génio, no se apartó del umbral de la puerta. Las niñas viéronse obligadas á lucir sus habilidades en el piano. Alguien preguntó á la hija de la casa si sabia cantar: ella excusóse al principio; pero mediando instancias de S. M., manifestó que cantaria, siempre que la acompañase su profesor, que es el organista del pueblo. Llamóse al profesor y compareció acto contínuo. Entonces aquella señorita cantó, lo mejor que pudo, una romanza muy conocida, mereciendo galantes aplausos que S. M. inició, como es de suponer. La sobrina del dueño hízonos oir despues algunas piezas bailables, lo que despertó en la concurrencia el deseo de promover un baile. La idea obtuvo acogida. S. M., sentado junto al piano, divertíase con estas escenas francas y familiares, tan estrañas al yugo de la etiqueta palaciega. El brigadier Daban y otro gefe sacaron á entrambas señoritas, y dieron algunas vueltas, al compás del wals que tocó al piano el profesor organista. Disolvióse la reunion á las once, hora en que siempre se recogia D. Alfonso.

Al dia siguiente, 27, tocóse llamada y botasillas mas pronto que de ordinario, porque era domingo, habia que oir misa, y preparábase una jornada mas larga que las anteriores. A las siete y media dirigióse S. M. al templo; llenaron la espaciosa nave los dos batallones de infantería (Marina y Sevilla), afectos al Cuartel Real; celebró la misa un capellan del ejército; y la brillante banda de Marina interpretó escogidas piezas mientras duró el Santo Sacrificio. A la puerta de la Iglesia montó S. M. á caballo. Y todo el cuartel real, á las ocho en punto, salió con direccion á Irurzum.

V.

De Alsásua á Irurzum.—Las Amézcuas.—La Burunda y la Barranca.—El ordenancismo del general O'Ryan.—Echarri-Aranaz.—Arbizu.—Lacunza y el hospital de la *Caridad*.—El valle de Araquil.—Huarte.—Araquil.—Irañeta.—El ministro de Marina.—Irurzum.—Las Dos Hermanas.—Amago de incendio.—Una noche feliz.

El territorio que atravesamos durante la jornada del 27, jugó inmenso papel en las dos guerras carlo-liberales. Casi hasta el término del viaje, gozamos la cercana vecindad de las Amézcuas. La inmensa cañada comprendida entre las Sierras de Urbasa y de Andia, principales ramificaciones de las Amézcuas, y la Sierra de Aralar, formando los valles de la Burunda y Aráquil, denomínase la Barranca. El valle de la Burunda es atravesado por el rio de su nombre y por la carretera: en la antigüedad contaba 17 pueblos, los cuales han quedado reducidos á 6 ó á 7, todos de poca importancia.

El general O'Ryan, jefe de E. M. mayor general del ejército de la izquierda, es un amable veterano, que sí en sociedad reune cualidades muy blandas y corteses, en el ejército tiene fama de riguroso ordenancista. No voy á echarle en cara semejante cualidad, que aprecio en lo que vale, y quisiera ver algo mas generalizada entre nuestros jefes superiores, porque la considero el único medio de acabar tarde ó temprano con los gérmenes de indisciplina; pero esto no obsta, para que aquel justo rigor persista encerrado dentro de los límites que marcan la cortesía y las buenas formas. El señor O'Ryan, tan fino de paisano, con el uniforme puesto es atrabiliario, intemperante, insufrible. Ciertos ex-abruptos no cuadran á nadie, y mucho menos á quien viste uniforme militar. Enhorabuena que no sea tolerada la mas mínima infraccion, pues las pequeñas faltas sirven de precedentes á las grandes; pero la intolerancia es compatible con todos los respetos, y no lleva en sí el lastimar la dignidad y el amor propio de nuestros inferiores. Por mi parte, una sola vez he hablado con el general O'Ryan, en Pamplona, y

no me dió el menor motivo de queja. Si formulo las antedichas consideraciones, en abono á mi imparcialidad, es para referirme á uno de los diferentes hechos concretos que presencié, y que corroboran mi opinion acerca del particular:—El Inspector de telégrafos, señor Perez Bazo, llamado precipitadamente al Cuartel Real, no habia podido proveerse de caballo, y esperaba llegar á Pamplona ó á donde los hubiese disponibles, para comprar uno. Como ni su edad, ni sus hábitos le permitian hacer jornadas á pié, nos seguia en carruaje, hasta tanto que, no hallando en los pueblos otra clase de vehículo, alquiló una carreta de bueyes. Partió de Alsásua en esta forma, mucho antes que el Cuartel Real, por razones fáciles de comprender: nuestros soldados, que no andan á paso de carreta, le alcanzaron, y de repente vióse metido entre filas el apurado Inspector. Pasó en esto el general O'Ryan. ¿Creen los lectores que averiguó los motivos y las circunstancias porque aquel funcionario, respetable por su uniforme como por sus causas, hallábase con su carreta, entre filas? ¿Creen que le invitó cortesmente á ponerse á la cola del batallon? Nada de eso. Con frases descompasadas trató al señor Perez Bazo cual si tratase á un recluta, usando, como autoridad, términos que, tal es mi firme persuasion, no hubiera usado como caballero.—Perdóneseme la digresion y volvamos á lo esencial.

La inusitada frecuencia con que se sucedian los pueblos, nos convirtió en alegre y variado un camino que por cierto no lo es. Continuamente acariciaron nuestros oidos los repiques de las campanas, y las detonaciones de los cohetes y petardos. En ningun pueblo advertimos gran entusiasmo: en alguno ni colgaduras habia. Echarri-Aranaz es la primera localidad de importancia que encuentra quien viene de Alsásua; como todos los de la Barranca, es un pueblo simplemente agrícola. Le siguen Arbizu y Lacunza, que están incluidos en el Valle de Aráquil, cuya vega es fertilísima. El rio Burunda, llamado tambien Larraun y Asiain, toma el nombre del nuevo valle que riega. En Lacunza, la Asociacion carlista de beneficencia, *La Caridad*, tenia instalado un buen hospital de sangre, que á la sazon guardaba unos 80 he-

ridos. Los sanitarios conservaban su peculiar uniforme, y ondeaba en el establecimiento la bandera de la Asociacion, ostentando sobre fondo blanco una cruz de Malta, con el Sagrado Corazon en medio, y ornada de margaritas, por tributo á la presidenta de *La Caridad*, doña Margarita de Borbon. En la plaza de Lacunza estaban expuestos á nuestra vista los magníficos carruajes de ambulancia, para transportar ocho heridos acostados y cuatro sentados, de que se servia la benéfica Asociacion. A los ojos de muchos, este sistema, basado en los últimos progresos de la Sanidad Militar, y oficialmente adoptado por todas las naciones civilizadas, escepto por la nuestra, constituia una novedad insigne. Los habitantes de estos pueblos salian á examinarnos, dando muestras de una viva curiosidad, mas que de verdadero interés y simpatía. Todos lucian sus mejores ropas y sus mejores boinas, como domingo que era. Entre Lacunza y Arruezu detúvose el Cuartel Real y almorzó: este episodio, que como es lógico repetíase diariamente, y otros de análogo carácter, prometo describirlos mas abajo y con mayor oportunidad. Pasamos por Huarte-Aráquil, poblacion menos importante que Echarri-Aranaz, aunque no mas bella; y luego, á unos doscientos pasos de Irañeta, el valle se ensancha; las sierras laterales desvíanse á derecha y á izquierda; el horizonte parece mas extenso. La via férrea de Alsásua á Pamplona, que cruza la carretera en diversos puntos, posee sobre la misma y por estos contornos, numerosas obras de fábrica, todas destruidas entonces. Indudablemente, dicha via férrea es la que en mayor escala sufrió los efectos de la guerra civil. Infundian amargura sus destrozos. Postes telegráficos, no restaba uno; los pretiles de hierro de algunos puentes, amoldados á mil aplicaciones, en poder de los habitantes comarcanos; los discos y agujas, la propia suerte; las garitas, casetas y estaciones, ó incendiadas ó metamorfoseadas. Puentes y alcantarillas, cero. Los rails habian, en parte, desaparecido: á trechos era difícil descubrir el trazado de la línea. Lo que al principio no realizaron las manos, lo efectuó luego el abandono. Dos años mas de lucha, y hubiérase borrado todo vestigio.—El anómalo

tiempo primaveral que desde San Sebastian disfrutábamos, se trocó en menuda llovizna, que aunque no duró muchas horas, fué lo bastante para contrariar sériamente á las personas poco habituadas á la vida de campaña, que de estas venian en el Cuartel Real. S. M. púsose al trote largo ¡á cuán duras penas podian seguirle algunos, y sin embargo, tenian que seguirle! Era curioso ver marinos, con botas de montar, y á caballo. El ministro de Marina, cuando acontecia lo de trotar ó galopar, solia quedarse á retaguardia, yendo al paso de los infantes. No le abandonaban ordinariamente su asistente y un par de ordenanzas del ministerio, bien que á partir de Pamplona le ví libre de esta tutela—que le vigilaba la cabalgadura. Un dibujante sacó del grupo que presentaba el ministro de Marina en la jornada de Alsásua é Irurzum, una chispeante y espiritual caricatura, que hizo gracia en elevadísimas regiones. Al doblar un repecho, á la altura de Echárren, nos encontramos á la vista de Irurzum.

Es esta una aldea insignificante, de 30 á 40 vecinos, con todas las circunstancias inherentes á tal condicion. Han dado celebridad á Irurzum las famosísimas peñas tituladas las Dos Hermanas, que á su izquierda y á muy breve distancia se descubren. Figuran el mismo capricho natural que las Conchas de Haro; pero son mas elevadas. De su estraño y á la vez grandioso aspecto, solo el lápiz ó el pincel pueden formar gráfico trasunto. Las Dos Hermanas, por su gran importancia estratégica, fueron teatro de célebres episodios en la guerra de la independencia y en la primera guerra civil. Hé aquí cómo un distinguido militar (1) describe aquellos lugares: «Irurzum es el punto en que del camino de Pamplona á Vitoria se separa el de Pamplona á Tolosa por Lecumberri y el puerto de Aspiroz, así como mas adelante, en Alsásua, arranca el que de Vitoria va á unirse á la carretera general de Francia en Beasain, cuya direccion lleva el ferro-carril del Norte, para salvar la divisoria de las aguas, y donde empalma (en Alsásua) el de Zaragoza por Tudela y Pamplo-

(1) *Geografía histórico-militar de España y Portugal*, por don José Gomez Arteche.—Tomo I, página 185.

na. En el camino de Lecumberri se halla el célebre paso de Dos Hermanas, en que la carretera se halla construida en la linde misma del rio, y en una angostura tan limitada, por los elevados montes que lo encierran cortados como á pico, que en la última guerra civil se hallaba obstruida por una puerta fortificada, que impedia ó facilitaba el tránsito á voluntad de los guardadores.» Hay en esta relacion algunas omisiones, que acaso no lo eran en la época en que se escribió. De Lecumberri parte un ramal á Léiza y Berastegui; y ese mismo camino de Tolosa á Pamplona, en Irurzum sigue directamente hácia Puente la Reina y Estella, empalmando con la carretera de Pamplona á Logroño. De suerte que confluyen en Irurzum y al pié de las Dos Hermanas, cuatro importantísimas vias comerciales y militares, como son las que proceden de Logroño, por Estella, de Pamplona, de Tolosa y de Vitoria.

S. M. subió á visitar un fuerte habilitado por los carlistas en una de las dos peñas. Desde allí marchó á su alojamiento, la única casa decente del pueblo. La habitacion que fué comedor, sirvió de salon y de dormitorio. El resto de la casa, parecia una pocilga. Calcúlese ahora cómo andarian los otros alojamientos. En Irurzum alojóse pura y simplemente el Cuartel Real, con sus escoltas de caballería é infantería; las restantes fuerzas distribuyéronse por los pueblos vecinos de Echavarri, Aizcorbe, Gulina y Arguinaga. Con todo, en las casas de Irurzum estábamos hacinados como carneros en la cubierta de un buque. El oficial de E. M. francés señor Contenson y mi humilde persona, nos instalamos en un desvan ó granero, á la parte mas superior de la casa que habitaba el general Quesada; pero tuvimos que huir ante los soldados de caballería que invadieron nuestro refugio, llenando de humo el desvan con improvisados fogones, y guisando á nuestras barbas. Merced á este desbarajuste, ocurrió un amago de incendio sin consecuencias, que por algunos instantes entretuvo nuestra ociosidad, en una casa sita en la Plaza Mayor, frente á Palacio (llamémosle así). Al tomar la órden, supimos que el general Loma, en un nuevo reconocimiento practicado por las cercanías de Lecumberri, habia descubierto 8 cureñas y 6 armones,

desenterrado 6 Whitworth de á 4 1[2 largos, completando una batería de 6 piezas, y hallado 4 carros de brigada, cuatro coches del Pretendiente, y numerosos efectos y pertrechos de guerra.—La casualidad, por fortuna, me deparó una *media* cama, en la cual sufrí molestias que muchos, condenados á dormir en el suelo, me envidiaron. Yacíamos en la misma estancia el capitan de la guardia civil, que mandaba los bagajes, el dibujante Sanahuja y yo. Cada cual forjábase la ilusion de poder conciliar el sueño, cuando la ingrata nota de un balido hirió nuestros tímpanos. Efectivamente, á la luz de un fósforo vimos asomar la cabeza de un cordero, por una abertura practicada en la pared: tratamos de imponerle silencio; mas todo en vano. El paciente animal habia sido encerrado ú oculto en un estrecho zaquizamí contiguo al dormitorio, y á pesar de su paciencia, no queria resignarse á permanecer en el fondo de aquel agujero. La resignacion hubimos de tenerla nosotros, al resignarnos á descansar en tan amable compañía. Tratamos, lo confieso, de acabar con aquella música, cortando la garganta que la producia; pero retrocedimos ante la idea de un espantoso crímen...

Bien ó mal, descansamos lo que nos fué posible. A las ocho de la mañana siguiente, marchó el Cuartel Real para Pamplona, con ánimo de llegar á las doce. Malos recuerdos dejó Irurzum en la memoria de todos.

VI.

De Irurzum á Pamplona.—Trincheras abandonadas.—Campamento en los Berrios.—Los húsares de Pavía.—El cerro de San Cristóbal.—Pamplona.—S. M. en la catedral.—El Palacio de la Diputacion.—Los batallones carlistas.—Noticia de la entrada de don Cárlos en Francia.—Pacificacion completa del país.

Las tropas que habian pernoctado acantonadas en los pueblos vecinos, ó vivaqueando en las alturas inmediatas, pasaron á escalonarse sobre la carretera, en el trayecto de Irurzum á Pamplona. La jornada, con ser mas corta que de ordinario, nos pareció mas duradera, pues la ansiedad alarga el tiempo, y nosotros ansiábamos vernos en las

calles de Pamplona. Lo único que despertó nuestra atencion en el camino, que bien pocos lances ofrece, fueron las admirables líneas de trincheras que cubrian los montes que defienden el paso á Irurzum. Admitian ventajoso parangon con las de Lastaola y Endarlaza. Cruzamos una série de pueblos á cual mas ínfimos. No obstante, la comarca es rica y fértil; y en vías de produccion, como si no hubiera existido la guerra. La escasez de brazos masculinos, en todas esas provincias, nunca se deja sentir muy hondamente, porque cuando los hombres empuñan las armas, son las mujeres quienes ejercen todas las faenas del campo.—S. M. almorzó poco antes de llegar á los Berrios. Denomínanse así tres pueblos situados, uno próximo á otro, y á una legua de Pamplona: Berrioplano, Berrioruso y Berriozar. El primero está sobre la carretera. Los dos últimos á la izquierda de la misma; y en sus inmediaciones acampaba la brigada Molins. Los húsares de Pavía vinieron á nuestro encuentro desde Pamplona. Pasamos junto al famoso cerro de San Cristóbal, la amenaza de aquella capital por espacio de tanto tiempo, y en cuya cresta los carlistas habian construido una fortificacion, que abandonaron, sin resistencia, en las jornadas de noviembre de 1876. San Cristóbal domina perfectamente los Berrios, abarcando una considerable extension de terreno muy productivo, fuente inagotable de todo género de recursos. Pequeños destacamentos de caballería é infantería ocupaban los caseríos y encrucijadas del camino. Pamplona se nos presentó á la vista, en todo el desarrollo de su panorama. Las salvas anunciaron á los pamploneses nuestra proximidad. Los generales Martinez Campos y Primo de Rivera, con sus respectivos Estados Mayores, mas acá del puente del Arga, uniéronse al Cuartel Real, y á la una (dia 28) verificó el Rey su entrada en Pamplona, por la puerta de San Nicolás y paseo de Valencia, llamado vulgarmente de la Taconera.

Las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, la Audiencia, la Diputacion, el Instituto y delegados de todas las demás corporaciones oficiales, presentáronse á ofrecer sus respetos y felicitar al jóven Soberano en la puerta de San Nicolás. El recibimiento que cupó á don

Alfonso en Pamplona, difirió poco del que obtuviera en San Sebastian. Los forales de Navarra y las tropas de la guarnicion cubrian la carrera. Los balcones, todos con colgaduras, hallábanse atestados de bellas pamplonesas, de incomparable gracia y lujosos atavíos, agitando calurosamente los pañuelos y prorrumpiendo en *vivas*. En las aceras escaso entusiasmo, y no excesivo acopio de muchedumbre. Un gran arco de triunfo, hecho con ramaje y cubierto de inscripciones dedicadas al Rey, al ejército y á los generales, adornaba el paseo de Valencia. En la calle Chopitela, esquina á la plaza de la Constitucion, otro arco, de pretensiones monumentales, en el que descollaba sobre un transparente cartelon, esta leyenda: AL REY PACIFICADOR. He ahí una inscripcion original, que no se le habia recurrido hasta entonces á ningun otro combinador de arcos. En adelante, se nos prodigó con tanta abundancia como el «*¡Viva los fueros!*» Por la plaza de la Constitucion, y calles de Chopitela y de la Curia, dirigióse S. M. á la Catedral, á oir el *Te-Deum*. Presenció despues el desfile, terminado el cual subió á su residencia, que se le tenia dispuesta en el Palacio de la Diputacion, edificio soberbio, verdaderamente digno de alojar á monarca.

El estilo general de este Palacio corresponde al Renacimiento. Su construccion es moderna: data de 1860. El vestíbulo predispone agradablemente por su grandiosidad. Ornábanlo, en agradable profusion, macetas de flores y arbustos, procedentes del hermoso jardin del Palacio. Amplia escalera, galerías esbeltas y desahogados corredores, conducen á las dependencias principales. Todas fueron habilitadas de nuevo: el salon de recepciones ó salon regio, habia sido objeto de una completa restauracion. Pedí datos para describir esta suntuosísima pieza, y se me facilitó la siguiente relacion, á la que no debo añadir ni quitar una sola línea:

«El salon ocupa en la planta principal del edificio el pabellon central de su principal fachada, en donde tiene salida á un extenso y corrido balcon con vistas al paseo de Valencia, confluyendo al ante-salon de su ingreso dos anchurosos escaleras. Sus proporciones están en armó-

nica relacion con el desahogado palacio de que forma parte, y su decoracion, aplazada al construir el edificio, fué confiada al arquitecto D. Maximiano Hijon á poco de tomar posesion de su cargo de Director de caminos del departamento del Sur de la provincia, y aprobados los planos, se procedió á la ejecucion de los trabajos á mediados de 1860. El ornato que en él prevalece matiza de sus delicados detalles el arte de la Edad Media en el mejor período de su renacimiento; por ser el mas notable de la historia del país, habiendo presidido al pensamiento de composicion, el que aparezcan representados los recuerdos históricos mas notables del antiguo reino de Navarra.

»En tres cuerpos está dividida la decoracion de sus paños verticales. El primero lo constituye un empilastrado que se apoya sobre un bien motivado zócalo de mármoles, dejando francos y esbeltos vanos de puertas y balcones, y lo corona una rica cornisa modillonada. El segundo lo forma una galería de esbeltas archivoltas interpoladas por lunetos que se originan sobre el zócalo superior de la cornisa principal, y tambien es coronada por una ligera y adecuada cornisa denticulada. El tercero, en forma de esquilfe, que une los lienzos verticales con el techo, es adornado con agrupaciones de medallones.

»El techo, plano, airosamente compartido por delicados aristones decorados, deja los senos suficientes por las pinturas de las alegorías que voy á describir.—En la central, de forma ovalada y de gran extension, se ostenta un correcto dibujo: *Navarra*, representada por una bella y robusta matrona que con la vista fija en el templo de la sabiduría y apoyada en sus armas y sus fueros, lanza palmas al progreso. La circuyen cuatro recuadros, en que están representadas las virtudes cardinales, *Prudencia*, *Justicia*, *Fortaleza y Templanza*, ligadas con la central por las memorables cadenas ganadas por D. Sancho el *Fuerte* en la batalla de las Navas de Tolosa, y en los cuatro senos que quedan libres en el techo, se hallan cuatro bien estudiados bajo relieves de atributos de *Ciencias*, *Artes*, *Armas y Agricultura*. Esta pintura fué ejecutada por D. Miguel Martin Azparren.

»Los diez medallones del esquilfe se hallan sostenidos

por génios, unidos entre sí por medio de guirnaldas, en que se apoyan las armas de las ciudades y villas mas notables del antiguo reino, por su antiguedad y su historia y son: Pamplona, Olite, Tudela, Tafalla, Estella, Sangüesa, Puente la Reina, Aoiz, Viana, Lumbier, Cascante, Corella, Monreal y Los Arcos. Los diez medallones ostentan los bustos en relieve de hombres esclarecidos de la provincia, por su santidad, piedad ó saber en las ciencias, las artes ó las armas, como son: San Fermin, San Francisco Javier, el Cardenal Obispo de Pamplona, D. Martin de Zalba, el obispo D. Martin Javier Uriz, el P. D. José Moret, analista de Navarra, el doctor Azpilcueta, el Príncipe de Viana, el escultor Miguel Ancheta, constructor de la magnífica sillería del coro de la catedral de esta ciudad, y de otras obras primorosas, el arquitecto Martin Perez de Destella, director de las obras reales en 1339, y el Mariscal D. Pedro de Navarra, jefe del partido agramontés, muerto en 1741, dentro de Pamplona, en la entrada que hizo por la parte llamada de la *Traicion*. En el cuerpo segundo, ó sea el ático, y en el seno que dejan las diez agrupaciones de las archivoltas, se hallan representados los retratos de cuerpo entero, y con los trajes propios de la época, de los reyes de Navarra, desde su orígen hasta D. Cárlos III el *Noble*; cada uno de estos grupos, franqueados por heraldos de armas de relieve, deja lugar al aplazamiento de los lunetos ricamente decorados, y á dos cuadros dispuestos en los testeros del salon, que con artísticos y valientes rasgos representan dos hechos de los mas memorables de la historia de Navarra. El uno pintado por D. Joaquin Espalter, que es el testero de la parte del Norte, recuerda el alzamiento sobre el pavés, de D. Garcia Jimenez, primer rey de los navarros; el otro, pintado por D. Francisco Aznar, colocado en el testero del S., hace conmemoracion de la célebre batalla de las Navas, en que D. Sancho el *Fuerte*, atacando con sus valientes el palanque de cadenas que cercaba y defendia la tienda Miramolin Mahomet, se apoderó de ellas, y las tomó desde entonces como blason de las armas de Navarra.»

Este salon es la Historia de Navarra; es una especie de

Walhalla, en donde tienen consagracion todas las glorias del antiguo reino. S. M. habitaba por segunda vez el palacio—pues lo habitó, aunque pocas horas, en 1875, con ocasion de su primer viaje á Navarra,—y conocia sobradamente que Pamplona era una de las poblaciones en donde se le alojaba con mas gusto y magnificencia.

Pamplona estaba inundada de carlistas. Paseábanse de uniforme, desarmados, y veíaseles invadir todos los lugares públicos y hasta las habitaciones privadas. Esto se comprenderá, teniendo en cuenta que gozaban derecho de alojamiento, como las tropas liberales. Ocupaban barrios enteros. Cada dia expedíanse de 1,000 á 2,000 á Tafalla por el tren, que ellos monopolizaban, dándose el caso de que nuestras tropas no pudiesen utilizarlo, y recorrieran el trayecto á pié; mas diariamente afluian á Pamplona nuevos centenares de presentados, ya por grupas, ya por batallones completos, en demanda de los pasaportes que les facilitasen el regreso á sus hogares. Dias antes, segun me dijeron, dos ó tres batallones, con sus escuadras de gastadores, charangas, cantineras y bagajes, desfilaron en correcta formacion ante el general Martinez Campos, á quien dispensaron los honores debidos, como haciendo gala de conocer las ordenanzas militares. Conviene notar, que á los presentados, léjos de concedérseles las gratificaciones y socorros que en otro tiempo, no se les concedia mas que el indulto y libre facultad de ir donde bien les pareciese, tomándoles sus armas, sin permitir siquiera que conservasen sus caballos, los cuales eran subastados en los cuarteles por cuenta de la Administracion Militar. Advertidos muchos de semejante rigor, cedian á cualquier precio sus caballos en las afueras de la capital ó los cambiaban, mediante una módica suma, por escuálidos jamelgos inservibles, que los tratantes y cocheros les suministraban. Escelentes negocios lleváronse á cabo, en la compra y venta de caballerías carlistas. Hubo tratante que adquirió caballo y montura por 10 duros, es decir, el precio de la montura. Las subastas oficiales, si no producian tan fabulosas ventajas al postor, ocasionaban adjudicaciones que le favorecia siempre. La aglomeracion del ejército liberal, la incesante afluencia de presentados, el

arribo del Cuartel Real, que acabó de llenar los escasísimos huecos que restaban en las casas particulares y en las fondas, y las escepcionales transacciones de diverso género, á que daban pié las circustancias, imprimian extraordinaria animacion é inusitado vaiven á la comunmente pacífica y sosegada Pamplona. Para honra de unos y otros, quede sentadó que liberales y carlistas sabian conocer el valor de su situacion, desempeñando aquellos con nobleza el oficio de vencedores, y soportando los otros con dignidad los azares de la desgracia. En verdad, un extranjero no hubiese alcanzado á distinguir los vencidos de los vencedores, puesto que muchos cuerpos usaban idénticos uniformes que los alfonsinos, y por la boina confundíanse con los forales; todos hablaban el mismo idioma, y confraternizaban mútuamente, cual si fuesen antiguos camaradas. Nadie hubiera reconocido á los que, dias antes, odiábanse á muerte, y batiánse con el furor de los héroes y con el entusiasmo de los patriotas. Ya eran amigos; parecian haber olvidado aquellas jornadas de sangre y destruccion. Sentábanse juntos á las mesas de los cafés; dormian en los mismos alojamientos; conversaban cordialmente, y discutian en forma cortés, lo que antes discutian á balazos. Tal espectáculo inspiraba consuelo y satisfaccion. Los frutos superaban á las esperanzas. Los acontecimientos habíanse precipitado de una manera portentosa. El dia 28 ascendian á 10,000, segun datos oficiales, los carlistas presentados á indulto.

Aquella misma tarde se recibió en Pamplona, y comunicóse á S. M., la noticia de todos ansiada; un telégrama del Cónsul español en Bayona, fecha 27, participando que D. Cárlos de Borbon «vencido por la adversa fortuna (1), habia resuelto abandonar la lucha inútil, y pedia su generosa hospitalidad á Francia» en cuyo territorio debia haber entrado el dia 28 á las nueve de la mañana, por el puente de Arnegui. Pintar el júbilo que la noticia motivó al divulgarse rápidamente por la capital, es tarea excusada; sin embargo, á buen seguro que hizo mas sensacion

(1) Palabras testuales de la carta dirigida por Lizárraga al general Pourcet, con fecha 27 febrero.

en el resto de la Península, porque en las Vascongadas y Navarra, desde el dia de la entrada de S. M. en San Sebastian, sabíase la verdadera posicion de D. Cárlos, preveíase lo que acontecería, y considerábase la pacificacion del país como un hecho consumado, incontrovertible.

VII.

Pamplona transformada en córte.—Festejos.—S. M. visita los hospitales militares y la Ciudadela.—El Dr. Landa.—Confírmase la entrada de don Cárlos en Francia.—S. M. recorre las posiciones contiguas á Pamplona.—Noticias del ejército.—Llega á Pamplona el señor Cánovas del Castillo.—Cuestion política.—El general Blanco en Valcárlos.—La catedral de Pamplona.—Pormenores diversos.

La coincidencia de la llegada del rey á Pamplona con la entrada de don Cárlos en Francia, influyó en dar un carácter preciso y solemne al hecho de la pacificacion. El dia 28 de febrero de 1876 es el dia de la paz. En adelante ya no se hablará de operaciones militares; los ejércitos serán, de hecho, disueltos; don Alfonso, en la continuacion de su viaje, hará ni mas ni menos que el complemento de la campaña, manifestándose á los ojos de los españoles que durante tres ó cuatro años obedecieron á otro rey.

Las miradas de España entera estaban fijas en Pamplona, punto en donde empezó á brillar, con toda su plenitud, el astro de la paz. Por algunos dias la capital de Navarra fué la capital de la Nacion. En Madrid, el gobierno subsistió como paralizado; las Cortes tenian ahogados sus debates por los gritos de júbilo que en el país resonaban; los hilos telegráficos no podian resistir la avalancha de los telégramas congratulatorios que de todas partes se expedian. En las capitales del Norte, sentíase, mas que en ninguna parte, los efectos del cambio. Existir libre comunicacion con el interior de las provincias vasco-navarras, no ocuparse de recientes encuentros, ni de batallas inminentes, ni de bloqueos, ni ver llegar heridos, ni oir toques de corneta á deshora, ni sufrir mortales ansiedades, ¿Quién podia soñar en que tan repenti-

namente sobrevinieran tamaños beneficios? Pero Pamplona, merced á la estancia del Rey, atraia sobre sí todo el interés de la situacion. Los hábitos de su modesta existencia interior transformáronse instantáneamente. Cobró el aspecto de córte; la desusada concurrencia en las calles; el lujo de los paseos; las bandas, cruces y uniformes desempolvados que salieron á relucir; las recepciones y comidas oficiales; la parada diaria en el relevo de la guardia de Palacio que daba la infantería de Marina; la presencia de Alabarderos, Guardias reales y altos dignatarios, dió tal animacion, nueva para Pamplona, favorecida por un sol espléndido, que la revestia de colores brillantes, contribuyendo un tanto á compensar las molestias que el vecindario sufria.

El dia 29 consagróse don Alfonso á visitar los dos hospitales militares y la Ciudadela. En aquellos mandó entregar socorros á todos los heridos, sin escepcion, y otorgó recompensas á cuantos las merecian. Departió cariñosamente con muchos, en especial con un infeliz amputado de ambas piernas, á quien concedió el empleo efectivo de alférez. Acompañó al Rey, en esta visita, el jefe de Sanidad militar de Pamplona, doctor don Nicasio de Landa y Alvarez de Carballo, á quien me he referido ya en otra ocasion. Una vez mas admiré la solicitud, el interés y el afecto con que el señor Landa cumplia su dificilísimo encargo, cualidades tanto mas de encomiar, cuanto que nunca fueron entibiadas por lo crítico de las circunstancias ni por el aumento de heridos; su eficacia se desenvolvia en razon directa de la necesidad; la fuerza de sus sentimientos benéficos crecia en relacion con los infortunios que demandaban alivio. El señor Landa, por sus actos, por sus inventos, por sus escritos, por su historia toda, es uno de los españoles que mas bienes ha prestado á la humanidad.

De la Ciudadela de Pamplona me ocupé en otro capítulo. S. M. la conocia ya. Visitóla, por vez primera, en 2 de febrero de 1875. La segunda visita fué corta. Vió, con gusto, el monarca, dos magníficas baterías que habian pertenecido á los carlistas y que se conservaban en el fuerte.

En la tarde del 29 llegó á Pamplona la confirmacion de la fausta noticia del dia anterior. La remitió el señor Presidente del Consejo de ministros, y es como sigue:

«Bayona 29 febrero, 6'50 m.—Guerra 29, 2, t.—Cónsul general al Presidente del Consejo de Ministros:

«El general Pourcet, que manda la division francesa, me dice desde San Juan de Pié de Puerto, lo siguiente:

«Don Cárlos ha entrado en Francia, y sin detenerse en »este punto, ha continuado hácia Manleon. Hay aquí de 4 »á 5,000 carlistas, y se espera que entren unos 4,000 mas; »por convoyes sucesivos se les envia al interior.»

Por partes posteriores se supo que don Cárlos entró en Francia con el conde de Caserta, Lizárraga y Argonz. Pérula, con navarros, verificó su entrada por San Miguel de Echalarri.

Los pesimistas y los incrédulos, que acogieron con reserva y á título de simple rumor el primer telégrama del cónsul de Bayona, pudieron persuadirse de la realidad.

El Rey, que no gustaba de hallarse inactivo, visitó tambien las posiciones contiguas á Pamplona, y de que á su tiempo hablé á mis lectores. Entre tanto recibíanse noticias sobre sucesos parciales, que venian á completar todas las anteriores. El oficial carlista don Francisco Chinchilla entregó al general Terreros, en Urroz (á la derecha de Pamplona y junto á Aóiz) 70 oficiales y 209 soldados del ejército que estaban prisioneros. Un sargento habia entregado, dias atrás, 60 prisioneros. Fuerzas del ejército de la izquierda, correspondientes al primer cuerpo y á la brigada Cuadros, apresaron en Leiza un cañon de grueso calibre; en Zubieta recogieron 2 Witworth y 10 cajas de granadas. En Muguiró, halló la division Villegas 4 cañones Vavasseur, y por junto á Leiza uno de hierro de á 6 cent., sin cureña, y otro de á 12 cent. con ella, juntamente con dos carros de aparatos telegráficos. Al general Maldonado se le presentaron 50 individuos que trabajaban en las minas de Barambio, los cuales entregaron 10 criminales por delitos comunes, cometidos durante la dominacion carlista. En Ecala y San Martin, fuerzas del segundo cuerpo (izquierda), descubrieron dos depósitos, el uno de 5,000 fusiles, y el otro de 2,000, con

un centenar de lanzas nuevas. A las tropas de la derecha que operaban en el Baztan y en Roncesvalles se les presentó el segundo batallon navarro.

Los ministros de la Guerra y de Marina bajaron el dia primero de marzo, por la tarde, á la estacion del ferrocarril, á recibir al Presidente del Consejo de Ministros. Este llegó en traje de viaje, con levita corta y sombrero hongo. Le acompañaban su secretario particular, algunos oficiales de la Presidencia, y el corresponsal de *La Correspondencia de España*, señor Maestre. Las carretelas que conducian á los recien llegados, tuvieron que detenerse á la puerta de la Taconera, por dejar paso á un batallon navarro, que venia con música y armas á presentarse. No debió parecerle al señor Cánovas del Castillo mal empleada la detencion. Se alojó en Palacio, como los demás ministros, y á los pocos momentos celebró una detenida entrevista con S. M. el Rey. No me incumbe dar cuenta de los consejos que tuvieron lugar, de lo que en ellos se trató, y de los muchos rumores que corrian de boca en boca, con motivo de la presencia del señor Cánovas. Es indudable que la cuestion política se agitó, y que no dejaron de tocarse ciertas cuestiones, mas espinosas aun que la política; cuestiones domésticas, sobre las cuales hay que pasar como por sobre áscuas, so pena de incurrir en la penalidad que marcan los primeros artículos de cierta disposicion vigente. Digo antes que es indudable, porque el hecho me consta de una manera positiva.

El general Blanco, cuyas tropas operaban en el Baztan y en Roncesvalles, ocupó Valcárlos y toda la frontera de los Alduides, el dia 29, segun despacho recibido en Pamplona el 1.° Alcanzó la retaguardia carlista, causándole cuatro muertos y recogió 23 Whitworth, 2 Plasencia, 18 cajas de granadas, 100,000 cartuchos, 300 fusiles y multitud de efectos de guerra, todo esparramado por los caminos.

Cuatro dias descansamos en Pamplona, y si bien nuestra permanencia en la capital servia de distraccion y fiesta perenne á los habitantes, no así sucedia con respecto á nosotros, que teníamos que acudir á todo género de espedientes por combatir el aburrimiento. Llenadas las

obligaciones propias de cada cual, nos quedaban bastantes horas libres. Pudimos estudiar la poblacion, recorrerla en todos sentidos, ver todas sus curiosidades y examinar todos sus monumentos. El que descuella entre estos últimos es la iglesia Catedral, fundada en tiempos de San Fermin, primer obispo de Pamplona, destruida por Mahomet, restaurada por el rey Sancho Ramirez, acabada de restaurar bajo el reinado de Pedro I, y consagrada en el siglo XII, ante Alfonso I (de Aragon), apellidado el *Batallador*. La visité junto con mi amigo Padró, y con la ilustrada compañía de los señores don Cesáreo Fernandez Duro y don Patricio Aguirre de Tejada, distinguidos oficiales de Marina y ayudantes de S. M.

La fachada del templo pertenece al estilo greco-romano, y el interior, como el claustro que es notabilísimo, al estilo gótico en toda su pureza. Componen la fachada un vasto y hermoso átrio, un pórtico corintio-díptero, con intercolumnios adornados por elegante fronton, tres puertas principales de caoba con clavos dorados, y encima de ellas un medallon de mármol blanco con la Asuncion de la Vírgen; flanquean tan artístico frontis dos esbeltas torres, y lo remata una cruz de piedra que dos ángeles adoran. La primitiva fachada se desmoronó. La actual data del siglo XVII, y es lo mas moderno que tiene el templo. El interior consta de cinco naves en forma de cruz latina. El coro, puesto en la parte central, contiene dos órdenes de sillas de roble esculpido con incrustaciones en boj, y el magnífico enterramiento de Cárlos el *Noble* y doña Leonor su esposa, restauradores del templo en el siglo XIV. Ambos monarcas están representados por dos estátuas yacentes de mármol blanco, artísticamente modeladas, cuyas cabezas reposan en dos almohadones, y cuyos piés apóyanse, los del rey sobre un leon, y los de la reina sobre un par de lebreles. En cada uno de los almohadones léese la divisa: *Bone Say*. La verja del coro fabricóse con las célebres cadenas de Miramamolin. El retablo del altar mayor es greco-romano. Como reliquias, conserva la catedral dos espinas de la corona de Cristo y un fragmento de la cruz; nos garantizaron que está probado la autenticidad de aquellos piadosos objetos. El coro ha escita-

do siempre la admiracion de los artistas; es el verdadero tesoro artístico de la Catedral; el hierro empleado en alguna de sus verjas procede de dichas famosas cadenas, segun me aseguraron; pero lo que mas deleitó nuestro ánimo, fueron los encantadores retablos bizantinos, á medio borrar, de las capillas, y las aéreas columnitas, los calados rosetones, las filigranas maravillosas que constituyen ó decoran las arcadas. Abunda en sepulturas memorables y en recuerdos históricos la catedral de Pamplona, no menos que en joyas de gran valor y obras de arte riquísimas, donadas por Reyes y Prelados. Allí recibian su consagracion los antiguos reyes de Navarra, y en la sala *Preciosa*, comprendida dentro del templo, reuníanse las Córtes navarras, lo que avalora mucho mas la importancia tradicional de aquella venerable fábrica. Otros templos interesantes posee Pamplona, contando como mas antiguo el de San Saturnino, santo por el que profesan los pamploneses devocion extrema, pues es fama que, sufriendo la ciudad una horrorosa peste, á él se debió que las aguas de un pozo, cegado hoy, sito frente á la Iglesia, tuviesen la virtud de sanar á cuantos las bebian devotamente; así lo dice una lápida colocada sobre el emplazamiento del singular pozo.

Aunque la transicion sea dura, recordemos que nos hallábamos en época carnavalesca, como que era lúnes de carnaval el dia que S. M. entró en Pamplona. Las circunstancias no admitian carnaval callejero; pero hubo bailes de máscaras, que tuvieron que suspenderse por los escándalos que promovian ciertos graciosos. En el Teatro Principal actuaba una floja compañía de zarzuela, que dió una funcion régia; en las otras funciones estuvieron á punto de reproducirse los escándalos que acarrearon la suspension de los bailes de máscaras. El general Primo de Rivera vióse obligado, una noche, á reprender sériamente á varios oficiales, que no tan solo faltaban al público, sino que ni respetaban la presencia de aquel y otros generales en el Teatro.—Por cuenta del municipio, quemóse un brillante castillo de fuegos artificiales en la Plaza de la Constitucion, cuajada de muchedumbre é iluminada profusamente, cuyo espectáculo presenció

S. M. desde uno de los balcones de Palacio.—Las dos fondas principales de Pamplona, la de la Plaza y la de Europa (paseo de Valencia) hacian su agosto. Ambas tenian doble mesa redonda para poder servir á los que acudian de fuera. La de Europa era la preferida por los generales y jefes de alta graduacion. El negocio de los hoteles suponia mayor negocio aun en los cafés; pero estos cerrábanse al anochecer, á fin de prevenir ciertos abusos. Pamplona posee un Casino de primer órden, con buen surtido gabinete de lectura, espaciosos salones, convenientemente decorados, y buen servicio. La noche de la funcion pirotécnica, las mas lindas pamplonesas llenaban los balcones del Casino. A última hora, cuando ya los socios naturales del país desfilaban hácia sus casas, un alegre círculo de oficiales de caballería se congregaba en el salon principal en torno del piano. El hijo de un conocido brigadier llevaba la batuta en el jolgorio. A la par que consumian algunas botellas de anís zamorano, cantábase, reíase y tecleábase. A torrentes circulaba el buen humor. ¡Pero qué humor! Entre cantares donairosos, coplas festivas, aires de zarzuela cantados en coro, intercalábanse chuscadas como la siguiente:

(Aire del *mutilá.*)

Cuando Fernando séptimo
Gastaba paletó
Cuando Fernando séptimo
Gastaba paletó
¡Ay! ¡ay! ¡ay! paletó
Gastaba paletó.

Y una y cien veces repetíase la misma cancion, cual si en realidad dijese algo; y á lo mejor el que tenia la parte del piano, esclamaba: «¡Vaya la segunda parte!», consintiendo la gracia de esta exclamacion que el coro cantase con mas fuerza que antes la primera. Privaban asímismo los *couplets* del burro de *La vuelta al mundo*, cuyo estribillo entonaban al unísono todos los presentes. ¿Valia la pena el pasatiempo? Los que lo saboreaban convenian en que sí.

Dió bastante que hablar un vivo altercado que tuvo en el Palacio de la Diputacion, el general Primo de Rivera con cierto corresponsal, por consecuencia de una determinada noticia. Lo apunto como uno de tantos hechos, y porque hizo ruido, no para entrar en pormenores.

Diariamente continuaban, sin interrupcion, las notificaciones de hallazgos importantes. El dia 2 cogiéronse 3 cañones en Raquedemo, y considerable material para calzado. En los pueblos de las Amézcuas acaparábase gran número de fusiles. El ejército daba la última batida y efectuaba un verdadero registro en todo el territorio emancipado de la dominacion carlista. Rindióse por último el inespugnable castillo de Poblacion—frente á Logroño—con sus escasos defensores y todo su material de guerra.

La hora de las dos de la tarde del 3 fué la señalada para la partida del Cuartel Real á Puente la Reina. Con regular anticipacion salieron la impedimenta, los Alabarderos, las compañías de Marina y la Reina, francas de servicio—pues la guardia de Palacio no debia retirarse hasta despues que saliera S. M.—y dos compañías de tiradores del Norte, las cuales iban á esperar en Cizar-mayor el paso de S. M. para formar luego á retaguardia de la escolta régia.

VIII.

De Pamplona á Puente la Reina.—Los Zizares.—El arado por el fusil.—Sagües.—La Sierra del Perdon.—El castillo.—Ovacion en el Portillo.—Subiza.—Los fuertes de Puente la Reina.—El alojamiento de S. M.—Paseo nocturno.—Mis patrones.

Al mismo tiempo que el Rey partió de Pamplona, efectuábalo para Madrid el señor Cánovas del Castillo. La comitiva de S. M. quedó algo mermada. No venian los oficiales extranjeros, ni el dibujante Balaca, ni los corresponsales Fauró y Mencheta: en lugar de este último venia Maestre. Precedian, en dos carruajes, al Cuartel Real, una comision de la Diputacion Provincial navarra y una de la Audiencia de Pamplona. Es costumbre foral

que ambas comisiones no abandonen al Rey mientras permanezca en la provincia y lo reciban en todas las localidades que visite.

Pocos incidentes ocurrieron en el camino. Los alrededores de Pamplona no son tan áridos como los de Madrid, ni tan amenos como los de otras poblaciones del Norte. A tres cuartos de legua de la capital están los Zizures, dos pequeños lugares denominados Zizur mayor—que tiene unos 30 vecinos—y Zizur menor—unos 10—que existen respectivamente á derecha é izquierda de la carretera. Observé por esta parte lo contrario de lo que me llamó tanto la atencion en los Berrios. Los campos son feraces; pero la agricultura yacia en el mismo triste abandono, y veíanse tierras convertidas en yermos. Algunas empezaban á cultivarse, y me causó agradable sensacion el ver á un grupo de labradores en mangas de camisa, boina de uniforme carlista y pantalon de idem, arando á brazo al estilo del país; testimonio evidente de que el trabajo recuperaba sus fueros, y de que la bayoneta que rasga las entrañas del cuerpo humano para destruir la vida, cedia el sitio á la *laya* que abre la tierra por tornarla fructífera, y esparcir por do quier la vida y la riqueza. El paisaje adquiere un tinte pintoresco en Sagüés, localidad importante, junto á la cual descansaron las escoltas de infantería. Teníamos que recorrer otro tanto de lo andado, antes de llegar á la Sierra del Perdon. Al pié de la misma, vése Astrain, último pueblo del llano, á donde confluye la carretera que procede de Irurzum por Ororbia. La Sierra del Perdon es inhospitalaria, desnuda por completo de atractivos, como no apreciemos las vistas que se descubren desde sus puntos mas culminantes.—El castillo que corona la sierra nos saludó con estrepitosas salvas, cuyos ecos prestaban una solemnidad imponente al paso de Su Majestad por dichas alturas, tan célebres en la historia de nuestras guerras civiles. El destacamento que guarnecia la solitaria posicion fortificada de la Venta del Portillo, quiso tributar á S. M. un delicado obsequio, tanto mas de agradecer en la estribacion de un estéril cerro, en donde no hay mas que rocas y malezas. Adornaron, al efecto, la Venta—que en celebridad rivaliza con la Venta de

las Campanas (Carrascal)—de colgaduras y ramaje, poniendo en la fachada esta inscripcion: «*El Provincial de Oviedo.*» Sobre la carretera levantaron un original arco de triunfo con ramos de pino y adornos de banderitas de papel blanco; á la izquierda del arco un cartel que decia: «*El jefe del destacamento y el oficial de Administracion militar,*» y á la derecha: «*A S. M. Alfonso XII.*» Al E. del Perdon está el pueblecillo de Subiza, bañado por un riachuelo afluente al Arga; es un pueblo agradable... para visto en la zarzuela. Descendiendo la cuesta del monte, alcanzamos un dilatado valle, que limita al frente las alturas de Puente la Reina y Añorbe, y á entrambos lados los montes de Guirguillano y la Sierra de Alaiz, por encima de la cual asoman las montañas de Orba. Numerosas aldeas y caseríos esmaltan el llano, que atraviesa el camino casi rectamente, lo cual hace que parezca interminable. Todos los pobladores del tránsito, carlistas recalcitrantes, aparecian en masa, y en algun pueblo la curiosidad ha corrido parejas con los vivas. No faltaba quien saludase al *nuevo Rey*. A gran distancia descubrimos las casas de Puente la Reina, y á la izquierda del mismo la villa de Obános, sita en el camino que une los de Tafalla y Puente. Por espacio de una legua trotamos y galopamos de lo lindo, hasta dar con las fuerzas que se nos habian adelantado, y alcanzamos en la sierra. Una densa capa de polvo cubria nuestros trajes. El sol que brillaba era punto menos que canicular.

Ya cerca de Puente la Reina, don Alfonso, acompañado solo de su E. M. y Escuadron Real, subió á visitar el fuerte de San Guillermo, magnífica posicion, que con el fuerte de Isabel II y la ermita de Santa Bárbara, constituye la defensa de la villa. Eran las cuatro y media cuando empezaba el Cuartel Real á entrar en Puente la Reina, y las seis cuando entraba don Alfonso. En este intérvalo de tiempo pudo recrearse la poblacion con la pintoresca cabalgata de acemileros, ordenanzas, palafraneros, cocineros y criados de S. M., y otra multitud de personajes á cual mas curiosos; ginetes, unos en mulos, otros en borricos y los menos en caballos, sin contar los que venian á pié. Asimismo llegaron, entretanto, las escoltas de infan-

tería. Las casas, colgadas; una de ellas ostentaba colgaduras blancas, con flor de lis encarnada en el centro.

Salieron á recibir al augusto huésped, en las afueras, los maceros de la villa y los timbaleros, y precedido de estos heraldos, cuya chillona é impertinente música sobresalia entre la marcha real de las bandas militares y el campaneo, dirigióse S. M. á la iglesia parroquial, en medio del cordon de tropas que cubria la carrera. Le aguardaban á la puerta del templo el ministro de la Guerra—que con el de Marina y el marqués de San Gregorio vino en carruaje, pues sentíase indispuesto,—el diputado á Córtes por aquel distrito, señor Morales, el Gobernador civil de la provincia, el Presidente, el fiscal y un magistrado de la Audiencia, y una comision de la Diputacion foral. Cantado el *Te-Deum* y una salve, marchó S. M. á pié, al alojamiento que se le tenia destinado en la casa de don Javier Azcona, frente de la iglesia misma, casa en que habitualmente se alojaba don Cárlos. El señor Azcona, segun me dijeron, habia muerto pocos dias antes; y así como él profesaba opiniones liberales, su señora esposa las profesa carlistas; ambos consortes podian estar satisfechos, pues don Alfonso (que habitó allí mismo en 1875) y don Cárlos, alternaban en aquella casa el goce de la hospitalidad.

A la vanguardia del Cuartel Real continuaba viniendo el Inspector de telégrafos, con la mision de establecer las comunicaciones necesarias. De noche iluminároнse varias casas; pero la iluminacion no fué, ni con mucho, general. Advertíase violencia y mal grado. Felizmente allí, contra la costumbre de casi todos los pueblos navarros, hay alumbrado público. Y en verdad que Puente la Reina no es una poblacion tan detestable; antes al contrario, como pueblo, es acreedor á la mejor recomendacion. Apenas lo ví mas que de noche; lo corto de nuestra estancia me impidió recorrerlo todo; pero por lo que me ha sido posible juzgar, no existen muchas localidades de su categoría en donde se pase tan bien el rato. Las gentes, y hacen poco, procuran disimular su acendrado carlismo; las familias, por regla general, reciben muy afectuosamente á los alojados, cosa no muy natural en Navarra.

En cuanto á los alojamientos, por lo que á mí respecta, debo decir que desde Tolosa no lo tuve mejor, y quien mas, quien menos, lo propio decian los demás que formaban la comitiva régia. Puente la Reina es una poblacion de 2,858 almas. El rio Arga pasa por entre sus calles, y á la salida de la villa, en direccion S., tiene un cómodo y anchuroso puente, de donde le viene á Puente la primitiva denominacion, pues antes llamábase Puente del Arga. Este rio, aunque primero inicia su curso hácia el Este, es decir, hácia Estella, cámbialo despues hácia el S., y corre paralelo al camino de Mendigorría, prolongándose hasta Larraga, Miranda de Arga, bañando los lindos pueblos de Fálces, Peralta y Marcilla, y muriendo en el rio Aragon, á las inmediaciones de Villafranca de Navarra.

Si me hubiese sido dado estereotipar las conversaciones diversas, que de continuo tenia con la gente del país, ¡qué documentos tan especiales, qué revelaciones tan estupendas, qué coloquios podria exponer á la curiosidad de mis lectores! Por una fatal coincidencia, que no deploro, nunca me tocaban en suerte alojamientos cuyos patrones fuesen liberales. Esto me proporcionaba, de vez en cuando, acogidas desdeñosas, á bien que, por regla general, reducíanse meramente á la primera impresion, porque nuestros vasco-navarros son de buena índole, hospitalarios y sociales, y saben tratar bien al que los trata bien. Mis patronas de Puente la Reina—patronas, que no ví hombre alguno en la casa—mostráronse sumamente expansivas conmigo y con mi tocayo Gimenez Romero, mi compañero de hospedaje. Refiriéronnos mil cosas que nos convenia saber, y confirmáronnos otras que ya sabíamos.

—¿Y cuál es vuestra opinion, las preguntamos, respecto á lo que está sucediendo?

—Nuestra opinion es que la guerra no ha terminado, como ustedes creen; que hemos sido víctimas de una gran traicion, y que los voluntarios que vuelven á sus casas están mas animados que nunca y en disposicion de comenzar nuevamente, aunque solo sea para castigar á los traidores.

—¿Y quiénes son esos traidores?

—¡Ah!... bien los conocen ustedes: Pérula, Berriz, Mogrovejo, Mendiri, Dorregaray... todos esos que vinieron del campo *guiri* para correr aventuras y ver si podian esplotarnos. Muchos de ellos, con sus mañas y aprovechando nuestro desconcierto, han llegado á generales entre nosotros, á lo que no hubieran llegado jamás entre ustedes; y luego se han metido á intrigantes, querian llevar al Rey por donde ellos gustaban, se hacian los hombres necesarios, y amenazaban con retirarse ó presentarse á indulto, que es una misma cosa.

—¡Pero son ustedes injustas con Pérula!

—Este empezó bien; mientras era subalterno, inspiraba grandes esperanzas; todo el mundo se prometia maravillas de su lealtad; pero en cuanto llegó á general y ejerció mandos superiores, tomó alas su ambicion y no se hubiera contentado ni con la corona del Rey. Es claro: á fuerza de tratar con renegados liberales habia de ser él renegado alguna vez.

—¿Pero de qué se le acusa?

—¡De tantas cosas!... De haber influido, como el que mas, en la desorganizacion de nuestro ejército; de haber sostenido tratos con el enemigo, no cediendo á este, porque él exigia mas de lo que se le prometia. Bien lo saben nuestros voluntarios; bien conocidas son de todos las embajadas de Martinez Campos á Estella, y las embajadas de Pérula al cuartel de Martinez Campos. El individuo que hacia estas últimas fué fusilado por los nuestros.

—¿Por qué no fusilaban á Pérula?

—Porque la cosa se supo despues.

—Y de Lizárraga ¿qué nos dicen ustedes?

—¡Un santo hombre! ¡un apóstol mas que un militar! Es capaz de echar á perder las mejores causas, siempre con la mejor buena fé del mundo. Cuando comete una barbaridad, aun hay que darle las gracias. La gente le llama *San Antonio*, (1) en lugar de don Antonio, y no ten-

(1) Actualmente habita Lizárraga en Paris un viejo palacio de la *rue Dominique-Saint-Germain*, que le presta su dueño, un poderoso acendrado legitimista francés. Este *hotel* está, como muchos otros, expropiado por cau-

dria nada de particular que llegase á Santo con el tiempo.

—Son ustedes muy zumbonas.

—Sí, para zumbas estamos. Hemos pagado muy cara la fiesta. Volveremos á las andadas, es cierto, y cuanto mas pronto mejor; pero no iremos ya con los ojos cerrados. Y si es preciso, nosotras empuñaremos el fusil, marcharemos con los hombres, porque con nosotras no los engañarán, pues somos menos confiadas que ellos.

—En suma, segun la opinion de ustedes; ¿cual es la persona mas decente de su partido?

—Decentes lo son todos los voluntarios. En cuanto á los *gordos*, sin decir que no haya muchos que lo sean tambien, no hay mas que uno que nos tenga dadas pruebas reconocidas de su amor al pueblo, de su honradez, de su decencia. Lo que es sobre este, sí que no abrigamos la menor duda.

—¿Y quien es él?

—Don Cárlos, nuestro Rey.

—Ya pareció aquello.

—Por el Rey nos parece pocos todos los sacrificios, y estamos siempre dispuestas á dar por él nuestras haciendas, nuestras vidas, las vidas de nuestros padres, de nuestros esposos y hasta de nuestros hijos. Sí: nosotros triunfaremos algun dia, porque de nosotros es la fé. Ustedes no la tienen ni la conocen. Ustedes defienden á su Rey, cuando no por la fuerza, por los grados, por los empleos, por los honores. El pueblo navarro, al verter generosamente su sangre, no piensa en otra cosa que en el triunfo de la buena causa, en la religion de sus mayores, en los sagrados fueros del país. Ustedes al batirse sueñan en el resultado de la propuesta; nosotros, al batirnos, soñamos en la libertad de la patria. De ustedes á nosotros, hay tanta distancia como del infierno al cielo. Somos *carcas*, y á mucha honra; somos carlistas, carlistas, carlistas... y ¡Viva don Carlos VII!

---

sa de la continuacion del bulevard *Sain-Germain*; pero el ayuntamiento no se dicide á demolirlo, lo cual, con epigramática malicia, se atribuye á la virtud milagrosa de *San Antonio*, que por tal conocen á don Antonio Lizárraga muchos de sus partidarios.

La exacerbacion de esas gentes cuando desarrollan su tema favorito, no alcanza límites posibles. Alardean una fé inverosímil, un fanatismo rabioso, una ceguedad demente. Intentar una discusion fuera intentar el mayor de los absurdos imaginables. No quieran oir: no quieran convencerse. Cuando se les acaban las razones, apelan á los dicterios, repiten lo dicho, estallan en vivas, y cuando esto no bastara, se dejarian cortar una mano en testimonio de la santidad de sus ideas.

IX.

De Puente á Estella.—Mañeru.—Aranqui.—Lorca y Lácar.—Villatuerta.—Arandigoya y el fuerte de San Cárlos.—Los almuerzos reales.—Entrada en Estella.—El clero.—Desfile.—Don Nazario Carriquiri.—Las monjas de Estella.

A las nueve de la mañana del 4 partimos de Puente la Reina. Ingresamos en una de las comarcas mas históricas para la guerra civil. Podia ser mas fértil el terreno porque la sangre y los cadáveres lo han abonado pródigamente. La distancia que abarca Puente la Reina, las alturas de Santa Bárbara y el pueblecillo de Mañeru, en una extension de 4 kilómetros, evocan el recuerdo de una batalla sangrienta, en que salimos bien mal parados, contra lo que quisieron suponer los despachos oficiales. Extractaré la descripcion que de este suceso hace un escritor francés, y la extractaré, mas que para iniciar al lector en los detalles, completamente nuevos, de aquella accion, para suministrarle una exactísima pintura del territorio, que vanamente me esforzaría yo en describir mejor.

«El 4 de octubre, por la tarde, supo el general Ollo que el general Moriones habia escogido el dia 5 para salir de Tafalla y marchar sobre Estella. Solo tenia, en dicho instante, á la mano, la division alavesa fuerte de 3 batallones, cerca de 1,500 hombres, y 5 batallones navarros, presentando un efectivo general de 5,000 hombres; nada de artillería ni de caballería. Conociendo admirablemente su terreno, el jefe navarro resolvió no dejarse sorprender

por el enemigo, marchar, por el contrario, hácia él, y aguardarlo en las posiciones escarpadas del monte Santa Bárbara, á 25 kilómetros S. O. de Pamplona. El camino de Pamplona á Puente la Reina, corre desde luego por el llano, durante 10 kilómetros, y hasta la aldea de Astrain no encuentra las primeras estribaciones del Perdon. A partir de la Venta del Perdon, este camino va encajonado entre dos séries de alturas que, á la izquierda, es decir, al S. E., se elevan en suave pendiente hácia los pueblos de Uterga, Munizabal y Obanos, y bruscamente se escarpan en peñascales inaccesibles. Estos peñascos constituyen la montaña de Santa Bárbara. En Puente, las rocas se deprimen bruscamente como para dejar pasar el Arga, que corriendo de N. O. á S. O. enderézase perpendicularmente al salir de la villa, y corre de N. E. á S. O. De Puente la Reina á Mañeru, primer lugar que se encuentra yendo á Logroño, cuéntanse cuatro kilómetros. En la saliente formada por el Arga en las dos direcciones perpendiculares una á la otra, que hemos indicado, la montaña de Santa Bárbara, que por un instante se ha deprimido como para dejar paso al Arga, yérguese bruscamente, llegando al N. E. de Mañeru á una altura considerable. Estas alturas son limitadas al N. O. por un riachuelo que se llama el Salado. La forma general de este terreno es la de una pirámide irregular, ó base rectangular, teniendo dos de sus lados formados por el Arga, el tercero por el Salado, y el cuarto por una línea que une á Mañeru al recodo del Arga. De Puente la Reina á Mañeru, es decir de N. O. á S. O., el camino sube durante 3 kilómetros, dominado en toda su longitud por las alturas de la derecha; un kilómetro antes de llegar á Mañeru, encuéntrase una especie de pico inaccesible que á lo léjos domina el camino hasta Puente la Reina.—Sobre la cúspide de esta pirámide, y por lo tanto antes de Mañeru, y frente á Puente, Ollo resolvió aguardar á Moriones.

»Llegado el 5 de octubre, hácia las dos de la tarde, sobre esas posiciones, el jefe navarro mandó abrir inmediatamente dos líneas de trincheras, la una perpendicular, la otra paralela al camino de Puente á Mañeru. A la

parte de atrás, preparáronse otros abrigos, y las tropas, unos 4,500 navarros y alaveses, distribuidos en 8 batallones, fueron dispuestos en dos líneas. En caso de derrota, las alturas perpendiculares á Mañeru debian ser para el ejército carlista un reducto inaccesible, que permitiria á un puñado de defensores proteger la retirada á Mañeru y Estella. Estos trabajos quedaron concluidos á las tres de la madrugada, y las tropas pudieron tomar algun reposo sobre el sitio mismo del combate. Confidencias exactas hacian presagiar la llegada del enemigo para el mismo dia. En efecto, el 16 de octubre, á las ocho de la mañana próximamente, la vanguardia del ejército republicano franqueba el Arga por el Puente la Reina, no creyendo tener enfrente al enemigo, y avanzó hácia Mañeru, sin descubierta, ni flanqueo. La cola de la columna estaba todavía en Puente, cuando la cabeza fué atacada, poco mas ó menos á medio camino de Mañeru, por una nutrida fusilería, procedente de las alturas de la derecha, y de un enemigo disimulado con habilidad en las trincheras. Eran las nueve y media de la mañana. Sorprendida por la fusilería, la vanguardia de Moriones replegóse al punto en desórden, atropellando y empujando el resto de las fuerzas hácia Puente en donde por un momento el pánico fué grande. Nadie ignora que el desplegar una columna, saliendo de un desfiladero, y bajo el fuego del enemigo, es una de las operaciones mas delicadas en un campo de batalla. La desbandada de la vanguardia comprometia gravemente semejante despliegue, cuando por fortuna, Moriones, llegó al puente con los fugitivos; reunir su vanguardia en derrota, reconstituirla bajo el fuego, hacerla sostener por cuatro batallones y conducirla resueltamente hácia Mañeru, fué para Moriones rudísima tarea; la realizó, no obstante, y su conducta en esta ocasion revela una energía poco comun. (1) A las once, la línea de batalla presentaba la forma general de un arco de círculo de unos 2 kilómetros, cóncavo hácia los carlis-

(1) Me complazco en señalar ese tributo de justicia que el escritor francés, á pesar de sus tendencias, rinde al general Moriones.

tas y cubierto de fuegos; la artillería republicana, con sus 16 piezas, habia tomado posicion á la izquierda sobre el camino y disparando sin interrupcion. Hasta ese momento, todos los esfuerzos de los liberales habian sido vanos, y los carlistas conservaban todas sus posiciones. Conociendo entonces la imposibilidad de vencer por un combate de frente, forma Moriones una columna de ataque de 4000 hombres, que lanza sobre la izquierda de la línea enemiga compuesta de batallones alaveses. Precedida de tiradores esta columna remonta la orilla izquierda del Salado, despues volviendo bruscamente al N. E., enfila las trincheras carlistas, é impele á la retirada la izquierda enemiga. Los alaveses repléganse mas lentamente y en buen órden, dando tiempo á los batallones á retirarse igualmente, para no ser copados, detrás de la segunda línea de obstáculos dispuestos por la prevision de Ollo. Los carlistas ametrallados á corta distancia por la artillería republicana que los cubre de cascos de granada, sufren allí pérdidas bastantes considerables, pero llegados á la última línea de trincheras, detienen á su vez al agresor. En esta situacion y durando el combate ya seis horas, hubo de una y otra parte, hácia las dos de la tarde, un momento de tregua. Infatigables y ardientes, ambos generales aprovechan este instante de reposo para recorrer su línea y rehacerla. Esto apenas efectuado, á las dos y media, el combate se reanuda en toda la línea. Las tres serian; la lucha estaba indecisa, cuando apercibióse Ollo de que el centro de la línea enemiga se habia debilitado un poco. Con ese golpe de vista y energía que le caracteriza, sintió que era este el momento decisivo. Recorrió su línea de navarros y por medio de algunas palabras enérgicas, escitó el fanatismo y el orgullo de sus voluntarios. De pronto, mientras que, echados boca abajo ó de rodillas al amparo de los zarzales y de los mil obstáculos del terreno, los soldados de Moriones disparan contra las trincheras, un ¡hurra! formidable sale de detrás de esos parapetos coronados de humo, y una masa de hombres impetuosa, irresistible, ardiente, precipítase á la bayoneta sobre el ejército republicano. Este, sorprendido, tiembla y vacila; y despues de algunos esfuerzos de resistencia,

ceja de nuevo, y se bate en retirada desordenadamente; al instante, la primera línea de trincheras es reconquistada por los carlistas; la artillería liberal cesa inmediatamente en sus disparos, y vuelve á entrar, con precipitacion, en Puente la Reina; infantería y caballería la siguen pronto en confusion, perseguidas por la tropa carlista, la cual, no disponiendo de artillería, no puede completar su triunfo. Eran las cinco de la tarde; habia durado el combate nueve horas; el ejército carlista pernoctó en Puente la Reina, y Moriones volvió á tomar, con sus tropas desbandadas y en desórden, el camino de Artajona... La artillería republicana diezmó al pequeño ejército navarro-alavés; de 4,500 combatientes, 500 habian sido muertos ó colocados fuera de combate; el ejército liberal tuvo 35 oficiales y 360 hombres alcanzados por el fuego de la fusilería... La accion de Santa Bárbara de Mañeru fué de tal suerte una derrota para Moriones, que con las tropas republicanas, en la noche del 6 de octubre, pasó del valle del Oria al de Zidácos, y entró de nuevo en Tafalla, en donde necesitó mas de un mes para reparar sus pérdidas.»

Vienen muy á cuento los recuerdo históricos, hoy que muchos aparentan haber perdido la memoria; hoy que todo el mundo se cree autorizado á desnaturalizar los hechos á su antojo. Cuando se cantan las glorias, y caen, en diluvio escandaloso las recompensas ¿á que no mirar el reverso de la medalla? Cosas hay que nadie recuerda; y son las que debieran recordarse á todas horas. Voime convenciendo de lo que alguna vez ha hecho divagar mi pluma sobre el papel; que decir la verdad es la mayor de las inconveniencias posibles.

A unos tres kilómetros de Mañeru está Cirauqui, que parece hermano del anterior. Atravesé las calles de Cirauqui penosamente impresionado; ví aquella iglesia, teatro de la heróica defensa de los voluntarios; recordé las huestes de Dorregaray, armadas con la tea del incendio y la pasion del exterminio; apareció en mi mente la horrorosa escena de los voluntarios asesinados, uno tras otro, sin piedad; y experimenté un asomo de indignacion, al considerar que aquellos crímenes quedarian completamente

impunes. Despues de Ciranqui, pasamos por Lorca, pequeño lugar de 40 vecinos, medio abandonado de sus moradores, que tan triste celebridad adquirió en febrero de 1875 (1). De Lorca sale el camino de Abarzuza, sobre el cual está Lácar, lugar mas pequeño aun. Nadie salió á nuestro paso en Lorca. El general Primo de Rivera, jefe del cuerpo de ejército cuya segunda division sufrió allá el descalabro, venia en el Cuartel Real, y pudo ilustrar á S. M. en la configuracion de tan tristes parajes. A trote largo fuimos á Villatuerta, en donde no penetramos, pues hállase algo desviada del camino, hácia la izquierda. Toda la infantería hizo alto en un bosque contiguo á la referida poblacion. S. M. se desmontó allí mismo, en una pradera; iban á ser descargadas las acémilas conductoras del almuerzo, cuando el fuerte vendabal que reinaba nos obligó á buscar sitio mas abrigado. Cruzamos la carretera en Aradigoyen, yendo por vericuetos en direccion á Murillo, y despues de dar algunas vueltas, retrocedimos al punto de partida, dividiéndose el Cuartel Real en dos partes: S. M. con los generales Laserna y Ceballos, y pocas personas mas, subió al cerro de Arandigoyen, en cuya cúspide se asienta el importante fuerte llamado de San Cárlos, que tan gran papel jugó en las últimas operaciones sobre Estella, y el resto del acompañamiento siguió hasta el punto en que la carretera confluye con la de Oteiza, formando ambas un ángulo agudo. Allí volvimos á reunirnos todos, y se dispuso el almuerzo en un campo sito al pié del cerro de Arandigoyen, y á la confluencia misma de los dos caminos.

¿Ha llegado el momento de describir, como he prometido, esos almuerzos de campaña? El Rey se sentaba en un cajon, teniendo á un lado los ministros de Guerra y de Marina y el Gefe de su cuarto militar, general Laserna, y el marqués de San Gregorio, tambien sobre cajas, y á derecha é izquierda, formando semicírculo,

(1) Véanse los SECRETOS É INTIMIDADES DEL CAMPO CARLISTA, Capítulos titulados: *Paulatino desarrollo del ejército carlista* (pág. 25) y *Las retiradas* (pág. 89).

nos sentábamos en el suelo los demás que componíamos la comitiva régia, como ayudantes de S. M., oficiales generales y sus ayudantes, oficiales extranjeros y corresponsales. De intento no he nombrado al Inspector de la Real Casa, señor conde de Sepúlveda, que este merece mencion aparte. Su mision era, indudablente, la mas responsable y la mas complicada del Cuartel Real. Cuidaba el señor Oñate de aposentar dignamente al Rey, instalar todos los servicios reales, llevar todas las cuentas, procurar que nada faltase á S. M. y á la régia comitiva en el transcurso del viaje. Asumia, puede decirse, las tareas de intendente, administrador, inspector, aposentador y hasta maestro de ceremonias, pues las cuestiones de etiqueta, nadie habia que las decidiese mas que el señor Oñate. Sobre tener que acudir á los detalles mas nímios y enojosos, cargaba con responsabilidades delicadísimas. Ahora bien: á él debíase que los almuerzos de campaña estuvieran inmejorablemente organizados y reunieran todas las condiciones propias de su índole. Consistian en arroz seco, que á pesar de hacerse á primera hora de la mañana, conservaba el calor hasta las doce, por la disposicion especial en que se conducia, en dos cacerolas envueltas con tupidas bayetas; fiambres diversos, que solian ser filete de ternera, pollo asado, jamon en dulce, *foie gras truffé*, etc.; postres queso y frutas; vino escelente y el agua siempre filtrada y llevada en botellas al efecto, *curazao* ó algun otro licor digestivo. El pan era tierno, de la mejor calidad, y amasado por un servidor de la Real Casa, quien, al llegar á un pueblo, no tenia otra mision que procurarse á todo trance la mejor harina, y confeccionar desde luego el pan destinado á la comitiva de S. M. Así es que por lo general, comíamos pan muy superior al que se vendia en los pueblos. En cuanto al servicio, nada mas sencillo. Cada cual recibia un plato de zinc, rebañado de porcelana, un tenedor, y al que le tocaba, un cuchillo. No se variaba el servicio en todo el almuerzo, escepcion hecha del que usaba el Rey. Servíanse los manjares con la presteza natural, y concluido el almuerzo, en breves instantes acondicionábase todo en son de marcha, volviendo las cajas al lomo de las acémilas. Ya que me he

fijado, como curiosidad, en estos pormenores, los ampliaré mas. Fuera de los mulos que seguian, á corta distancia, el Cuartel Real, á la vanguardia iban dos carromatos—de que hablé mas arriba—con los equipajes y vajilla de S. M.; llevaban asímismo una mesa portátil para montarla en los alojamientos, y el lecho de campaña del Rey, provisto de todos los accesorios, único lecho que utilizaba Don Alfonso XII. Habíanse previsto todas las comodidades compatibles con la vida de campaña. Omito una multitud de detalles íntimos que pertenecen á otro rango de consideraciones.

Del punto en que almorzamos á Estella, escasamente hay una media hora. Las brigadas Molins y Arias estaban formadas en un campo para dispensar al Rey los debidos honores. Por fin, á la una y media de la tarde, pasando bajo un sencillo arco de triunfo, puesto á guisa de portal, entramos en la *Ciudad Santa* del carlismo, ciudad bien indigna del renombre que ha alcanzado y menos digna de ser visitada por lo que vale en sí pues desnuda se me antoja de todo género de atractivos que halaguen. El entusiasmo con que en Estella fué recibido Don Alfonso si que debe reputarse *indescriptible*, toda vez que no lo hubo. Colgaduras, gente curiosa en los balcones, señoritas ataviadas y muchas sin ataviar, pobre concurrencia en las calles, ni más ni ménos. Dirigióse S. M. seguido del municipio nuevamente nombrado á la Iglesia; el clero lo recibió bajo pálio y no con cara de pascua; cantóse un *Te-Deum* raquítico, que apenas duró cinco minutos; la sola iluminacion del templo reducíase á cuatro velas, que brillaban como vergonzantes en el altar mayor. No salieron á relucir los magníficos damascos con que la parroquia solemnizaba las visitas de Don Cárlos, ni las profusas luminarias que sazonaban los *Te-Deum*, cantados en honor del *Dios de las victorias* (el Dios acomodaticio por escelencia), ya sea por la muerte de Concha, ya por el asalto de Cuenca, ya por la carnicería de Lácar, ya por algunas de esas derrotas que ellos celebraban cual si fueran triunfos. Al salir del templo, detúvose Don Alfonso á contemplar las soberbias piezas de artillería, de diferente calibre, colocadas en pila, como glorio-

sos trofeos, á entrambos lados de la puerta principal. Esto compensaba la frialdad del recibimiento.

En la plaza de la Iglesia, y frente á la misma, existe la casa de Ezcartí, que siempre fué residencia de Don Cárlos, y últimamente lo era de Don Alfonso XII. El aposento principal afectaba bien modestas pretensiones. Marcos rústicos de los aplicables á jardines, circundaban los quicios de las puertas; la sillería, raso amarillo; algunos lienzos al óleo, que pedian á voces una restauracion, ornaban las paredes; y en los paños vacíos lloraban su vejez unas clásicas cornucopias, vivo resabio del tiempo de las chupas y casacones. El propietario de esta vivienda, ya histórica, residia en Madrid.

Desde el balcon vió inmediatamente S. M. cómo desfilaban las tropas que cubrian el curso, las formadas en las afueras y las que le escoltaban, cuyo acto revistió mas solemnidad que de costumbre. El general Ruiz Dana, que dirigia el desfile, mandó ejecutar, delante la morada del Rey, caprichosas evoluciones, en las que nuestros soldados pusieron de relieve su marcialidad en la marcha y su precision en los movimientos. Por la noche celebróse comida oficial, á la que fué invitado, entre otras personas conocidas, el rico propietario de la comarca y banquero D. Nazario Carriquiri, que vino expresamente á Estella para saludar á Don Alfonso. Las monjas de Estella enviaron á la mesa real un plato de natilla. Tambien era obra de las monjas el arco de flores artificiales que adornaba el pórtico del alojamiento real. Seamos justos con esas pobres mujeres, que deseando ante todo vivir respetadas, así tributaban obsequios á Dios como al diablo.

X.

La ciudad.—Su importancia estratégica.—La cruz de los castillos.—El hospital de Irache—Alrededores de Estella.

Ya he consignado en el capítulo anterior, que Estella, como ciudad, no merece la pena de ser visitada. Carece de monumentos, tanto como abunda en edificios vetustos.

Distínguense algunas casas solariegas. La plaza mayor, uno de cuyos lados lo constituye la Iglesia, tiene soportales; es que una plaza de este género no puede faltar en ninguna poblacion vasca ó navarra medianamente importante.

Corre junto á Estella el rio Ega, que constituye no poco á las escepcionales condiciones estratégicas de la ciudad. «Estella, dice Gomez Arteche, es la principal poblacion (5,593 habitantes) de la cuenca del Ega y se halla situada al pié de las alturas de San Bartolomé por el Norte y las llamadas de los castillos por el S., que comunican por dos puentes que hay construidos sobre el Ega que pasa entre ella. Sus comunicaciones con Vitoria, Pamplona, Tudela, Lodosa, y Logroño, difíciles de recorrer en son de guerra, por los desfiladeros asperísimos que hay que salvar; su misma situacion entre ambas sierras de Andía y de Toloño y los muchos recursos de que puede valerse, hacen de Estella un punto importantísimo, militarmente considerado, y justifican la eleccion que de él hizo el ejército carlista para centro de su ocupacion en aquella parte. Si posteriormente los intereses de comercio han hecho abrir comunicaciones fáciles entre las capitales mencionadas y Estella, su reunion en esta poblacion y el paso por ella de la importantísima de Pamplona á Logroño, único camino que une pronto y directamente la derecha del Ebro en la capitanía general de Búrgos á aquella plaza fronteriza, así como la dificultad en acercarse á Estella y la facilidad de retirarse las tropas que la defiendan, á posiciones formidables en las dos sierras que limitan el Ega, reasumen en aquella ciudad la importancia y el interés de toda la region que baña aquel caudaloso rio.» Esta especie de descripcion técnica, formulada por una persona idónea, explica el gran papel que nuestras guerras civiles ha destinado á Estella, y el que pueda representar todavía en tiempos futuros. El 18 de agosto de 1873, mandando Primo de Rivera las tropas que operaban en el S. de Navarra, cayó Estella en poder de los carlistas. El fuerte de San Francisco se rindió el 24. Pocos dias despues, intentó Santa Pau recuperar la plaza, y fué completamente rechazado en las alturas de Dicas-

tillo. El dia 25 de octubre tuvo lugar la batalla de Mañeru. Los dias 7 y 8 noviembre sufrió Moriones otro descalabro en la primer batalla de Montejurra. Los dias 25, 26 y 27 junio de 1874, muerte de Concha, fracasó una nueva y decisiva intentona para la liberacion de Estella. El 10 de agosto, probó Moriones sin conseguirlo, ocupar la línea entre Cirauqui, Oteiza y Dicastillo. Laserna, en 19 setiembre, amagó un ataque sobre Estella; mas la cosa no pasó de un simple amago. El 3 febrero de 1875, desastre de Lorca y Lácar. Y un año mas tarde, en 19 febrero de 1876, cuando los carlistas disolvíanse rápidamente, las fuerzas del general Primo reconquistaron la plaza, no sin librar antes sérios combates en Santa Bárbara de Oteiza y en Montejurra. Hé ahí el catálogo de los sangrientos esfuerzos que nos ha costado Estella, en el período de 1873 á 1876.

Realzan extremadamente la perspectiva de Estella los caprichosos peñascos, ó sean las alturas de los Castillos ó Cruz de los Castillos, como todo el mundo los conoce, que la limitan por el S. La Cruz de los Castillos, que alude al signo de la redencion que corona la cúspide de las indicadas peñas, imprime carácter á la poblacion; es la atalaya que la domina, y el centinela que vigila sus alrededores. Desde lo alto, descúbrense todas las posiciones que ciñen la hondonada en que se asienta Estella, descúbrense, aparte de las grandes posiciones avanzadas que mas adelante ocuparan nuestra atencion, los cerros fortificados de Belástegui, Puig, San Juan y otros. En parte alguna ejecutaron los carlistas tantos trabajos como en Estella, y tampoco en ninguna parte acumularon tanto material de guerra. En los almacenes militares de Estella encontraron nuestras tropas, entre infinidad de objetos, curiosas lanchas de *caoutchouc* para pasar el rio, y el magnífico tren de puentes, sistema Terrés, idéntico á los que usa el ejército liberal, que figuró en la entrada triunfal de nuestro ejército en Madrid. (1)

---

(1) Véanse los SECRETOS É INTIMIDADES DEL CAMPO CARLISTA.—*Organizacion militar carlista* (p. 42.)

Un lugar de memorable recordacion, oásis en medio las áridas regiones de la guerra, existe á un cuarto de legua de la ciudad, junto al pueblecillo de Ayegui, en la carretera de Los Arcos: el monasterio de Irache. Sabia que los carlistas lo convirtieron en hospital, y bajo la prevencion de los mejores informes, acudí á visitarlo, apenas hube tomado en Estella posesion de mi alojamiento. Su vista exterior atrae; sus proporciones monumentales le dan una seductora perspectiva. La bandera de *La Caridad*, que vimos en Lacunza, ondeaba tambien en el hospital de Irache. Penetré, á caballo, en un espacioso claustro, sin hallar alma viviente; amarré á la verja de una ventana las bridas de mi cabalgadura, y un amable sanitario, apercibido de mi presencia, guióme hasta el despacho del director, Mr. Guillermo Burgade, persona finísima é inteligente, que al punto se colocó á mis órdenes, y me acompañó por todas las dependencias, facilitándome cuantas noticias le requerí.

El antiquísimo convento de Irache tiene bastante celebridad histórica; su abad ocupaba un puesto en las Córtes de Navarra; en su iglesia, hoy sin culto, custodiábase un fragmento de las célebres cadenas de Miramamolin, que forman el escudo de Navarra. Para nada servia este monasterio cuando los carlistas lo habilitaron para hospital de sangre. Hubo que hacer en el mismo algunas obras importantes, en las cuales invirtióse largo tiempo y dinero. Solo así pudo lograrse que pasara como un hospital modelo, pues la sábia direccion á que estuvo subordinado, atendió á todos los detalles del progreso moderno en cuanto al material, instalacion é higiene. La situacion del edificio secundaba los mejores propósitos. Fuera difícil hallar, no ya en los alrededores de Estella, sino en toda la comarca, un sitio mas á propósito que aquel para la instalacion de un buen hospital.—Estaba dividido en catorce salas, bien ventiladas y anchurosas: podia contener unos cuatrocientos heridos. Cuando yo lo visité, contenia unos 220 heridos, carlistas todos, á escepcion de 12, pertenecientes á diversos institutos del ejército liberal. Hice á los últimos varias preguntas, y colegí que estaban muy satisfechos del trato que recibian. Entre los carlistas ha-

bia 40 oficiales. Los convalecientes ostentaban muy ufanos sus uniformes y medallas.—Las salas principales denominábanse de Santa Margarita, San Cárlos, San Jaime, Santa Beatriz, Santa Elvira, Nuestra Señora la Blanca: los nombres de la familia del Pretendiente. Las de Santa Elvira, Santa Beatriz y una llamada de San Luis, estaban destinadas á oficiales, quienes recibian en Irache tan esmerada asistencia como en sus propias casas. La disposicion de los lechos, el órden del servicio, la prevision de todas las comodidades, no tenian que envidiar á un hospital de primer órden. La fiebre purulenta, tan comun en los hospitales de campaña, no se conoció jamás en Irache, por grande que fuese la aglomeracion de heridos. Desempeñaban la asistencia médica cuatro hermanos de San Juan de Dios, reputados por escelentes facultativos, secundándoles seis ayudantes. A este personal habia que agregar el de la administracion, 13 solícitas hermanas de la Caridad con su superiora, y los mozos de oficio. El director del personal era don Manuel Barrena y el del material don Guillermo Burgade. La Asociacion contaba, en total, con unos doce ó catorce médicos. Llamaban la atencion en el hospital de Irache el gabinete de química, espléndidamente surtido, la ropería, y en una palabra, todas las dependencias lógicas en un establecimiento de su clase. Las salas estaban cruzadas de estufas. Dos secciones de ambulancia volante permanecian en Irache, dispuestas siempre á entrar en accion; el material de camillas y mochilas sanitarias hallábase cargado en los furgones, y los dos grandes coches—igual modelo que los de Lacunza—para transportar heridos, esperaban en las cocheras el momento de ser enganchados, lo cual efectúase con rapidísima celeridad.

Dueños nosotros de aquella comarca, el hospital fué respetado, y Mr. Burgade tuvo el honor de recibir, por parte de los jefes liberales, las mas deferentes muestras de consideracion. Si la caridad debe mucho á Mr. Burgade, no le debe menos el arte arqueológico; él consiguió, en sus ratos de ócio, auxiliado por un distinguido filántropo inglés, restaurar la parte artística del monasterio de Irache, cuya iglesia es una joya del gusto bizantino.

En tal abandono yacia este templo, antes de 1873, que un arroyo se deslizaba sobre su destruido pavimento; capas de cal y de argamasa cubrian los pisos y las columnas; en su interior anidaban los pájaros, y los restos de los altares y retablos eran consumidos por la polilla. Sus nuevos posesores restituyeron los muros á su antiguo ser, abrieron preciosas ventanas, tapiadas desde tiempo inmemorial, descubrieron importantes sepulturas, y ya que no pudieron terminar tan ímproba tarea, dejaron el camino trillado á la comision de monumentos artísticos de Navarra. Ignoro qué destino tiene ahora el monasterio de Irache; pero sea cual fuere, nadie le quitará la gloria de haber sido en tiempo de la segunda guerra civil refugio de los mas grandes sentimientos humanitarios.

Dos asuntos podria tratar, con relacion al hospital de Irache: la educacion del personal sanitario, y el establecimiento de las barracas-hospitales. Mas como son asuntos de interés muy general, los omito aquí, tanto mas habiéndolos tratado con cierta extension en los SECRETOS É INTIMIDADES DEL CAMPO CARLISTA. No se me olvidará fácilmente la excursion que practiqué con Mr. Burgade y mi buen amigo Ramon Padró al lugar en que fué construida la barraca modelo. Dista de Irache unos 400 metros; está dentro la inmensa huerta de los antiguos monjes de San Veremundo. La luz crepuscular de una serena tarde de invierno, hacia el paisaje aun mas sorprendente, provocando en nuestro corazon sensaciones indefinibles. «Respírase allí, dije en otra ocasion, un aire purísimo; gózanse soberbios puntos de vista; la mirada puede espaciarse, á sus anchas, desde las Amézcuas á Monte Esquinza, desde Abarzuza á Monjardin. Si algun dia el que esto leyere visita la baja Navarra, le aconsejo que no deje de ir á Irache, y dar un paseo por el campo en que la caridad asentaba sus reales al pié del histórico Montejurra.»

XI.

De Estella á Los Arcos.—El cura de Flix.—Un episodio.—La Sima de Iguzquiza.—El Rey en Montejurra.—Monjardin.—Urbiola.—Los Arcos.—Entusiasmo de las mujeres.—Las Cinco Villas de Navarra.—Otros detalles.

Todas las bandas militares existentes en Estella, despertaron al vecindario, el domingo 5 de marzo, con una diana estrepitosa, que esto y mucho mas necesitaban los estelleses para reanimarse. Decíase que S. M. visitaria el hospital de Irache; pero no sucedió así. Lo visitó únicamente, á primera hora, la comision de personajes de la provincia que hacia los honores al Rey; con ella estuvo tambien mi amigo el médico militar don Nicasio Landa, y yo volví á recorrer las dependencias del edificio. Conocí esta vez á uno de los huéspedes mas singulares del establecimiento; el cura de Flix, sobre el cual, en una de mis cartas, dije: «No sufrió lesion grave: puede ya levantarse y dar frecuentes paseos por las galerías. Me pareció un hombre bastante vulgar; pero de génio vivo y carácter enérgico. Su conversacion, ni atrae ni repele. Tendrá como unos sesenta años; es flaco de carnes, de bigote gris, y mirada segura. Vestia boina encarnada y carrick ceniza, mostrando por debajo un pantalon de uniforme.»

S. M., á las ocho y media, oyó misa en la Iglesia parroquial. No dejó de sorprender á la gente del país la religiosidad y devocion de un monarca que reputaban herege. A las nueve se emprendió la marcha. En frente del monasterio de Irache, Mr. Burgade, director del Hospital, acercóse á don Alfonso, y le preguntó respetuosamente cuál seria la suerte de los carlistas que subsistian bajo el amparo de la caridad. S. M. contestó que en los heridos no reconocia prisioneros de guerra, y que, por lo tanto quedaban libres todos los que estuvieran exentos de delitos comunes. Mientras la comitiva régia continúa su camino, al paso, fijémonos nosotros en otro paraje famoso de aquellas cercanías. Utilizaré los párrafos de una carta,

fechada en Iguzquiza, que redacté, á la ligera, bajo la impresion del momento.

(*Iguzquiza*, 5 *marzo*.)—«A tres kilómetros de Irache, parte de la carretera de Estella á Los Arcos y Logroño un camino vecinal que acaba en Iguzquiza. Es este un pueblo miserable, de casas malas, y una iglesia humildísima. El alcalde nos ha servido de guia para ir al funesto lugar. Por torcidos y pedregosos senderos, de aspecto nada seductor, en un territorio seco y desnudo de arbolado, llégase á un angosto y profundo barranco, cuajado de matas de boj, zarzales y otros arbustos espinosos. Aun ignorando que en el seno de aquella siniestra hondonada está la sima fatal, el espíritu se aterra, el corazon se oprime, una voz oculta dice que allí debe haber imprescindiblemente algo terrible.

»Desciéndese al barranco por una vereda espantosa, en que á cada paso cree uno que irá á caer para siempre en un abismo sin fondo. Ya en el vértice de la profundidad, que parece un cono vacío vuelto al revés, no sé hasta qué punto un hombre solo defenderíase del miedo. Súbese, desde el vértice, abrupta pendiente de no muchos pasos, al cabo de los cuales se toca el borde de la sima, que es una abertura irregular, como de veinte metros de circunferencia, pozo insondable preñado de tinieblas y misterio.

»Nadie ha osado jamás medir la profundidad de este abismo. Tendido en el suelo, boca abajo, y asomando la cabeza, he creido distinguir el brillo del agua que hay en el fondo. Arrojando una piedra, de tamaño regular, hemos contado, con el reloj á la vista, que tarda siete segundos en llegar al fin. Repetida la experiencia varias veces, aquel término ha oscilado de siete á diez segundos, lo que dependerá de la mayor ó menor velocidad de la piedra, en relacion con su tamaño. Al caer, produce el cuerpo un ruido sordo y cavernoso, imposible de explicar.

»Allá conducia Rosas Samaniego sus víctimas. Colocábalas al borde de la sima, las arrodillaba, disparaba un fusil ó su rewolver contra el desventurado, y este, muerto ó herido, precipitábase á la horrible profundidad, chocando antes tres ó cuatro veces con las rocas salientes que

hay en las paredes laterales. Un segundo despues, todo habia terminado. No consta de una manera fija el número de las víctimas sacrificadas por ese procedimiento. Pero que no debe caber la menor duda que se empleaba, lo corroboran autorizadísimos testimonios, entre los que no poco valia el de don Torcuato Mendiri, quien, en una comunicacion dirigida tiempo atrás al general Quesada, con ocasion de cierto expediente instruido sobre tan desagradable asunto, afirmaba ser positivo, por desgracia, que Rosas efectuaba las ejecuciones en aquella forma, que lo lamentaba, y sentia no poder evitarlo del todo, por tratarse de una partida suelta é independiente que mandaba un bandido, de cuyas fechorías no cabe la responsabilidad á ninguna bandera política. (1)

»Asegúrase, y tomo á fábula, que son muchas las que con respecto al particular circulan, que uno de los condenados se agarró á Rosas, y trabaron ambos una lucha á cuerpo, por resultas de la cual estuvieron en peligro de caer los dos, hasta que separados los contrincantes, cumplióse la sentencia.

»Al márgen de la sima crece un árbol, hoy sin hojas, que tiende sus secas ramas sobre el abismo. Arranqué una de esas ramas y me la llevé como recuerdo. Apegado contra este árbol, una singular fragancia me hizo descubrir, entre vulgares yerbecillas, multitud de pudorosas violetas silvestres; florecian allí, en aquel tétrico lugar, como suelen florecer al borde de las tumbas. La naturaleza, mas caritativa que los hombres, ha depositado sus ofrendas en honor de los mártires de Iguzquiza.

»Con un peso en el alma, sin fuerzas intelectuales para expresar las reflexiones que á mi mente se agolpan, y por trazar lo que mis ojos han visto, de lo cual estas líneas son una pintura bien pálida, héme retirado, lleno de dolor, del funesto barranco, que debiera cegarse, para extinguir un tanto ese infame rastro de la ferocidad humana.

---

(1) Gergon, el principal ejecutor de las sentencias, ha sido fusilado junto al paraje de sus crímenes.

»Las gentes del pueblo hánse admirado, á nuestro regreso, de que hubiésemos descendido al fondo de la hendidura donde está la sima. Solo por grave compromiso los del pueblo se atreverian á ello. La idea de la sima les inspira horror, pues ha dado pié á leyendas espeluznantes: los labradores que trabajan por aquellos contornos, y los pastores, dicen haber oido, á veces, brotar del abismo rumores estraños, que, naturalmente, no pueden ser sino gemidos de almas en pena.» (1)

Volvamos al viaje régio.

Pasado el pueblo de Azqueta, en que salí yo al encuentro del Cuartel Real, desde Iguzquiza, fuimos á Urbiola, pueblo enclavado en el preciso punto en que la carretera cruza entre Monjardin y Montejurra. Detúvose la comitiva, y S. M., acompañado del E. M. y Escuadron real, escaló la formidable posicion de Montejurra, que saludó la visita del monarca, con salvas disparadas por cañones Witworth cogidos á los carlistas. El fuerte de Montejurra, con sus ocho troneras, fosos, reductos, etc., era mas importante por su posicion que por su construccion. Debe mas á la naturaleza que al arte. La montaña, en sí, es ya una fortificacion inexpugnable. Don Alfonso quedó muy satisfecho de la ascension; pero no pudo disfrutar del soberbio panorama que desde la cima se descubre, á causa del mal estado de la atmósfera. Bajando la cuesta del Montejurra, por Luquin, resbaló el caballo que montaba el general Quesada, y ginete y caballo vinieron al suelo, recibiendo aquel unas contusiones en el brazo izquierdo y en el pecho, sin que, por fortuna, el daño tuviera trascendencia. Continuó el viaje Quesada en el coche del marqués de San Gregorio, y púsose á descansar tan luego como llegó á Los Arcos.

No describiré las líneas estratégicas del S. de Estella, porque es tarea que muchos, mas oportunamente, han cumplido. Déjese, pues, de tomar como descripcion lo

(1) La diputacion foral ha hecho esplorar la Sima; pero los trabajos no han podido realizarse con suerte, ni han dado luz alguna que aclare los sucesos.

poco que me permitiré reseñar, por ser dócil á mis impresiones.

Montejurra y Monjardin constituyen los dos centinelas meridionales de Estella. El primero está á la izquierda de la carretera, viniendo á Estella: el segundo á la derecha. Montejurra es un cerro prolongado y de considerable elevacion, cuya estremidad N. comienza detrás del convento de Irache, y cuyas últimas estribaciones se pierden á pocos kilómetros de Allo, teniendo á su falda los pueblos de Luquin y Barbarin. Monjardin, altura aislada, casi rematada en punta, con un mogote en su cúspide, fué el último castillo que conservaron y perdieron los árabes en Navarra. En torno de la eminencia de Monjardin, que desde léjos como desde cerca no se puede confundir con ninguna otra, están los pueblos de Villamor, Azqueta, Urbiola, Abaigar, Murieta, Legaria y otros varios, difíciles de recordar.

Almorzamos en Urbiola, y la emprendimos carretera abajo, pasando por sitios regados frecuentemente, durante esta guerra, con sangre española, y empedrados de plomo, porque los ataques, retiradas, escaramuzas y amagos, siempre sangrientos habidos en esta region, ocuparán media historia de la campaña de Navarra.

Desapacible jornada sufrimos: viento sin cesar, llovizna, chubascos á intérvalos, frio á veces, horizonte poco despejado. Agréguese á esto el aspecto de las comarcas recorridas, las mas ingratas á la vista que hay en el país vasco-navarro. Al abandonar y entrar en tierra de Los Arcos, cambia un poco la fisonomía del país, que pierde algo de su tinte navarro y adquiere un marcadísimo tinte castellano. Ya no se oye hablar el vascuense, que todavía suele oirse, mas ó menos adulterado, en muchos pueblos del interior de Navarra.

Pero el país no mejora; seco, despoblado, sin árboles, sin una mala vivienda en estensiones dilatadas, el verano debe ser aquí cruel, como el invierno debe ser horroroso. Desde Urbiola á Los Arcos, trayecto de dos horas, es de todo punto imposible hallar la mas insignificante amenidad.

No discrepó el recibimiento de Los Arcos del de los de-

más pueblos, sino en las verdaderas demostraciones de entusiasmo con que las mujeres del pueblo saludaron á don Alfonso, especialmente á la salida del templo. Existen allí, á no dudarlo, mas liberales que en el interior. Casi atreveríame á decir que los liberales son mayoría en Los Arcos. Esta es una villa de 3,000 vecinos, regada por el Adron, afluente del Ebro, que nace en el puerto de Cóides, en la Sierra de Cantábria. Pertenece Los Arcos al territorio de las Cinco Villas de Navarra. Las cuatro restantes son: el Busto, Torres, Sansol y Armañananzas.

S. M. residió en la casa de Vicuña. Don Cárlos alojábase en la del mayorazgo señor Pujadas, en la que se alojó el general Primo de Rivera, quien nos acompañaba desde Pamplona. He de consignar que la Iglesia parroquial de Los Arcos es muy notable. Para celebrar la fiesta del domingo los jóvenes lucian su destreza en el juego de pelota. Sin el menor incidente digno de notarse transcurrió nuestra breve permanencia en Los Arcos.

XII.

De Los Arcos á Logroño.—Sansol y Torres.—Viana.—Sor Simona.—Triunfal entrada en Logroño.—Entrevista de S. M. con el Príncipe de Vergara.—Arcos, adornos é iluminaciones.—S. M. despídese de Espartero.

A la hora de costumbre partimos de Los Arcos. Las villas de Sansol y Torres, separadas tan solo por la carretera, demostraron cierto entusiasmo: los cerritos contiguos á estos pueblos, coronados de alegre muchedumbre, presentaban un hermoso golpe de vista. En Viana, pueblo célebre por su carlismo, el clero parroquial, con cruz alzada y pálio, aguardó á S. M. bajo un vistoso templete de ramaje y damascos, elevado en la calle principal del pueblo. Sor Simona, superiora del convento de Viana, muy apreciada entre los carlistas (ellos sabrán porqué) envió sus cumplimientos á D. Alfonso. Este admitió con agrado tantas deferencias; no se apeó y continuó, al trote, su viaje á Logroño. Pasado Viana, salió al encuentro de S. M. el Capitan general de Búrgos, señor Moltó, con una es-

colta de lanceros. En el puente de las Cañas, límite de Navarra y Castilla, esperaban á la comitiva régia las autoridades civiles, comisiones de la Diputacion, del Ayuntamiento y de la Audiencia de Logroño, y comisiones de la Audiencia y de la Diputacion de Zaragoza. Tambien estaban allí, aunque para despedirse, las comisiones navarras.

Conocido mi poco afan de ponderar, tendráse por justicia el que encomie hasta el mas alto grado la recepcion que mereció S. M. por parte de los logroñeses. Fué una de las pocas ocasiones en que los despachos oficiales no exageraron. Flores, palomas, vivas entusiastas, todo se nos produjo con más profusion que en las anteriores localidades. Los balcones veíanse llenos de elegantes jóvenes; las calles, de gentío inmenso; los árboles de los paseos, de racimos humanos. En cierta calle hubo un verdadero diluvio de coronas de laurel con cintas de colores. Los que íbamos en pos de S. M , no teníamos mas que levantar los brazos por convertirlos en sartas de coronas. Oido el *Te-Deum*, en la Colegiata con asistencia del Obispo y de todo el cabildo, dirigióse D. Alfonso á la morada del duque de la Victoria. La entrevista de S. M. con Espartero es uno de esos actos que no pueden describirse y que hondamente impresionó á cuantos la presenciamos. El general Espartero, notablemente delicado de salud, saludó con frase temblorosa y acento conmovido, en el jóven Rey, á la égida de la paz, al símbolo de la regeneracion patria. S. M. devolvió, con segura elocuencia dichas frases al ilustre veterano. Ambos abrazáronse cariñosamente.

No enumeraré, uno por uno, todos los arcos y adornos dignos de notarse. En dos de los primeros me fijaré tan solo. El uno, no nuevo, puesto que sirvió, menos completo que entonces, para la entrada del Rey el año 1875, estaba frente á la estacion del ferro-carril y representaba un castillo de colosales muros. En su fronton leíase «*La Paz por D. Alfonso XII.*» A los lados los nombres de los generales que contribuyeron á la pacificacion del pais y de las acciones mas notables que ocurrieron en la guerra.— El otro, erigido en la calle de los Arcos, junto á la Cole-

glata de la Redonda y á la vista del Palacio municipal, residencia de D. Alfonso, era una inmensa A, por debajo de cuya abertura inferior, que es lo que constituia el arco, pasó toda la régia comitiva y desfilaron las tropas. Esta A, era por un frente la letra central de la palabra *Paz*, y por otro la inicial régia de la frase *por A. XII.* Puede darse una idea de este arco, en la siguiente forma:

1.° 2.°

PAZ PORAXII

Estas letras aparecieron iluminadas, por la noche, con vasos de colores. Circundábanlas varias inscripciones. En el travesaño de la A, leíase «*Logroño á Alfonso XII.*» En el frente de la *Paz* los nombres de Concha y Barcáiztegui, con gasas y coronas de laurel y siemprevivas. En el frente opuesto, los nombres de Quesada y Martinez Campos. Como decorados esteriores fueron de notar los del casino, el juzgado, el Instituto, los cuarteles y otros. El círculo republicano federal de la Amistad puso tambien adornos, y sus sócios dispararon, al pasar el rey, cuarenta docenas de cohetes. Del centro de la calle de los Arcos pendia un gran globo de papel, que se abrió al pasar la régia comitiva, y despidió inmensidad de palomas. Este globo fué iluminado interiormente y producia un hermoso efecto. El castillo de fuegos artificiales, magnífico; y al dispararse una alegoría final, descorrióse un trasparente en que se leia: «*¡Viva el rey Alfonso XII y el ejército vencedor!*»

En los alojamientos obtuvimos especiales atenciones. Desvivíanse los logroñeses por hacer grata nuestra estancia en la capital. A las diez de la mañana del otro dia (8 marzo), personóse S. M. en carretela, á la casa del Príncipe de Vergara, con el objeto de darle un abrazo de despedida. Tanto en esta visita como en la anterior, la señora duquesa de la Victoria esperó á S. M. en el primer descanso de la escalera.

Las escoltas, guardias reales, esceptuando los alabarderos, los ordenanzas con los caballos, y la impedimenta

toda, partieron á las primeras horas de la mañana del 8, con direccion á Peñacerrada y Vitoria. El resto del Cuartel Real salió en el tren á la una de la tarde.

XIII.

De Logroño á Vitoria por el ferro-carril.—Los pueblos del tránsito.—Manifestaciones antifueristas.—Miranda de Ebro.—El camino de Vitoria.—Marcha de fuerzas con direccion á Madrid.—Vitoria.—El bello sexo vitoriano.—La Torre de Santa Cruz.—Festejos nocturnos.—Recepcion.—Bellezas de Vitoria.—Un tren sanitario.—Funcion de gala.

A la una en punto entraba S. M. en el wagon real y el tren se ponia en movimiento. El anden estaba poblado de comisiones oficiales, personas notables y bellísimas jóvenes, quienes, por lo general, lucian trajes de terciopelo, mantilla blanca y peineta. La banda de música del segundo de artillería de á pié tocaba la marcha real, y en la extension de un kilómetro, no dejamos de oir vítores y aclamaciones.

En la estacion de Fuenmayor, muy bien engalanada, vimos inmensa concurrencia de todos los pueblos comarcanos que saludó al Rey con estridentes vivas. En Cenícero fué asímismo entusiasta el recibimiento. El tren no paró mas que breves minutos en las estaciones. Las gentes, agolpadas al anden, gritaban de una manera desaforada: «¡Abajo los fueros! ¡Paz sin fueros! ¡Viva la Paz!» Disparábanse cohetes á centenares; las músicas de los pueblos lanzaban al aire sus ruidosos ecos, y las autoridades, con el clero, se acercaban al wagon régio á saludar á S. M. Poco tengo que añadir respecto de Haro y Miranda. En ambas hicieron los honores, no ya un destacamento, sino fuerzas con bandera y música. Los gritos de «¡Abajo los fueros!» sucediéronse como en las paradas anteriores.

En Miranda esperaban á S. M. los generales Quesada, O'Ryan y Pino, todo el estado mayor del ejército de la izquierda, el gobernador civil de Búrgos y numerosas comisiones de esta última provincia y de Álava. Verificado

el cambio de vía, púsose en marcha el tren directamente hácia Vitoria. No nos detuvimos ni en Manzanares, ni en la Puebla, ni en Nanclares, á pesar de que todos estos pueblos saludaron al tren real con vivas y repiques de campanas. Todo el trayecto, desde Miranda á Vitoria, estaba cubierto de tropas. A cada veinte ó treinta metros, encontrábamos bien una pareja de caballería, bien un peloton de infantería, bien un centinela aislado.

Por la carretera vimos pasar con direccion á Miranda varios batallones. Pertenecian á las fuerzas que debian entrar en Madrid con el Rey, y parte de las cuales se habian embarcado ya. En Miranda se encontraba un jefe de Estado mayor encargado de hacer los embarques. Pidiéronse al efecto veinticuatro trenes.

Hicimos el viaje con una celeridad estraordinaria, desconocida en nuestras líneas férreas. El Rey asomábase á la portezuela en todas las estaciones. Venia en el tren el obispo de Calahorra, ocupando asiento en uno de los coches salones.—Tuve el gusto de disfrutar de la amable compañía del coronel del 2.° de artillería de á pié, señor Arespacochaja, del inspector general de telégrafos señor Perez Bazo, del comisario de guerra del cuartel real señor Ibañez, y del capitan de artillería afecto al cuartel real señor Goicoerrotea.

Durante toda la mañana, segun parece, habia llovido en Vitoria, y cuando nosotros llegamos el tiempo estaba lluvioso aun y las calles convertidas en lodazales. Montó el Rey en un carruaje, y solo con las principales personas de su comitiva y la escolta de húsares que hallamos dispuesta en la estacion, dirigióse á la Catedral, y de allí, sin ir siquiera precedido de batidores, al Palacio de la Diputacion, su residencia. Las gradas del Palacio y los salones que el Rey tenia que atravesar estaban cuajados de bellas señoritas, de la distinguida sociedad de Vitoria, que victoreaban á S. M. estrepitosamente. Despues colocáronse, ofreciendo un animado golpe de vista, en las graderias del vestíbulo, desde donde presenciaron el desfile, mientras D. Alfonso lo presenciaba desde el balcon de Palacio. El desfile terminó ya entrada la noche.

Es el bello sexo quien puede y debe reclamar para sí

la gloria de la ovacion dispensada en aquella capital al nieto de Isabel la Católica. El mejor arco de todos era el erigido al extremo de la hermosa calle de la Estacion, esquina á la de Postas. De dimensiones gigantescas é iluminado con profusion de luces, que contenian la inscripcion siguiente: «*Las señoras á S. M. Alfonso XII.*» La misma calle de la Estacion, como muchas otras, estaba pomposamente adornada con elevados mástiles y gallardetes, entrelazados aquellos con guirnaldas, de las que pendian numerosos farolitos. En la plaza de la Diputacion, delante del Palacio, existia otro arco triunfal, cuyas inscripciones no diferian esencialmente de las acostumbradas.

En el centro de la Plaza Nueva elevóse una torre transparente, igual en extructura y dimensiones á la Torre del alto de Santa Cruz, principal defensa de Vitoria en los últimos tiempos. Los frentes del torreon llevaban inscritos los hechos y nombres mas notables de la guerra. El castillo de fuegos artificiales quemado en la plaza Vieja, en presencia del Rey, que lo contempló desde el palacio de la Capitania, escedió en mérito y brillantez á cuantos habíamos visto.

El dia que se celebró en Palacio, una solemnísima recepcion oficial, fué especialmente concurrida por señoras. La mantilla blanca seguia vencedora sobre los trajes de córte. Pocas capitales de provincia tienen una sociedad tan numerosa, tan elegante, tan fecunda en bellezas como Vitoria. Dicho sea esto, sin ofender ni menoscabar á ninguna otra provincia.

Con dos jornadas llegaron á Vitoria las fuerzas que salieran de Logroño el 8, á pié, por el camino de Peñacerrada. Cada cual pudo ya disponer de su asistente y de su caballo. Vitoria presentaba una animacion extraordinaria. Los toques de las cornetas y los sones de las músicas llenaban todos los momentos del dia. La capital de Alava es una hermosa poblacion, que impresiona muy agradablemente al forastero; las calles distínguense por lo anchas y limpias; sus edificios por lo correctos y cómodos. La Plaza Nueva es un cuadro de sillería de 220 piés, cuya línea dividen 19 arcos sostenidos en postes con pilastras dóricas. Pero nada tiene Vitoria tan bello como sus alre-

dedores, en lo cual bien pudiera sostener el parangon con cualquier otra ciudad de España. No pasaré por alto el delicioso paseo de la Florida, especie de vergel en que se disputan la palma los encantos mas deleitables. Vitoria no es solo una ciudad estratégica; es tambien una ciudad industrial.

En la estacion del camino de hierro tuve la satisfaccion de observar el primer tren sanitario que ha recorrido las líneas-férreas españolas. Componíalo una série de wagones de mercancías, nuevos, llevando en su interior camillas suspensas con correas, formando dos techos, segun el sistema que usaron los franceses y alemanes, al improvisar trenes sanitarios, en la guerra de 1870-71. El personal disponia de un wagon de 2.ª clase. Hallábase aquel tren tal como habia salido de Madrid, y no llegó á prestar servicio. Tarde habíase acordado la Sanidad Militar de acudir á un recurso tan imprescindible, y que tanto hubiera servido en algunas ocasiones, en el Norte como en Cataluña. Dado el carácter provisional é improvisado de aquel convoy, es seguro que á estas horas los wagones habrán vuelto á su antiguo destino; y cuando la necesidad surja nuevamente, nos hallaremos en el mismo caso que antes, es decir, sin un medio apropiado y saludable para transportar por el camino de hierro á los heridos, y estos volverán á ser amontonados en wagones de tercera y en wagones de mercancías, exentos de asistencia durante el viaje, entregados á todas las incomodidades y á todas las angustias. ¿Por qué la Direccion de Sanidad Militar no manda construir expresamente un tren sanitario, que reuna las condiciones de los que han adoptado como definitivos las primeras potencias de Europa?... ¿Tan mezquinos hemos de ser en un asunto que atañe de un modo tan directo á los intereses de la humanidad, nosotros que tanto derrochamos en servicios inútiles, en lujos supérfluos, en rumbosidades arbitrarias?...

Por la noche del dia 9 hubo en el Teatro Principal funcion régia, con asistencia solo del Cuartel Real y de las personas invitadas. Actuó una compañía de zarzuela, —mejor que la de Pamplona—en que figuraban las primeras tiples Tor y Williams. Por cierto que cuando esta

última cantó unas malagueñas, en la zarzuela *Nadie se muere hasta que Dios quiere*, una parte del público permitióse ciertos gestos y ciertas manifestaciones, que argüian poco respeto hácia la persona en cuyo honor se daba la funcion. Durante uno de los intermedios leyéronse poesías de muy escaso mérito; verdad es que los buenos poetas de Vitoria mantuviéronse retraidos. Líbreme Dios de censurarles por eso; soy el primero en reprobar que la poesía, rebajando sus vuelos, se pliegue á las exigencias de la adulacion servil y de la etiqueta cortesana.

Con tanta fé como los pueblos de la Rioja gritaban: «¡Abajo los fueros!» los alaveses gritaban: «¡Vivan los fueros!», y esta reclamacion lo mismo estaba en sus lábios que en sus corazones, que al lado de los tarjetones de «¡Viva la paz!» que descollaban por do quiera. Satisfechos de Vitoria y agradecidos á los vitorianos, el dia 10, á las ocho de la mañana, partimos en direccion de Vizcaya.

XIV.

De Vitoria á Durango.—Villareal.—El puerto de Arlaban.—Una fuente reparadora.—Límites de Alava y Vizcaya.—Ochandiano.—Temporal horrible.—San Antonio de Urquiola.—Paisajes incomparables.—Las peñas de Mañária.—Mañária.—Primavera en invierno.—La quinta de Arana.—Durango.—Llueve á torrentes —Una mesa redonda en Durango.—Recuerdos á D. Cárlos de Borbon.

Siempre por camino llano, y cruzando pueblos tan insignificantes como Gamarra, Miñano, Luco, Urbina y Gojain, llegamos, sin el menor incidente digno de señarlarse, á Villareal de Alava, en donde apenas habia casa que no conservase huellas de proyectil de cañon. Los voluntarios liberales de la comarca, divididos en destacamentos, custodiaban la carretera desde Vitoria. En Villareal, un grupo de muchachas, provistas de panderetas, dansó mientras pasaba la comitiva. Las demás gentes daban muestras de ser menos bulliciosas. A la derecha de Villareal existe el renombrado puerto de Arlaban, por donde cruza la carretera de Vitoria á Vergara, la cual parte de

Vitoria junto con la carretera que seguíamos nosotros. Aquellas alturas, que coronadas á la sazon de oscuros nubarrones afectaban un tinte siniestro, fueron teatro de una de las mas importantes acciones libradas por el ejército de la Izquierda.

Mas allá de Villareal el camino se accidenta un poco. A la derecha, en la vasta esplanada que hace frente á un gran establecimiento balneario,—el de Elosu, si no me equivoco—acampaban fuerzas de la division Villegas. Este general adelantóse á saludar al Rey.—Despues de algunos kilómetros de no encontrar pueblo, ni caserío, ni una mala venta, tropezamos con una fuente cristalina, cuyo líquido nos supo á gloria. No léjos de la fuente márcase la línea divisoria de Alava y Vizcaya. La indicaba entonces un sencillo arco de triunfo—medio destrozado por el viento—en el cual leíase: «*A S. M. el Rey Don Alfonso XII, Señor de Vizcaya.*» El primer pueblo vizcaino, por aquel lado, es Ochandiano. Antes de que llegásemos á él, desencadenóse un horrible temporal de viento y agua, que en breves instantes nos caló hasta los huesos, á despecho de capotes é impermeables.

Ochandiano es una villa que nada tiene de comun con las alavesas. Advertí, al pasar de Alava á Vizcaya, el mismo contraste que Guipúzcoa y Navarra, y entre Navarra y la Rioja. Todo lo que íbamos viendo revestia un carácter totalmente distinto. Aparte de la celebridad que han conquistado á Ochandiano sus aguas sulfurosas, no me pareció aquella una poblacion despreciable ni mucho ménos.—En mi rápido vistazo noté particularmente algunas casas solariegas, y la torre de la Iglesia, torre que es de formas monumentales.

A la salida de Ochandiano nos lanzamos á galope tendido. El chubasco arreciaba, y el camino habíase puesto intransitable. Los Alabarderos formaron al márgen del camino, cual si no lloviese, para dejar paso al Rey. Todas las escoltas de infantería y la impedimenta que marchaban á la vanguardia quedaron atrás. Ya que por incidencia nombro á los Alabarderos, aprovecharé la ocasion para tributarles el mas cumplido elogio. Eran sin el menor género de duda los que llevaban mas penoso

servicio en el Cuartel Real; los que menos podian reponerse de sus fatigas. Hicieron todas las jornadas á pié, lo cual, si bien no constituia para ellos una gran novedad—pues todos ellos son antiguos militares—no consonaba con las costumbres, con las obligaciones, y con los fines de su instituto, meramente palaciego. Andaban, cuando no en el polvo, en el barro, sufriendo la lluvia, deslu-ciendo los uniformes, cargados con la pesada mochila, mas pesada que los morrales de la tropa, y con el fusil; y al llegar á un pueblo, bien lo sabian, á todos les tocaba indefectiblemente permanecer de servicio. Su primera ocupacion era sujetarse á una especie de *toilette*, limpiar el polvo ó el lodo de sus polainas, cepillar fuertemente su traje, acicalarse de piés á cabeza, y disponerse á cubrir los puestos de rigor, ni mas ni menos que si se tratara del Palacio de Madrid. Y al dia siguiente volvian á emprender la marcha, para renovar su modo de ser del dia anterior. Tan irreprochable aseo alardeaban esos hombres, que sus uniformes, al término del viaje, parecian intactos. Nadie ha tenido jamás una sola frase para la conducta de los Alabarderos en aquella prolongada escursion. Yo me complazco en dedicarles estas breves líneas, que si no reflejan con extension todo el mérito de sus servicios, envuelven un tributo de justicia que legítimamente les corresponde.—Tórnase cada vez mas montañoso el terreno, y frondosísimos bosques lo cubren. Pero la lluvia nos impedia gozar la belleza del paisaje. Grupos de soldados de infantería, entre las espesas arboledas apostados, presentaban marcialmente sus armas á nuestro paso. El ruido del agua, cayendo esta en los cenagosos charcos y azotando con violencia las hojas de los árboles, debilitaba el sonido de las cornetas, cuyos toques de la marcha real brotaban, por diferentes direcciones, del seno de la espesura.

Llegamos á San Antonio de Urquiola, punto el mas alto que debíamos pisar entre Vitoria y Durango. San Antonio de Urquiola es un célebre santuario, con hostelería de peregrinos, y algunas casas esparcidas á su alrededor. Como posicion estratégica, tiene gran importancia, merced á las Peñas de Mañária,—que se conocen

tambien por Peñas de Urquiola—posiciones formidables que son la llave de Vizcaya, dominando una inmensa extension de territorio. Las Peñas de Mañária guardan cierta anología con las de Monserrat, de Cataluña. Como es fácil suponer, han jugado papel en nuestras contiendas. Allí tuvo lugar uno de los primeros hechos de armas de la segunda guerra carlista. Desde Urquiola, en donde comenzó á calmarse la tormenta, descendimos por una série de cortos é interminables zig-zags, abiertos en una recta pendiente, al fondo de la garganta que sirve de nido á la anteiglesia de Mañária, lugar encantador y pintoresco, que parece invitaros á que abandoneis la prosa de las ciudades. Lo que allí seduce y admira es la exhuberante vegetacion, para la cual no hay estaciones, pues en pleno marzo me recordó el junio de otras zonas. Permítome atribuirlo al amparo que contra los fuertes vientos prestan las alturas vecinas, y al enorme caudal de agua que se precipita por las vertientes de las rocas, ora formando espumosas cascadas, ora caprichosos saltos, ora deslizándose suavemente, á través de matizadas hierbecillas, en múltiples derroteros, como si una mano hábil lo distribuyera de suerte que nada escapase á su bienhechor influjo.

Mañária dista una legua de Durango. El camino atraviesa un valle delicioso. Son de notar la quinta de Arana, magnífica posesion, á la derecha de la carretera, y una ermita y caserío de Iruzza que es como un barrio de Durango. El camino sigue siempre paralelo al curso del Mañária, riachuelo que nace en las Peñas de Urquiola, para morir en la corriente del Ibaizábal, en Durango. Llovia, como se dice, á cántaros, cuando S. M. entró en la ex-córte carlista, por bajo un gran arco triunfal, entre cuyas incripciones leíanse las de «*Vivan los...*», con indicios de haber hecho desaparecer el resto alguna mano antifuerista. Sea efecto de la lluvia ó de lo que fuese, las calles afectaban una notable desanimacion, y en los balcones habia escasa gente. Dieron vivas al Rey los individuos del nuevo ayuntamiento y los soldados que cubrian la carrera. La Iglesia parroquial estaba cerrada y el clero no tuvo por conveniente cumplimentar al Rey. Instalado

S. M. en su alojamiento, corrieron las órdenes oportunas para que la iglesia fuese abierta, el clero ocupase su puesto, y se cantase el *Te-Deum*, como en efecto se hizo, con asistencia de S. M.—Si he de hablar francamente, nos cuidamos mas de secar nuestros cuerpos y nuestras ropas, junto á la chimenea, que de pasear por la poblacion, que supera en algunos detalles á ciertas capitales de provincia. Obtuve alojamiento con Padró, Gimemez Romero y Blay en una fonda ó posada, no despreciable, cuya mesa redonda nos proporcionó un incidente, gracias á la diferencia de opiniones de los comensales.—Sin duda alguna no hay poblacion vasco-navarra que conserve tantos recuerdos del Pretendiente, como Durango, á la cual podia llamarse «capital del Estado carlista.» (1) Alojábase don Cárlos, al principio, en la casa de Orue. Despues pasó á la de Ampuero, y por último en la de Arguinzonir, fuerte propietario de la comarca, emigrado del territorio carlista por haber sido uno de los firmantes del convenio de Amorevieta. En la casa de Arguinzonir es en donde se alojó el Rey Alfonso.

La lluvia continuó, á intérvalos, toda la noche, y no relevaba síntomas de ceder en todo el dia siguiente. Con todo, á las 7 de la mañana dióse la señal de marcha. S. M. envuelto en el impermeable, que le confundia con los demás individuos de su séquito, abandonó su residencia, cruzó el antiquísimo púente de piedra tendido sobre el Mañária, pasó ante varios batallones allí formados, por el bonito parterre lindante con nuestra fonda, y tomó la direccion de Bilbao.

---

(1) SECRETOS É INTIMIDADES DEL CAMPO CARLISTA.—Capítulo: *La Córte de Durango: fisonomía de don Cárlos de Borbon.*

XV.

De Durango á Bilbao.—El Ibaizábal.—Amorevieta.—Galdácano.—El Portazgo de Urgoiti.—El Nervion.—Begoña.—Recibimiento entusiasta en Bilbao.—Los Auxiliares.—Recuerdos del tercer sitio.—El paseo del Arenal.—La villa y sus fuertes.

No habíamos andado dos leguas cuando un ángulo del cielo se despejó y el astro solar nos envió sus rayos. El Ibaizábal serpentea caprichosamente al lado de la carretera; de esta y á no muy larga distancia de Durango, sepárase el camino de Güérnica; el Ibaizábal, que tiene su orígen en la Peña de Amboto, al S. de Elorrio, apártase de la carretera en Zornoza, y se confunde con el Nervion cerca de Bilbao. A las once de la mañana llegamos á Amorevieta ó Zornoza, lugar que debe su notoriedad á cierto famoso convenio. Se dispuso el almuerzo del Cuartel Real en la mejor casa de Amorevieta. Dos leguas llevábamos de camino, y nos restaban tres hasta Bilbao. En la extensa barriada de Galdácano, sitio célebre por los atropellos de que allí fué objeto una ambulancia de la Cruz Roja cuando el sitio de Bilbao, de 1874, y pasado el Portazgo de Urgóiti, volvimos á recorrer el curso del Ibaizábal, el cual únese al Nervion á la altura de Echavarri. El Ibaizábal significa, en la lengua del país, *rio grande*; y mas que un rio con caudal propio, es la reunion de multitud de riachuelos que descienden de las cordilleras vecinas. En el paraje próximo á su confluencia con el Nervion, el Ibaizábal siente los flujos y reflujos de las mareas, á favor de las cuales puede sostener embarcaciones de algun calado.

El profundo valle del Nervion es tan rico por la fertilidad de su terreno, como por las diferentes fundiciones de hierro y fábricas harineras, á que sirven de motor las aguas de aquel rio. El Nervion es uno de los rios mas curiosos de la Península, ya por las extrañas evoluciones de su curso, ya por sus afluentes, ya por su orígen mismo. «Nace en la misma cresta del Pirineo, dice un escritor, y

el agua de sus fuentes cae en la notable hoya de Orduña, de una altura tan considerable que se transforma en lluvia, que impele al viento algunas veces con tal fuerza por la angostura de Délice, que la hace remontar al cielo, como para devolverla á su primitivo seno.»

El tiempo mantúvose inseguro: de cuando en cuando caian pequeños chaparrones y el viento soplaba sin cesar. A las tres de la tarde llegó el rey á Begoña, y oimos los cañonazos con que los fuertes de Bilbao anunciaban que el Cuartel Real estaba á la vista. En el puente de Bolueta un arco de triunfo revelaba los sentimientos del municipio de Begoña. El de Bilbao recibió á S. M. en el paseo de Miraflores, pronunciando el primer alcalde las siguientes palabras:

«El Ayuntamiento de la M. I. villa de Bilbao, fiel intérprete en esta ocasion de los sentimientos de todos sus habitantes, saluda á V. M. y se felicita con ellos cordialmente de que S. M., cediendo á los impulsos generosos de su corazon y al noble anhelo de procurar la concordia y bienestar á todos los españoles, haya conseguido con su presencia poner término á una guerra civil, deshonra de la nacion, economizando así la preciosa sangre de sus hijos.

»La Iltre. villa, que cercada estrechamente hace dos años, defendia su recinto y las libertades pátrias, mereciendo del público por su comportamiento un título que constituye por sí solo uno de los mas preciosos timbres, celebra hoy con júbilo vuestra régia visita.

»Celebrará este dia en adelante como uno de sus mas faustos sucesos por el grato recuerdo que, segun lo espera, confiada, la corporacion municipal, dejará para siempre en la memoria de sus habitantes.

»Espera esta ver realizadas sus aspiraciones en la persona de V. M. y se acoge á sus altas y reconocidas prendas para que guie sus destinos y los del país.»

S. M. contestó con sentidas frases, y continuó su marcha la comitiva régia, precedida del Ayuntamiento. Pasó por la brecha de Ibarguen; dirigióse á la basílica de Santiago, en donde se cantó un solemne *Te-Deum;* y por el camino de Bideharrieta marchó al paseo del Arenal; allí

vió el Rey cómo desfilaban las tropas, voluntarios y batallon de Auxiliares. No necesito pintar el entusiasmo de los bilbainos con ocasion de la llegada de su Rey. Numerosos arcos habíanse levantado en el Arenal y calles de la villa; uno lo costeó la Diputacion foral y Ayuntamiento; otro el batallon de Auxiliares; otro la industria, el comercio y la marina; otro las señoras—estos dos últimos eran notabilísimos—otro los emigrados; otro la guarnicion. Al igual que los arcos de triunfo, muchísimos balcones ostentaban, sobre sus colgaduras, inscripciones liberales y patrióticas, sin omitir las de «*¡Vivan los fueros!* En todo el tránsito de S. M. cayó una lluvia de ramos, poesías y coronas. El batallon de Auxiliares fué lo que dió mas carácter al desfile. Constituian aquel batallon todos los habitantes de la villa, que no siendo ya voluntarios, tomaron las armas durante el sitio y secundaron la accion de las autoridades y de la guarnicion. Los servicios de los Auxiliares en tan aciaga época, no serán nunca bien apreciados, ni serian jamás suficientemente recompensados.—Vestian de paisano, con traje oscuro, llevando por único distintivo una gorra, forma escocesa, con escarapela nacional. Los jefes no lucian galones ni usaban sable; sino carabina, como los demás individuos, solo que la llevaban terciada.—El Rey siguió con atencion vivísima el desfile de este cuerpo, de cuya marcialidad y buen porte hizo grandes elogios.—Terminado el desfile, subió Su Majestad á las habitaciones que se le tenian reservadas en el Palacio de la Diputacion.

Por la noche tuvo lugar la iluminacion, que habia de durar las dos noches sucesivas. Descolló la de la Plaza de la Constitucion, que era tambien el sitio adornado con mas gusto. Aquella plaza es un cuadrado simétrico con arcadas y edificios iguales, sobresaliendo únicamente la Casa-Diputacion. En uno de sus edificios está el principal casino de Bilbao, que compite con los primeros de España Dos músicas alternaron bajo los balcones de Palacio. La guardia exterior de este la prestaban los forales de Vizcaya, y la interior los Auxiliares. S. M. dió un paseo por la poblacion, con el objeto de ver las iluminaciones, aunque estas desluciéronse por la inclemencia del tiempo.

De esta manera transcurrió el dia 10. El 11 debió considerarse como dia de descanso, puesto que lo consagró el Rey á visitar un fuerte y varios establecimientos y á la recepcion oficial. De noche hubo funcion régia en el teatro. En un intermedio presentáronse los Auxiliares, transformados en cuerpo de coros, á cantar las coplas con que hacian mas llevaderas sus fatigas en la época del sitio. Algunas de aquellas merecian notarse tanto por el sentimiento como por la composicion. Su carácter variaba: unas veces eran piezas bailables, otras romanzas coreadas, otras simples cantares populares. Citaré, como muestra, los trozos que plugnieron mas al público:

Madre mia que escuchas mi llanto
Y, hace poco me viste luchar,
Solo exijo de tí un beso santo
Como premio del pobre Auxiliar.

—

Esta gorra que llevo en mi frente
Respetuoso me la quito yo,
Y con ella en la mano saludo
A mi madre, á mi amada y á Dios.

—

En la calma renace el contento,
Niña mia, procura pasear,
Que tu vista mitiga un momento,
Las fatigas del pobre Auxiliar.

Entre la multitud de estrofas cantadas sobre una polka lindísima, véase la siguiente:

Sal niña hermosa,
Sal al instante,
Antes que vuelvan
A bombardear:
Que seria mi mayor tormento
Ir, sin verte, mi puesto á ocupar.

Como cantares, recuerdo estos:

Cuando llegue aquí Serrano
Iremos á las Arenas,

Para ver si conseguimos
Arrojar al mar las penas.

—

Ya la carne de caballo
Con afan se solicita;
Con el tiempo comeremos
Salchichas de dinamita.

—

Piensan al cielo subir,
Y de Bilbao entrar dentro;
Mas á fé que no entrarán
Ni en Bilbao ni en el cielo.

Los Auxiliares fueron, por lo tanto, los héroes de la funcion. Tuvieron que repetir todas las coplas, y el Rey inició siempre los aplausos. Esas canciones habian logrado levantar los ánimos en momentos bien críticos. Despues de la segunda derrota de nuestro ejército en Somorrostro, cuando el pánico cundia y la escasez de nuevas agravaba la situacion, y Valdespina intimaba la capitulacion de la plaza, (1) los Auxiliares, llenos de fé y animados, mientras todos los espíritus decaian, empezaron á dar serenatas al gobernador militar general Castillo, á las autoridades y á varias personas notables. Los cantos de los Auxiliares hicieron olvidar las malas noticias, poniendo en ridículo á los timoratos, y ya nadie pensó mas que en sostener la defensa, ni nadie dejó de abrigar confianza en el triunfo.

Bilbao es una bella capital, de 20,000 habitantes, con buenos edificios, calles tiradas á cordel y bien empedradas, clima saludable, comercio é industria de bastante importancia; tiene, á orillas del Nervion, el agradable paseo del Arenal, donde fué disparado el castillo de fuegos artificiales dispuesto para obsequiar al Rey; la poblacion es rica, y se ha distinguido siempre por su amor á la libertad. Acerca de su importancia estratégica, un escritor nacional dice lo siguiente: «Esta villa, la mas poblada, rica

(1) Al anunciar Valdespina la derrota de Somorrostro al general Castillo, intimándole la rendicion, este le contestó: «Como caballero creo á usted, como caballero me bato.»

é industriosa de las Provincias Vascongadas, y una de las mas lindas de España, ha sido siempre objetivo de los ejércitos que han invadido el país por los Pirineos Occidentales, como en la guerra civil la base y el punto de apoyo de uno de los que sostenian la causa de doña Isabel II. Situada al pié de elevados montes accesibles por todas partes, sin muros ni castillos que la protegiesen en su aislamiento, ha sido en las guerras nacionales del que ha sostenido la campaña con mas fuerza.» Y un escritor extranjero: «La villa es abierta, es decir, sin recinto fortificado continuo; mas ocho fuertes ú obras defensivas la convierten en una verdadera plaza de guerra, exigiendo, para apoderarse de ella, los trabajos lentos y sucesivos de un sitio regular. A unos 20 kilómetros, hácia el N., la embocadura del Nervion forma un vasto *estuaire*, defendido por la pequeña plaza de Portugalete: constituye una especie de concha en donde los buques de guerra encuentran un refugio contra las frecuentes tempestades del golfo de Gascuña. La posesion de Bilbao asegura á sus dueños un aprovisionamiento fácil por mar, al mismo tiempo que le da una base sólida para operar, sea hácia el interior de las Provincias Vascongadas, al S. ó al E., sea, en fin, al O., hácia Galicia y Asturias. Es, pues, natural, que en la guerra de los siete años, como en la segunda, Bilbao haya sido desde el comienzo de las operaciones el objetivo del partido carlista. Este partido, con efecto, tiene su centro natural en las Provincias Vascongadas y en Navarra, y debe, si no quiere perder ese centro, aprovisionarse del exterior por los desembarcos de armas, de caballos, de municiones, de cañones, de todo lo que constituye, en una palabra, el material necesario á las operaciones militares.» Bilbao sufrió el primer sitio carlista en junio de 1835; hubo de ser levantado al poco tiempo, gracias á la muerte de Zumalacárregui. El segundo á fines de octubre de 1836, y duró dos meses, siendo libertada la villa—que hubiera sucumbido inevitablemente—por el general Espartero, en la noche memorable de 24 de diciembre. El tercero, mas prolongado que los anteriores, empezó á fines de diciembre de 1873 y terminó el 1.° de mayo de 1874.

XVI.

El Rey en Galdames.—La ria de Bilbao.—Olareaga.—Deusto.—El puente de Luchana.—Las Arenas.—Algorta.—Guecho.—Portugalete.—Santurce.—Regreso de S. M.—El *Luchanita*.—Las cañoneras *Turia* y *Arlanza*.—El monitor *Puigcerdá*.—Paseo régio por la ria.—Segunda ovacion al Rey en Bilbao.

Inmediatamente despues de oir misa en Bilbao, á las nueve, en la basilica de Santiago, dirigióse S. M. en coche descubierto á la playa de las Arenas. Tenia á su izquierda al ministro de la Guerra, y enfrente al general Quesada y al alcalde de Bilbao señor Uhagon. Seguian otros varios carruajes, con los generales Laserna, Echagüe, Primo de Rivera, Loma, Trillo, Daban, Ruiz Dana, ministro de Marina, marqués de San Gregorio, brigadieres Velasco, Gamir, y Ruiz de Alcalá, conde de Mirasol, y otros ayudantes y personas de la alta servidumbre de S. M.

Aunque la salida se hizo sin prévio aviso, y pocos la sabian, pobláronse de gente los balcones y apiñáronse los curiosos á la calle, dificultando el paso del coche régio, que solo iba precedido de dos batidores, y llevaba dos oficiales ayudantes á los estribos. La escolta reducíase á una seccion de caballería.—Junto á las Arenas, embarcóse S. M. en el vaporcito *Luchana*, y atravesando la ria, pasó á Portugalete, cuyo municipio le recibió en el desembarcadero, y cuyo vecindario le aclamó con frenéticas muestras de cariño. Todas las casas estaban adornadas; elevados mástiles con flámulas ornaban el muelle; no faltaba tampoco el reglamentario arco de triunfo.

¿Pero nada he de decir del tránsito de S. M. por las márgenes de la ria? ¿No merece, por ventura, muchos párrafos esa continuada série de paisajes que se suceden en la orilla del Nervion, entre Bilbao y la barra, orillas envidiables, preñadas de recuerdos históricos, fecundas en riquezas, esmaltadas de verdor, pobladas de fábricas,

pueblecillos coquetones, *chalets* y pintorescas granjas? Tomemos por punto de partida el paseo del Arenal. Salgamos del recinto por una puerta, cuyo nombre ignoro, mas de la cual puedo decir que, en tiempo del sitio, el reducto en que está abierta, poderoso para la defensa de la ria, llamábase reducto de la Marina. Sin abandonar ni un momento la márgen del Nervion, éntrase en un paseo frondoso, de cuatro hileras de copudos árboles que me hacen recordar las *Halles marines* de Bayona, trazadas en las márgenes del Adour. Dichos árboles están casi floridos, la vegetacion es aquí mas precoz que en el resto de las provincias. Tres ó cuatro lindos hoteles, edificados en este paseo, atestiguan con sus pavesas los estragos de las bombas enemigas.

A continuacion el pueblecillo y astillero de Claveaga, rodeado de jardines. En seguida la anteiglesia de Deusto, que cumplimentó á S. M. con dos arcos de triunfo y abundantes vítores. Algunos súbditos ingleses que habitan en Deusto, izando en sus balcones la bandera inglesa, entrelazada con la española. El ex-cuartel de voluntarios, incendiado por los carlistas y del cual no quedan mas que ruinosos muros, ha sido adornado con guirnaldas de mirto, banderas nacionales y trofeos bélicos. Un letrero colocado en la derruida fachada, sobre la que fué puerta principal, dice: «Cuartel de voluntarios.» Un destacamento de estos prestaba guardia á tan heróicos escombros, y los Auxiliares daban guardia de honor al arco de la entrada de Deusto.

En un buen trayecto la via no es sino una calle: á la derecha del que camina con direccion á la barra la línea de casas de Deusto; á la izquierda las casas Zorroza. Un poco mas allá de Zorroza, desembocan en el Nervion, por la izquierda el rio Cadagua, y por la derecha la ria de Asúa. El guia se detiene y os dice con interés: «Hé aquí el puente de Luchana.» Con efecto; pero no es el puente que vemos en las estampas que reproducen el inmortal episodio; es él un puente moderno, bien nivelado con la carretera, de sólidos estribos, esbeltos poyos de sillería en sus extremos, y un grueso pretil de hierro. Contiguo al puente no hay mas vivienda que una vieja casucha de labra-

dor. Monumento que conmemore aquella terrible cuanto gloriosa Noche-Buena..... ninguno. Ni siquiera una sencilla cruz, una modesta lápida que haga saber al caminante que allí centenares de héroes sellaron con su sangre el golpe de muerte al absolutismo y la liberacion de la invicta villa.

El camino de la villa, derecha, no ofrece ya novedad hasta las Arenas. A la izquierda cada curva ó desviacion de la ria nos brinda con nuevos atractivos. Primeramente el titulado Desierto y su vasta fundicion de hierro, en donde se fabricaban las bombas que habian de arrojarse sobre Bilbao. Numerosas banderas españolas ondeaban sobre la fundicion y sobre los montones de mineral acumulados en torno de la misma. Despues Sestao, pueblo marítimo, frecuentado por muchas familias bilbainas en tiempo de verano. Un poco mas léjos, Portugalete, cuyo punto culminante es la iglesia, desde la cual hicieron la última resistencia los francos de Nouvilas, que al fin tuvieron que rendirse, quedando la plaza en poder de los carlistas. Breves instantes despues de su arribo á esta, dignóse almorzar S. M. en casa de la viuda de Palza, con las provisiones que de antemano trajeran los sirvientes de Palacio. En el ferro-carril minero, y ocupando un modesto wagon, fué S. M. á visitar las minas de Galdames. Algunos de la comitiva optaron por aguardar el rey en Portugalete; yo me cuento entre ellos; mas no para holgar, sino para completar mi conocimiento de la ria de Bilbao.

Así, pues, encaminéme á la nunca bien ponderada playa de las Arenas, centro de la mas distinguida sociedad durante el estio. El capitalista de Bilbao, señor Aguirre, gastó allí un dineral en levantar un magnífico establecimiento de baños, varias elegantes casas con departamentos amueblados y algunos *chalets*, cuyas construcciones conservan las huellas de los proyectiles lanzados por los buques liberales que bombardearon la costa. La playa de las Arenas da frente á la barra del Nervion, que en ocasiones, y era sin ir mas léjos, entonces, sumamente peligrosa. Desde la escalinata del establecimiento del señor Aguirre, con mis buenos amigos y compañeros, Haug-

thon, corresponsal de *La Independencia belga*, y Ramon Padró, el conocido dibujante, contemplé durante largo rato un cuadro soberbio. Las olas, encrespándose espumosas, violentamente agitadas por el temporal, obstruian la barra como muro infranqueable. La ria se ensancha notablemente en las Arenas, formando casi un paralelógramo, cuyo lado superior es la barra y el inferior la playa consabida. Prolongacion de esta es el lado derecho, por el bonito pueblo de Algosta, la anteiglesia de Guecho, que junto á las Arenas erigió un sencillo arco, en honor de S. M., y por remate la Punta de la Galea con su faro. El lado izquierdo da todavía mas tono á ese incomparable ingreso que, las furiosas oleadas aparte, tiene la ria de Bilbao. Lo componen las últimas casas de Portugalete, la bella Santurce, escalonada sobre un verde tapiz, en la falda del cerro en que está el fuerte de Mazos y el pico de Seráutes, que se destaca entre todas las alturas comarcanas, y á continuacion de aquel la eminencia mucho mas baja de Ciérvana, que internándose en el mar, casi á la altura de Galea, constituye el cabo de Luzuero, estremidad oriental de la ria de Somorrostro. El amigo Padró hubo de apuntar un ligero croquis de tan magnífico panorama, que no admite rival, y supera con mucho á toda descripcion.

Regresé á Portugalete. A las dos de la tarde salieron de Bilbao el escuadron, los alabarderos, las escoltas de infantería y parte de la impedimenta. Todos pernoctaron en Portugalete, á escepcion de la infantería, que lo hizo en Santurce. . . . . .

. . . . . .

En otra carta fechada en Bilbao, y que no juzgo conveniente reproducir con extension, terminaba el relato que empezé en Portugalete. Desde el wagon marchó el Rey al muelle á embarcarse en el *Luchana*. Este vaporcito de hélice, propio para la navegacion por la ria, es de poco calado y muy cortas proporciones, y por eso se le apellida el *Luchanita*. Estaba completamente pintado de blanco. En el momento del embarque régio las cañoneras *Turia* y *Arlanza* dispararon repetidas salvas, al igual que todos los fuertes del contorno. Aquel pedazo de ria

presentaba un hermosísimo cuadro. Las músicas resonaban en el muelle; todos los buques empavesados; los de guerra envueltos con los borbotones de humo de las salvas; multitud de pequeñas embarcaciones, con banderas nacionales, oscilaban al enérgico impulso de la marea; y el estruendo de las salvas, los acordes de la marcha real y el rugido de las olas, no bastaban juntos á amortiguar la bulliciosa gritería de los que, por obligacion ó por gusto, victoreaban al Rey Alfonso XII. Las quince ó veinte personas, á lo sumo, que componian la comitiva régia, llenaron el reducido puente del *Luchanita*. Zarpó este con rumbo á Bilbao. Seguíale un vapor de ruedas, á cuyo bordo iba una música tocando diferentes piezas. Venian detrás el *Turia* y el *Arlanza*. Como todos estos buques, y en especial el *Luchana*, son de buen andar, el trayecto se recorrió en una hora. Frente al Desierto hallamos el monitor *Puigcerdá*, que disparó los cañonazos de ordenanza, mientras la dotacion formada sobre cubierta, y varias señoras situadas en la torre central prorrumpian en vivas. Mas abajo, la goleta inglesa *Merlin*, único barco de guerra extrangero surto en la ria, saludó al convoy régio con veinte cañonazos; la tripulacion ocupaba las vergas, y la oficialidad, vestida de gala, descubrióse cortesmente, saludo que fué correspondido por S. M. En Zorroza y en Deusto tropas y voluntarios formaban á entrambos lados de la ria. Como esta, en aquel punto, se estrecha, los vítores y músicas de una orilla confundíanse con los de la otra; varios ginetes salidos de Bilbao escoltaban, desde tierra, el vaporcito sobre cuya cubierta estaba, de pié, S. M., rodeado de su comitiva. En el paseo entre Olaveaje y Bilbao tributaron al Rey sus cortesías los gigantones y enanos de la ciudad. Atracó el *Luchana* junto al elegante templete que se habia levantado en el muelle del Arenal. Salvas, cohetes en profusion, músicas, repiques, etc. atronaron los aires al desembarcar S. M., quien, en carretela descubierta y precedido de batidores, dirigióse por las calles principales á palacio, recibiendo una segunda ovacion, mas expresiva si cabe que la que recibiera el dia de la primer entrada. El paso de S. M. por la ria de Bilbao en la tarde del 12 de marzo, figura entre los mas precio-

sos episodios del viaje que refiero. Despues de comer asistió nuevamente al teatro D. Alfonso, y á indicacion suya volvieron á cantar los Auxiliares. Al dia siguiente á las ocho de la mañana nos despedimos de la invicta villa.

XVII.

De Bilbao á Castro-Urdiales.—La fundicion del Desierto.—El ex-cuartel general de D. Cárlos.—Chubascos y vendabales.—El alcalde de Santurce.—Hospitalidad vizcaina.—Teatro de las operaciones de 1874, frente á Bilbao.—La Juliana, San Pedro Abanto y Murieta.—Múzquiz.—La ria de Somorrostro y las minas.—Somorrostro.—El campamento de 1874.—Ingreso en la provincia de Santander.—Onton.—Mioño.—Los montañeses.—El laurel en alza.—Castro-Urdiales.

Por estar bajo la marea el Rey tuvo que embarcarse en Olaveaje para ir á Portugalete. Aquí montó á caballo y emprendió la jornada. El general Quesada con su E. M. y el corresponsal de la *Independencia belga*, marcharon á Vitoria en un tren especial, el primer tren que recorria el trayecto de Vitoria á Bilbao despues de tres años de interrupcion. Varios de los agregados al Cuartel Real preferimos ir á Portugalete por tierra, con el objeto de ver mejor la comarca. Cruzamos, pues, uno de los distintos puentes que enlazan la márgen derecha con los barrios de la izquierda, y tomamos el camino de Portugalete, sobre el cual se hallan los pueblos de Abando y Zorroza y la gran fundicion del Desierto, que merece los honores de pueblo, pues cuenta en derredor del vasto edificio principal con una barriada considerable, comercios, Iglesia, escuela gratuita; todo para uso de los obreros de aquella importante fábrica. En la prevision de que pasase por allí S. M., habíanse erigido arcos y dispuesto algunos adornos. Pasamos muy cerca de la quinta ó palacio de las Cruces, (1)

(1) «Para describir la poética situacion del palacio de las Cruces, residencia de S. M. el rey de España D. Cárlos VII, durante el sitio de Bilbao, fuera necesario trocar la pluma por el pincel; pues nada place tanto á la vista como ese delicioso valle. Paisajes y pintorescas montañas, constantemente cubiertas de verdura lo rodean, y de sus cumbres deslízanse ria-

en donde D. Cárlos tenia instalado su cuartel general durante el sitio de Bilbao. Atravesamos las calles de Sestao, y á poca distancia dimos con Portugalete. Dejando á nuestra derecha el ramal que conduce á Santurce, seguimos en la direccion de Castro. La tempestad que amagaba desde las primeras horas, descargó con toda su fúria. Hubo un instante crítico en que los caballos resistíanse á proseguir, ante los elementos desencadenados. El huracan arrojaba violentamente la lluvia contra nuestros rostros, y nos hacia vacilar sobre las monturas. En un caserío de Nocedal encontramos al alcalde y al secretario del ayuntamiento de Santurce, acompañados del tamborinero municipal, y todos ellos vestidos *de etiqueta*, que venian de cumplimentar al Rey en el término del partido. En aquel caserío nos cobijamos mientras duró la tormenta. Los amables caseros nos suministraron algunas viandas y escelente *chacolí*. Apenas se despejó un poco el horizonte, recobramos las cabalgaduras y continuamos nuestro camino. De pronto nos vimos frente al teatro de las operaciones practicadas en 1874, para la liberacion de la capital.

Hácia el litoral elévase la terrible posicion del Montaño, que tanta sangre costó á nuestros invencibles cazadores; vecinos á este monte, los caseríos de San Pedro Abanto; y á la izquierda de la carretera, la ermita de Santa Juliana. Separándonos de la carretera, subimos á

---

chuelos de plateadas aguas que, á impulsos de la corriente, dejan su blanca espuma en las inmóviles rocas. Arroyos serpentean á través del campo, y bañan á su pasaje los cimientos de mil casas arrojadas acá y acullá, con gracia y profusion, á la manera de las palomas colocadas al borde de alegres riachuelos, en una bella mañana del estío. Una vegetacion exhuberante, árboles seculares, el dulce murmullo de las aguas acompañando el placentero estribillo del labrador, y la voz mas dulce aun de una simple zagala, todo contribuye á hacer de ese país una mansion encantadora.—El palacio que ocupaba S. M. está elegantemente construido sobre una colina, al pié de la cual se extiende, como alfombra bordada de flores, una deliciosa llanura que vá alejándose hasta San Mamés, y aun hasta las puertas mismas de Bilbao.» LE SIEGE DE BILBAO PAR L' ARMÉE CARLISTE EN 1874 por D. *J. de Campos*, oficial de caballería carlista.—París, 1876.

la altura en que está la ermita de San Pedro, para dominar desde allí el célebre valle de Somorrostro y todas las posiciones circunvecinas. Antes de hablar de lo mas próximo á nosotros, echaremos un vistazo general sobre los lugares que fueron campo de batalla; y mejor que la descripcion que borroneé, muy á la ligera, en una de mis cartas, sin detallar ciertos puntos esenciales, caben aquí las palabras que escribió, al efecto, el marqués de Valrás, en su libro *La España carlista*: «El valle de Somorrostro está flanqueado, á derecha é izquierda, de una série de picos elevados, escarpados, peñascosos, de ásperas vertientes, sembradas acá y acullá de algunos miserables villorios, habitados por los obreros empleados en las numerosas minas de hierro que se encuentran á cada paso en aquella region. Los altos de la orilla izquierda dominan por lo general los de la orilla derecha, y desplómanse (*surplombent*) súbitamente sobre la ria, mientras la orilla derecha inclínase mas dulcemente desde las alturas hácia la línea de *thalweg*, y presenta una série de terrenos cultivados, pequeñas viñas y jardines.—El frente ocupado por las líneas carlistas, tomado en línea recta y sin tener en cuenta las entradas y salidas de las cortaduras, ocupaba una longitud de cuatro kilómetros próximamente; dicho frente aparentaba la forma general de un arco de círculo, cóncavo hácia Somorrostro, con el punto de Las Carreras colocado como en el centro del círculo. Iba desde las alturas de Las Córtes, en el S., á la punta de Lucero, en el N., frente al lugar de Nuestra Señora del Socorro sobre la orilla izquierda; se apoyaba en este sitio, es decir, en su extremo derecho, en el monte Montaño, peñascal de muy difícil acceso, pasando de S. á N. por las alturas de Memerca, Pucheta, Santa Juliana, San Pedro Abanto, Murrieta y el Valle.—Las pendientes N. E. del monte Las Córtes, y el terreno desde Memerca y Pucheta hasta Murrieta, no son sino una série de ramblas, escarpaduras, precipicios imposibles de atravesar por otro paraje que por los senderos abiertos. El camino de Somorrostro á Portugalete, que corta en dos el campo de batalla, presenta una série de pendientes y de rampas bruscas, áridas, dominadas á derecha é izquierda,

muy favorables á la defensa, muy peligrosas para el ataque; corre paralelamente al camino, hácia el S., á través de Las Córtes, Memerca, Pucheta y Santa Juliana, una via férrea que sirve para la explotacion de las minas..... Del otro lado de la ria dos elevados picos dominan completamente las posiciones carlistas; á la derecha, esto es, en el N.: el monte Janeo, peñasco imponente y desnudo, que gobierna directamente al Montaño; al S., ó á la derecha, el monte La Bernilla, larga sierra con peladas vertientes, que cae á tajo sobre el torrente y domina los cerros de Las Córtes y las aldeas de Memerca, San Felices, Pucheta, San Pedro Abanto y Santa Juliana.» No tengo nada que observar á tan clara y precisa descripcion.

El interior de la Iglesia de San Pedro Abanto era un inmenso depósito de vigas tronchadas, altares en astillas, ornamentos destruidos, piedras, cascajo, montones, en fin, de toda suerte de escombros. A costa de vencer obstáculos se penetraba en el ex-templo, y una vez dentro, habia que desplegar habilidades gimnásticas para dar un solo paso. Ante tamaño destrozo, ante tan funesta ruina, experimentaba el alma sensaciones difíciles de explicar. Del altar mayor restaban elocuentes vestigios; las columnitas que debieron sostener el retablo subsistian aun en pié; del friso yacia suspensa por un clavo una imágen de madera, una madona bizantina con un niño en brazos, escapada casualmente á la destruccion general. Escudriñando los escombros amontonados en el emplazamiento del altar mayor y en la sacristía, recogimos cascos de granada liberal y trozos de ornamentos sagrados. Aquel espectáculo constituia una página de la historia contemporánea. ¡Y cuán tristes cosas leimos en ella! El edificio aparecia, en su exterior, acribillado á balazos de cañon. Una de sus torres estaba medio derruida. Frente á la fachada principal, cercado por elevada tapia, vimos el cementerio, en el que buscamos en vano entre las apiñadas yerbas y los matorrales, una cruz ó una lápida que conmemorara el recuerdo de las numerosas víctimas de la guerra que tienen allí su sepultura. Mas no todo evocaba en aquellos parajes ideas de desolacion. Adosa-

do á espaldas del templo, existia, intacto, un cuerpo de casa destinado á sala consistorial y escuela pública. Esta funcionaba, en medio de las ruinas, al igual que antes. Ya que las gentes de la comarca no podian acudir á San Pedro Abanto á oir misa, seguian enviando allí á sus hijos, para que aprendiesen á ser útiles á la sociedad y á la pátria. Muchos de los caseríos próximos á San Pedro hallábanse incendiados, desmoronados ó abandonados. A la derecha de la posicion, un hombre del país nos mostró la casa de Murrieta, dentro de la cual fué herido gravemente el general Primo de Rivera. Verifiqué la excursion que acabo de reseñar muy someramente, y en la que invertí mas de dos horas, con mis amigos Padró y Blay. Volvimos á la carretera por el sendero en que fué diezmado el primer batallon de Infantería de Marina, cuando intentó inútilmente tomar las trincheras que los carlistas defendian en San Pedro Abanto.

Un fuerte destacamento de tropa ocupaba Las Carreras, que ya radican á la entrada del valle. Otro destacamento ocupaba el puente de piedra de la ria. Inmediatamente llegamos al pueblo de San Juan de Somorrostro, á cuya entrada, en un sencillo arco de triunfo, se leia: *Las señoritas de Somorrostro á S. M. el rey don Alfonso XII.* Leyenda que parecia un sarcasmo, porque no tuvimos el gusto de ver señoritas en Somorrostro. Traspusimos la verja de un frondoso jardin, y visitamos una casa señorial, propiedad, segun nos dijeron, de un personaje carlista (creo que el marqués de Villadarias) en un salon de la planta baja se habia preparado una mesa cubierta de blanquísimos manteles y elegante servicio, por si S. M. dignábase almorzar en la casa, lo que no aconteció. A medio kilómetro de San Juan de Somorrostro, y tambien sobre la ria, está Múzquiz, tan poco importante como el anterior. Pisábamos el sitio mismo del campamento de 1874. En Múzquiz habia otro modesto arco triunfal. Las jóvenes bailaban con los soldados, al son del tamboril y de la flauta, en la plaza mayor de la aldea. El valle de Somorrostro, aunque pequeño, es lindísimo. Remontamos la ria en direccion al mar, faldeamos despues, casi en la corte el monte Paneo, sin hallar mas

pueblo que Pobeña, y pocos kilómetros mas allá, pasamos la frontera de Castilla la Vieja, por bajo un arco de laurel y mirto ilustrado con esta inscripcion: «*La provincia de Santander á S. M. el rey don Alfonso XII.*» El primer pueblo de Santander, entrando por Vizcaya, es Onton, sito en el fondo de un pintoresco barranco, que limitan á un lado florida sierra y á otro el azulado mar. En Onton se dió el 15 de febrero de 1874 la primera batalla librada por el ejército de Moriones para conseguir la liberacion de Bilbao. Solo la division Primo de Rivera (brigadas Catalán y Cortijo) tomó parte en la batalla de Onton, que fué el preludio de las operaciones sucesivas. Todo el trecho hasta llegar á Castro lo anduvimos á orillas del Cantábrico, pero á considerable altura, lo que nos proporcionó el mas bello y espléndido de los panoramas. A no ser semejante atractivo, que por primera vez se nos ofrecia en el viaje, la jornada se hubiera hecho pesadísima, pues el camino es una enojosa série de subidas y bajadas é interminables recodos y revueltas, que triplican ó cuatriplican la distancia kilométrica. Extendíanse por el horizonte las sombras del crepúsculo, cuando entramos en Mioño, especie de arrabal de Castro-Urdiales. En las cercanías de esta ciudad hallamos una verdadera nube de habitantes de la comarca, que venian de asistir al recibimiento de don Alfonso. No quedaban ramas en los árboles de laurel que tanto abundan en aquellos alrededores. A última hora se habian vendido carros cargados de laurel por el precio de 8 y 10 duros uno. Esto mas que todas las descripciones da una idea del consumo hecho de aquel artículo para obsequiar al Rey. Segun las apariencias, los castellanos sentian un entusiasmo loco. Cerrada la noche franqueamos las puertas de la liberal Castro-Urdiales.

XVIII.

Aspecto general de la poblacion.—El Castillo de Castro.—La escuadrilla del Cantábrico.—El Rey, con su comitiva, embárcase para Santander.—Espectáculo marítimo.—La travesía.—Santander.—Entusiasmo anti-fuerista.—Circula el manifiesto de S. M. al ejército.—Arcos de triunfo.—El Rey en Torrelavega.—Cariñosa despedida de los santanderinos.

Hétenos, pues, fuera de las regiones asoladas por la guerra: el paseo militar del Rey ha terminado.—En lo sucesivo, circunscribiremos mas las reseñas, pues aparecerian pesadas y desnudas de interés, como son todas las de simple viaje régio sin otro aliciente que el viaje mismo.—La poblacion de Castro-Urdiales, que no peca de monárquica, dispensó á S. M. una calurosa ovacion, que obedeció singularmente—perdónesenos el aserto—á la rivalidad profunda de aquella comarca con la vizcaina. Los rótulos de *¡abajo los fueros!* reaparecieron junto á los de *¡Viva el rey! ¡Viva la paz!* Castro posee todas las cualidades y todas las condiciones de un pueblo de mar. La principal industria de sus habitantes es la pesca, y el principal comercio la exportacion de salazones y conservas en latas. De notables recuerdos históricos, conserva monumentos como el famoso Castillo de la Edad Media, cuya torre se halla convertida en faro, y dentro de cuyo recinto está edificada la Iglesia, digna por mas de un concepto de ser visitada. El Cantábrico, al romper contra las colosales rocas que sostienen los muros de Castro, da lugar á cuadros magestuosos é imponentes. La playa de Castro-Urdiales se vé muy favorecida en la estacion veraniega.—El dia 14, por la mañana, mientras inspeccionábamos la poblacion, vimos entrar en el puerto la escuadrilla del Cantábrico, compuesta de los avisos *Fernando el Católico y Marqués del Duero* y de la goleta *Concordia*. Una numerosa manifestacion anti-fuerista, con música y banderas, presentóse ante la residencia de S. M.—la Casa Consistorial—retirándose ordenadamente despues de vociferar un poco. A las doce del dia encaminóse á pié don Alfonso al muelle, pisando en todo el trayecto

no adoquines, sino las alfombras y esteras que á su paso tendieron las mujeres del pueblo. Trasladóse á bordo del *Fernando el Católico*, cuya embarcacion enarboló el estandarte real ¡Magnífico espectáculo entonces! El espacio ensordecido por las salvas; profusion de pequeñas embarcaciones con bandera española, flotando en las tranquilas aguas del puerto; músicas en tierra y á bordo; y la escuadrilla desfilando con rumbo á Santander, por delante las azoteas, terrazas y murallas de Castro, cuajadas de muchedumbre que agitaba miles de pañuelos blancos. Unicamente los Estados mayores, los Alabarderos y la servidumbre de S. M., venian en los buques. El resto del Cuartel Real marchó por tierra en dos jornadas. El capitan general de Castilla la Vieja, señor Moltó, que recibió á S. M. en el límite del distrito, como antes lo recibiera en Viana, venia tambien á bordo del *Fernando el Católico*. La travesía se efectuó sin mas accidente que los tumbos naturales en una buena navegacion por el Cantábrico. El tiempo estaba bonancible. Los viajeros del *Fernando* mareáronse casi todos; el Rey fué uno de los pocos que permanecieron firmes. Nunca habia visto al jóven monarca tan decidor, tan satisfecho, tan alegre. No se movió un momento de cubierta. Pero no pudo comunicar su serenidad y buen humor á los que gemian en las fatigosas ánsias del mareo.

Al cabo de tres horas llegamos frente á Santander. Varios vapores empavesados salieron á nuestro encuentro. Un vapor iba cargado de mujeres, cada cual tocando una pandereta ornada con cintas de colorines. Ya en el interior del puerto, centenares de lanchas y faluas escoltaron el convoy régio. Aquello fué una ovacion marítima de primer órden. Las autoridades civiles y militares y las comisiones oficiales pasaron á bordo á saludar el Rey, mediando los cumplimientos de costumbre. Desembarcó S. M. bajo un elegante pabellon, y en carretelas descubiertas, dirigióse la comitiva régia, entre un cordon de tropas, siguiendo la calle que se extiende á lo largo del muelle á la Iglesia Catedral, donde hubo *Te-Deum* y una curiosa procesion de gremios. Sobre el coche real llovieron ramos, coronas y

versos. Me chocó el carácter del recibimiento llevado á cabo por los santanderinos. No era de notar allí entusiasmo liberal, sino entusiasmo antifuerista. Ni mas ni menos. Todos los remeros de las faluas ostentaban en las gorras ó sombreros una tira de papel en que se leia: *¡Abajo los fueros!* En arcos y colgaduras descollaba la misma leyenda. Por las esquinas *¡Abajo los fueros!* en grandes carteles con llamativos caractéres. *¡Abajo los fueros!* en las puertas de muchas casas, *¡Abajo los fueros!* este grito mezclábase con los vítores al Rey y á la paz. Habia individuo, no es exageracion—que llevaba su traje cubierto de las consabidas tiras de papel, con la inscripcion *¡Abajo los fueros!* Y un chusco como si quisiese apurar los raudales de su *esprit* imprimió estas palabras: *¡Que los fueros se hagan femenino!* Todo redújose ahí. La Comision anti-fuerista, directora de tales manejos, hizo estampar bajo diversas formas y reproducir en innumerables ejemplares aquella leyenda. El periódico *La Voz Montañesa*, de Santander, correspondiente al dia 14, distribuyóse gratis por cuenta de un anti-fuerista, solo para propagar el manifiesto de S. M. en el que se hablaba muy favorablemente de la *unidad constitucional del reino*. Este manifiesto como algunos recordarán, suponíase dirigido por S. M. el dia anterior á las fuerzas acampadas (¿?) en Somorrostro, y si mal no recuerdo, estaba fechado en San Juan de Somorrostro. Disimulemos la comedia, que al fin y al cabo á una cuestion de buenas formas respondia. Fué alojado el Rey en las habitaciones del Casino, amuebladas al efecto con delicado lujo; la casa está situada en el muelle, y el piso bajo lo ocupa el café Suizo. No insistiré sobre la parte de ornamentacion callejera. Un arco presentaba cierta originalidad, diferenciándose de cuantos habíamos visto: el de los toneleros formado con cubas y toneles, y adornado de todos los accesorios inherentes á semejante fabricacion. Celebróse comida oficial en Palacio. La Diputacion Provincial costeó la mesa de S. M. en Santander. El 15, por la mañana, partió don Alfonso, en el tren, á Torrelavega, para honrar con su presencia la quinta que tiene allí el general Ceballos, ministro de la Guerra. Los habitantes de Torrelavega le

agasajaron en extremo, y el general Ceballos hizo dignamente los honores de su casa. Por la tarde regresó S. M. á Santander. Presenció de noche los fuegos artificiales, y dió en carruaje descubierto un paseo por la poblacion, á fin de contemplar las iluminaciones. Las ocho de la mañana del 16 era la hora designada para salir de Santander. La despedida me pareció mas cariñosa que el recibimiento. Entre las coronas, arrojadas á S. M., notáronse algunas de verdadero mérito artístico. Todas las señoritas de Santander, graciosamente ataviadas, acudieron á despedir al jóven monarca. El tren real nos libró de ese foco de recalcitrante anti-fuerismo.

XIX.

De Santander á Palencia.—Incidentes.—Banquete en la estacion de Reinosa.—Palencia.—Regocijos públicos.

Las autoridades y una comision de la Diputacion Provincial vinieron en el tren real hasta el límite de la provincia. En la estacion de Renedo, donde nos detuvimos cinco minutos, se habia preparado un *buffet*. En todas las estaciones hallamos músicas, adornos, ovacion. El tren real constaba solo de coches de primera. Comunicábanse con el wagon régio dos grandes coches salones: tanto estos como aquel eran lujosísimos. A cada estacion ingresaban en el wagon régio presentes ofrecidos á S. M. los cuales consistian en frutas del pais, otros en coronas de laurel y flores, otros en objetos de repostería. El rey acogia con risueña benevolencia todas las demostraciones. No diré que fuese recibido en Palencia con frialdad; pero no lo fué con entusiasmo. Con carretela descubierta y provisto del acompañamiento consiguiente marchó á la Iglesia metropolitana, y de allí á su residencia, el Palacio Episcopal. Gran afluencia de gente forastera en las calles. La antigua Pallantía, capital de una de las provincias mas agrícolas de España, es una poblacion eminentemente rural. Fuera de la Catedral no tiene otra cosa notable. Así es que en muy poco tiempo vimos cuanto habia que ver. De noche se quemó frente á Palacio un

bonito ramillete de fuegos artificiales, en competencia con el que iba á ser disparado en Valladolid, á la noche siguiente, pues los pirotécnicos de ambas ciudades son dos rivales acendrados. Por no alterar el método que sigo en la subdivision ó agrupacion de los sucesos, he hecho un capítulo del viaje á Palencia, que realmente no merecia tal honor. Los mismos lanceros de casco de fieltro y plumero rojo (moda Milans del Bosch), que dieron escolta á S. M. en el acto de la entrada, le hicieron los honores en el acto de la partida, que fué á las 12 del dia 16. Los generales Martinez Campos y Primo de Rivera uniéronse al Cuartel Real en Palencia, y no le abandonaron en el resto del viaje.

XX.

De Palencia á Valladolid.—Mas obsequios.—Recibimiento en Valladolid.—La Academia de Caballería.—El Teatro de Calderon de la Barca.—Iluminaciones y fuegos.—Al Escorial.

Nada que merezca especialmente consignarse ocurrió en el cortísimo trayecto de Palencia á Valladolid. Repitiéronse los obsequios de rigor en todas las estaciones. Distinguióse la de Venta de Baños. En Valladolid, la ovacion tomó un carácter formal. Numerosísimas comisiones, altos dignatarios, autoridades, ayuntamientos vecinos, llenaban el espacioso anden, adornado con esplendidez y gusto. El tren real fué saludado con estrepitosos vivas. Los alumnos de la Academia de Caballería daban guardia de honor en la estacion, formaron en el paseo que media entre la estacion y la Academia, y sirvieron de escolta á S. M., quien, en carretela descubierta y seguido de brillantísimo cortejo, marchó á la Catedral, por las calles de Santiago y Lencerie, pasando por debajo de dos ó tres arcos triunfales. El cordon de tropas que cubria la carrera no era suficiente á contener los curiosos que se agolpaban al paso de S. M. Sabidos son los demás detalles que concurren en un buen recibimiento.

La Catedral vallisoletana, si bien inferior á la de Palencia en cuanto á importancia artística, no carece, sin

embargo, de importancia histórica. Colegiata fundada por Pedro Ansurez, pasó á Catedral, por bula de Clemente VIII, en tiempo de Felipe II. Reconstruyóse bajo la direccion del célebre arquitecto Herrera; pero éste le abandonó por los trabajos del Escorial. Entonces quedó encomendada su terminacion á Churriguera, quien, como es fácil suponer, dió á la obra un baño de churriguerismo, que la perjudica notablemente. Contiene sepulcros históricos, una sillería de coro magnífica y una riquísima custodia.—En el Palacio de la Audiencia, morada de reyes en otras épocas, obtuvo alojamiento D. Alfonso XII. Las tropas desfilaron ante los balcones del Palacio. Valladolid, tan sosegada en dias normales, parecia otra poblacion. Por segunda vez en poco mas de un año albergaba en su seno al rey Alfonso, uniendo así la fecha de 17 marzo de 1876, á la de 11 febrero de 1875.

Efectuada la comida oficial, asistió S. M. á la funcion régia que se habia dispuesto en el hermoso teatro de Calderon de la Barca. Honra este teatro á Valladolid. El lujo de la sala recordaba una capital de primer órden. Púsose en escena *La vida es sueño*, por la compañía del señor Cepillo y la señora Liron, y la pieza *Lo que conviene á mi mujer*. Despues de la funcion presenció S. M. desde el balcon de la Casa Ayuntamiento unos variadísimos fuegos artificiales, quemados ante multitud de miles de espectadores. La iluminacion fué general: la de la plaza de la Constitucion, profusa.—El tren real reanudó su viaje á las nueve en punto de la mañana del dia 18, siendo despedido S. M. con inequívocas muestras de efusion.

XXI.

Ávila.—La Princesa de Asturias.—Un almuerzo semi-oficial.—Los alumnos de la Academia de Administracion Militar.—De Ávila al Escorial.—El industrial D. Matias Lopez.—Los colegiales del Escorial.—Arreglo interior del Palacio.—Consejo de Ministros.—La Princesa de Astúrias regresa á Madrid.

Con una ovacion en cada pueblo de la línea, y extraordinarios victoreos en Medina del Campo, llegamos á las doce y media á la estacion de Ávila. Esperaban en el

anden S. A. la Princesa de Astúrias, acompañada de la marquesa de Santa Cruz y la señora de Nájera, como asímismo de algunos personajes de la alta servidumbre de Palacio y un zaguanete de Alabarderos. Los alumnos de la Academia de Administracion Militar, establecida en Ávila, cubrian la guardia de honor en la estacion.

Al parar el tren, la Princesa subió al wagon régio, en cuya puerta la aguardaba su hermano, y se confundieron ambos en un estrecho abrazo. Comisiones de la provincia pasaron á cumplimentar al Rey, al cual le fué ofrecida una soberbia corona de laurel y plata.

Habíase pensado en almorzar durante el camino; pero con grata sorpresa, súpose que estaba preparado un escelente almuerzo en la estacion de Ávila. El Rey y la Princesa dirigiéronse al comedor, é imitando todos su ejemplo, tomaron asiento la régia comitiva y las comisiones oficiales alrededor de las mesas de antemano dispuestas y con singular esplendidez aprovisionadas. Mas bien que almuerzo, fué comida; sirviéronse ricos manjares, y corrió en abundancia el Burdeos y el Champagne. —Ya en el año anterior, regresando del Norte, tuvo á bien S. M. visitar la famosa pátria de Santa Teresa.

Continuamos nuestro viaje; á las tres y media llegamos á San Lorenzo del Escorial. Recibieron á S. M. y A. en la estacion los ministros de la corona, los generales Quesada y Moriones, la Diputacion Provincial de Madrid y otras personas caracterizadas.—Llamaron generalmente la atencion entre el decorado del anden, dos grandes pedestales artísticamente combinados, sosteniendo otros tantos grupos de trofeos alusivos á la guerra, á la paz, á las artes y á la industria. De cada uno de los colosales mástiles, en cuyo torno agrupábanse los trofeos, pendia una tarjeta circular con marco de laureles, llevando en su centro inscripciones al Rey y al valiente ejército liberal. Saliendo de la estacion, á la cabeza del paseo de los Chopos, que conduce al monasterio y al pueblo, habia un arco de tres ojos cubierto de tela y ramaje. En su parte superior se leia «*El Industrial Matias Lopez.—¡Viva la paz!*» Y á los lados: «*A la gloria de Alfonso XII.*» «*Al denodado ejército liberal.*» El señor Lopez tiene instalada su

fábrica de chocolates en el local que fué antes refinería de azúcar, contiguo á la estacion. El local primitivo hállase reformado notablemente, con la agregacion de varios pabellones. El laborioso y afortunado industrial obsequió al acompañamiento de S. M. con un delicado *lunch*, en que los exquisitos dulces y caprichosos ramilletes procedian de la fábrica espresada. Otro arco erigido por el municipio del Escorial, veíase al extremo superior del paseo, frente á la Lonja.—S. M. y A. en carruaje y seguidos de los ministros y altos dignatarios, fueron directamente desde la estacion al monasterio y subieron acto contínuo á las habitaciones del Palacio. La infantería de marina, que habia llegado, la noche anterior, de Santander, daba la guardia de honor. Los alumnos del Colegio que S. M. sostiene en aquel Real Sitio, vestidos con uniformes semejantes á los del colegio Teresiano, de Austria, en donde se educó don Alfonso, formaban en el vestíbulo y escalera. La Lonja presentaba un bonito golpe de vista, merced á la concurrencia que llenaba, casi por completo, sus espaciosos ámbitos. Algunas de las casas llamadas de oficio, que circulan al monasterio, estaban engalanadas con colgaduras. Lucía emblemáticos adornos la Escuela de Ingenieros de Montes, y ostentaban colgaduras todas las casas del interior de la poblacion. Las habitaciones del Palacio del Escorial habian sido decoradas con 116 tapices, que hubo que sacar tiempo atrás, porque se apolillaban. Todo quedó arreglado por la diligencia y actividad del señor Conde de Sepúlveda. En pocas horas, las esteras que tapizaban el pavimento de aquellas habitaciones, cambiáronse por alfombras.

Luego que el Rey hubo descansado algunos instantes, presidió un consejo de ministros, en el que se acordaron, segun se dió á entender, los próximos festejos. Despues bajaron los ministros á un salon que se les tenia reservado, y permanecieron reunidos dos horas, hasta las siete de la tarde, hora en que subieron á comer con S. M. y A. La comida constó de 50 cubiertos, asistiendo tambien á ella todos los generales, el Consejo de Administracion del ferro-carril del Norte, el señor Escobar, director de *La Epoca*, el gobernador civil de la provincia. El Presi-

dente de la Diputacion Provincial, y algunos otros señores. S. A. ocupaba uno de los frentes de la mesa, y sentáronse á esta la marquesa de Santa Cruz y la señora de Nájera. La Princesa de Asturias salió, en un tren especial, á las nueve de la noche, para Madrid.

XXII.

Del Escorial á Pozuelo.—El Campamento de Amaniel.—Misa de campaña por el patriarca de las Indias.—Incidentes.—Las brisas del Guadarrama.—Ultima noche.—Entrada triunfal del Rey, á la cabeza del ejército, en Madrid.—Ovasion indescriptible.—Conclusion.

A las ocho de la mañana, trasladóse todo el Cuartel Real desde el Escorial á Pozuelo de Alarcon, junto á cuya estacion aguardaban los caballos, que con ordenanzas y asistentes habian venido en pequeña velocidad desde Santander. A las nueve verificó S. M. la entrada en el campamento, empezando por revistar todas las fuerzas. Una inmensa concurrencia invadia los alrededores del campo, y el trayecto de Amaniel á la antigua puerta de Fuencarral presentaba la animacion de una romería.

En la conocida Dehesa de Amaniel, á tres kilómetros de la Córte, habíase construido en breves horas el campamento donde debian albergarse las fuerzas de los ejércitos del Norte, designados para acompañar al Rey á su entrada en Madrid. Ocupaba la improvisada poblacion militar una circunferencia de seis kilómetros, y formábanla numerosas tiendas de varias clases; en el centro se elevaba el pabellon régio, magnífica tienda—regalada á doña Isabel II por el Ayuntamiento de Villena, en 1856,—de forma exagonal, con cuatro cuerpos salientes, forrada en el interior de ricos cortinajes, y decorada con un mobiliario elegante y sencillo, no careciendo de ninguna de las cualidades posibles en una tienda real; (1) á espaldas de esta levantábase una gran

(1) Gracias á la precipitacion con que me veo obligado á ultimar este libro, sirven de base á estas postreras descripciones, algunas entonces publicadas, y añadidas hoy con noticias nuevas que me proporcionó en el mismo campamento el señor Conde de Oñate.

tienda—*buffet*, capaz para 100 personas. Y á los ángulos de la tienda de S. M., las destinadas á los generales en jefe, ayudantes, médicos señores Corral y Camison, servidumbre régia etc., etc.

Enfrente, en primera línea, se hallaban acampados los batallones de Barbastro, que tanto se distinguió en Abadiano; Ciudad Rodrigo, que peleó tambien en el mismo punto, y antes, en diciembre de 1873 y noviembre de 1875, en las jornadas de Montejurra y Oricain; Princesa, que conquistó las alturas de Urquiola y se batió en Elgueta; Cataluña, que tomó á la bayoneta el alto del Centinela; Arapiles, que se portó muy bien en las Palomeras.—En la segunda línea campal estaba el regimiento de Marina, tan bravo en los sangrientos combates de San Pedro Abanto y Cantavieja; el de Mallorca, vencedor en Bortedo y Medianas, en el verano de 1875; el batallon de Cuba que derrotó á Guiu y á Saballs en Cataluña; el heróico de Manila, defensor de Olot y conquistador de Castellciutad, al pié de la Seo de Urgel. En tercera línea formaban los húsares de Pavía; el batallon provincial de Jaen; y por último, á la retaguardia del pabellon régio, acampaban los Alabarderos y los guardias del Rey, los individuos de la contraguerrilla de Miranda, los forales guipúzcoanos y navarros, los miñones de Vizcaya y una seccion de artillería montada.

Una hora despues de la llegada del Rey, llegó al Campamento la Princesa de Astúrias, y á las once en punto se celebró en él una Misa de campaña en un pabellon capilla preparado al efecto, oficiando el Excmo. Sr. Patriarca de las Indias, auxiliado por los capellanes de honor de S. M.

Terminada la misa, S. M. y A. intentaron recorrer el Campamento; pero no les fué posible, pues la muchedumbre, rompiendo el cordon de caballería é infantería que cercaba el campo, se habia desbordado por las avenidas. S. A. regresó á Madrid, en coche á la Dumont, antes de almorzar, para volver, por la tarde, á caballo, acompañada de la señora de Nájera y alguna otra persona de su alta servidumbre. Las músicas amenizaron el rato, y solo las heladas brisas del Guadarrama fueron potentes á despejar de curiosos el Campamento.

Pasamos la noche, la última noche de campaña, no muy comodamente. Cada cual ingenióse como pudo para preservarse del frio. Al toque de diana, todo el mundo estaba ya en pié. A las nueve, llenos los corazones de entusiasmo, emprendimos el trote hácia Madrid.

No restaba en el Campamento de Amaniel otro corresponsal que mi humilde persona; por deferencia del general Laserna, jefe del cuarto militar del Rey, pude unirme al E. M. de S. M., siendo así el único paisano que entró en Madrid con el ejército victorioso. «Los que han sufrido en el Norte, dijo el general Laserna, los mismos azares que nuestros soldados, justo es que participen de este dia de gloria.» Por lo demás, dictáronse rigurosas órdenes para que no entrase con el ejército ningun paisano ni militar que realmente no procediera del Norte.

«La fecha (1) del 20 de marzo de 1876 quedará impresa eternamente en los anales de Madrid, como en el recuerdo de la muchedumbre que, ocupando todas las calles, balcones y paseos, tuvo la fortuna de saludar entusiastamente á S. M. el Rey y al heróico Ejército, que han regresado á la capital de la Monarquía despues de haber conquistado con su preciosa sangre para la Nacion entera el beneficio inestimable de la paz. A las diez y media de la mañana llegaba S. M. á la plaza de San Marcial, y empezaba el desfile del Ejército por dentro de la capital.

»Formaban la vanguardia, á cuyo frente iba el general Daban, los escuadrones de escolta del general en Jefe del Ejército de la Izquierda, seguidos de los del de la Derecha, compuestos de secciones de todos los regimientos del arma de ambos ejércitos. Inmediatamente despues venia S. M., montando un brioso caballo tordo, con el numeroso Cuartel Real, aumentado con los Generales, Jefes y Oficiales que no tenian mandos especiales en las tropas que entraban. Marchaban á continuacion los Alabarderos que acompañaron á S. M. al Norte, las cuatro compañías del tercer regimiento infantería de Marina y las cuatro del de la Reina que han formado la escolta de S. M. durante la campaña. A estas fuerzas seguian los

(1) *Gaceta* del 21 de marzo de 1876.

miñones de Álava, los migueletes de Guipúzcoa, los forales de Vizcaya y la contraguerrilla de Miranda. A continuacion las fuerzas del Ejército de la Izquierda, á cuyo frente iba el general Quesada con su Estado Mayor, y el brigadier Ciria despues, mandando la brigada de reserva que formaban los batallones de cazadores de Barbastro y de Ciudad-Rodrigo, el primer batallon del Rey, el de la reserva núm. 2 y una batería de montaña. El general Ruiz Dana mandaba la primera division, y la primera brigada de la misma el brigadier Garrido, formando dicha brigada los batallones de cazadores de Alfonso XII y Puerto-Rico, el de la reserva núm. 7, el provincial de Alcalá y una batería de montaña. La segunda brigada, que mandaba el brigadier Suances, la formaban el regimiento de infantería de la Princesa, el primer batallon del tercer regimiento de infantería de Marina y una batería de montaña. El general Catalan mandaba la segunda division, cuya primera brigada, á las órdenes del brigadier Araoz, la formaban el regimiento de infantería de Mallorca, el batallon provincial de Jaen y una batería de montaña; la segunda, á las órdenes del brigadier Ibarreta, la componian el primer batallon del regimiento de Albuera, los de las reservas números 11 y 12, una batería de montaña y 28 cañones de diferentes calibres cogidos á los carlistas. A estas tropas del Ejército de la Izquierda seguian las del Ejército de la Derecha, empezando por una seccion de forales de Navarra, tras de los cuales iba el General en Jefe de dicho Ejército señor Martinez Campos y su Estado Mayor. El general Tassara mandaba la division, y el brigadier Bonanza la primera brigada, compuesta de los batallones de cazadores de Cataluña, Cuba, Arapiles, Manila y una batería de montaña; el brigadier Cortijo mandaba la segunda brigada, compuesta del regimiento de infantería de Granada, los batallones de la reserva números 1 y 27 y una batería de montaña. A continuacion marchaba el primer regimiento de Ingenieros con su correspondiente seccion de pontoneros y otra de telégrafos, conduciendo entre su material de guerra un magnífico puente de barca, cogido á los carlistas. A estas fuerzas seguia la artillería montada del Ejército de la Iz-

quierda primero, y la del Ejército de la Derecha despues, formando seguidamente la brigada de caballería del Ejército de la Izquierda á las órdenes del brigadier Contreras, y compuesta de los regimientos de lanceros del Rey, de la Reina y húsares de Pavía, y despues la caballería del Ejército de la Derecha.

»Es imposible describir el entusiasmo que durante el desfile reinó en toda la carrera. Los Generales y Jefes, y muchísimos Oficiales y soldados, llevaban coronas y ramos de olivo y flores. En todos los balcones, llenos de señoras, se veian agitar pañuelos al viento; de muchos edificios, entre ellos los Ministerios de Marina, Gobernacion, Hacienda, Guerra y Fomento, Palacio de la Presidencia, Academia de Bellas Artes y Palacio de los Consejos, fueron arrojadas coronas, poesías, palomas y flores al Rey y al Ejército victorioso. Una inmensa exclamacion de entusiasmo señalaba el paso de D. Alfonso XII; los vítores á S. M., á los Generales y á los regimientos no cesaban, habiendo gran número de edificios particulares, como el que ocupa el Veloz-Club, desde cuyos balcones se arrojó profusion de cigarros, dulces y monedas de plata y oro á nuestros valientes soldados. A la una de la tarde llegaba el Rey á la plaza de Oriente, despues de haber asistido al *Te-Deum* en Atocha, cuando aun estaban entrando por la plaza de San Marcial las fuerzas del Ejército en la poblacion. Todas ellas, así como las de la guarnicion de Madrid, desfilaron por delante de S. M. en la plaza de Oriente, cuyo acto terminó á las cuatro y media.

»S. A. la Princesa de Astúrias presenció el desfile de tropas desde el pabellon que en el Ministerio de la Guerra está destinado á oficinas de la Junta superior consultiva de Guerra, cuyo sitio abandonó á las doce y media con toda su servidumbre para dirigirse á Palacio con el fin de recibir á S. M. á su llegada al Régio Alcázar.

»Desde que empezó á anochecer las más vistosas iluminaciones reemplazaron á las colgadas, y el pueblo todo de Madrid y los infinitos forasteros que habian acudido con motivo de las fiestas recorrieron curiosamente la capital, parándose ante los edificios que excitaban más poderosamente su atencion, y de los cuales recordamos en este

momento el cuartel de San Gil, Caballerizas Reales, Teatro Real, Ministerios de la Gobernacion, Guerra, Fomento y Hacienda, Presidencia del Consejo, palacio del señor Marqués de Alcañices, Museo del Prado, Banco de España, Ayuntamiento de Madrid, Consejo de Estado, palacio del señor Marqués de Campo, Casa de la Moneda, palacio del señor Indo, iglesia de San Francisco, palacio de los Duques de Pastrana y redaccion de la *Correspondencia de España*. Imposible nos seria completar esta reseña, ni llevar al ánimo de los que no hayan presenciado la fiesta de ayer, ni visto el aspecto que ofrecia anoche la poblacion, una ligerísima idea del entusiasmo que se traducia en vítores calurosos por la mañana, y en los adornos é iluminaciones de todos los edificios, hasta las más humildes habitaciones durante la noche.»

La reseña que acabo de transcribir, me ha parecido la mas exacta de cuantas aparecieron, y mas exacta que la que yo pudiese haber hecho, como actor, y no testigo, que fuí de aquel episodio.

He concluido mi mision. Escribiria un párrafo sobre los resultados futuros de la paz; pero estos á cualquiera se le alcanzan. Igualmente se le alcanzan á cualquiera los resultados inmediatos, con solo leer las sabrosas páginas de las *Gacetas* posteriores al 20 de marzo.

APÉNDICE.

De cuantos materiales poseo en cartera, como propios para servir de complemento á este volúmen, me han merecido la preferencia los tres estados que verán mis lectores á continuacion.

Es el primero una relacion oficial de las bajas ocurridas en el ejército liberal durante la última campaña. Lo publicó *La Gaceta*, y lo reproduzco testualmente, no como dato verídico, sino como dato único, al cual tenemos que remitirnos, por mas que adolezca del flaco peculiar á todos nuestros documentos oficiales. Así, pues, no lo dejaré pasar sin oponerle las siguientes observaciones.

Es impropio que aluda solamente al *Ejército mandado* por S. M. D. Alfonso XII; pues comprende acciones dadas antes de que S. M. se encargase del mando del Ejército, en Vergara, fundiendo, en uno, ambos ejércitos, y quedando Quesada de jefe de E. M. G.

No se incluyen en el estado las bajas ocurridas en numerosos ataques parciales, escaramuzas y reconocimientos. Citaré los nombres de Oyarzum, Alzuza y El Cano, Arrayoz, etc., etc.

Hay inexactitud en las fechas de los combates de Peña-Plata y Vera.

Son inexcusables los vacíos de cifras, atendida la fecha de la publicacion del parte oficial.

Obsérvese, por último, que solo están bien detallados los encuentros tenidos por las fuerzas de Quesada, jefe de E. M. G., y autor del parte oficial y del estado.

Los otros dos cuadros estadísticos, son, como verá el lector, documentos oficiales carlistas, enteramente inéditos, que indican, con gran claridad y copia de pormenores, la situacion militar y pecuniaria del carlismo en su período mas creciente, ó sea muy pocos meses antes de emprenderse las operaciones decisivas.

ESTADO de las bajas sufridas por los Ejércitos del Norte en las operaciones que precedieron á la pacificacion.

FECHAS.			LUGAR DE LA ACCION.	MUERTOS.				HERIDOS		
Dia.	Mes.	Año.		Oficiales generales	Jefes.	Oficiales.	Tropa.	Jefes.	Oficiales.	Tropa.
			EJÉRCITO DE LA IZQUIERDA.							
21	Enero. . .	1876	Ocupacion de la Torre de Gijano.	»	»	»	»	»	1	4
»	»	»	Accion de Subijana y Morillas.	»	»	1	3	»	3	48
26	»	»	Toma de Garatemendi y Zarauz (130 bajas; no hay datos.).	»	»	»	»	»	»	»
27	»	»	Accion de Celadilla y toma de Valmaseda. . . .	»	»	»	5	1	»	14
28 y 29	»	»	Combate de Arlaban, Villar y toma de Urquiola. .	»	»	1	4	»	3	27
30	»	»	Combate de Arratsaín ó Mendizorrotz.	»	1	11	68	4	23	452
30	»	»	Paso del puente de Dimas.	1	»	»	»	»	1	1
30	»	»	Combate de Elejabeitia.	»	»	1	5	»	4	61
4	Febrero. .	»	Combate de Zornoza.	»	»	»	1	1	»	22
5	»	»	Combate de Abadiano.	»	2	1	28	»	8	141
13	»	»	Batalla de Elgueta.	»	1	5	31	2	19	369
20	»	»	Accion de Mendaro y Hernio.	»	»	2	3	»	2	48
27	»	»	Voladura de Ataun.	»	»	»	2	»	»	3
			EJÉRCITO DE LA DERECHA.							
17	»	»	Combate de Allo y Dicastillo (32 muertos y 258 heridos.).	»	»	»	»	»	»	»
18	»	»	Combate en las alturas del Centinela.	»	»	2	17	4	13	324
18	»	»	Combate sobre Montejurra (282 bajas; no hay datos).	»	»	»	»	»	»	»
19	»	»	Combate de Peña Plata é inmediaciones de Vera. .	»	»	1	19	1	7	113
			TOTAL. . . .	1	4	25	216	13	84	1627

Número total de las bajas en ambos ejércitos, 2,672, con inclusion de las que no se detallan por falta de datos.

RELACION del suministro y haberes que en el presente mes han devengado las Clases y Cuerpos del Ejército de Navarra y Provincias Vascongadas.

CUERPOS Y CLASES.		Núm. de individuos.	RACIONES DIARIAS.		RACIONES MENSUALES.		HABER mensual de cada clase.		IMPORTE.	
			Etapa.	Pienso.	Etapa.	Pienso.	Rvn.	Cent.	Rvn.	Cént.
Diferentes armas.	Capitanes generales.	1	4	4	124	124	2000	»	2000	»
	Tenientes Generales.	8	16	24	496	744	1000	»	8000	»
	Mariscales de Campo.	18	36	36	1116	1116	666	66	11999	88
	Brigadieres.	42	84	84	2604	2604	333	33	13999	86
	Coroneles.	73	146	73	4526	2263	300	»	21900	»
	Tenientes Coroneles.	97	194	97	6014	3007	250	»	24250	»
	Comandantes.	210	420	210	13020	6510	200	»	42000	»
	Capitanes.	441	882	215	27342	6665	200	»	88200	»
	Tenientes.	711	1422	120	44082	3720	150	»	106650	»
	Alféreces.	1205	2410	140	74710	4340	120	»	144600	»
	Sargentos primeros.	799	799	95	24769	2945	60	»	47940	»
	Sargentos segundos.	1411	1411	68	43741	2108	50	»	70550	»
	Cabos.	3091	3091	99	95821	3069	40	»	123640	»
	Cadetes.	379	379	70	11749	2170	60	»	22740	»
	Cornetas y trompetas.	599	599	31	18569	961	40	»	23960	»
	Soldados.	24079	24079	880	746449	27280	30	»	722770	»
Administracion militar.	Mariscales de Campo.	1	2	1	62	31	666	66	666	66
	Coroneles.	3	6	3	186	93	300	»	900	»
	Tenientes Coroneles.	7	14	7	434	217	250	»	1750	»
	Comandantes.	16	32	16	992	496	200	»	3200	»
	Capitanes.	9	18	9	558	279	200	»	1800	»
	Tenientes.	13	26	13	806	403	150	»	1950	»
	Alféreces.	47	94	47	2914	1457	120	»	5640	»
	Auxiliares.	10	20	»	620	»	60	»	600	»

Sanidad militar.	Subinspectores de 1.ª	3	6	3	186	93	300	»	900	»
	» de 2.ª	6	12	6	372	186	250	»	1500	»
	Médicos mayores.	14	28	14	868	434	200	»	2800	»
	Primeros ayudantes.	26	52	26	1612	806	200	»	5200	»
	Segundos ayudantes.	13	26	13	806	403	150	»	1950	»
	Sub-ayudantes.	18	36	18	1116	558	120	»	2160	»
	Practicantes.	13	13	»	403	»	60	»	780	»
	Sanitarios.	6	6	»	186	»	30	»	180	»
Clero castrense.	E. S. Vicario General.	1	2	1	62	31	666	66	666	66
	Capellanes de 1.ª	63	126	63	3906	1953	200	»	12600	»
	» de 2.ª	50	100	50	3100	1550	200	»	10000	»
Cuerpo jurídico.	Auditores de 1.ª	1	2	1	62	31	333	33	333	33
	» de 2.ª	2	4	2	124	62	300	»	600	»
	Asesores.	4	8	4	248	124	200	»	800	»
Veterinaria.	Primeros profesores.	13	26	13	806	403	200	»	2600	»
	Segundos »	4	8	4	248	124	150	»	600	»
	Terceros »	8	16	8	496	248	120	»	960	»
	Herradores.	38	38	38	1178	1178	40	»	1520	»
	Guarnicioneros.	22	44	»	1364	»	120	»	2640	»
	Armeros.	43	86	»	2666	»	60	»	2580	»
	TOTAL	33618	36823	2606	1141513	80786			1542676	39

ÍNDICE.

Págs.

AL QUE LEYERE. 5

LIBRO PRIMERO.

EL EJÉRCITO DE LA IZQUIERDA.

CAPITULO I. 7
— II. 20
— III. 26
— IV. 30
— V. 37
— VI. 40
— VII. 46
— VIII. 50
— IX. 59
— X. 60
— XI. 64
— XII. 67
— XIII. 73
— XIV. 75
— XV. 79
— XVI. 82
— XVII. 85
— XVII. 88

LIBRO SEGUNDO.

EL EJÉRCITO DE LA DERECHA.

CAPITULO I. 94
— II. 99
— III. 104
— IV. 107
— V. 115
— VI. 123
— VII. 129

LIBRO TERCERO.

CUARTEL REAL.

CAPITULO I.	133
— II.	137
— III.	140
— IV.	145
— V.	150
— VI.	155
— VII.	162
— VIII.	169
— IX.	176
— X.	184
— XI.	190
— XII.	195
— XIII.	198
— XIV.	202
— XV.	207
— XVI.	213
— XVII.	218
— XVIII	224
— XIX.	227
— XX.	228
— XXI.	229
— XXII.	232
APÉNDICE.	239

OBRAS HISTÓRICAS DEL AUTOR.

ANALES DE LA CRUZ ROJA. Obra premiada. Un tomo, en 4.° mayor, de 800 páginas con numerosas láminas. . . . . 50 rs.

HISTORIA DE LOS ALFONSOS DE CASTILLA Y DE ARAGON. Obra monumental. Dos tomos, en fólio mayor, de 300 páginas cada uno, portadas cromo-litográficas, 17 láminas, árboles genealógicos, etc. . . . . 360 rs.

CARTAGENA. *Recuerdos cantonales.* Un tomo, en 8.°. . . . . 4 rs.

SECRETOS É INTIMIDADES DEL CAMPO CARLISTA EN LA PASADA GUERRA CIVIL. Un tomo, en 8.°. 8 rs.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.